

Nuestra Bandera

150

aniversario del



Manifesto

A VUELTAS CON LOS CLÁSICOS

Siete cartas inéditas de Federico Engels (V)
Manuel Ballester, Felipe Giménez y Luis
Martínez de Velasco

LOS TEMAS DE UTOPIAS

Karl Marx **Manuel Sacristán**

Sobre el marco histórico del Manifiesto Comunista
José María Laso Prieto

El Manifiesto y la fundamentación de una ética
materialista **J. M. Aragüés**

Marxismo y filosofía **Manuel Ballester**

Marco histórico del Manifiesto. Teoría de la revolución
proletaria **Juan Trías**

El Manifiesto Comunista: una lectura política
Ferrán Gallego

Crítica y tendencias del capitalismo en el Manifiesto
Comunista **Gervasio Cordero**

Manifiesto del PCE para la Izquierda y Manifiesto
Comunista: resumen comparativo **Rafael Pla**

CRÍTICA DE LA CULTURA, CRÍTICA DE LA VIDA COTIDIANA

¡Libertad para Toni Negri! **Llamamiento**

Las mujeres y el trabajo. La reducción del tiempo
de trabajo y la variable de género **Reyes Montiel**

A DEBATE

Moneda única, política y sociedad **Agustín Morán**

Europa, S.A. La democracia bajo la amenaza de las
multinacionales **Erik Wesselius**

Por qué la crisis de gobierno de octubre en Italia
Luigi Vinci

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA

La pequeña y mediana empresa en Cuba
J. Carranza y otros

La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial
J. Albarracín y P. Montes

Comunista

uto?ías

Nº 172
VOL. 1 / 1998

REVISTA DE DEBATE
POLÍTICO Y TÉCNICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

DIRECTOR
Pablo Morón

uto?ías

Nuestra Bandera



uto?ías

Nº 175
VOL. 1 / 1998

REVISTA DE DEBATE
POLÍTICO Y TEÓRICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

DIRECTOR
Pedro Marset

CONSEJO DE REDACCIÓN
Manuel Ballesteros / Luis Cabo
Marcelino Camacho / Pedro Chaves
Gabriel Fernández / A. J. García
Garrido / Rafael Huertas
Salvador Jové / J. M. Laso Prieto
A. López Salinas / L. Martínez
de Velasco / F. Martínez
F. Sánchez San Martín / Luis Miguel
Sánchez Seseña / M. Monereo
Miguel Aznar

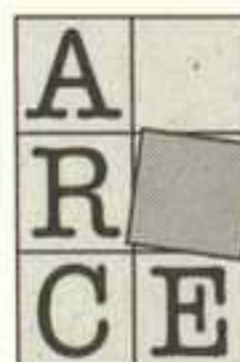
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
c/ Olimpo, 35
28043 Madrid
Tfno.: 91 300 49 69

DISEÑO Y REALIZACIÓN
Ángel Olmos
c/ Hachero, 2
Tfno.: 91 478 49 99

IMPRESIÓN
Gráficas Ruiz Polo S.A.

DEPÓSITO LEGAL
M.20.166-1977

ISSN
1133-567X



Utopías / Nuestra Bandera
es miembro de ARCE.
Asociación de Revistas
Culturales de España.



El interior de esta revista está impreso
sobre papel 100% reciclado.

S U M A R I O

EDITORIAL 4

LOS TEMAS DE UTOPIAS: 150 ANIVERSARIO DEL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Karl Marx
Manuel Sacristán 21

Sobre el marco histórico del *Manifiesto Comunista*
José María Laso Prieto 39

El *Manifiesto* y la fundamentación de una ética
materialista
Juan Manuel Aragués 51

Marxismo y filosofía
Manuel Ballester 57

Marco histórico del *Manifiesto*.
Teoría de la revolución proletaria
Juan Trías Vejarano 65

Crítica y tendencias del capitalismo
en el *Manifiesto Comunista*
Gervasio Cordero 79

El *Manifiesto Comunista*: una lectura política
Ferrán Gallego 99

*Manifiesto del PCE para la Izquierda y Manifiesto
Comunista*: resumen comparativo
Rafael Pla 109

CRÍTICA DE LA CULTURA, CRÍTICA DE LA VIDA COTIDIANA

¡Libertad para Toni Negri!
Llamamiento 115

Las mujeres y el trabajo. La reducción
del tiempo de trabajo y la variable de género
Reyes Montiel 121

A DEBATE

Moneda única, política y sociedad
Agustín Morán 129

Europa, S.A. La democracia bajo la amenaza
de las multinacionales
Erik Wesselius 137

Por qué la crisis de gobierno de octubre en Italia
Luigi Vinci 145

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

La pequeña y mediana empresa en Cuba
Julio Carranza y otros 157

La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial
Jesús Albarracín y Pedro Montes 175

A VUELTAS CON LOS CLÁSICOS

Siete cartas inéditas de Federico Engels (V)
*Manuel Ballester, Felipe Giménez
y Luis Martínez de Velasco* 187

LIBROS

Pragmatismo versus marxismo
Manuel Ballester 197

ANIVERSARIO **manifiesto**
del partido
COMUNISTA

1848 150 1998

Revista

Editorial

La celebración del 150 aniversario del *Manifiesto Comunista* se está convirtiendo en el afianzamiento del marxismo como instrumento de análisis, interpretación y orientación para la acción en una sociedad que posee, de forma agudizada, los principales rasgos que Marx y Engels señalaron para el capitalismo a mediados del siglo pasado. Esta es la primera característica que destaca de este acontecimiento, la profundidad y eficacia de los conceptos analíticos elaborados para el estudio y la acción en un capitalismo incipiente como era el de la primera mitad del siglo XIX. Más aún cuando este capitalismo sólo había alcanzado una cierta organización, frente al marco general tradicional predominante, en la Inglaterra de la época. La segunda característica en la celebración de este sesquicentenario radica precisamente en la extrema agudización de los rasgos más prominentes de la lógica capitalista, tanto en cuanto a la explotación humana como en relación con la lucha ideológica. El desarrollo y evolución del modelo industrial-capitalista ha llevado hasta sus extremos todas las consecuencias implícitas en sus inicios, siempre de forma dialéctica, contradictoria, entre capital y trabajo. Por una parte, la ley del beneficio o plusvalía a extraer del capital invertido ha llevado a aumentar la explotación de la fuente de dicho beneficio, el trabajo asalariado. Por otra, el crecimiento de la fuerza de trabajo le ha hecho alcanzar a esta conciencia de clase, con todo lo que ello significa. De la misma forma, la batalla cultural e ideológica ha alcanzado niveles de gran confrontación al combinar el capitalismo, continuamente, a lo largo de todos estos años, las propuestas ideológicas, mistificadoras de la realidad, usando todos los medios propagandísticos y de comunicación de masas, con la coacción violenta en sus diferentes formas, desde la directa con los fascismos hasta la encubierta con las actividades paramilitares.

Sin embargo, también este aniversario se convierte en ocasión de realizar balances, reflexiones y puestas a punto sobre la obra iniciada a mitad del siglo pasado. Se han dado conquistas importantes, pero igualmente fracasos de gran envergadura a lo largo de todos estos años. Si el ideal

Verdad

comunista sigue moviendo el anhelo de transformaciones profundas en amplias capas de la población alrededor de todo el mundo, también los avances más significativos se han llevado a cabo en zonas en las que la composición de clase no era mayoritariamente obrera industrial, como la Rusia zarista, la China imperial, la península de Indochina descolonizada, la Cuba asediada por el neocolonialismo norteamericano, etc., mientras que en el núcleo de la Revolución Industrial, en los países europeos occidentales, la enorme masa del proletariado tomaba rumbos de colaboración con el sistema capitalista. Se ha producido una evolución del capitalismo hasta sus últimas consecuencias, pero de la misma forma se ha asistido a una evolución de los ideales y luchas anticapitalistas que obligan a una reflexión sobre sus aciertos y fracasos. Por último este balance y reflexión convierten en necesaria la toma en consideración para poner a punto la actualización de las ideas y deseos contenidos en el *Manifiesto Comunista* de las transformaciones sufridas en el seno de la población, del proceso productivo, las consecuencias del desarrollismo industrial sobre el medio ambiente y las facetas de emancipación culturales y antropológicas en la propia composición de género de la sociedad.

La persecución del aumento del beneficio para el capital invertido, que a su vez lo hace progresivamente, se ha producido en todos los frentes, tanto directa como indirectamente. Directamente al incrementar aceleradamente la productividad por hora trabajada merced a la innovación tecnológica y así mejorar la ganancia, al mantener el salario en niveles comparativamente inferiores; también obtiene más beneficios el capital al aumentar la base sobre la que extrae ganancias, es decir, el colectivo de asalariados, «proletarizando» a más y más capas de la sociedad, desde los anteriores artesanos hasta los profesionales; y por último, obtiene igualmente beneficios el capital al extender a toda la geografía mundial el proceso de explotación capitalista, sometiendo a su lógica, en el Tercer Mundo, desde la agricultura hasta la reproducción del modelo clásico de explotación industrial con largas horas de trabajo mal remunerado, sobre todo con el empleo de

Editorial

niños y mujeres. De una forma indirecta saca ganancia el capitalismo al someter al modelo capitalista más y más facetas de la actividad humana, ya en la esfera de la reproducción, vida familiar y similares en relación con los diferentes servicios, o en los más específicamente espirituales, como la configuración de la personalidad, que inicialmente no se ligaban a la producción de beneficio, como los del ocio o los culturales. La expresión más clara de ello la tenemos en dos manifestaciones paradigmáticas. La primera por las consecuencias hoy advertidas del proceso de mundialización de la economía, del capital financiero y globalización de la política, bajo las fórmulas del AMI (*Acuerdo Multilateral de Inversiones*, verdadero *Alto Mando Internacional del Capital*), al situar los intereses del capital por encima de la democracia. La segunda al instituirse el dominio del Pensamiento Único de ámbito planetario como conformación de la mentalidad de la población bajo la óptica del neoliberalismo, pretendiendo que sea inviable a los ojos de la población asalariada la posibilidad de una revolución que sitúe las necesidades sociales y la voluntad democrática como ejes de la acción social. Todo un adoctrinamiento en la resignación y el conformismo desde el individualismo.

La otra faceta, la correspondiente al mundo del trabajo, con el correlato del desarrollo de la conciencia de clase, también ha evolucionado a lo largo de estos 150 años, de forma contradictoria, tensa. En un primer momento, cumpliendo la «maldición» marxista, con el crecimiento del capitalismo crecía y se consolidaba la organización de los trabajadores, directamente en forma de sindicatos e indirectamente en forma política, como alternativa al modelo social, a través de los partidos socialistas y de la I y II Internacional, y su participación en los Parlamentos «burgueses». En un segundo momento, en los comienzos del siglo XX, a causa precisamente de ese crecimiento del proletariado político y de la maduración de la conciencia de clase con su objetivo revolucionario, la superación del capitalismo, aparece de forma álgida la disyuntiva sobre el qué hacer, dividiéndose el movimiento obrero en dos grandes corrientes, la que surge con la Revolución de Octubre, comunista y anticapitalista, la III Internacional, con las transformaciones

socialistas, es verdad que polémicas, en la URSS, y tras la Segunda Guerra Mundial en Europa oriental, China, Vietnam, Cuba, etc., y la corriente que pospone la revolución dirigiendo sus objetivos a la «socialización» del capital, derivando en anticomunista (asesinatos de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht) y contribuyendo a crear, tras la Segunda Guerra Mundial, el Estado del Bienestar y la Unión Europea, dentro de la esfera capitalista. Todo el siglo XX está marcado por esta dicotomía entre ambas perspectivas, con escasas ocasiones de unidad de acción, como en la etapa de los Frentes Populares. El hundimiento en 1991 de la primera opción de esta disyuntiva, la que representa las conquistas de la Revolución de Octubre, no significa paradójicamente el triunfo de la otra, la socialdemócrata, sino que se salda con un retroceso para ambas formulaciones, al erigirse como vencedor el proceso de mundialización neoliberal capitalista. Por esta razón, en cierta forma se puede decir que se vuelve a plantear a finales del siglo XX de nuevo la disyuntiva sobre el *qué hacer*.

El desarrollo de las ideas marxistas a lo largo de estos 150 años ha sufrido las consecuencias de la evolución de la pugna entre capital y trabajo que se ha señalado. Esta evolución ha dado como consecuencia la configuración de la conciencia de clase, y con ella la confrontación desencadenada por el capital. Este proceso ha estado marcado sobre todo por la aspiración del marxismo a ser una teoría para y por la práctica revolucionaria. Es decir, no ha sido la trayectoria de una teoría científica conformada a partir del método hipotético-deductivo, contrastada con las pruebas experimentales o con la lógica de la coherencia conceptual, sino que ha sufrido las tensiones propias, internas, de la elección sobre el mejor modo de luchar contra el poder del capital y las externas derivadas del ataque y deformación sistemática que el poder del capital ha hecho del marxismo. De todas formas, no se puede entender cabalmente la evolución del pensamiento marxista si no se le toma como expresión de la experiencia revolucionaria en cada etapa de la lucha de clases.

De esta forma nos encontramos con *seis etapas*, a su vez relacionadas con la configuración de la conciencia de clase y sus momentos

más significativos y críticos social y teóricamente, de confrontación con el capital, en medio de crisis del sistema capitalista. En esta evolución se han dado avances y retrocesos importantes. La primera etapa se extiende entre dos importantes derrotas, 1848, año de la revolución proletaria y nacionalista fracasada, y 1871, año de la lucha de la Comuna de París; la segunda llega hasta 1914-1917, con el triunfo, en plena Primera Guerra Mundial, de la Revolución Bolchevique; la tercera hasta 1945, se salda tras la Segunda Guerra Mundial, con la configuración del bloque socialista de Europa oriental, y la construcción del Estado del Bienestar en Europa occidental; la cuarta etapa, hasta 1968-1973, muestra señales de avance y de insuficiencia en la lucha revolucionaria, con los triunfos de la Revolución de Mao en China, la lucha heroica del pueblo de Vietnam y la conquista del socialismo en Cuba, amén de los procesos de descolonización; pero también contiene hechos tan significativos como la Primavera de Praga, el Mayo Francés, la Crisis Fiscal del Estado y la caída de Allende; la quinta, hasta 1990-1991, revela el declive general de la lucha revolucionaria con las dificultades crecientes del bloque socialista de Europa Oriental, con la caída del Muro de Berlín y hundimiento de la URSS y con el avance del pensamiento neoliberal y su asunción por las fuerzas de la socialdemocracia bajo la forma de «competitividad» (Tratado de Maastricht), y la sexta etapa, hasta la actualidad, supone por una parte la plena manifestación del proceso de mundialización de la economía neoliberal, y por otra la posibilidad de recuperación de la conciencia de clase y de la lucha revolucionaria desde perspectivas marxistas renovadas, de plasmar el deseo expresado en el *Manifiesto Comunista*, «todo un mundo para conquistar».

En la primera etapa (1848-1871), tras la publicación del *Manifiesto Comunista*, en un contexto de suma clandestinidad, las pugnas iniciales que derivaron en la constitución de la I y II Internacionales toman como referencia la inminencia de la revolución y el fortalecimiento de la organización sindical y política de los partidos obreros. La experiencia de la Comuna de París en 1871 pone en evidencia la necesidad de mayor claridad

teórica y organizativa y decanta la ulterior evolución teórica dentro de la socialdemocracia, en un contexto de presencia representativa de las organizaciones obreras en las instituciones parlamentarias y de construcción de los Estados Nación, como expresión del proceso industrializador. La presencia de las tesis y métodos anarquistas posee trascendencia en los contextos con más influencia agraria, como Rusia y España.

En la segunda etapa (1871-1917), la creciente importancia de los partidos obreros en los Parlamentos nacionales europeos da lugar a dos procesos. Por una parte, ya no puede ocultar por más tiempo la «ciencia» académica, oficial, la existencia de una interpretación y práctica sobre la naturaleza del capitalismo, el marxismo, ni descansar en los instrumentos ideológicos tradicionales de alienación cultural (el opio del pueblo), forzando la elaboración de alternativas teóricas al marxismo. En ese sentido se sitúa la obra de Max Weber tanto a la hora de «explicar» el origen del capitalismo (la ética protestante) como al fundamentar una ciencia, la «sociología», sobre bases más sólidas que las que utilizó Comte, y a la larga, con la sociología funcionalista de Parsons, eficaz en la tarea de integración de la población al sistema social capitalista. El otro proceso afecta al desarrollo teórico del propio marxismo. El fortalecimiento de la influencia socialdemócrata en el Parlamento alemán le concede importancia a la cuestión de conquista del poder, y por tanto a la necesidad de indicar posibles vías para tal conquista (¿Revolución?) y para la eventual superación de la sociedad capitalista. Esta es la polémica que se desarrolla a lo largo de estos años entre el reformismo y las interpretaciones radicales sobre la naturaleza de la sociedad capitalista y por ello sobre su vía de superación organizando y orientando al proletariado. Las obras de Kautsky y Bernstein por una parte y las de Engels, Rosa Luxemburgo y Lenin por otra desembocan, con motivo de la Primera Guerra Mundial, en el alineamiento por la socialdemocracia, en el último momento, con cada gobierno en contienda, y en la Revolución de Octubre por parte de la orientación comunista. En ese contexto constituyó una aportación original y de gran valor la interpretación de

Lenin sobre la transformación del capitalismo en capitalismo monopolista. La victoria bolchevique se convirtió en la prueba práctica de la posibilidad, y necesidad, de construir una sociedad socialista, gracias al empuje unitario de las masas organizadas. El proletariado irrumpe como protagonista en la historia. El siglo XX va a estar marcado por esta victoria.

La tercera etapa (1917-1945), en la primera mitad del siglo XX, está caracterizada por el efecto conjunto de las crisis periódicas del capitalismo, llegando al hundimiento de la Bolsa de Wall Street en el famoso martes negro de octubre de 1929, y por la constitución de los fascismos en Europa occidental, y de la influencia creciente del marxismo revolucionario por efecto de la consolidación del modelo soviético. Es el momento de constitución del conjunto de partidos comunistas a lo largo de los diferentes países occidentales y no occidentales, y de la presencia de intelectuales marxistas en los principales frentes culturales del mundo occidental, desde la fábrica de sueños, Hollywood, hasta las excelsas universidades inglesas de Oxford y Cambridge. El correlato de esta influencia es el desarrollo de tendencias marxistas en las principales disciplinas sociales, desde la geografía y la historia, hasta la psicología, la sociología, la pedagogía o la economía. En este contexto, la experiencia concreta de los Frentes Populares alcanzó su expresión más madura, ayudando a la ulterior lucha antifascista y a la constitución de la Resistencia en los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial. Mención aparte, por su trascendencia para nosotros, tuvo la Guerra Civil española, puesto que permitió la plasmación concreta y contradictoria de las diferentes propuestas revolucionarias, así como la experiencia única en la historia moderna de la solidaridad internacional con las Brigadas Internacionales. Es cierto que esta experiencia de unidad de acción antifascista dio lugar a resultados positivos, pero también a confrontaciones violentas de las que justo en estos años empezamos a recuperarnos.

De todas formas la experiencia de construcción del «socialismo en un solo país», sobre todo a partir de la muerte de Lenin, con

Stalin, unido a la dificultad de la lucha obrera en el ambiente del fascismo prebélico europeo, da lugar a la aparición de hechos y críticas sobre el modelo soviético y sobre la mejor forma de encaminar la lucha revolucionaria en los países desarrollados. Destacan en este sentido las obras de Antonio Gramsci, Georg Lukacs, Karl Korsch y de Trotsky. El impacto de la Revolución de Octubre no se limita a los países occidentales, sino que desde las diferentes colonias acuden a la metrópoli, sobre todo París, en un ambiente de gran debate teórico, los que más tarde serán dirigentes revolucionarios en Asia, África o América Latina.

La cuarta etapa (1945-1973), la que se extiende desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el período 1968-1973, es la más intensa y dura en cuanto a confrontación ideológica entre capitalismo y socialismo, pero asimismo se da una profunda tensión dentro del propio campo y pensamiento marxista. Se asiste al desarrollo, casi como consecuencia de la enorme fuerza ideológica revolucionaria acumulada en los años anteriores a la guerra, de experiencias socialistas en cada zona geográfica del mundo, unidas al proceso de descolonización y emancipación. En la región europea central y oriental bajo influencia soviética; en la asiática, como en China y en la península de Indochina, bajo el liderazgo teórico y organizativo de Mao Tse Tung y Ho Chi Min respectivamente; en la africana desde Argelia hasta Angola y Mozambique, pasando por la experiencia de Nasser en Egipto, posee importancia la orientación socialista, como demuestra la obra de Lumumba; y en la americana la victoria de Fidel y el Che en Cuba constituyen toda una esperanza para el continente. Por otra parte se produce una importante reflexión del marxismo occidental sobre estas cuestiones, sobre la difícil experiencia propia y las escasas perspectivas de lucha en el seno de la sociedad capitalista, en ausencia de una III Internacional, y ante la construcción del Estado del Bienestar y del Mercado Común. En medio de esta confrontación surge la experiencia de los países no alineados con un papel protagonista por parte de Yugoslavia y la India, reclamando una opción diferente a la de la bipolarización política e ideológica.

La «guerra fría» no solo congeló y caricaturizó en ambas partes las posturas ideológicas, sino que rigidificó igualmente las sociedades. Al anticomunismo maccartista y de la OTAN, se le añadió la represión brutal, sanguinaria y la guerra sucia en todos los continentes por parte de los Estados Unidos de Norteamérica, con millones de víctimas. En América Latina (desde Guatemala, 1954, hasta Chile, 1973, pasando por Brasil, 1964), en África (desde la zona de Palestina, con Israel, hasta el apoyo al régimen de Suráfrica, pasando por la creación de movimientos «contra» en Angola o Mozambique) y en Asia (desde Irán en 1953 hasta Indonesia en 1965, pasando por la involucración en la península de Indochina). En el campo socioeconómico, el FMI y el Banco Mundial, diseñados en Bretton Woods, garantizaron la aplicación de los principios de lo que más tarde se llamaría el neoliberalismo, y que desembocaría en el proceso de mundialización y globalización. En el campo cultural tuvo este comportamiento su correlato en la teoría de los modelos de desarrollo (el famoso *take off* de Rostow), y su «ayuda» al Tercer Mundo. En el campo militar se asiste a la última intervención europea en África con motivo de la crisis del Canal de Suez (1956), pero son los Estados Unidos de Norteamérica los que se erigen en gendarmes mundiales en nombre de Occidente. También se dio una rigidificación del marxismo en la Unión Soviética, denunciada entre otros por Haveman, que afectó en alguna medida a la producción del resto de pensadores del área socialista, como el propio Lukacs. Es comprensible que la cascada de luchas de independencia con ideas socialistas a lo largo y ancho del mundo, desde la Larga Marcha de Mao hasta la lucha del FLN de Argelia, pasando por la conquista del socialismo en Cuba, hiciera concebir al marxismo soviético una visión global en la que la esperanza de revolución sólo podría proceder del Tercer Mundo, condenando a las fuerzas de izquierdas occidentales al papel de comparsas en ese escenario. Los problemas en el seno del marxismo soviético se hicieron evidentes a partir de la muerte de Stalin (1953). A la vez que se celebra el XX Congreso del PCUS con el informe de Krushev se produce en 1956 la «rebelión» en Budapest y en Poznan. Sin embargo, la crisis más profunda fue

la que supuso, a los pocos años, en 1969, la confrontación entre la Unión Soviética y China. La Revolución Cultural, lanzada en 1965, suponía una interpretación opuesta a la soviética sobre la configuración de una experiencia de transición socialista sin las consecuencias «aburguesadoras» y «burocratizantes» de incorporar en su seno la lógica inherente al industrialismo. No habría «neutralidad» de la tecnología ni de la industrialización ni tampoco de la acumulación primitiva de capital.

Pero para los marxistas europeos el año 1968 sería de gran importancia. Venía precedido de dos acontecimientos del año anterior, la captura y muerte del Che en Bolivia, todo un símbolo para la izquierda revolucionaria europea, con lo que significaba de rearme violento de las fuerzas del imperialismo en América Latina, y el golpe de Estado de los coroneles en Grecia. El Mayo Francés y la revuelta estudiantil en los países occidentales pusieron en evidencia la incapacidad de las fuerzas de izquierdas europeas para llevar a cabo la transformación socialista que demandaba la juventud antisistema y, por otra parte, la Primavera de Praga y la subsiguiente invasión por las tropas del Pacto de Varsovia mostraba la incapacidad de la estructura social y política de los países del bloque socialista para unir democracia y socialismo. Las potencialidades de la crítica marxista dentro del sistema capitalista, como las que suponían, en diferentes frentes, las obras de Marcuse, Althusser, Sweezy, Samir Amin, Habermas, Thompson, James Petras, Maurice Dobb, Gunder Frank, Harry Magdof, etc., o las iniciativas de renovación en el seno del sistema socialista, como las del grupo constituido alrededor de Radovan Richta, la del propio Lukacs, Adam Schaff, etc., no fueron aprovechadas. Se puede señalar que parte de estas aportaciones teóricas, como las de Althusser o Habermas, indicaban ya la recesión de la lucha obrera en un frente hostil, como era el de la Europa de los años sesenta y setenta, dominados por el consenso impuesto por la socialdemocracia.

En este panorama el movimiento comunista europeo occidental, en los países con más influencia, Francia, Italia, Grecia, España, Portugal, carecía por una parte de una estrategia común y por otra tenía

experiencias diferentes, en unos casos actuando en un contexto de democracia y en otros perseguidos y en clandestinidad. Ello explicaba que dominase la necesidad de elaborar programas atenedos exclusivamente a las condiciones presentes en cada país. La reconstrucción del análisis de clase desde las contradicciones y problemas específicos de cada nación dio lugar a una dispersión de planteamientos con pocos nexos concretos de unión, excepto la solidaridad internacionalista. Todo ello, unido a la visión oficial de Moscú sobre la construcción del Mercado Común como instrumento paralelo al de la OTAN y Plan Marshall en el intento imperialista de cercar al bloque socialista, deparó una deriva nacionalista de cada comunismo. De ahí la incapacidad para interpretar adecuadamente la concreta forma europea de Estado del Bienestar, y con ello elaborar propuestas de intervención, en el seno de la nueva realidad, la Comunidad Económica Europea.

Pero lo más significativo desde el punto de vista económico consistió en la crisis del sistema capitalista acaecida en 1973. La llamada por James O'Connor «Crisis Fiscal del Estado» puso de manifiesto la profundidad de las tensiones que atravesaban al mundo capitalista. Era el fin de la era keynesiana, y con ello el retroceso paulatino de los aliados de la construcción del Estado del Bienestar, las socialdemocracias. La incapacidad para diagnosticar éstas la naturaleza de la crisis les ha hecho incorporar a su ideario los objetivos que el capitalismo ha preparado en su lugar, el modelo neoliberal con la competitividad como eje director. Esta crisis del sistema capitalista desencadena una fuerte ofensiva dirigida tanto a doblegar a la clase obrera occidental como a eliminar la potencialidad revolucionaria del bloque socialista.

Precisamente la quinta etapa (1973-1991), la que se extiende desde esos años hasta el trienio 1989-1991, es la concreción de esta estrategia. El avance de las tesis neoliberales y su incorporación a la teoría y práctica del movimiento obrero va paralelo a la pérdida de conquistas conseguidas con el Estado del Bienestar (modelo de recortes sociales de Thatcher, extendido al resto de países con su progresivo desmantelamiento) en el ámbito occidental,

y al proceso de estancamiento y debilitamiento paulatino del bloque socialista europeo (era Breznev). No es casual que sea esta la etapa en la que se da con más dramatismo el empobrecimiento creciente del Tercer Mundo, fruto del intercambio desigual y de la pauperización mundial. Asimismo asistimos a la extensión de dictaduras militares en América Latina, con las más sangrientas, las de Chile y Argentina.

En medio de este proceso, como un intento de renovar el pensamiento y la práctica comunista occidental y dar una respuesta a la «condena» que se había lanzado sobre la inviabilidad de una revolución socialista en Europa occidental, surge el fenómeno del «eurocomunismo», abanderado por los Partidos Comunistas de Italia, España y Francia. Aunque esta experiencia duró poco tiempo, desde 1974 hasta 1982, y con la corta adscripción a la misma del PCF, tuvo su importancia porque determinó evoluciones posteriores. El núcleo teórico de este fenómeno combina la consideración del Estado como marco relativamente neutral, la vía democrática para alcanzar la conquista del socialismo y la constitución de un «bloque histórico» antiimperialista en el que tienen su lugar parte del capitalismo nacional, los partidos socialistas e incluso algunos partidos democráticos de derechas. La formulación más clara de esta propuesta efímera la lleva a cabo el PCI, obsesionado por haber sido sistemáticamente vetado por Estados Unidos para acceder al gobierno y forzado a incorporar a su seno al Partido Socialista Italiano, de menor presencia democrática, pero imprescindible para alcanzar la mayoría parlamentaria. De ahí la interpretación más enfática de Berlinguer, en aquellos años, de saldar con esa propuesta la profunda herida abierta en el seno de la izquierda en los años veinte y recomponer la unidad de la izquierda. La evolución ulterior demostró la importancia a la vez que los riesgos de tal iniciativa. Por una parte situó al comunismo occidental en posición de apertura intelectual y organizativa al ser más sensible a los nuevos sujetos revolucionarios y a los colectivos opuestos al capitalismo, como el pensamiento ecologista, pacifista, feminista, etc. Pero por otra parte, al darle prioridad a la presencia mayoritaria en las

instituciones representativas, la necesidad de votos obligó a centrar la propuesta política y con ello se acercó a la postura de la socialdemocracia. La trayectoria del PCI muestra la segunda opción, puesto que hoy está escindido entre una mayoría en la II Internacional, como PDS con la experiencia del Olivo, y una minoría con posturas de clase, Refundación Comunista. La primera opción, la de apertura intelectual y organizativa, la representa el PCE con la apuesta estratégica por Izquierda Unida.

De todas formas el hecho más ilustrativo de este período es la conformación de la etapa última del proceso de mundialización de la economía, llevando el FMI y el BM el modelo neoliberal con sus ajustes estructurales e intensificación del intercambio desigual a todo el planeta. Para ello queda por eliminar la experiencia socialista por una parte y por otra rebajar las pretensiones de la clase obrera de Europa occidental, desmantelando el Estado del Bienestar. De hecho, junto al marasmo progresivo del bloque socialista europeo oriental y de la URSS, avanza la conversión del Mercado Común en un bloque más eficaz, gracias al Tratado de Maastricht, que justo se redacta a lo largo de estos años, merced al Informe Cechini. Las intenciones de Gorbachov en la URSS, con la Glasnot y la Perestroika, de evitar el hundimiento del sistema se revelan impotentes, más aún, parecería que aceleran dicho proceso.

La sexta y última etapa (1991-1998) es la que vivimos con sensación ambivalente; de pérdida, pero a la vez de renovada esperanza. No se puede negar la enorme influencia en la conciencia de la población y en el movimiento comunista que tuvo el hundimiento de la URSS, hasta el punto de producir dos manifestaciones significativas. Por una parte la convicción por los ideólogos del capitalismo del «fin de la historia» (Fukuyama), dando a entender la eternidad del mismo y la inutilidad de todo pensamiento revolucionario; pero por otra el lanzar la socialdemocracia las campanas al vuelo por derrota de la vía revolucionaria, reclamando el triunfo de sus tesis reformistas, y llamar a la «casa común» o a la «causa común». Sin embargo ni la historia ha terminado, como lo demuestra la intensificación de la lucha

de clases en todo el mundo, ni la vía que queda es una vuelta al pasado, con las propuestas de la II Internacional, sino que la práctica está demostrando tanto la vigencia del marxismo revolucionario como la ampliación de los colectivos y pensamientos que se combinan con el mismo para avanzar. Es en esta situación en la que hay que darle toda la importancia que merece a la recuperación del voto comunista en diferentes países de la anterior URSS, desde Rusia a Ucrania, Bulgaria o Moldavia. De hecho es significativa la necesidad de constituir foros de la izquierda transformadora en las diferentes regiones del mundo, como la plataforma unitaria en Europa con el Grupo del Parlamento Europeo y del Consejo de Europa alrededor de la Izquierda Unitaria Europea, verdadera izquierda alternativa, con sus cumbres como las de París, Lisboa, Madrid, Berlín; en América Latina con el Foro de Sao Paulo, e incluso en Asia y el Pacífico con iniciativas similares, o la propuesta para crear un Foro de Tercer Mundo que aglutinase todas las experiencias y ansias de revolución.

Precisamente en París se celebra en mayo el 150 aniversario del *Manifiesto Comunista* como expresión del movimiento inspirado por las ideas de Marx y Engels a lo largo y ancho del mundo, y en todas las facetas de la vida social. Con la presencia de representantes procedentes desde los Estados Unidos de Norteamérica hasta Japón, o desde Finlandia hasta Suráfrica o Australia. Y con intelectuales procedentes de todos los campos del saber, desde la economía hasta la psicología, desde la historia hasta literatura o antropología. El PCE se ha sumado a este aniversario con delegados cualificados, y ha querido dedicar este número de *Nuestra Bandera-Utopías* al mismo con la contribución de trabajos de gran calado como los que los lectores tienen en sus manos. ■

Colaboran en este número

Manuel Sacristán (☆1925-†1985)

Filósofo

José M.^a Laso Prieto

Comité Federal del Partido Comunista de España

Juan Manuel Aragüés

Secretario gral. del Partido Comunista de Aragón

Manuel Ballestero

Filósofo

Juan Trías Vejarano

Comité Federal del Partido Comunista de España

Gervasio Cordero

Comité Central del Partido Comunista de Madrid

Ferrán Gallego

Responsable de Formación de PSUC Viu

Rafael Pla

Comité Federal del Partido Comunista de España

Reyes Montiel

Consejo Político Federal de Izquierda Unida

Agustín Morán

Miembro del CAES

Erik Wesselius

Foro Alternativo de Amsterdam

Luigi Vinci

Eurodiputado de Rifundazione Comunista (Italia)

Julio Carranza

Economista. Universidad de La Habana (Cuba)

Jesús Albarracín

Economista

Pedro Montes

Economista

Luis Martínez de Velasco

Filósofo

uto?ías

LOS
TEMAS
DE
uto?ías

**150 ANIVERSARIO
DEL MANIFIESTO
DEL PARTIDO
COMUNISTA**



Portada de la primera edición (febrero de 1848)

1848-1998

150 aniversario del Manifiesto Comunista

JORNADAS UNIVERSITARIAS en ANDALUCÍA

Málaga, 29 y 30 de mayo de 1998

Con el pretexto del aniversario del Manifiesto, la FUNDACIÓN ANDALUZA JOSÉ DÍAZ pretende modestamente favorecer la reflexión, la puesta en común y la comunicación entre personas que valoran como importante la aportación del pensamiento de Marx y de Engels, personas que se dedican a la ciencia, al pensamiento y a la acción; mirando también hacia la realidad y retos del presente y... para el futuro.

P R O G R A M A

VIERNES 29 DE MAYO

17,00 HORAS

Conferencia de apertura, a cargo de Josep Fontana (UNIV. POMPEU FABRA, BARCELONA)

FORO I. El Manifiesto Comunista de 1848, contexto y consecuencias.

PANEL: Antonio M. Bernal (UNIV. SEVILLA), Manuel López Calvo (UNED), Angel Galán (UNIV. MALAGA), Josep Fontana (UNIV. POMPEU FABRA)

SABADO 30 DE MAYO

10,30 HORAS

FORO II. Vigencia y carencias del Manifiesto Comunista. El Marxismo y las nuevas percepciones y movimientos.

PANEL: Isidoro Moreno (UNIV. SEVILLA), Celia Amorós, José Luis Serrano (UNIV. GRANADA), Juan Manuel Aragüés (PROFESOR FILOSOFIA I.E.S.)

16,00 HORAS

FORO III. ¿Cómo afrontar hoy la transformación? La izquierda en el umbral del siglo XXI.

Ponencia: Marta Harnecker (MEPLA, LA HABANA)

19,00 HORAS

FORO IV. ¿Cómo afrontar hoy la transformación? Trabajo, capital y Estado.

Panel: Salvador Jové (EURODIPUTADO), José Luis Núñez (ABOGADO), Luis Enrique Alonso (UNIV. AUT. MADRID)

22,00 HORAS.

Clausura

LUGAR DE CELEBRACIÓN:

Aula de Grados María Zambrano. Facultad de Filosofía y Letras. Campus Teatinos. Universidad de Málaga.

Las inscripciones previas a las Jornadas dan derecho al almuerzo en los comedores universitarios el sábado 30 y recibir las ponencias y comunicaciones, así como la edición posterior de las Jornadas. Los derechos de inscripción ascienden a 2.500 pta. Las personas que envíen comunicaciones a las Jornadas estarán exentas de pago de esos derechos. En ese caso, el título y un resumen como máximo de dos folios deberá enviarse a la Secretaría antes del 25 de Mayo. El plazo de inscripción comienza el día 19 de abril de 1998 y concluye en la inauguración de las Jornadas. Las inscripciones se podrán realizar en secretaría o a través de nuestra página Web. Las ponencias y comunicaciones estarán disponibles en Internet, en la dirección www.josediaz.org

SECRETARÍA DE LAS JORNADAS: Pintor Peñalosa, 6. 14011 Córdoba. Teléfono y fax: 957 767036

FUNDACIÓN ANDALUZA JOSÉ DÍAZ: Teodosio, 60. 41002 Sevilla. Tel.: 954 901555. Fax: 954 900978.

FUNDACIÓN ANDALUZA JOSÉ DÍAZ



Karl Marx*

Manuel Sacristán

Durante muchos años —quizá más de un siglo—, cuando en los ambientes conservadores seguía siendo de buen tono el antijudaísmo, Marx era en la conversación trivial «el judío alemán» que soliviantaba a los obreros, como Freud «el judío alemán» que corroía la fe de los hijos en sus padres y Einstein «el judío alemán» empeñado en destruir las confortadoras nociones tradicionales del espacio, el tiempo y el movimiento.

Karl Marx nació, efectivamente, en una familia hebrea, rabínica por ambas ramas, el 5 de mayo de 1818, en la ciudad alemana de Tréveris (Trier), Renania. Los judíos de Renania no vivían segregados del resto de la población ni en condiciones de inferioridad legal: Napoleón había conquistado los territorios del Rin en sus guerras contra los monarcas austríaco y prusiano y, a su modo, había transmitido a las poblaciones renanas un legado de la Revolución francesa: la igualdad formal de todos —hebreos o cristianos— ante la ley. Por ello algunos judíos de Renania empezaban a ser ya más alemanes que judíos; el padre de Marx, por ejemplo, era un jurista ilustrado que ejercía incluso un cargo de representación de sus colegas abogados ante los tribunales.

Pero poco a poco el rey de Prusia —bajo cuya soberanía quedaron las tierras del Rin septentrional tras la derrota de Napoleón— fue restaurando el antiguo régimen autoritario, vestigio político de la Edad Media, en la totalidad de sus dominios. El poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856) —también judío y también renano— expresó la vuelta a la antigua situación discriminada reconociendo que el abandono de la condición de judío, el bautismo cristiano, era el «billete de entrada a la cultura europea». Casi simultáneamente lo comprendía también así el abogado Heinrich Marx: el año 1824 hizo bautizar a sus hijos —incluido Karl— por la Iglesia Evangélica.

Ni la educación, ni la cultura, ni la inspiración de Karl Marx han sido judías en ningún sentido específico. Si vale la pena tener presentes sus orígenes hebraicos es precisamente porque la primera vez que Karl Marx se ha enfrentado con la cuestión judía —cuando ya tenía veinticinco años— ha sido para

(*) Artículo publicado con el mismo título en la *Enciclopedia Universitas*, n.º 131 y 132, de 11 y 18 de abril de 1974, Editorial Salvat, Barcelona.

volver del revés la frase, entonces razonable, de que había que liberar a los hebreos del mundo, sosteniendo, por su parte, que lo necesario era «liberar al mundo del judaísmo».

Al decir eso el joven Marx no piensa, como es natural, en exterminar a su pueblo, ni en perjudicarlo o discriminarlo de ninguna manera. Pero tampoco se limita a una simple metáfora. Su visión del problema judío se basa en la observación del aislamiento en que se encuentran las comunidades judías. La mayoría de las personas de ánimo liberal pensaban en aquella época —como muchos siguen pensándolo hoy— que lo que necesitan las comunidades minoritarias más o menos discriminadas y cerradas es que se supere su aislamiento, su «extrañación» o «alienación», como se decía entonces —y hoy se vuelve a decir— usando términos de la filosofía de la época. Las personas bien intencionadas que deseaban ayudar a los discriminados judíos de Prusia daban por supuesto que la alienación de los hebreros respecto de la sociedad alemana era efecto de la opresión que sufrían. El joven Karl Marx admite, ciertamente, que sus compañeros de raza sufren una opresión discriminatoria. Pero piensa que el aislamiento, la insolidaridad en el vivir, la competición y guerra de todos contra todos —la «alienación», en suma— no es algo sufrido sólo por los judíos, sino un mal característico de todos los grupos y los individuos de la sociedad moderna. Y aún más: el joven filósofo de Tréveris sostiene que los judíos, con su asiduo cultivo de las actividades mercantiles, son no sólo víctimas, sino también actores de la enfermedad de alienación.

Pues lo característico de la sociedad moderna, de la sociedad más alienadora o «desgarrada» —también palabra de mucho uso en la juventud de Karl Marx y utilizada por él mismo durante toda su vida—, es precisamente la mercantilización general de la vida, la conversión de toda realidad en mercancía.

Los problemas del pueblo judío no dan a Marx sino ocasión de desarrollar por vez primera, de un modo bastante completo, su crítica de esta vida y esta sociedad mercantiles, capitalistas, caracterizadas por el grado extremo de la alienación, por la extrañeza de todos para con todos e incluso de cada cual para con su hacer, para con su trabajo y hasta para con su propia intimidad. En efecto, Karl Marx piensa que hasta uno de los logros más elogiados de esta sociedad moderna o burguesa, la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano, es la consagración completa de la vida alienada de sí misma: el «ciudadano» tiene en la sociedad burguesa derechos y deberes elevados, hasta sublimes a veces; pero al mismo tiempo se reduce —y precisamente bajo el rótulo de «hombre»— al solo derecho de poseer, reduce sus sentidos al «sentido del tener», como dirá Marx despectivamente. Esta escisión moderna entre el «ciudadano» universal y el «hombre» reducido a propietario es, dice Marx, la «sofística del Estado burgués», el derecho civil y político de la alienación. La vida de Karl Marx ha sido desde entonces (1843-1844) el esfuerzo y la lucha intelectuales y prácticos por una sociedad superadora de la alienación: una sociedad de la armonía entre cada cual y los demás, entre cada individualidad y su proyección social (entre el hombre y el ciudadano), entre cada cual y su trabajo, entre cada cual, los demás y la naturaleza; ésta es la significación más elemental del término «comunismo» cuando lo usa Karl Marx, desde sus veinticinco años hasta su muerte, a los sesenta y cinco, en 1883.

Lo que importa es transformarlo

Karl Marx cursó la enseñanza secundaria de 1830 a 1835. Fue un bachiller estudioso, agudo y excesivamente apasionado, según el juicio de sus profesores, particularmente el de lengua; los ejercicios escolares de Karl Marx mueven a dar la razón a este profesor, que los apreciaba mucho, pero criticaba el desbordamiento de la prosa del alumno, insaciable de metáforas robustas y audaz en las complicaciones de una sintaxis ya de por sí poco llana como es la germánica.

En el curso 1835-1836 empezó Marx sus estudios universitarios, oficialmente jurídicos, en la Universidad de Bonn. Aquel curso —de poco estudio, muchos versos, bastantes juergas y un duelo— le sirvió al propio interesado, y aún más a su preocupado padre, para comprobar que su exuberancia vital podía llegar a perjudicarle. Desde el curso siguiente se trasladaría a la Universidad de Berlín, la ciudad en la que cimentó su formación entre 1836 y 1841.

Antes, en el verano de 1836, Marx se prometió secretamente con Jenny von Westphalen (1814-1881). Jenny descendía por línea materna de nobleza escocesa antigua; la familia del padre —hombre culto y liberal— era bastante característica del funcionariado prusiano y había sido ennoblecida en la generación anterior. La diferencia social puede explicar el que Jenny y Karl mantuvieran secreto su compromiso durante algún tiempo. También puede haber pesado el hecho de ser Marx en aquel momento un estudiante sin oficio ni beneficio. Siendo ya un hombre maduro, con todas sus hijas casadas, Marx se enfadó porque uno de sus yernos, con la intención de elogiarlo, había aludido a prejuicios de los Von Westphalen contra la boda de su hija (espléndido «partido», por lo demás, al que aspiraron caballeros distinguidos, «arios» y ricos). Pero también se conservan cartas de la madre de Marx en las que ésta se queja de desconsideraciones por parte de los Von Westphalen. Tal vez aclare algo las cosas el hecho de que esta familia, como bastantes otras casas hidalgas de la época, se había ido dividiendo en dos ramas: una, crítica del antiguo régimen, liberal, a veces incluso revolucionaria (en la que hay que contar al barón Ludwig von Westphalen y a su hija Jenny) y otra, conservadora primero y, luego de la revolución de 1848, reaccionaria en sentido propio, o sea, partidaria de reaccionar contra el cambio social; mientras Jenny luchaba contra la miseria durante el exilio londinense de los Marx desde 1849, uno de sus hermanos era ministro del rey de Prusia.

Karl Marx ha podido trabajar e incluso subsistir durante los años más difíciles de su vida gracias a la sorprendente aptitud de la aristócrata Jenny von Westphalen para aguantar la pobreza. Pero ya muchos antes, desde sus años de estudiante, había empezado a ser deudor de la familia de su mujer. Y más precisamente, del padre de ésta. El barón Von Westphalen mostró buena vista cuando conoció al adolescente Karl Marx; apreció su inteligencia y su vitalidad espiritual y le procuró acceso a un tipo de alimento y disfrute intelectual que Heinrich Marx mismo no podía dar a su hijo. El viejo Marx proporcionó al futuro fundador del comunismo modernos bienes culturales principalmente adecuados para el desarrollo del pensamiento lógico y científico: la lectura de los ilustrados franceses y alemanes y la disciplina del razonamiento jurídico. Pero en otros campos Heinrich Marx estaba lejos de las necesidades de su hijo. Lo sabía y hasta se expresaba al respecto con una modestia que difícilmente tendrán muchos pa-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

dres para con sus hijos. (Tal vez por esto Karl Marx llevó consigo durante toda la vida un retrato de su padre; muchos años más tarde, su íntimo amigo Friedrich Engels, que conocía bien sus sentimientos, metió aquel retrato dentro del ataúd de Karl Marx.) En cambio, el barón Von Westphalen se parecía a su futuro yerno sobre todo en el apasionamiento del espíritu y en el consiguiente gusto de recibir y producir sensaciones relacionadas con la naturaleza, la palabra, las artes. Karl Marx debe a su suegro el primer conocimiento sólido de bienes que durante toda su vida le serán disfrute y apoyo connaturales. Homero y los trágicos griegos leídos (y muy sabidos) en el original, Dante en italiano, Shakespeare en inglés, Cervantes en castellano. Es casi seguro, además, que el primer trato de Karl Marx con ideas socialistas le viniera precisamente de su suegro, que conocía y apreciaba la literatura sansimonista.

El padre y el suegro de Karl Marx fueron, en suma, buenos introductores al estudio superior, que Marx realizó propiamente en Berlín. No tanto en la Universidad de Berlín cuanto en la ciudad de Berlín. El profesorado universitario berlinés ha dado poco a Marx. Sin duda fue una casualidad afortunada que llegara a oír al principal discípulo de Hegel en el campo de las ciencias sociales —el jurista Gans— y a su principal contradictor en este mismo campo —Savigny, cabeza de la escuela histórica del derecho—; pero como, aparte de estos dos productivos maestros, las facultades no le ofrecían gran cosa, Marx estudió sobre todo por su cuenta, aprovechando sólo como pretexto el orden de los estudios universitarios.

Por su cuenta, y gracias al impulso filosófico del ambiente berlinés, Marx había llegado a la ciudad con una incipiente formación filosófica —la facilitada por la ilustrada tradición paterna— que le predisponía contra la mayor influencia filosófica presente en Berlín: la influencia de Hegel, muerto cinco años antes. Lo que Marx había recibido del mundo filosófico de su padre era, sobre todo, la agudeza crítica, el optimismo progresista y la mesura en el pensamiento, poco amigo de especulaciones atrevidas, que son los rasgos más generales de lo que se suele llamar «Ilustración», la cultura crítica (pero no siempre revolucionaria), racional (pero no siempre dispuesta a luchar por la razón) y confiada (aunque inhibida a menudo por cierto escepticismo aristocrático) en que habría podido culminar el siglo XVIII francés si la desesperación de la plebe de París y de muchos campesinos no hubiese encontrado una salida revolucionaria en 1789-1793. En cambio, el pensamiento de Hegel, atractivo como los grandes poemas homéricos o dantescos, absorbente como el mundo trágico de Shakespeare o como el melancólico narrar de Cervantes, es un intento desmesurado de interpretar todo lo real, toda la historia, por medio de algunos principios de movimiento o cambio descubiertos en ella. Desde su primera gran obra juvenil, la *Fenomenología del Espíritu* (1807), Hegel reconstruía todo el mundo y su historia como una sucesión de «figuras del Espíritu», el cual sería la realidad inicial y última.

El estudiante Karl Marx, recién llegado a Berlín, sentía antipatía por esta desafortunada, ambiciosa y fantástica construcción intelectual. Por otra parte, su obligación era estudiar leyes, no filosofía. Pero el «enemigo» —como él mismo decía— lo fascinaba. Marx pensó que no podría construir con tranquilidad su saber jurídico mientras no contara con unos fundamentos filosóficos que le librarán de la incómoda presencia del gran sistema de Hegel. Puso manos a la obra con su habitual apasionamiento —y con las habituales angustias de su padre—, es-

tudiando, leyendo y escribiendo día y noche, a veces durante varios días y varias noches sin parar, hasta que se puso enfermo de cierta consideración y, siguiendo el consejo médico, se instaló en las afueras de Berlín.

Desde su punto de vista, el brutal esfuerzo había valido la pena: el joven filósofo había desarrollado en varias versiones una reflexión filosófica que le daba confianza. Sólo que quedaba muy alterada su situación respecto del antipático gigante cuya refutación había intentado en tantas noches de filosofar de urgencia. Como dice Karl Marx en una carta a su padre, la última frase de la versión definitiva de su manuscrito filosófico era «la primera proposición del sistema hegeliano». Una buena derrota del prejuicio. Karl Marx conservaría siempre esta libertad antidogmática, capaz de llegar a conclusiones negadoras de los prejuicios y las hipótesis de partida. En su madurez llegaría a expresarse con mucha violencia a este respecto: «Llamo “canalla” al hombre que intenta *acomodar* la ciencia a un punto de vista dependiente de un interés externo a la ciencia, ajeno a la ciencia, en vez de por sí misma, aunque sea errónea.»

El forcejeo con Hegel tuvo varios efectos importantes para la vida de Karl Marx; he aquí dos de ellos: su paso definitivo a los estudios filosóficos y su inserción en uno de los grupos de jóvenes hegelianos de izquierda, el *Doktorclub* de Berlín, cuyo miembro más joven, y aún por doctorar, fue él.

«Hegelianos de izquierda» eran aquellos que, recogiendo de Hegel el principio de que la realidad se explica por su propio movimiento interno de «alienación» o «mediación», discrepaban de la afirmación del maestro según la cual el Estado monárquico de la edad moderna es el final de todas las mediaciones, la vuelta del Espíritu a sí mismo. (Los que aceptaban esta tesis, glorificadora del Estado, eran «hegelianos de derecha».)

La «alienación» o «mediación» hegeliana es el proceso por el cual el ser se constituye en objeto. Es una realización, un hacerse cosa, paso imprescindible para *ser* de verdad, y para ser dueño de sí mismo, una vez superada la escisión entre el ser sólo sujeto y el ser sólo objeto. La idea de alienación iba a recorrer un largo camino de transformaciones. En los tres primeros años de la década de 1840, el filósofo Ludwig Feuerbach difundía con bastante influencia —también sobre Karl Marx— otra acepción del término, fruto de su crítica de la filosofía hegeliana. Feuerbach se niega a seguir a Hegel en sus especulaciones acerca del Mundo, el Espíritu, la Idea o como se quiera llamar al todo. Piensa que el especular tan incautamente acerca de objetos acaso inexistentes es repetir un autoengaño que ve también en las religiones: el autoengaño que consiste en creer que la Divinidad es algo en sí, cuando, según Feuerbach, no es más que una proyección del hombre: al tomar por ser ajeno lo que es construcción propia, el hombre «se aliena» en este sentido de Feuerbach. Marx lo tendrá presente cuando, a sus veinticinco años, escriba sobre la alienación de los judíos y del trabajo. Pero el sentido de «alienación» en la reflexión de Karl Marx será ya otro; tras Hegel y Feuerbach, Marx es el tercer clásico del concepto.

De todos modos, en los años de estudio en Berlín todos estos problemas son sólo horizonte impreciso de la vida espiritual de Karl Marx. Ésta discurre por el momento como el comienzo de una carrera universitaria, emprendida, eso sí, por un terrible enamorado que produce, tanto como manuscrito filosófico, versos incendiados para su amada. Incendiados y poco valiosos: las hijas de Marx y

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Jenny han hablado luego de las carcajadas de sus padres cuando daban en recordar aquellos versos.

Karl Marx se doctoró en filosofía el año 1841, con una tesis de filosofía griega. En ella expresa —con gran conocimiento de unos textos sobre los que entonces no existía prácticamente investigación— alguna preferencia por el atomismo de Epicuro (aprox. 341-270 a. C.) respecto del de Demócrito (aprox. 460-370 a. C.) por la razón de que el primero deja abierto un margen para la libertad, para la acción innovadora en el mundo.

La sólida erudición de la tesis de Marx y la constricción de sus argumentaciones permite comprender el aprecio en que le tenían sus colegas del club y los demás académicos de su ambiente. Uno de ellos, Moses Hess, que no simpatizó nunca personalmente con él, llegaría a llamarle «el mayor, quizás el único filósofo de verdad hoy viviente». Si a esto se añade que uno de sus íntimos en el club, Bruno Bauer, era ya docente en la Universidad de Bonn y urgía a Marx a que se le uniera, se explica que por algún tiempo Karl Marx pensara en hacerse una vida de profesor universitario.

Por poco tiempo pudo pensarlo. En la estela de la reacción general en toda Alemania, también la Universidad renana de Bonn ve el clásico espectáculo de la interdicción de los profesores que no someten sus cabezas a los dictados de la tiranía del rey de Prusia. La interdicción de Bruno Bauer en octubre de 1841 significaba el final de la carrera universitaria del directamente afectado y planteaba a su joven amigo, por vez primera, un problema que luego se le presentaría varias veces: ¿Cuándo empieza el filósofo a prostituirse? ¿Aún no o en cuanto que acepta enseñar con condiciones? Karl Marx zanjó siempre esta cuestión de la misma manera, y probablemente sin demasiado dolor, pues el ambiente de los profesores supuestamente puros, sólo atentos a lo que ocurre en el tablero de su mesa y conformistas para con todo lo demás, parece haberle repelido por sí mismo, aparte de los motivos propiamente políticos de su abandono de la carrera universitaria. El 20 de marzo de 1842 escribía a otro amigo, Arnold Ruge, desde Bonn: «Dentro de unos días me marcharé a Colonia, que será mi nuevo domicilio; pues la proximidad de los profesores de Bonn me es insoportable. ¿Quién puede desear convivir siempre con estos espíritus fétidos, con estas gentes que no estudian más que para pregonarlo desde las cuatro esquinas del mundo?»

Karl Marx no estudiará por competir en la carrera académica. Sus numerosos cuadernos de extractos y apuntes muestran lo genuina que fue su pasión de estudioso. Pero, sobre todo, los temas de su estudio y su relación con las actividades de Marx evidencian que para él fue una regla de vida, y no sólo una observación de lector crítico, lo que escribió, al comienzo de su exilio, entre sus *Tesis sobre Feuerbach*: «Los filósofos han interpretado meramente el mundo de modos diversos. Lo que importa es transformarlo.»

«El mayor, quizás el único filósofo de verdad hoy viviente...»

...tuvo que ponerse, por de pronto, de periodista. Esto le volvería a ocurrir dos veces más: en 1848-1849, con ocasión de la crisis revolucionaria de aque-

llos años, y luego en las décadas de 1850 y 1860, durante el largo y final exilio en Inglaterra. En 1843-1844, el período de la *Gaceta Renana* y de los *Anales franco-alemanes*, el periodismo de Marx no sólo ha sido compatible con su formación científica y revolucionaria, sino que incluso la ha favorecido: para la *Gaceta* se ocupó Marx por vez primera de cuestiones sociales y políticas serias, como los debates sobre la tradicional recolección libre de la leña caída en los bosques señoriales o la vida de los vendimiadores de la cuenca del río Mosela. El mismo Marx se ha referido más tarde a estos trabajos para fechar con ellos su descubrimiento de la «anatomía de la sociedad».

Sin embargo de ello, y también a pesar de que el comienzo de sus relaciones con Friederich Engels (la persona a la que más debe Marx el conocimiento de que le era necesario profundizar en la economía política) se ocasiona con el trabajo periodístico en la *Gaceta Renana*, la tarea intelectual de Marx durante estos primeros años de la década de los cuarenta es predominantemente filosófica. Aunque sus conceptos van acercándose cada vez más a la síntesis de filosofía, crítica económica y política, que será la característica más propia del socialismo marxista, la época está aún protagonizada por la clarificación del objetivo de la vida de Marx: el comunismo.

El principal ejemplo de la paulatina síntesis de la crítica filosófica, la económica y la política en el trabajo del joven doctor Marx es quizá su aportación ya aludida al concepto de alienación. Al final de este período, en unos borradores hoy célebres bajo el nombre de *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Marx ha construido su concepto de alienación; ésta es para él un hecho que corroe toda la vida de las gentes, desde la de los sentidos hasta la de inteligencia, y cuya raíz se encuentra en el carácter alienado, enajenado, que tiene el *trabajo* en las sociedades en que éste se divide no por la simple y *cambiante* razón de eficacia de cada caso, sino como resultado de la división *fija* de la sociedad en clases de individuos definidas por la peculiar relación de cada una con los medios de producción, esto es, con los bienes destinados a producir más bienes (tierra, energía, utensilios, máquinas, etc.). Esta alienación básica, la alienación del trabajo, se generaliza y se agudiza en el capitalismo, la organización social que convierte en mercancía, en cosa ajena al trabajador, no sólo el producto de su trabajo, sino incluso el trabajo mismo o (como años después dirá Marx, más precisamente) la fuerza de trabajo de los hombres. La división de la sociedad en dos clases principales —la de los propietarios de medios de producción, o capitalistas, y la de los que sólo poseen y pueden vender su fuerza de trabajo y la de su prole, los proletarios— es el correlato social de la completa mercantilización de la vida, de su alienación extrema.

En las sociedades modernas —piensa el joven doctor Marx— el dinero es símbolo concentrado e instrumento de esa desnaturalización del vivir. El dinero transforma «el amor en odio, el odio en amor». Marx, que se ha casado en uno de los peores momentos de esta época (19 de junio de 1843), precisamente al perder, por obra de la censura, su trabajo en la *Gaceta Renana*, ha compuesto su noción del comunismo en los mismos meses en que rechaza la segunda oferta de compra por parte de los poderosos, el ofrecimiento del empleo y sueldo de jefe de redacción de la *Gaceta Estatal Prusiana*.

El Marx que rechaza esta proposición y elige, con su mujer, el exilio ahora voluntario, a finales de 1843, es todavía un «filósofo», un hombre que constru-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

ye fines y critica datos. Pero sólo hasta cierto punto: el filósofo tradicional cree ser un científico; el «doctor Marx» no cae en esa ilusión; piensa que la filosofía es una proyección acrítica, ideológica, de fines y deseos de los hombres, como la religión, que es «el suspiro de la criatura oprimida, el ánimo de un mundo sin corazón, el alma de una situación desalmada, el opio del pueblo». Por eso apostrofa a sus colegas los filósofos diciéndoles que es imposible realizar la filosofía —la expresión de fines que es la filosofía— sin destruirla, sin destruir la engañosa y consoladora apariencia de saber que también es la filosofía; y viceversa, que también es imposible abolir esta ilusión filosófica sin realizar los fines del filosofar, los milenarios sueños de los hombres que se pueden cifrar con la palabra «libertad».

O con la palabra «comunismo», que significa, para el recién llegado a París, lo mismo que libertad concreta. No sólo la libertad formal o negativa, la ausencia de constricción política o externa, sino también la libertad positiva, el establecimiento de unas relaciones sociales que no hagan «de la necesidad inteligencia, del amor odio, del odio amor». La sociedad comunista es, con el léxico de Marx en 1843-1844, aquella en la cual los objetos y las relaciones vuelven a ser ellos mismos, dejan de estar alienados, desnaturalizados; la sociedad en la que «no puedes cambiar amor más que por amor, confianza por confianza». Esa confianza no supone nociones inimaginables hoy, ni la aparición de una nueva especie de hombre o superhombre. Sí supone, ciertamente, la de un «hombre nuevo», en el sentido de una nueva cultura, un nuevo modo de vivir, una nueva red de relaciones sociales. Pero los hombres, vistos con buen sentido y realismo, no serán ángeles imprevisibles. Los habrá más y menos listos, vitales, afortunados; los habrá más influyentes y menos influyentes. Lo esencial es que estas diferencias no se basarán en su poder económico, en ningún poder fundado en la alienación del trabajo y la vida de los demás, sino en sus dotes y en su esfuerzo: en la sociedad comunista «si quieres influir en otros seres humanos tienes que ser una persona capaz de actuar sobre los demás de un modo realmente inspirador y activador».

La anatomía de la sociedad

La persecución social o propiamente política (represión universitaria y del derecho de expresión), que le ha excluido de las dos actividades profesionales sucesivamente intentadas y constreñido al exilio, ha prestado a Marx el servicio psicológico y moral imprescindible para que un intelectual inconformista llegue a ser revolucionario: anularle la sensación cotidiana de «vida normal» en el seno de la misma sociedad teóricamente criticada y condenada por el intelectual: dora medianía de las profesiones intelectuales, tranquilidad, ocio relativamente abundante, carrera más o menos lista a través de un escalafón o de una jerarquía de minutas bastante jugosas si se comparan con el salario obrero. Marx y su familia pasarán las amarguras del exilio y las angustias del pobre: el riesgo repetido de ser embargados, desahuciados, el sufrimiento de la enfermedad que no se puede tratar médicamente por falta de dinero, el hambre lisa y llana, el no tener qué masticar cuando se siente apetito. La implícita aceptación de este destino por Jenny von Westphalen y Karl Marx puso a éstos al otro lado de la di-

visoria entre las grandes clases sociales; también psicológica y moralmente, no sólo en el plano de las ideas teóricas.

Precisamente en el plano teórico estaba en 1843 la principal debilidad de Marx. Su formación predominantemente filosófica —junto con el acervo de conocimientos económicos adquiridos desde 1841 y los conocimientos históricos asimilados desde su primera juventud— le había bastado para criticar la sociedad capitalista y construir sus objetivos comunistas. Pero Marx no conocía suficientemente cómo se articula la realidad económica básica de la sociedad, que vislumbraba ahora al descubrir que la raíz de toda alienación es la alienación del trabajo. Los quince meses, aproximadamente, que vive en París esta vez son un período decisivo en la *fundamentación* del comunismo de Marx: abundantes lecturas y reflexiones económicas, así como el trato asiduo de grupos obreros, le abren el conocimiento de la base económica de la vida social, de la «anatomía de la sociedad», en cuya organización se fundamenta la posibilidad del comunismo.

Los aludidos *Manuscritos* de 1844 presentan un Marx que cuenta con unos objetivos políticos obtenidos mediante la crítica filosófica de la sociedad, y con intentos de fundamentación científica de la realizabilidad de esos objetivos, intentos realizados mediante una crítica de la economía. En esta crítica el joven Marx va de la mano de los economistas clásicos ingleses, principalmente de Adam Smith (1723-1790) y también de David Ricardo (1772-1823). Se puede decir que el Marx de 1844 es el primer Marx *temáticamente* completo, el primer Marx ya interpretable según la descripción célebre de uno de sus principales seguidores, Vladimir Ilich Uliánov, «Lenin» (1870-1924): el marxismo temáticamente completo cuenta con tres fuentes y partes: la filosofía clásica alemana (con la que critica la cultura capitalista y clasista en general), la economía política inglesa (bisturí con el que reseca la «anatomía de la sociedad») y la política revolucionaria francesa (impulso y tradición cultural que da nombres —libertad, igualdad, comunidad, etc.— a los objetivos despejados y fundamentados por la crítica).

Este marxismo es ya completo, no en el sentido de que conste de todas las proposiciones teóricas que lo caracterizarán, sino sólo en el de que presenta todos los aspectos, todos los campos de temas en que se pueden repartir aquellas tesis.

El esquema de Lenin recoge con útil simplificación los elementos principales del marxismo completo en cuanto «teoría». También es cierto que en 1843-1844 la necesidad más urgente de Marx era enriquecer su conocimiento científico de la sociedad. «A nadie le ha sido jamás útil la ignorancia», escribiría Marx muchos años después a Pawel Annenkov. Pero habría que añadir una fuente más a estas tres que Lenin indica en el marxismo temáticamente completo. Esta cuarta fuente —primera en importancia y segunda (tras la filosofía) en la biografía de Marx— es el movimiento obrero, ya perceptible no sólo en Francia —donde lo era con nitidez desde 1830 aproximadamente—, sino también en la atrasada Alemania; en 1844 precisamente se alzó por vez primera como tal un destacamento de la clase obrera industrial alemana. La insurrección de los obreros textiles de Silesia debió de confirmar a Marx la verdad de su primer esquema teórico revolucionario: hay una clase que encarna toda la miseria de la alienación del trabajo; esta clase es la de los modernos trabajadores asalariados, el proletariado. Ésta es la energía transformadora de la sociedad moderna, el principal motor fisiológico que mueve la «anatomía de la sociedad».

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

La *Gaceta Alemana de Bruselas*, revista dirigida por Marx, dedicó mucho espacio a la insurrección de los tejedores silesios. Incluso para comentarla en verso, con el siguiente canto de Heinrich Heine, uno de los poetas amigos de Karl Marx:

Los tejedores

Sin lágrima en el ceño duro
Están junto al telar y aprietan los dientes:
Alemania, tejemos tu sudario,
Y en él la triple maldición.
Tejemos, tejemos.

Maldito el ídolo al que impetramos
En fríos de invierno y angustias de hambre,
En vano creímos y le miramos,
Nos ha vendido, nos ha engañado.
Tejemos, tejemos.

Maldito el rey, el rey de los ricos,
Que no ablandó nuestra miseria,
Que nos arranca lo que sudamos,
Que como perros nos manda matar.
Tejemos, tejemos.

Maldita sea la patria falsa,
Para nosotros humillación,
Siega temprana de toda flor,
Festín podrido de los gusanos.
Tejemos, tejemos.

Cruje el telar, la lanzadera vuela,
Siempre tejemos, de día y de noche,
Vieja Alemania, es tu sudario,
Y en él la triple maldición.
Tejemos, tejemos.

Miseria de la filosofía

Marx publicó el canto de Heine a los tejedores silesios en la *Gaceta Alemana de Bruselas*. En efecto, en febrero de 1845 había sido expulsado de Francia por presión del gobierno prusiano sobre el de París. La familia Marx se trasladó a Bruselas, donde viviría hasta la revolución de 1848.

Los tres años pasados en Bélgica, parte de ellos en compañía de Engels, han sido para Marx una época de estudio y de acción política. Es la época en que desarrolla lo que él mismo llama «el nuevo materialismo» (Marx no ha usado nun-

ca la expresión «materialismo dialéctico»). Obras importantes de este período son *La sagrada familia* y *La ideología alemana*, críticas ambas del pensamiento que, creyéndose revolucionario, carezca de fundamentación científica de sus objetivos en la realidad social.

Los estudios económicos que lleva a cabo Marx durante estos años se enmarcan en un amplio proyecto de «crítica de la economía política y la política»; el trabajo en este proyecto tiene un primer documento, que son los borradores, ya citados, de 1844; luego dos realizaciones parciales (la *Aportación a la crítica de la economía política*, publicada en 1859, y *El Capital*, vol. I, 1867) y una tremenda masa de documentos de muchos años que no llega totalmente a la fase de redacción definitiva (los borradores de 1857-1858 —*Grundrisse*— y los textos recogidos en los volúmenes póstumos de *El Capital*, incluyendo las *Teorías de la plusvalía*).

Pero el período belga es también un tiempo de lucha política. Ya en París había tratado Marx directamente a la clase obrera. Al mismo tiempo que los obreros alemanes, con la insurrección de 1844, habían robustecido su confianza en sus hipótesis teóricas, el trato con los proletarios franceses y alemanes de París le había permitido comprobar la existencia en germen de una cultura comunista, hecha de solidaridad en vez de competición por el dinero, de igualdad en vez de jerarquía, de distribución útil y cambiante de las funciones en vez de división clasista fija del trabajo. El mismo Marx ha descrito este segundo aspecto, el más difícilmente aprehensible y describible, de su experiencia de la clase obrera: «Cuando se reúnen los artesanos comunistas, su objetivo es por de pronto la doctrina, la propaganda, etc. Pero, al mismo tiempo, al reunirse les nace una nueva necesidad, la necesidad de comunidad, y de este modo lo que parece ser un medio se les convierte en un fin. Se puede contemplar los resultados más espléndidos de ese movimiento práctico viendo una reunión de *ouvriers* [“obrerros”] franceses. El fumar, el beber, el comer, etc., no son ya más que medios de unión o medio unificador. Les basta ya con una compañía, una asociación, un entretenimiento que tienen, en realidad, por fin la compañía misma. Entre ellos la fraternidad de los hombres no es palabrería, sino verdad, y desde estas figuras endurecidas por el trabajo nos ilumina la nobleza de la humanidad.»

En Bélgica Marx —y con él Engels— intensifica su actividad política. Entra en relación con una asociación obrera, la «Liga de los Justos», que, en gran parte por influencia suya, pasa a llamarse «Liga de los Comunistas» y organiza unos comités de correspondencia —a cuyo trabajo epistolar dedica muchas horas— destinados a ir armonizando el pensamiento de todos los comunistas europeos «desembarazándolo de los límites de la nacionalidad». Este primer conato de internacionalismo proletario organizado es ocasión del texto de Marx y Engels (principalmente del primero) con el que se concluye el período belga: el *Manifiesto del Partido Comunista*, común y abreviadamente llamado *Manifiesto Comunista*.

Pocos meses antes había escrito Marx una obra que tampoco puede pasar por alto el que quiera enterarse de su pensamiento: la *Miseria de la Filosofía* (1846-1847). En esta obra, que manifiesta un conocimiento ya considerable de los hechos económicos y de su literatura, Marx hace como un balance de sus relaciones con la filosofía. No es que sea éste el objeto del libro. La *Miseria de la Filosofía* es una refutación del socialismo de Proudhon, que creía posible la li-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

beración de los trabajadores sin abolir la propiedad privada de los medios de producción. Pero como las consideraciones de Proudhon (1809-1865) son muy especulativas, Marx tiene ocasión de criticar el vicio metafísico, muy común entre los filósofos, que consiste en tomar por realidades los conceptos que inevitablemente hay que componer y usar para referirse a aquéllas. Cuando la especulación filosófica no sabe que sólo es especulación, «tenemos meramente, en lugar del individuo corriente con su corriente modo de hablar y de pensar, este modo corriente en sí mismo y sin el individuo». La miseria de una doctrina revolucionaria puramente especulativa, sin conocimiento científico, consiste en que no puede pasar de una definición vaga de sus objetivos. No puede mostrar la realizabilidad de éstos, ni descubrir el agente que mueve la sociedad hacia ellos. Este agente era tan fantasmal para los socialistas que, al modo de Proudhon, no supieran analizar científicamente la realidad social como para los viejos poderes del mundo.

Un fantasma recorre Europa

En noviembre de 1847 recibieron Marx y Engels el encargo de la Liga de los Comunistas de redactar una exposición breve de los objetivos de la asociación y de los conocimientos en que se fundamentaban esos objetivos. La versión definitiva del texto que satisfizo este encargo es más obra de Marx que de Engels. Es el *Manifiesto Comunista*, que apareció en febrero de 1848.

Febrero de 1848: dos o tres días antes de la aparición del *Manifiesto* estalla en Francia una revolución que se puede considerar como la última en que la clase obrera de ese país ha promovido inconscientemente, con su lucha y sus muertos, los intereses de la clase burguesa, o la primera en la cual se ha dado cuenta de ello; en junio del mismo año los obreros de París se lanzarían de nuevo a la insurrección, pero esta vez contra la clase empresarial a la que en febrero habían llevado definitivamente al poder.

El *Manifiesto Comunista* preveía una revolución, así como la oleada revolucionaria que a partir de París sacudió gran parte de la Europa occidental y central, incluso Alemania. En muchos puntos los autores del *Manifiesto* adelantan previsiones que no se cumplieron. Pero lo asombroso es que se cumpliera en líneas generales con esta precisión la previsión de una crisis revolucionaria.

El *Manifiesto Comunista* era un folleto de sólo veintiséis páginas, en las que se condensaban varias cosas: una entera explicación de la historia (cincuenta y cuatro párrafos), la relación entre los comunistas y el resto de la clase obrera (setenta y seis párrafos) y la política de los comunistas en la coyuntura de 1848 (once párrafos); los autores encuentran aún espacio en aquellas veintiséis históricas páginas para una crítica de las varias corrientes socialistas y comunistas (cincuenta y seis párrafos). A pesar de que en el *Manifiesto* faltan algunos conceptos científicos de importancia en el marxismo, la intensa condensación del texto indica que sus autores dominaban ya con mucha seguridad el esquema general de su concepción.

En la primera parte («*Bourgeois* y proletario») Marx y Engels explican la historia documentada de todas las sociedades como historia de las luchas de clases. «Libre y esclavo, patricio y plebeyo, noble y siervo, maestro y oficial, en suma,

opresores y oprimidos, se encontraron en contraposición constante los unos contra los otros, llevaron una lucha ininterrumpida, a veces oculta, a veces abierta, lucha que terminó cada vez con una transformación revolucionaria de toda la sociedad o con la ruina común de las clases en lucha.»

En la historia de Europa esta última posibilidad —la catástrofe común de las principales clases en lucha— ocurrió por última vez hasta ahora con la caída del Imperio romano de Occidente. Luego, la lucha de clases, la historia europea, se ha desarrollado sin roturas civilizatorias tan profundas, hasta constituir el sistema capitalista, dominado por la clase a la que se suele llamar «burguesía» en recuerdo de su origen urbano (en los «burgos»).

El *Manifiesto* expone los dos aspectos, característicos en su unión, de la sociedad capitalista: por un lado, el enorme crecimiento de las fuerzas productivas y de la riqueza, en comparación con las sociedades anteriores; por otro, la destrucción de los lazos personales, cualitativos e individualizados, entre las personas: «En los cien años escasos de su dominio la burguesía ha creado fuerzas productivas más cuantiosas y más colosales que todas las demás generaciones pasadas juntas.» Pero también: «Donde ha llegado a dominar, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado despiadadamente los abigarrados vínculos feudales que unían a los hombres con sus superiores naturales y no ha dejado entre hombre y hombre más lazo que el interés desnudo, el “pago al contado” sin sentimiento alguno. Ha ahogado en el agua helada del cálculo egoísta el santo escalofrío de la mística piadosa, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía de los ciudadanos medievales. Ha disuelto la dignidad personal en el valor de cambio...»

De todos modos, estas consecuencias culturales o morales del capitalismo no son toda la causa, ni la causa principal, de la posibilidad de una revolución que supere esa sociedad. En realidad, ni siquiera se puede decir que tales efectos sean sólo nocivos. Los lazos idílicos precapitalistas eran en gran parte recubrimiento hipócrita de una realidad vital mucho más siniestra, que el capitalismo ha puesto al descubierto: «Con una palabra: la burguesía ha colocado, en el lugar de la explotación envuelta en ilusiones religiosas y políticas, la explotación abierta, desvergonzada, directa, a secas.»

Lo que posibilita la superación de la sociedad capitalista es la contradicción entre la tendencia a incrementar las fuerzas productivas y las «relaciones de producción» (las relaciones en que entran los hombres divididos en clases) que son el marco en el cual se mueven aquellas fuerzas. Esta contradicción se manifiesta de muchas maneras, recuerda el texto a pesar de su brevedad. Por ejemplo: el capitalismo ha aumentado mucho la productividad del trabajo y, sin embargo, aumenta también la dureza laboral de la vida de los niños y de las mujeres, por no hablar ya del obrero industrial adulto. O también: el capitalismo ha hecho plenamente social el trabajo, la producción, hasta el punto de que ni siquiera es ya concebible un trabajo artesano aislado, que no dependa profundamente del resto de las actividades productivas; y en la «fábrica», el lugar por antonomasia del trabajo capitalista, los trabajadores son como miembros de un organismo colectivo que es el verdadero productor; sin embargo, las relaciones de producción capitalistas no son nada socializadas, sino individualistas y privatistas. O también, con palabras del *Manifiesto*: «Desde hace décadas la historia de la in-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

dustria y del comercio no es más que la historia de la cólera de las modernas fuerzas productivas contra las relaciones de producción modernas, contra las relaciones de propiedad que son las condiciones de vida de la burguesía y de su dominio. Basta con recordar las crisis comerciales que, con su periódico retorno, ponen cada vez más en tela de juicio la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales se destruye regularmente una gran parte no sólo de los productos conseguidos, sino incluso de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis estalla una epidemia social que habría parecido un absurdo en todas las épocas anteriores: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estadio de barbarie momentánea; parece como si la miseria o una guerra mundial de exterminio la hubieran privado de todos los víveres; la industria y el comercio parecen destruidos, y ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados víveres, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no promueven ya la civilización burguesa y las relaciones de propiedad burguesas; al contrario: han crecido demasiado para esas relaciones, las cuales las inhiben; y en cuanto que superan ese obstáculo, revuelven toda la sociedad burguesa, amenazan la existencia de la sociedad burguesa. Las relaciones burguesas se han hecho demasiado estrechas para abarcar la riqueza que ellas han producido. ¿Cómo domina la burguesía las crisis? Por una parte, imponiendo la aniquilación de una masa de fuerzas productivas; por otra, conquistando nuevos mercados y explotando más profundamente los antiguos. ¿Cómo las supera, pues? Preparando crisis más completas y violentas, y disminuyendo los medios de prevenirlas.»

Pero la contradicción presente en el desarrollo capitalista no da más que la *posibilidad* de abolir y superar el sistema: la sola falta de coherencia lógica o estructural no basta para que *sea superada* una cosa que es de algún modo viva, compuesta de vidas, como es la sociedad. Las contradicciones internas son sólo «armas», empuñando las cuales se puede derribar un desorden social, lo habitualmente llamado «el Orden». «Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que le darán muerte; también ha engendrado a los hombres que empuñarán esas armas: los trabajadores modernos, los *proletarios*.» Estos han de tomar conciencia de la posibilidad que se les ofrece si combaten unidos contra el mal que los oprime. El *Manifiesto Comunista* termina con la divisa ya célebre: *Proletarios de todos los países, uníos*.

«Por lo que a mí hace, yo no soy marxista»

Desde 1848 hasta casi su muerte, Marx vivirá intensamente los dos planos de su actividad: la fundamentación científica («el arma de la crítica») y la acción revolucionaria («la crítica de las armas»); de 1848 a finales de 1849 está sumido en la agitación que acompaña a la crisis revolucionaria de aquellos años, hasta la derrota. Luego, en el exilio definitivo de Londres, desde 1850, seguirá, tan heroica como sistemáticamente, las investigaciones científicas que culminarán con la edición del volumen I de *El Capital* en 1867, precedido por la *Aportación a la crítica de la economía política* en 1859. En estos trabajos completa relativamente Marx la síntesis económica, histórica y político-filosófica que, como vi-

sión del conjunto, está presente en el *Manifiesto Comunista*. Desde 1866 hasta 1872 Marx trabaja en la I Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores, AIT) y publica algunos de sus textos más interesantes de análisis histórico-político, como, por ejemplo, *La guerra civil en Francia*.

No se puede dejar de estudiar ninguno de esos textos —sobre todo *El Capital*— si se quiere conocer con detalle el conjunto de teoremas o «teoría» de Marx, el «marxismo» en el sentido de sistema de proposiciones, a la manera de los tratados científicos. Pero tampoco parece que la enumeración de sus proposiciones científicas en este sentido fuera para Marx lo principal de su obra. Alguna vez que se presentó a Marx una manera de entender su pensamiento que consistía en esa rígida enumeración y en inferencias no menos estrictas de ella, él mismo comentó con disgusto: «Por lo que a mí hace, yo no soy marxista.»

Marx era comunista, no fiel de ninguna escolástica. Su comunismo consiguió ser científico, esto es, fundamentado críticamente en el conocimiento de la realidad social disponible en su época. Y el mismo Marx era lo suficientemente científico para saber —y decir incluso en su madurez (por ejemplo, cuando fue conociendo mejor los restos de comunidad aldeana en Oriente y en Rusia)— que sus análisis de *El Capital* se basan en un sector sólo del mundo social, a saber, la historia de la Europa occidental y Norteamérica: «He limitado expresamente —escribiría el viejo Marx en su célebre carta a Vera Sassulich— la inevitabilidad de este camino [el estudiado en *El Capital*] a los pueblos de la Europa del Oeste.»

El pensamiento de Marx no obedece a las estrictas motivaciones de un científico que no fuera más que un científico. El trabajo científico de Marx es la fundamentación de una práctica integralmente social, no parcialmente social como pueden serlo la práctica tecnológica o la artística, las vertientes en que otras actividades científicas —la física, por ejemplo, o la geometría— son también a su modo fundamentación de prácticas. Pronto había sabido Marx que, para entender la importancia de la insurrección de los tejedores silesios en 1844, hacía falta «cierta penetración científica y algo de amor a los hombres». Por eso pudo decir Wilhelm Liebknecht en su elogio fúnebre de Marx que la obra de éste era tanto una «enseñanza» cuanto una «aspiración».

Desde este punto de vista —no desde el punto de vista respetable, pero diferente, del científico que se esfuerza por forjar sus hipótesis y sacrifica comodidades y descansos por verlas confirmarse— se puede entender la resistencia moral de Marx, hasta la autodestrucción física, desde 1850 sobre todo (y en parte ya antes), sin tener una subsistencia simplemente tranquila sino desde el momento, desgraciadamente ya tardío, en que Engels consiguió asegurarle una discreta pensión.

La mala salud, corroída por el exceso de trabajo y el defecto de alimentación (defecto por pobreza y también por error de Marx, amigo de comida fuerte y picante), así como por las amarguras familiares (la muerte de la mayoría de sus hijos), ha pesado sobre Marx desde mediada la década de 1850. Es más breve documentar que narrar las condiciones de vida de los Marx en Londres. Así, por ejemplo, escribía Jenny Marx a una amistad sobre la muerte de su hija Franziska, el 14 de abril de 1852: «La pobre niña luchó durante tres días con la muerte. Al final su cuerpecito descansó en la habitación de atrás; nos pasamos todos a la de delante, y al llegar la noche nos echamos en el suelo. La muerte de mi hi-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

ja ocurrió en nuestra época de pobreza más amarga. Precisamente en aquel momento nuestros amigos alemanes no estaban en condiciones de ayudarnos. Entonces recurrí, llena de angustia, a un exiliado francés que vivía cerca y nos había visitado una vez [...]. Estuvo muy cordial y me dio enseguida dos libras. Con ellas pagamos la caja en que ahora duerme [...]. No tuvo cuna cuando llegó al mundo, y hubo de esperar bastantes horas para tener ataúd.» Y diez años más tarde las cosas no habían cambiado mucho; el 18 de junio de 1862 Marx escribía a Engels, con la terrible crudeza que permitía la intimidad entre ambos: «Mi mujer me dice que desearía encontrarse en la tumba, junto con sus hijos, y no puedo reprochárselo, porque en este momento las humillaciones, los terrores y los tormentos son intolerables.»

Así han sido los años en que Marx escribió *El Capital*. Sería un error construir sobre esos datos una hagiografía, una leyenda dorada como la que suele trazarse de esos santos a los que, como decía Unamuno, para mayor edificación, se les presenta absteniéndose de mamar los viernes, ya desde su primera infancia. La vida de los Marx en Londres es más bien una sucesión de tormentas, y alguna de ellas demasiado humana; por ejemplo, hoy parece muy fundada la sospecha de la señora Kautsky de que Frederick, el hijo natural reconocido por Engels, lo fuera, en realidad, de Karl Marx y Helene Demuth, la antigua doncella de la casa Von Westphalen, la «Lenchen» que acompañó a «Möhme» y al «Moro» hasta sus muertes y está enterrada con ellos en la tumba de Highgate. Sorprende desagradablemente la persistencia de un deseo de «buen nombre» burgués en el autor de *El Capital*. Pero el evitar la estampita de santo no ha de borrar otros hechos importantes: primero, que ni siquiera aquella tormenta familiar hizo zozobrar la barca de los Marx, y el propio Engels, testigo tan de excepción, pensó inmediatamente en 1881 que la muerte de Jenny sería también la de Marx. Así lo ha contado «Tussy» (Eleanor), la hija menor de Marx, en una carta a W. Liebknecht: «Luego murió mamá, el 2 de diciembre de 1881; sus últimas palabras —en inglés, cosa rara en ella— fueron para “su” Karl. Cuando llegó el querido General (Engels), me dijo: “También el Moro ha muerto.” Yo me puse casi furiosa con él. Pero así fue.»

Los documentos que abonan la «alegría» de la casa de Marx, ambiente celebrado por todos sus amigos, son tan numerosos que no se pueden silenciar. He aquí, por ejemplo, rasgos muy repetidos del ambiente de los Marx, en los recuerdos de su principal cronista, Tussy: «Dos palabras sobre el nombre de “Moro”. En nuestra casa cada cual tenía su apodo: [...] Moro era el nombre corriente de Marx, casi el oficial; no sólo lo usábamos nosotros, sino también todos los amigos íntimos. También le llamábamos “Challey” [...] y “Old Nick”. Nuestra madre era “Möhme”. Nuestra vieja y querida amiga Helene Demuth [...] era “Nym”. A partir de 1870 Engels fue “el General” [...].»

El mismo Engels, Liebknecht y otros han contado las animadas excursiones de la familia Marx por los alrededores de Londres. En éstas y en otras muchas ocasiones destacaba en la alegría de Karl Marx el gusto que le procuraba el trato de los niños, que hasta tuvo eco en sus valoraciones históricas: «A pesar de todo, le podemos perdonar muchas cosas al cristianismo —decía Marx a sus hijas—, porque ha enseñado a querer a los niños.»

Pero precisamente en el trato de Marx con los niños se vislumbra a veces un punto de incierto equilibrio de esta celebrada alegría del «Moro». Otro testi-

monio de Tussy Marx puede ejemplificarlo: «A mis hermanas —porque yo era todavía muy pequeña— les contaba [Marx] cuentos durante las excursiones y los paseos, unos cuentos que no se dividían en capítulos, sino en millas. “Cuéntanos una milla más”, le pedían mis hermanas. Por lo que a mí hace, de los muchísimos y maravillosos cuentos que me contó el Moro, el que más me gustaba era la historia de Hans Röckle [“Juan Chaquetilla”]. Duraba meses, porque era una cadena de aventuras. Lástima que nadie haya podido recoger aquellas historias, tan poéticas, agudas y cómicas. Este Hans Röckle era un mago del tipo de los de los cuentos de Hoffmann; tenía un tenducho leno de juguetes, pero jamás una perra en el bolsillo [...]. Aunque era un mago, Hans no conseguía nunca pagar las deudas que tenía con el Diablo... y con el carnicero. Y así se veía obligado a vender contra su voluntad todos aquellos preciosos objetos, uno tras otro. Al cabo de muchas aventuras y peripecias, todos aquellos objetos, sin embargo, volvían a la tienda de Hans Röckle.»

Seguramente no es aventurado distinguir, detrás de la narración, la versión, no demasiado fantaseada, de la historia del brujo Karl el Moro, que se ve obligado a vender uno tras otro, en forma de artículos para tal o cual periódico, elementos de su gran investigación sistemática y tiene que asistir repetidamente el embargo de los demás objetos de la casa, desde la vajilla de plata de Jenny hasta las mismas camas y *los mejores juguetes de las niñas*, como les ocurrió una vez. El testigo aquí citado, Tussy, tenía cuatro años y pocos días —y acaso había oído ya alguna versión de la historia de Hans Röckle— cuando su padre escribió crispado a Weydemeyer, el 1 de febrero de 1859: «Tengo que conseguir mi fin a trancas y barrancas, y no permitir a la sociedad burguesa que me transforme en una *money-making machine* [“máquina de hacer dinero”]. La interpretación más realista de la curiosa alegría de aquel hombre que iba a morir a los sesenta y cinco años en pésimas condiciones físicas es la que hizo W. Liebknecht años después (en 1896) al recordar bromas, paseos, excursiones, meriendas y juegos infantiles con los Marx y con Engels y otros amigos: «Nuestra alegría desesperada nos preservaba de la melancolía, para sentir la cual no solían faltarnos motivos.»

Fuera de duda está, en cambio (aparte del fuerte vínculo erótico que unió a toda la familia Marx, incluida Helene Demuth), una fuente de vigor y alegría de toda la vida de Karl Marx desde la juventud: la amistad con Friederich Engels. Lenin ha escrito sin ninguna exageración hagiográfica: «Las leyendas clásicas traen muchos ejemplos conmovedores de amistad. El proletariado europeo puede decir que su ciencia procede de dos sabios y luchadores cuya relación deja chicas las más conmovedoras leyendas antiguas sobre la amistad.» Engels vivió prácticamente toda su edad madura intentando salvar a los Marx de la miseria mediante su propio trabajo mercantil y gestor en una fábrica que era en parte propiedad suya. En cuanto a Marx, por ejemplo, en 1857, cuando parecía que, por vez primera desde que entró en la gran pobreza en 1852, podía volver a dedicarse a sus estudios de economía, los dejó de lado y se puso a estudiar medicina porque Engels había enfermado y el juicio de los médicos no le parecía digno de toda fe.

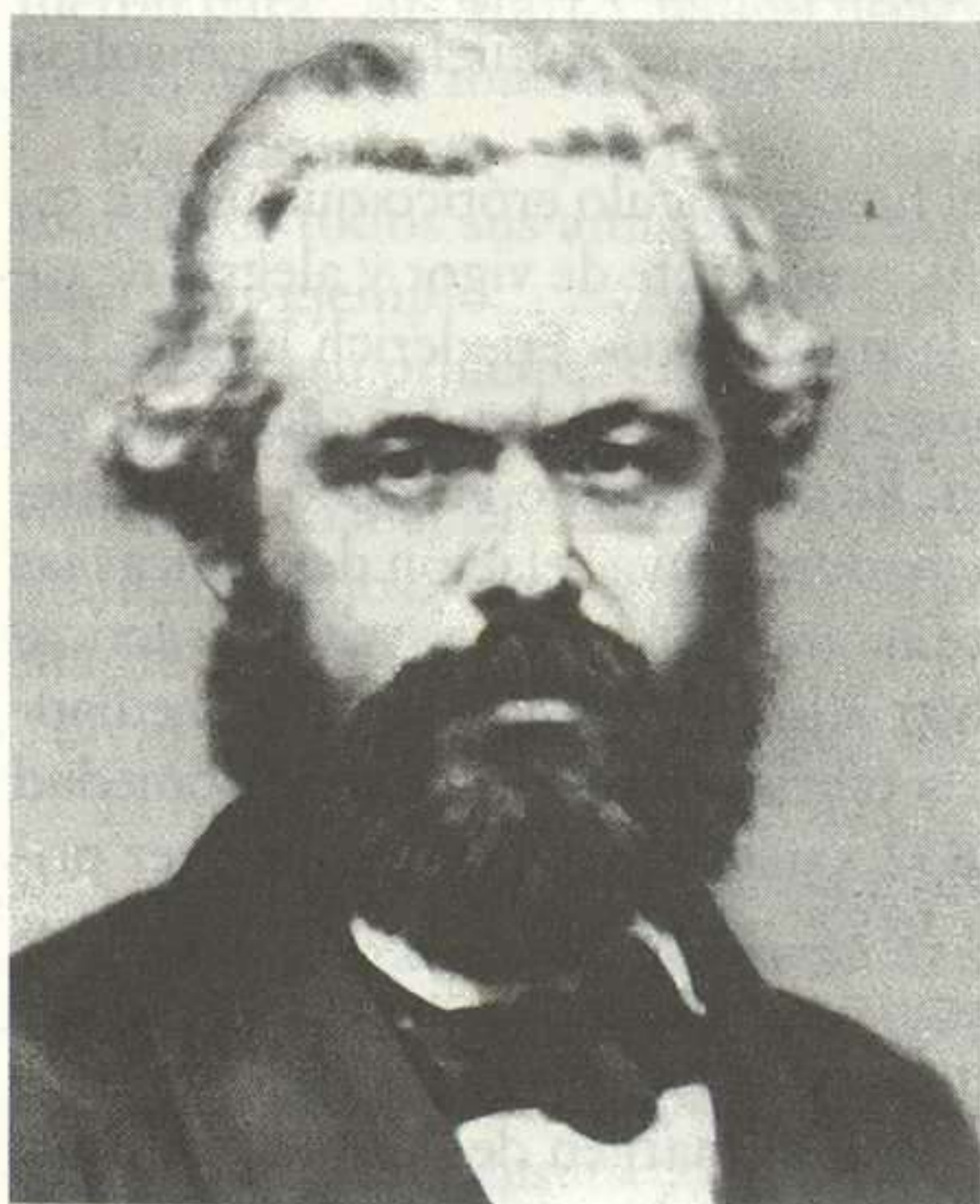
Pasiones, entusiasmo y sufrimientos no están al margen de la obra científica de Marx. Sin duda no hay que confundir el estímulo de un esfuerzo con sus resultados. Pero en el caso de Marx el resultado mismo es una síntesis. Síntesis de

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

filosofía (formulación de los fines), economía (estudio de la realizabilidad de los fines) y política (estudio y realización de la práctica inmediata al servicio de los fines). Si en vez de esta síntesis, nunca perfecta, siempre en realización, se toma el *sistema* perfecto de tesis filosóficas, económicas y político-científicas de Marx y se entiende que esto es el marxismo, el sarcasmo de Marx repetirá: «Yo no soy marxista.» «Porque», según las palabras de Engels al enterrar a su amigo el 15 de marzo de 1883, «Marx fue ante todo un revolucionario. Su verdadera vocación era contribuir de un modo u otro al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones estatales creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, al que él mismo había sido el primero en dar consciencia de su situación y de sus necesidades, consciencia de las condiciones de su liberación».

Quizá pudiera añadirse a ese juicio de Engels —que (aun valorándolo mucho) no pone el trabajo teórico de Marx, sino su inspiración práctica, como rasgo dominante de su obra, de sus hechos— la circunstancia de que Marx mismo supo verse con una serena mirada distanciadora, sin hacer patetismo del esfuerzo de su vida, sino ligera broma hasta de lo más desastroso y sacrificado. Como en este trozo de la carta de 1859 en que anuncia a Engels la terminación de la *Aportación a la crítica de la economía política*: «Creo que nunca se ha escrito acerca del *dinero* careciendo de él hasta este punto.» ■



Karl Marx en 1861 y Friedrich Engels en 1856.

Sobre el marco histórico del *Manifiesto Comunista*

José María Laso Prieto

Introducción

En febrero de 1998 se ha cumplido el 150 aniversario de la primera edición del célebre *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels. A su primera versión en alemán, siguieron rápidamente ediciones realizadas en muy diversos idiomas, hasta alcanzar una excepcional difusión internacional. Así se convirtió en un texto político de dimensión mundial y, sin duda alguna, en el documento político-social que mayor repercusión ha tenido en la etapa contemporánea de la humanidad. En ese sentido constituye un verdadero clásico político que continúa editándose en casi todas las naciones actuales. En su más reciente edición española, 1997, incluye un excelente prólogo del profesor Francisco Fernández Buey, en cuyo primer párrafo se sintetiza muy bien la singularidad del texto de Marx y Engels: «El *Manifiesto Comunista* es un texto de carácter excepcional: por su brevedad; porque inaugura un género nuevo en la filosofía política, al juntar consideración histórica, análisis sociológico y perspectiva política con la defensa explícita de los intereses de una clase social, el proletariado industrial, que por entonces no tenía en Europa casi nada; por lo que en su momento representó en el conjunto de la obra de Marx y Engels; por lo que ha representado para el movimiento obrero organizado en los cinco continentes; por el hecho de haber sido traducido repetidamente a todas las lenguas y en todos los países; por la gran audiencia que ha alcanzado a lo largo de siglo y medio. Pocas veces en la historia de las ideas se habrá dicho tanto en favor de los de abajo, de los explotados y oprimidos, en tan poco espacio» (1).

Por su parte, el profesor Juan Ramón Capella, en su magnífico trabajo titulado «Leer el *Manifiesto Comunista* hoy», no es menos elocuente y preciso, también en su primer párrafo: «El *Manifiesto del Partido Comunista* es un clásico del movimiento emancipatorio. A diferencia de otros textos de reflexión político-social, éste ha sido estudiado y ha dado inspiración no sólo a personas de oficios intelectuales, sino a mujeres y hombres carentes casi completamente de ins-

(1) MARX, K. y ENGELS, F. *Manifiesto Comunista*, «Prólogo» de FERNÁNDEZ BUEY, F., Ediciones El Viejo Topo, Barcelona, 1997, p. 5.

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

trucción. En el pasado siglo y en toda Europa era leído por trabajadores socialistas, comunistas y anarquistas, pues suscitaba adhesión en todas las tendencias del movimiento obrero. Tuvo traducciones casi inmediatas al francés, al inglés, al polaco, al italiano, al danés y al ruso. Se comentaba en trastiendas y en tabernas, en talleres y barricadas. Los agitadores bakuninistas lo leían de viva voz a los braceros andaluces. Más tarde sería recordado en las trincheras de las guerras coloniales y mundiales. También ha sido analizado microscópicamente en institutos de investigación; ilustrado, quemado en autos de fe; las policías políticas y militares han desarrollado a lo ancho del mundo el pavloviano reflejo de incautarlo y la prensa de la derecha social el de malcitarlo. Durante siglo y medio ha inspirado la educación histórica y moral no sólo de insurgentes latinoamericanos o asiáticos, o de resistentes africanos, sino también la de personas que compartían la idealidad emancipatoria en las barbarizadas metrópolis del capitalismo avanzado» (2).

Por otra parte, el *Manifiesto Comunista* —como habitualmente se resume su título completo— constituye la exposición pública, realizada por primera vez en forma sintetizada, de la concepción marxista del desarrollo social. En consecuencia, la propia génesis y desarrollo del marxismo nos proporciona una buena aproximación al marco histórico del *Manifiesto Comunista*.

Las tres fuentes del marxismo

Para Lenin, el marxismo era producto de tres fuentes integrantes que constituían lo más elevado que hasta entonces había elaborado la humanidad: la economía política inglesa, la filosofía clásica alemana y el socialismo francés. Conviene situar históricamente esas elaboraciones para que nos proporcionen el marco histórico del *Manifiesto Comunista*. No obstante, por razones didácticas, vamos a dedicar proporcionalmente mayor atención a la fuente que constituye la economía política inglesa, ya que en ella se refleja el proceso de la industrialización de la Gran Bretaña. Y es, precisamente, ese proceso de industrialización británico el que impulsó el desarrollo del capitalismo que constituye la parte básica del *Manifiesto*. De hecho, los fundadores de la economía política británica —William Petty, Adam Smith y David Ricardo— reflejaron en aquella ciencia social los conceptos y categorías económicas propias del desarrollo industrial de la Gran Bretaña. En 1848, año de la publicación del *Manifiesto Comunista*, el capitalismo había alcanzado un alto grado de desarrollo en las islas británicas y convertido a su Estado en la primera potencia industrial y económica del mundo.

Para comprender adecuadamente cómo se realizó la culminación de tal proceso, debe tenerse en cuenta el fenómeno que Marx denominó la *acumulación primitiva*. Así, a partir de los siglos XIV y XV, se inicia la época de los grandes descubrimientos geográficos que rompen con el limitado horizonte del mundo medieval europeo y proporcionaron la posibilidad de una rápida acumulación del capital. Con anterioridad, la sociedad medieval, basada en la producción a

(2) CAPELLA, J. R. «Leer el *Manifiesto Comunista* hoy», en la obra *Los ciudadanos siervos*, Editorial Trotta, Barcelona, 1993, p. 157.

pequeña escala, se hallaba ya envuelta en un activo proceso de decadencia durante la segunda mitad del siglo XV. Gradualmente, los innumerables adelantos técnicos experimentados por los medios de producción: la metalurgia, la manufactura textil, la navegación, los armamentos, los instrumentos astronómicos, la imprenta, etc., alentaron a las personas emprendedoras a tomar la iniciativa. A su vez, la competencia desatada entre los comerciantes y manufactureros de las costas occidentales del Mediterráneo —por ejemplo, los de Génova y Lisboa— y los venecianos, que tenían el monopolio de los mercados de Asia, movió a los mercaderes y aventureros portugueses, españoles y genoveses a buscar una nueva ruta hacia la India. Consecuencia de ello fue la circunvalación gradual de África y el descubrimiento de América, con lo que se crearon las condiciones para la instauración inicial del mercado mundial capitalista. También posibilitó el comercio de esclavos negros y, con ello, la obtención de grandes fortunas que contribuyeron decisivamente al proceso de acumulación capitalista primitiva. En esta etapa del desarrollo precapitalista, la piratería y la actuación corsaria —los corsarios eran piratas que actuaban legalmente, por disponer de patentes de corso concedidas por los reyes— también contribuyeron a enriquecer a la burguesía comercial. De ahí la razón que tenía Carlos Marx para afirmar que «[...] el capital había hecho su presentación en el mundo desprendiendo sangre, barro y porquería por todos sus poros».

Finalizada la acumulación capitalista primitiva, culminaron las precondiciones para el tránsito de la sociedad feudal a la sociedad capitalista. Las trabas que el sistema feudal imponía para frenar el desarrollo de las fuerzas productivas: aduanas interiores, fragmentación de los mercados comerciales territoriales, sistema gremial, etc., y su superación parcial por las revoluciones burguesas de Holanda —siglo XVI— y Gran Bretaña, con sus dos revoluciones, una a la mitad y otra a fines del siglo XVII. En ambos Estados, pudieron así sus respectivas burguesías crear los mercados nacionales necesarios para lograr la expansión económica. Por otro lado, la gran Revolución Francesa (1789-1794) llevó hasta sus últimas consecuencias la eliminación de las trabas feudales que obstaculizaban el desarrollo de la economía francesa.

La revolución industrial en la Gran Bretaña

El republicano Oliverio Cromwel, como lord protector de Inglaterra, sentó las bases del poder imperial británico con sus famosas *Actas de navegación*, que hicieron de la Gran Bretaña la primera potencia naval del mundo y un gran imperio transoceánico. Surge así una burguesía comercial potente que de forma gradual acaba convirtiéndose en burguesía industrial. El desarrollo económico descrito surge como una solución natural a los problemas que va creando la evolución de la sociedad. Se trataría de un fenómeno semejante, salvadas obvias diferencias histórico-geográficas, al que sucedió en Suiza e Italia al desarrollarse la ciencia de la hidráulica por el problema que suscitaba la utilización de la energía de sus torrentes fluviales. A su vez, para consolidar su poder como clase, la burguesía inglesa necesitaba convertir a la Gran Bretaña en el primer país industrial del mundo. De forma similar, el desarrollo de la industria británica re-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

quería resolver una serie de problemas técnicos sobre la base ya creada por el desarrollo de la industria manufacturera.

La denominada *Revolución industrial* corresponde al rápido desarrollo de la industria que tuvo lugar en los territorios de la Gran Bretaña durante los siglos XVIII y XIX, y revolucionó el modo de vida de sus poblaciones. Precizando la utilización de tal terminología, el profesor Arthur Birnie, en su *Historia económica de Europa, 1760-1939*, sostiene acertadamente que «la revolución industrial es un término que se usa para describir la serie de alteraciones económicas que transformaron la sociedad europea en los siglos XVIII y XIX. Algunas veces se ha dicho, para contrarrestar esta denominación, que las revoluciones son desconocidas en la historia de la economía. Los cambios súbitos y catastróficos, se dice, son incompatibles con el lento y gradual proceso de la evolución económica, y esta crítica no deja de ser razonable. La revolución industrial no fue ni súbita ni catastrófica, en el sentido ordinario de estas palabras, sino que fue un movimiento que se desarrolló en un período de ciento cincuenta años y sus orígenes se pueden discernir claramente en la actividad de las fuerzas que estaban en movimiento y que actuaban desde el final de los tiempos medievales. De todos modos, debemos decir que la denominación no deja de tener una cierta propiedad, ya que los cambios que describe llegaron tan lejos y actuaron de modo tan profundo, fueron tan trágicos en su extraña mezcla de lo bueno y lo diabólico, tan dramáticos en su combinación de progreso material y sufrimiento social, que bien pueden ser calificados como revolucionarios. La aplicación de tal calificativo es innegable que ayuda a recordarnos que la rapidez de los cambios económicos durante los siglos XVIII y XIX fue mucho mayor que la producida en cualquier época anterior, y que el precio satisfecho, en cantidad y sufrimiento social, fue mucho más oneroso que de ordinario» (3).

Para que la revolución industrial pudiese dar lugar a una producción capitalista a gran escala, se requerían dos condiciones previas: 1) la existencia de una masa de gentes desposeídas, personalmente libres y, al mismo tiempo, carentes de medios de producción y de medios de existencia, lo que les obliga a contratarse con un capitalista para poder trabajar por un salario; 2) la acumulación en manos de unos pocos de las riquezas en dinero —capital— precisas para crear las grandes empresas capitalistas necesarias para proseguir la expansión económica. El proceso que separó a los productores de sus medios de producción (de la tierra, de las herramientas e instrumentos de trabajo, etc.) fue acompañado por una serie interminable de robos, despojos y violencias llevados a cabo por la clase dominante. Es el proceso que se ha conocido históricamente con el nombre de *acumulación originaria del capital*, porque precede a la instauración de la gran producción capitalista. Desde fines del siglo XV, los campesinos británicos fueron víctimas del despojo de sus tierras. Sirvió de incentivo para ello la creciente demanda de lana, por parte de las grandes manufacturas de paños, establecidas primero en Flandes y después en territorio británico. Los terratenientes se dedicaron por ello a la cría de ovejas, dedicación que requería grandes extensiones de pastos. Para obtenerlas, las aristócratas expulsaron en masa a los cam-

(3) BIRNIE, A. *Historia económica de Europa, 1760-1939*, Luis Miracle (ed.), Barcelona, 1949, p. 13.

pesinos de sus lugares de residencia, apoderándose de las tierras que venían poseyendo y convirtiendo los campos labrantíos en pastizales para el ganado lanar.

La expulsión de los campesinos de sus tierras revistió diversas formas: 1) despojo descarado de las tierras comunales. Los terratenientes cercaron estas tierras con vallados y destruyeron las casas de los campesinos. Si los campesinos trataban de recuperar las tierras, de las que habían sido ilegalmente despojados, las fuerzas gubernamentales intervenían a favor de los terratenientes aristócratas. En el siglo XVIII, el Estado británico promulgó leyes sobre los denominados *cercados de tierras* que legalizaban tales expropiaciones. Los campesinos británicos despojados y arruinados pululaban por los campos, las urbes y los caminos. No poseían medios de existencia y se veían obligados a vivir de la mendicidad. Entonces, con el pretexto de combatir esa mendicidad, el Estado británico promulgó crueles leyes contra los campesinos expropiados. Así, en el reinado de Enrique VIII —siglo XVI— fueron ajusticiadas más de 72.000 personas por el supuesto delito de «vagabundeo». En el siglo XVIII, a los «vagabundos», en vez de condenarlos a muerte, se les encerraba en las denominadas *Casas de trabajo*, conocidas con razón como *Casas de espanto*. En ellas, las clases dominantes procuraban inculcar a la población de origen campesino, despojada de sus tierras y lanzada al vagabundeo, la disciplina del trabajo asalariado. Así se crearon las condiciones objetivas para obtener la mano de obra que necesitaban los empresarios para iniciar la explotación capitalista del proletariado o clase obrera.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la Gran Bretaña era ya un Estado capitalista. Tenía ya una clase obrera de proletarios; es decir, una clase de personas privadas de toda propiedad y, por consiguiente, obligadas para vivir a vender su fuerza de trabajo como si se tratase de una mercancía más de las que se ofrecían en el mercado. En el polo opuesto de la estructura social vigente se daba también una clase burguesa, o capitalista, que, como propietaria de los medios de producción, estaba en condiciones de emplear y explotar a esa clase obrera. Existía también una clase de aristócratas terratenientes, que tendían a fusionarse con la burguesía por el capital y la sangre. No obstante, a mediados del comienzo del siglo XVIII, el capitalismo todavía se apoyaba técnicamente sobre la anterior producción manual o manufactura.

No era ya la producción artesana, en la que cada taller contaba sólo con un patrón, dos o tres compañeros y algunos aprendices, pues había sido sustituida por la *producción manufacturera*, en la que los empresarios explotaban a los obreros en una escala mucho más amplia, en un taller considerablemente ampliado que no era el del artesano. Cualquiera que fuese su oficio, se establecía, entre los centenares de obreros que trabajaban en el mismo local, una perfeccionada división del trabajo. Es la empresa capitalista todavía sin máquinas, sin mecanismos automáticos, pero en la que la división del trabajo y la del mismo modo de producir en operaciones parciales han llegado a un alto grado de desarrollo.

Las innovaciones técnico-científicas

A partir del año 1760 comienzan a modificarse las propias bases técnico-científicas de la producción capitalista. Las antiguas herramientas de los artesanos son reemplazadas gradualmente por máquinas. Esta innovación se efectúa, ante to-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

do, en la principal rama de la industria británica: la textil. La aplicación sucesiva de una serie de inventos transformó las técnicas del tejido y de la hilandería. En 1733 se había ya inventado la *lanzadera volante*, que duplicó la productividad del trabajo en los telares. Ello hizo que los hilanderos se retrasasen respecto a los tejedores. El problema fue resuelto mediante la invención (en 1767) de *máquinas de hilar*, cada una de las cuales movía de quince a veinte husos. A fines del siglo XVIII existían ya máquinas de hilar con cuatrocientos husos. Tales inventos trajeron como resultado un considerable aumento de la productividad del trabajo en las hilaturas. Una nueva discordancia se produjo así en la industria textil algodonera: los hilanderos dejaron atrás a los tejedores. Este inconveniente fue subsanado en 1785 mediante el invento del *telar mecánico*.

A pesar de estas grandes innovaciones técnicas, para el pleno desarrollo de la gran producción capitalista subsistía el grave obstáculo que suponía la falta de una energía potente capaz de reemplazar la escasa fuerza que hasta entonces proporcionaba la energía fluvial. Como es sabido, las primeras fábricas textiles se instalaron en las orillas de los ríos y sus máquinas se movían bajo el impulso de ruedas hidráulicas accionadas por las corrientes fluviales. Ello limitaba mucho el empleo de la técnica mecánica. Se necesitaba un motor de otro tipo que no dependiera del lugar de su instalación ni de las estaciones climatológicas. Este motor se logró mediante el invento de la *máquina de vapor*. Su empleo masivo en la industria revistió una gran importancia. Tal máquina estaba exenta de los inconvenientes que la utilización de la fuerza hidráulica llevaba aparejados. La máquina de vapor, alimentada por combustible y agua, producía una fuerza motriz que se hallaba enteramente bajo el control del hombre. Al ser máquinas móviles, dispensaba a la industria de la necesidad de establecerse junto a las fuentes naturales de energía y permitía concentrar la producción en cualquier sitio. En consecuencia, la máquina de vapor se expandió rápidamente, sentando las condiciones necesarias para la construcción de grandes fábricas con numerosas máquinas y gran número de obreros. Surgió así una nueva industria: *la industria de la construcción de maquinaria*. Las primeras máquinas se construían preferentemente de madera. Más tarde fueron sustituidas por máquinas de metal, mucho más duraderas y eficaces. A comienzos del siglo XIX se inventaron la prensa y el martillo mecánicos y las máquinas-herramientas para trabajar metales, aptas primero para torneear y después para fresar y taladrar.

En otro campo, el desarrollo de la gran industria mecanizada y la expansión del mercado interior y exterior revolucionaron en poco tiempo las comunicaciones y los medios de transporte. En el mismo sentido, se extendió mucho la máquina de vapor como medio de tracción. Después se utilizó la misma máquina para la navegación y el primer buque de vapor salió de los astilleros de los EE.UU. en 1807 y, pocos años más tarde, en 1825, se construyó en la Gran Bretaña el primer ferrocarril movido por una máquina de vapor. Este proceso de desarrollo técnico tuvo también efectos acumulativos en otros campos de la actividad humana. Para producir máquinas de vapor, locomotoras, buques, rieles para los ferrocarriles, etc., se necesitaban crecientes cantidades de hierro y acero. Comenzó así a desarrollarse la *metalurgia*. Contribuyó mucho a tal proceso el descubrimiento de un procedimiento para fundir el mineral de hierro con carbón de piedra en vez del carbón de leña. Como consecuencia de este avance téc-

nico, se perfeccionaron de forma creciente los altos hornos. Prosiguiendo tal desarrollo técnico, en la década de 1830 se comenzó a sustituir el tiro frío por el caliente, lo que aceleraba el proceso de producción del metal y ahorraba mucho combustible. Se descubrieron métodos perfeccionados de fundir el acero. Como es lógico, la gran difusión alcanzada por la nueva máquina de vapor y el crecimiento de la siderometalurgia originaron la demanda de enormes cantidades de carbón, lo que a su vez condujo a un rápido desarrollo de la industria hullera.

Culminando tales procesos y como resultado de la Revolución industrial, la Gran Bretaña se convirtió en el taller industrial del mundo y, siguiendo sus huellas, las máquinas industriales comenzaron a extenderse a otros países de Europa y América. La gran industria maquinizada fue la base sobre la que se asentó el modo capitalista de producción. Así, con la gran industria maquinizada, encontró el capitalismo la base técnico-material que necesitaba.

Aunque nos hemos centrado fundamentalmente en el proceso de cómo se desarrolló en Gran Bretaña la base técnico-material del capitalismo, ya que fue el modelo en que se basó el desarrollo del capitalismo en los demás países, conviene tener también en cuenta cómo se produjo su difusión exterior. A nuestro juicio, la mejor exposición sintética de tal proceso es la que proporciona el profesor Jürgen Kuczinski: «La Revolución industrial —fórmula que caracteriza muy bien el tránsito a la producción de fábrica, al capitalismo industrial— se produce en la mayor parte de los países en el siglo que corre desde 1750 a 1850. Tiene lugar en formas muy dispares entre ellas, según la diversidad de las situaciones. En Inglaterra, que por entonces tenía ya a sus espaldas un largo desarrollo capitalista, no se puede hablar de una revolución en el sentido de un cambio violento en la estructura de la sociedad. En los Estados Unidos, la Revolución industrial se cumple en conexión con una guerra de liberación nacional. En Francia es una clásica revolución, una insurrección popular bajo la guía de la burguesía y contra la clase y el sistema dominante, la que allana el camino para la producción capitalista. En Alemania se trata de una revolución desde el exterior (los ejércitos victoriosos de la Revolución Francesa) y de una desde arriba (las concesiones de los *junkers*), que hacen posible la irrupción de los nuevos métodos de producción. El paso a nuevos métodos de producción —en todos los países menos Inglaterra—, también a nuevas formas sociales, se produce, pues, en modos y formas muy diversas. En Inglaterra, la Revolución industrial se produjo del modo más tranquilo. Poco a poco fueron creadas las condiciones para la producción industrial de fábrica mucho antes que en los demás países. La fábrica fue precedida por la manufactura, que producía en forma capitalista y en la que luego pudo introducirse en forma relativamente fácil la máquina que transformó de ese modo a la manufactura en fábrica. Aunque mucha fue la miseria que en un tiempo relativamente breve se acumuló sobre las espaldas de los trabajadores, como consecuencia de la introducción de los nuevos métodos de explotación, aunque fue variable el grado de rapidez del aumento de la producción y del progreso técnico en los distintos sectores, la dirección del desarrollo se mantuvo, sin embargo, unívoca y el ritmo, o la aceleración del ritmo, uniforme» (4).

(4) KUCZINSKI, J. *Breve historia de la economía*, Miguel Castellote (ed.), Madrid, 1972, pp. 221-222.

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

La estructura de clase de la sociedad capitalista

Los modos de producción esclavista y feudal o, más precisamente, sus formaciones económico-sociales se caracterizaron por la división de la sociedad en diversas clases y estamentos sociales. El sistema capitalista simplificó las contradicciones de clase, sustituyendo las diversas formas de privilegio y de dependencia personal por el poder impersonal del dinero, del capital. Bajo el modo capitalista de producción, la sociedad tiende a dividirse en dos grandes campos adversarios, en dos clases enfrentadas por ser las representantes de intereses antagónicos: la burguesía y el proletariado. Muy esquemáticamente, se podría definir a la burguesía como la clase que detenta la propiedad de los medios e instrumentos de producción y los emplea para explotar el trabajo asalariado, obteniendo de dicha explotación la plusvalía necesaria para reproducir y ampliar la producción y utilizar el excedente en su propio beneficio. En contraposición a la definición de la burguesía, se podría definir, también esquemáticamente, al proletariado, o clase obrera, como la clase de los trabajadores asalariados, privados de medios e instrumentos de producción y, por consiguiente, obligados, para poder subsistir, a vender el empleo de su fuerza de trabajo a los capitalistas. Conjuntamente con la burguesía y el proletariado existen, bajo el régimen capitalista, la clase intermedia de la pequeña burguesía, las clases de los terratenientes y de los campesinos, así como las diversas capas sociales de la burguesía urbana y de los trabajadores intelectuales.

El profesor soviético D. Riazanov, que dirigió durante la década de los veinte y parte de la de los treinta el famoso Instituto de Profesores Rojos, antecedente del posterior Instituto de Marxismo-Leninismo, precisó en una serie de conferencias sobre Marx y Engels muchos datos acerca del *Manifiesto Comunista*. A su vez, Riazanov es autor de unas «Notas aclaratorias del *Manifiesto Comunista*» que son muy útiles para complementar la lectura del célebre texto de los clásicos del marxismo. En ese sentido, resulta especialmente interesante la nota que dedica a la evolución histórica del proletariado. Según la citada nota, por «proletario» se entiende hoy todo el que no dispone de más medios de vida que la venta de su fuerza de trabajo. Originariamente, en su forma latina, *proletarius* no significa enteramente lo mismo. En la Roma antigua «proletario» era el que no tenía más fortuna que su descendencia, sus vástagos, la «prole» (*proles*). En un principio, el proletariado, la clase más humilde de la población romana, estaba exenta de tributos y del servicio militar. Más tarde fue admitida en el ejército y equipada por el Estado. En la época de las guerras civiles, cuando el campesinado romano estaba ya arruinado, y posteriormente bajo el Imperio el proletariado formaba el verdadero núcleo. En tiempos de paz este cuerpo de hombres se sostenía a expensas del Estado, recibiendo regularmente sus raciones de grano. Salvo el nombre, entre este proletariado y los proletarios europeos sin tierras ni hogares de nuestros días, apenas hay nada en común. Ni debemos olvidar tampoco que, como indica Marx, «en la Roma clásica, la lucha de clases se mantenía en la esfera de una minoría privilegiada, entre libres ricos y libres pobres». Los esclavos, que formaban la gran masa trabajadora de la población, no eran sino el pedestal pasivo que sostenía esa lucha. La gente parece haberse olvidado de la notable frase de Sismondi: «El proletariado romano vi-

vía a expensas de la sociedad; en cambio, la sociedad moderna vive a expensas del proletariado.»

La palabra «proletariado», en su acepción de «asalariado», no fue admitida en el lenguaje general hasta la primera mitad de siglo XIX. En la introducción de la edición original alemana de su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, libro en el que por primera vez se traza un detallado estudio del proletariado inglés remontándose hasta mediados del siglo XVIII, Engels advierte que emplea las palabras *obrero*, *proletario*, *clase trabajadora*, *clase no poseedora*, *proletariado* como expresiones sinónimas del mismo concepto. En otro lugar escribe: «El proletariado es aquella clase social cuyos medios de vida dependen por entero de la venta de su trabajo (fuerza de trabajo) y no de las ganancias obtenidas del capital; cuya suerte y cuya desventura, cuya vida y cuya muerte, cuya existencia entera dependen de la demanda de trabajo (fuerza de trabajo), de la sucesión alternativa de buenas y malas épocas, de las fluctuaciones producidas por la competencia desenfrenada. El proletariado o clase proletaria es, en una palabra, la clase trabajadora del siglo XIX.» En la segunda mitad del siglo XIX surgió en Inglaterra una clase de proletarios o trabajadores asalariados. A lo largo de ciento cincuenta años esta clase formó la capa inferior de la población, logrando diferenciarse gradualmente de las filas de artesanos, oficiales y campesinos y emancipándose de los vínculos feudales.

En lo que concierne a la condición social, el proletariado, en los primeros días de su existencia, apenas se diferenciaba de otros braceros dedicados al trabajo manual o a las labores del campo. Pero al desarrollarse el capitalismo, el proletariado adquirió características específicas. La diferencia entre el proletario, el campesino libre y el artesano estriba en el hecho de que el trabajador proletario carece de todo medio de producción y, por tanto, no pudiendo trabajar por su cuenta (como el artesano y el campesino), se ve obligado a trabajar al servicio de otro, al servicio del dueño del capital. Se vende a sí mismo, vende su fuerza de trabajo, ni más ni menos que otra mercancía cualquiera, recibiendo a cambio un salario (5).

Las transformaciones de la clase obrera

Es obvio que en los ciento cincuenta años transcurridos desde que se publicó el *Manifiesto del Partido Comunista* el proletariado o clase obrera ha sufrido profundas transformaciones tanto en su composición interna como en sus formas de organización de clase, hábitos y tradiciones culturales, etc. Vamos a dedicar al tema la parte final de este trabajo, ya que resulta evidente su interés actual. Por ello, con frecuencia surge la pregunta ¿ha perdido la clase obrera su anterior protagonismo histórico? Al responder a tal interrogante conviene abordar el tema con rigor. Dejando para un trabajo posterior el profundizar en el análisis de las otras dos fuentes del marxismo, que constituyen la filosofía clásica alemana y el socialismo francés, vamos a centrarnos ahora en el tema del presente

(5) Véase MARX, K. y ENGELS, F. *El Manifiesto Comunista*, con notas de RIAZANOV, D., Editorial Ayuso, Madrid, 1974, pp. 141-143.

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

y futuro de la clase trabajadora. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels sostuvieron que con el auge de la gran industria el proletariado y su antagonista —la burguesía— eran las únicas clases sociales, que lejos de disgregarse tendían a fortalecerse. Y así fue durante toda la fase del capitalismo premonopolista y una buena parte del capitalismo monopolista. Incluso, en estas fases, los trabajadores del sector primario —es decir, los campesinos— se redujeron drásticamente en los países capitalistas avanzados. Por el contrario, durante las últimas décadas, con el creciente desarrollo del sector terciario —el sector de los servicios— no sólo se ha desarrollado la pequeña burguesía y otras capas sociales medias de la población, sino también amplios sectores asalariados de nuevo tipo, técnicos, ingenieros, especialistas en márketing, etc., que desbordan por sus funciones y estatus social los límites tradicionales de lo que había sido considerado como clase obrera estricta. También en esos países industriales avanzados —aunque sea otra la situación en algunos países del denominado «Tercer Mundo»— la crisis económica estructural y el desarrollo de las nuevas tecnologías ha producido importantes reducciones —mediante ajustes, reconversiones de relevantes ramas del sector de la producción industrial, etc.—. Con ello, aunque el número total de los trabajadores asalariados se haya incrementado notablemente, ha disminuido el número de los trabajadores industriales en el conjunto de la población laboral activa. Este fenómeno se agudiza además por el hecho de que un sector creciente de trabajadores industriales pasan a una situación de desempleo permanente. Según diversos sociólogos apologistas del capitalismo, se pasaría así de la fase industrial del sistema de producción capitalista a la fase *postindustrial*, en la que la clase obrera no sólo se reduciría numéricamente, sino que políticamente perdería su protagonismo histórico. A esta fase sociológica postindustrial correspondería culturalmente la denominada *postmodernidad*. Es decir, una ideología que preconiza el abandono de la racionalidad científica, la obsolescencia de la concepción del progreso humano, el descompromiso político y social, el retorno a la privaticidad, etc. (6).

Más allá de las interpretaciones sesgadas y de las manipulaciones ideológicas que los nuevos procesos productivos, industriales o postindustriales puedan suscitar entre los apologistas del capitalismo, subsiste el hecho de que la internacionalización de las fuerzas productivas, la mundialización de la economía, la incidencia en el sistema productivo de las nuevas tecnologías, la denominada *revolución científico-técnica*, los procesos de automatización y robotización de la producción, etc., son fenómenos reales que contribuyen a modificar el número, la función productiva y la situación económica, social, política y cultural de la clase obrera. También su propia composición sectorial y sus perspectivas de futuro. Las políticas y modelos de desarrollo del actual capitalismo generan nuevas contradicciones, superpuestas a las que, de modo irreconciliable, enfrentan a las fuerzas del trabajo con las del capital. Tienden a anudarse entre sí en una unidad y la plena solución de cualesquiera de ellas no parece viable por separado, al tiempo que se remite a los cimientos mismos del modelo social que las provoca. De ellas, por vía natural, emergen los variados y plurales sujetos de la trans-

(6) LASO PRIETO, J. M. «Ideología de la postmodernidad», en *Nuestra Bandera*, n.º 129, marzo-abril, 1985, Madrid, p. 58 y ss.

formación social radical. No obstante, parece contrastado por la práctica social que la clase obrera y el mundo del trabajo constituyen el *sujeto central* de la transformación social. Integran el sujeto social que sufre el conjunto de las contradicciones del capitalismo en su grado más álgido. Tal vez el único capaz de movilizar al amplio conjunto social de las fuerzas de izquierda, de paralizar la producción y la actividad económica de un país, de poner en jaque las políticas neoliberales de su gobierno. De hecho, la centralidad de la clase obrera y del mundo del trabajo tiene mucho que ver con la propia existencia del Partido Comunista de España, tal y como fue resuelta en sus XIII y XIV Congresos. La clase obrera, por muy modificadas que hayan sido su composición y formas de actuación, expresa y sintetiza los mecanismos que regulan la sociedad capitalista. Representa en sí al trabajo humano convertido en mercancía, la separación entre el ser humano y el trabajo, la alienación.

La principal fuerza productiva, aún teniendo en cuenta la revolución científico-técnica en curso, sigue siendo la clase trabajadora. Clase ampliada y diversificada a un tiempo, dado el moderno crecimiento de la economía industrial y de servicios. Sin embargo, el potencial de cambio social, de nuevos valores, necesidades y aspiraciones que constantemente se generan, aunque sea de forma contradictoria, en la clase obrera, los estudiantes, los empleados, las mujeres, etc., en las sociedades capitalistas avanzadas son también constantemente sofocadas por las políticas del sistema. De ahí la necesidad de profundizar en el análisis de toda la problemática del mundo del trabajo, para situar debidamente una indispensable estrategia para el logro de la transformación social radical. Considerando como tal el logro de una democracia integral que abra una ulterior perspectiva socialista. Es decir, que, pese a los ciento cincuenta años transcurridos desde que Marx y Engels redactaron el *Manifiesto Comunista*, los objetivos emancipatorios siguen siendo los mismos. Se trata, como entonces, de erradicar toda forma de explotación, opresión y alienación humanas, sustituyendo el capitalismo por una forma de organización social más justa y racional que, en su plena realización, sólo podrá alcanzarse en una sociedad comunista totalmente desarrollada. Para el logro de tales objetivos, la clase trabajadora sigue siendo el principal sujeto revolucionario o transformador, aunque se haya ampliado el número de tales sujetos en función de la emergencia de nuevos movimientos sociales. En ese sentido, continúa también vigente el denominado *internacionalismo proletario*, aunque ahora se rebase la intrínseca solidaridad de clase —manteniéndola en sus nuevas formas actuales— para ampliarse, como *solidaridad internacionalista*, con el apoyo a todos los pueblos que luchan contra la opresión y explotación por el imperialismo. Intensificar tal solidaridad es una de las mejores formas de conmemorar el ciento cincuenta aniversario del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. ■

Bibliografía

- MARX, K. y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*, contiene también el trabajo de ENGELS. *Principios del comunismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1978.
- *Manifiesto Comunista*, Ediciones Inca, Lima (Perú), 1972.
- *El Manifiesto Comunista y otros ensayos*, colección «Los grandes pensadores», Editorial Sarpe, Madrid, 1985.

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

- *El Manifiesto Comunista*, traducción del alemán de ROCES, W., Ediciones Endymion, Madrid, 1987.
 - *El Manifiesto Comunista*, con notas aclaratorias de RIAZANOV, D., Editorial Ayuso, Madrid, 1974.
 - *Komunista alderdia-ren Agiria*, colección «Ebro», París, 1971.
 - *Manifeste du Parti Communiste*, Editions Sociales, París, 1966.
 - *Manifiesto Comunista*, «Prólogo» de FERNÁNDEZ BUEY, F., Ediciones El Viejo Topo, Barcelona, 1997.
- MARX, K.; ENGELS, F., y HESS, M. *De la Liga de los Justos al Partido Comunista*, Ediciones Roca, México, 1973.
- CAPELLA, J. R. *Leer el «Manifiesto Comunista» hoy*, existe una edición monográfica de la Escuela de Verano del PCE, también figura en el libro *Los ciudadanos siervos*, Editorial Trotta, Madrid, 1993.



Karl Marx en 1861 y Friedrich Engels en 1860.

El *Manifiesto* y la fundamentación de una ética materialista

Juan Manuel Aragüés

Ciento cien años de un texto, ciento cincuenta años de un mar de barricadas que erizaron Europa de aristas de esperanza. El despertar de una mayoría, a la que se dio un nombre —proletariado—, tuvo, en el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, su texto paradigmático. El espectro que recorría Europa encontró su letanía advocatoria en los más diversos idiomas del continente, al tiempo que se multiplicaban los conjuros de los sacerdotes de la reacción. La derrota de las barricadas no significó, no obstante, la derrota de su texto, cuya luminosidad, amalgamada con la rica producción revolucionaria de la segunda mitad del XIX y primeras décadas del XX, redujo los límites de las sombras de la reacción para abrir paso a nuevos espacios de libertad.

Ciento cincuenta años más tarde es muy otro el paisaje. Producido el advenimiento del leibniziano «mejor de los mundos posibles» entre los cascotes del Muro de Berlín y las páginas de los manuales del Departamento de Estado norteamericano, Marx no es sino una sombra más del Averno, un perro muerto al que se quiere hacer desaparecer de las fotografías de la historia. ¡Qué pretensión, qué locura! ¡Seguir hablando de conflicto y lucha en este el mejor de los mundos posibles! ¡Seguir hablando de ideología en el mundo del universal acuerdo de las bondades del sistema, el único posible! ¡Locos, iluminados, dogmáticos, trasnochados! —resuenan los ecos del ladrido abyecto de la legión de perros guardianes.

Sin embargo, la risa amarga de Voltaire vuelve a restallar bajo los muros deruidos por el terremoto de Lisboa. Del mismo modo que Voltaire, en su *Cándido*, ante el optimismo de Leibniz, se ve forzado a poner de manifiesto los males del siglo, no es posible cerrar los ojos, narcotizados por el pensamiento único, a la verdadera cara de nuestra realidad planetaria. Desempolvemos el *Manifiesto*.

Para una ética mayoritaria

Decía Gramsci que «la verdad es revolucionaria». Siempre he querido entender esta expresión en el sentido de que sin reconocer la verdad, la realidad, es imposible una práctica revolucionaria. Y es el sistema quien mejor ha entendido la frase, consciente de que no hay mejor modo de evitar una práctica revolu-

ria que el enmascaramiento, la eliminación, de la realidad. Dándole la vuelta pudiéramos decir que la mentira es la mejor terapia contrarrevolucionaria.

Por volver a Leibniz, ¿cómo incitar una práctica revolucionaria en el mejor de los mundos posibles? Es la lección mejor aprendida, en el ámbito del discurso, por parte del sistema y sus voceros, aquéllos que pueden escribir sin sonrojo, desde el campo de la ética, que «hemos llegado al acuerdo [¡!], expreso o tácito, de que la economía capitalista es la única que funciona medianamente bien, mejor que ninguna otra imaginable» (1). Si esto es así, huelga cualquier práctica revolucionaria o alternativa, cualquier antagonismo. No queda más que la corrección de los desajustes del sistema. Pero ¿es esto así? No dejemos que las legañas ideológicas nos peguen los párpados, abramos los ojos a la realidad, pero no sólo a la de nuestro entorno, en algunos casos privilegiado y opulento, sino a la de un planeta profundamente desequilibrado e injusto.

Exhumemos el *Manifiesto*. Dos elementos me interesa traer a colación: su descripción de la realidad como conflicto y su apuesta por la construcción de un discurso, y una práctica, al servicio de la mayoría social. Lo primero resulta una constatación de la realidad sobre la que articular lo segundo, un proyecto de la mayoría. Enmascarando lo primero, se consigue negar la necesidad de lo segundo y, de un plumazo, se acaba con toda la teoría política alternativa inherente a la analítica marxista. Por eso reivindicaba el carácter revolucionario de la verdad, entendida ésta como una correcta lectura de la realidad circundante o de lo que Sartre denominaba situación.

«Es evidente —escribe Sartre en sus *Cahiers pour une morale*— que se miente para incitar a alguien a hacer lo que se quiere que haga o a no hacer lo que no se quiere que no se haga. La mentira se produce por consiguiente como consecuencia de la certeza de un fracaso: puesto ante la realidad tal como es, la acción del Otro será contraria a mi deseo. Por consiguiente, le oculto esta realidad. Sigue siendo libre para elegir su acción. Pero las premisas son falsas» (2). La mentira, la ocultación o alteración de la realidad, tal como se desprende del texto citado, es la mejor terapia antirrevolucionaria. Si se consigue transmitir a la sociedad el mensaje de las bondades del sistema, toda práctica revolucionaria queda obturada. Y es precisamente ésta la época en la que el Poder ha manifestado una mayor eficacia en el manejo de la realidad, y con ella de la conciencia de los individuos. A través de los medios de comunicación de masas no sólo se ha modificado la realidad, no sólo se han ocultado acontecimientos, sino que se ha *producido realidad*, se han creado realidades inexistentes, lo que se conoce con el término simulacro. De esta manera, los individuos reaccionan en un campo construido, definido desde el Poder, de tal manera que sus prácticas son mucho más previsibles y controlables. Si un individuo de izquierdas piensa, por poner un ejemplo cercano, que IU pacta su política con el PP, tal como se ha definido a través del concepto de pinza, su posible simpatía hacia IU se verá erosionada. Nueva estrategia del Poder en lo que ya Marx definiera como tiempos de la subsunción real (3).

(1) CAMPS, V. *Paradojas del individualismo*, Crítica, Barcelona, 1993, p. 102.

(2) SARTRE, J. P. *Cahiers pour une morale*, Gallimard, París, 1983, p. 203.

(3) Sobre el concepto de subsunción real *vid. Papeles de la FIM*, n.º 3.

Como he dicho anteriormente, desde la faceta analítica se condiciona el proyecto. Por ello, tras un análisis en el que se deduce la inexistencia de conflicto, el final de las ideologías, el proyecto consiguiente no puede ser antagónico, sino, en todo caso, modulador de las prácticas desviadas, reparador de las epidérmicas averías de un sistema que, en cualquier caso, funciona. El capitalismo es el mejor de los mundos posibles, reitera, leibniziana, por poner un ejemplo, Victoria Camps; de lo que se trata es de evitar sus prácticas más extremadas. Y para ello no hay mejor instrumento que el diálogo, que el ejercicio de la Razón. Negado el conflicto como seña de identidad de la sociedad contemporánea, es posible la reconciliación universal de las conciencias a través del diálogo. Máxime cuando nuestras sociedades gozan del instrumento adecuado para la producción de ese diálogo: los medios de comunicación de masas. Una nueva Arcadia de la Razón nos espera.

Sin embargo, las gotas de sangre siguen escapándose a través de las rejillas de nuestros televisores, pues no toda realidad es ineludible. La realidad, tozuda, sigue llamando a la puerta de nuestras conciencias para hablarnos de las dos caras del capital, la de la opulencia y el despilfarro y la de la miseria y el expolio. Dos caras inextricablemente ligadas. Por ello vuelve a resonar con fuerza en nuestros oídos la afirmación sartriana: «Todo argumento antimarxista es un argumento premarxista.» Esa pretendida reconciliación universal de los sujetos que se deriva de una analítica interesada en la que el conflicto ha desaparecido de la escena, ese retorno a planteamientos kantianos nutridos en un inexistente sujeto transcendental, ese habermasiano universalismo dialógico y mediático no es sino una añagaza más del Poder para enmascarar la cruda realidad de nuestro entorno y un intento de enterrar a Marx con enterradores del siglo XVIII.

Pasos atrás. Nuestro fin de siglo observa con estupor cómo en lo social retornamos al siglo XIX, a la explotación más descarnada del trabajo por el capital. Pero parece ser que, en el campo del pensamiento, la apuesta es, si cabe, más decidida, y el viaje en el tiempo salta barreras para retornar a un ilustrado siglo XVIII. Todo conflicto es superable mediante el diálogo racional, afirman, angélicos, los representantes del universalismo dialógico: Habermas, Camps o Cortina. La nuestra es una sociedad libre de sujetos iguales que pueden llegar al acuerdo mediante la oportunidad de diálogo que les proporciona el privilegiado instrumento de los medios de comunicación masivos. Todos compartimos un mismo ser —sujeto transcendental kantiano, naturaleza humana común—, unos mismos objetivos definibles a través del diálogo.

¿Candidez o complicidad? ¿Cómo obviar que no son los mismos los intereses del capitalista, del gestor de la multinacional, que los de sus empleados? «Coloquémonos en el lugar del Otro», reclaman bienintencionados; ¿acaso está dispuesto el magnate, el Bill Gates de turno, a colocarse en el lugar del otro somalí o nicaragüense?; ¿o más bien luchará a muerte, en la eterna lucha del amo y el esclavo, por preservar sus privilegios frente al Otro? Y qué decir de una comunicación en la que la asimetría está garantizada, en la que el acceso a la misma es privilegio de quien está en condiciones económicas de gestionar una empresa de comunicación. En la comunicación no hay diálogo, sino monólogo desde el Poder, que habla mientras los demás callamos. La libertad de expresión no es sino una libertad formal que sirve de coartada para que los de siempre digan lo de siempre.

Frente al planteamiento del universalismo dialógico, en el que la realidad es descrita como no conflictiva y se defiende un proyecto universalista mediado por la razón, recobremos el hilo del *Manifiesto*. Lucha de clases y proyecto mayoritario. Lucha de clases frente a acuerdo, porque el conflicto es nota característica de la sociedad contemporánea, proyecto mayoritario frente a universalismo, por cuanto es imposible, como también dice Sartre, la «conversión de todos a la moral», aunque ello no impide, ni mucho menos, construir un proyecto beneficioso para la inmensa mayoría. Un proyecto que debe partir de la realidad del conflicto, hijo de la diversidad de intereses que transitan nuestras sociedades.

Desde mi punto de vista, la pregunta que se suscita, a partir de lo definido en el *Manifiesto*, es, siendo conscientes de la realidad del conflicto y de la diversidad de intereses sociales, ¿sobre qué fundamento es posible construir una práctica mayoritaria? Y cuando hablo de fundamento lo hago, sin lugar a dudas, desde una óptica materialista, la misma que lleva a Negri a plantear como objetivo de la filosofía «la fundación materialista de un horizonte ético» (4). Sugerencias para una respuesta se pueden rastrear en las páginas de Spinoza, para quien lo que caracteriza a los seres humanos es su tendencia al mantenimiento en el ser, la conservación de la vida, lo que él define como *conatus*. Todos los seres humanos pretenden conservar la vida, dice Spinoza, y debemos coincidir con él. Sin embargo, ésta es, así formulada, una afirmación insuficiente, por cuanto el resultado de una tal posición bien pudiera ser el constante enfrentamiento entre los individuos para conservar la propia vida. El *conatus* subjetivo no puede ser la base para una práctica mayoritaria, pues la defensa de mi vida no implica la defensa de la vida del otro. Sin duda que los dirigentes de las grandes multinacionales defienden, y bien que lo hacen, su propia vida, pero desde luego que no defienden la vida de sus trabajadores.

Ahora bien, partiendo de ese principio, la tendencia a la conservación de la vida, creo que es posible la construcción de un proyecto mayoritario, que formulo como el *conatus de la multitud*, la defensa de la vida de la mayoría. La constatación de la existencia del conflicto imposibilita hablar de un *conatus* universal, que afecte a todos y cada uno de los habitantes del planeta. El Poder siempre defiende sus privilegios con las armas en la mano. Por ello resulta imposible hablar de un proyecto ético universal, no sólo por la diferencia de proyectos, sino por el afianzamiento en la defensa de sus privilegios por parte de los poderosos. Existen proyectos sintetizables, pero hay una frontera que no es posible traspasar: la que separa a quienes defienden a muerte —y no es metafórica la expresión— sus privilegios del resto de seres humanos. Un proyecto mayoritario como el que se defiende en el *Manifiesto* es el que se construye sobre la defensa de la amenazada vida de la mayoría frente al privilegio minoritario. Y es un proyecto que parte de la constatación del conflicto, condición necesaria para una futura superación del mismo. No es que se reivindicque el conflicto, no es que se defienda la lucha de clases, simplemente se constata.

De este modo, el proyecto ético que planteo desde la lectura actual del *Manifiesto*, ese *conatus* de la multitud, se convierte en un proyecto antagónico, pues

(4) NEGRI, A. *La anomalía salvaje*, Anthropos, Barcelona, 1993, p. 181.

la amenaza a la vida de la mayoría es, precisamente, efecto necesario del sistema capitalista. La opulencia del Norte, de un cierto Norte, tiene como condición indispensable la miseria del Sur y ese proyecto de opulencia autosatisfecha no es sintetizable con el más elemental de los derechos humanos, que es el derecho a la vida. *La lucha por la vida de la mayoría se convierte, en este fin de siglo, en fundamento para un proyecto ético mayoritario, materialista y anticapitalista.* Ni siquiera por vocación, sino por tozudez de la realidad. Otra cosa es que esa realidad nos sea enmascarada a través de los medios y que sin un desenmascaramiento de la misma no sea posible articular una práctica de las características que aquí estoy defendiendo. Otra cosa es que hoy, cuando hablamos de alienación como efecto fundamental de la sociedad capitalista, no nos refiramos a la enajenación de una supuesta esencia subjetiva, que algunos negamos al considerar al sujeto como efecto de un exterior, sino al expolio que se le realiza al sujeto de la realidad, a la manera en que el Poder se encarga de colocarnos en el campo de juego que a él le interesa. Otra cosa es que debamos inventar estrategias para desenmascarar la mentira, para conseguir que el sujeto se reapropie del conocimiento del mundo. Pero eso será preciso dejarlo para más adelante. ■

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998



Karl Marx en 1867 y Friedrich Engels en 1877.

UTOPIAS

Nuestra Bandera

Una revista para el debate de toda la izquierda

BOLETIN DE SUSCRIPCION

NOMBRE Y APELLIDOS:

DIRECCIÓN:

POBLACIÓN:

C.P.:

TFNO.: SUSCRIPCIÓN A PARTIR DEL NUMERO

(1 AÑO, 4 NÚMEROS + REGALO COLECCIÓN «UTOPIAS LIBROS»)

Forma de pago

ADJUNTO TALÓN BANCARIO GIRO POSTAL NÚMERO:

TRANSFERENCIA: PCE - NUESTRA BANDERA. CAJAMADRID. C/C 60000294-17

DOMICILIACIÓN BANCARIA:

CUENTA (CUMPLIMENTAR):

--	--	--	--

BANCO

--	--	--	--

AGENCIA

--	--

C.C.

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

N.º DE CUENTA CORRIENTE

DOMICILIO AGENCIA

NOMBRE DE CAJA O BANCO

POBLACIÓN PROVINCIA

TITULAR

Sr. director del banco o caja de ahorros: Ruego atienda, hasta nuevo aviso, los recibos que anualmente les pasará la revista **Utopías-Nuestra Bandera**, en concepto de suscripción, con cargo a mi c/c.

TARJETA DE CRÉDITO (CUMPLIMENTAR):

AMERICAN EXPRESS VISA MASTERCARD CAJA DE MADRID

NÚMERO:

--	--	--	--

--	--	--	--

--	--	--	--

--	--	--	--

FIRMA (IMPRESINDIBLE):

REMITIR A: UTOPIAS-NUESTRA BANDERA. C/ Olimpo, 35. 28043 Madrid. ESPAÑA.

Tarifas (1 año - 4 números): ■ Precio ejemplar: 1.200 ptas. ■ Estado Español: 4.000 ptas.

■ Europa: 5.000 ptas. ■ Asia/Australia: 8.000 ptas. ■ América: 5.000 ptas. ■ África: 4.000 ptas.

Marxismo y filosofía *

Manuel Ballester

I

La cuestión que abordamos, la de la relación marxismo y filosofía, no es una de carácter sólo filosófico, sino también teórico y político. Desde hace decenios se realiza un esfuerzo por disociar la reflexión y el proyecto marxistas de su filiación, de su *entronque en la reflexión socio-política de Rousseau y de la filosofía clásica*. No se trata, creo, de un problema de especialistas, ni de una cuestión de segundo orden; creo, por el contrario que ese engarce del marxismo en los planteamientos, digamos, *ilustrados*, es un problema del más profundo calado.

La investigación llevada a cabo por la filosofía clásica alemana, el movimiento revolucionario clásico también de construcción de la Democracia entre 1789 y 1794, durante la primera República en Francia, *son elementos raíces* de la reflexión marxista, y no sólo de Marx, sino del movimiento comunista en su conjunto.

En la relación que acabo de esbozar, histórica y muy general, se incluye como una parcela la relación a que antes aludí del marxismo y la filosofía que por eso queda enmarcada y referida a una *consideración de contenidos histórico-políticos*.

Creo que Marx y Engels fueron plenamente conscientes de este problema, el de su relación *íntima y crítica* con la investigación filosófica ilustrada y de los clásicos; eso explica la división del trabajo que establecieron entre sí: Marx dedicado a la investigación económica y a la crítica dialéctica de la economía política y Engels al estudio y esclarecimiento de cuestiones de crítica filosófica. (Cf. MARX y ENGELS. *Obras escogidas*, en dos vols., Moscú, en particular *Del socialismo utópico al científico*, y el *Ludwig Feuerbach y el final de la filosofía clásica alemana*; son también dignas de consulta para un estudio preciso de los presupuestos teóricos y de los de método, las *Cartas sobre el capital*, Edit. Sociales, París, 1964). Explica también el célebre estudio de Lenin acerca de *las tres fuentes del marxismo*.

Filológicamente es bastante claro si se consideran los grandes trabajos dedicados al examen y análisis de la *génesis y realización* del trabajo científico de Marx

(*) Ponencia presentada en la Escuela de Primavera del PCE, junio de 1997.

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

y Engels: me refiero al *profundo* estudio de Franz Mehring (*Karl Marx*, Claridad, Buenos Aires, 1943), al de Auguste Cornu (*Karl Marx, Friedrich Engels*, Presses Universitaires de France, París, 1958, tres vols.) o al filosófica e históricamente muy interesante trabajo de Oizermann (*Die Entstehung der marxistischen Philosophie*, Dietz, Berlín, 1965). En los tres, según modos de elaboración muy diferentes, Mehring y Oizermann, más atentos al contenido reflexivo-teórico del desarrollo de Marx, Cornu casi exhaustivo en cuanto al entorno cultural e histórico-filosófico; en los tres es evidente, es nuclear, la relación de Marx y de Engels con la filosofía. *Relación crítica, claro, y en manera alguna prolongación filosófica de la filosofía.* La filosofía ilustrada y la clásica desempeñan un papel *propedéutico de planteamientos*, luego veremos, *epistemológico y metódico*, que por razones muy oscuras y muy claras, al tiempo, posteriormente han intentado eliminar unos u otros.

En este punto y por esto es teóricamente insoslayable la figura de George Lukacs, y no sólo de él, también la de Karl Korsch, la de Ernst Bloch, que una información ligera y más bien literario-amateur ha ladeado o enteramente deformado. Korsch, en su obra de gran audacia y valor teórico *Marxismus und Philosophie* (Europäische Verlaganstalt, 1975), plantea de manera directa la *relación interna* entre marxismo y filosofía, o dialéctica; Ernst Bloch, por su parte, desde una perspectiva comprometidamente marxista, nos ofreció su gran interpretación de Hegel, *Subjet-Object*, Gallimard, París, 1962, corroborando la idea de Oskar Negt, según la que Hegel sólo es plenamente inteligible a través del vuelco que le dio Marx; *hasta ese punto es profunda la relación entre ambos.*

La presencia de la reflexión filosófica en el seno del marxismo la testifican los nombres y trabajos que he citado; pero más clara y precisamente, lo hace Erich Gerlach; en la introducción al citado libro de Korsch; escribe, en efecto, «K. Korsch señala que la *trivialización* [*Verflachung*] del marxismo ha sido introducida por la *incomprensión* [*nicht-verstehen*] de su entraña [*Gehalt*] filosófica» (*Marxismus und Philos.*, 12).

Gerlach añade que esa desconexión entre *el modo de la reflexión* marxista y el de la reflexión filosófica trajo consigo una *disociación teoría-praxis* y, más tarde, la posible *dogmatización administrativa de una sedicente filosofía marxista*, y por otro lado la *trivialización científicista propia de la II Internacional y de cualquier reformismo integrado.*

Para sorpresa y pasmo de algunos, la disociación teoría-praxis y la dogmatización administrativa del marxismo han resultado, no de la conexión marxismo-filosofía, sino de su desconexión *empiricista y pragmática*. El pragmatismo es una de las formas degradadas del dogmatismo vulgar y acrítico de los hechos. En este orden de cosas cabe recordar aquella espléndida respuesta de Fichte, cuando contra su investigación racional se esgrimía a guisa de argumento la realidad empírica: *Eh bien, tant pis pour les faits*. La más sólida y contundente realidad irracional, no por real deviene racional y «comprendida». Precisamente la *filosofía ha investigado siempre esa conexión de la razón y de lo real, ese engarce, para decirlo con Hegel, entre Pensamiento y Ser*, que sólo por grosería intelectual puede tacharse, sin más, de «idealista», siendo por el contrario un método o camino para la posible crítica de lo real.

Esa problemática, en el marco de una *dialéctica socio-material*, se encuentra no sólo contenida, sino teórica y metodológicamente explayada en los tra-

bajos de Marx, en su *cientificidad dialéctica*; luego me referiré a ello de manera más precisa.

Para concluir esta introducción al problema diré: el esfuerzo problematizador y *teórico-dialéctico* constituye el eje central de la *cientificidad* que Marx desarrolla en *El Capital*, en los *Fundamentos* o en la *Contribución*. La investigación de índole dialéctica, epistemológicamente funda y metodológicamente sostiene la elaboración de las categorías teóricas y el análisis marxista. La eliminación de ese contenido teórico dialéctico es un paso dado en la *liquidación del mordiente revolucionario* de la *cientificidad* marxista, y un elemento en el intento de neutralizarla como práctica en la división de las disciplinas universitarias. Korsch ya indicó que, para las concepciones burguesas, la colocación de la teoría marxista en el árbol de las ciencias es un jeroglífico insoluble: o «sociologismo», o «economicismo» o «historicismo», cuando se trata de algo simplemente «dialéctico».

II

Es necesario seguir los pasos del planteamiento del problema: la relación del pensamiento de Marx con la filosofía. Precisamente, llamaré vuestra atención sobre la traducción que se está llevando a cabo en *Nuestra Bandera / Utopías* de textos de Marx y Engels, inéditos en castellano, y que tocan de lleno esta cuestión.

En efecto, en 1842, el joven doctor Marx escribía: «La filosofía no está fuera del mundo, del mismo modo que tampoco está fuera del hombre el cerebro por el hecho de no estar en su estómago. La filosofía está con el cerebro *en el mundo antes de sentar sus pies en el suelo...* mientras que otras esferas humanas se enraízan en el suelo y cogen con las manos los frutos del mundo, *antes de presentir* que la cabeza también está en el mundo, o que el mundo es el mundo de la cabeza.»

Tenemos aquí cualquier cosa menos una simple negación de la filosofía; se trata de una rotunda afirmación materialista de la misma; esa «quintaesencia espiritual», así llama a la filosofía, del mundo es mundana; la totalidad real encierra y porta *en sus dialécticas y movimientos internos* su propia proyección transmundana; lo digo así con Nietzsche y contra Nietzsche; *el transmundo se emplaza en el mundo y como mundo*; el fantasma metafísico, el más allá, está aquí. Refiriéndome con precisión a lo anterior, diré: la filosofía porta en sí un contenido racional, antes del vuelco —la *Umstüftung*—, por eso precisamente el vuelco materialista es posible; no se puede voltear una simple patraña, una especulación huera y vacía.

Nos encontramos ante una torsión crítica, sí, de la proyección filosófica, que es horadada y vista en tanto que *dimensión interna* del proceso del mundo, que, por tanto, no es simple y mundo fantasma; como el espectro de Hamlet, advierte sobre la corrupción en Dinamarca; se trata, pues, de un espectro cuya índole y función son reales.

El transmundo es intramundo, *no es un abstracto «no ser»*, la «quintaesencia espiritual» no es espiritual, es interna al proceso mundano; ese proceso real

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

lleva en sus pliegues una proyección quintaesenciada; estamos, pues, ante una realidad mundana que se proyecta y trasciende; Bloch recoge y reutiliza una fórmula de Hegel: *ein Transzendieren ohne Transzendenz* — «un trascender sin transcendencia».

Vale la pena, al llegar aquí, referirnos a una anotación de Lenin, en sus *Cuadernos filosóficos*, donde, bajo la indicación *Nota Bene*, reproduce un pasaje de la *Lógica* de Hegel, que ahora cito: «Es esta esencialidad la que aparece en el fenómeno, por ello el fenómeno, lejos de ser incompatible con la esencialidad, es su manifestación.» Es evidente: Hegel formula esa doble dimensionalidad del fenómeno que, en sí, porta la esencia, la sustancia de que Marx habla en el postfacio que luego citaré; se trata de un tema científico-dialéctico de la más alta importancia.

La filosofía no es simple ni *positivista* negada, es entendida como más tarde lo será la religión, en tanto que *aliento desgajado de la respiración del mundo*, proyección quintaesenciada de una *materialidad histórico social en proceso*; la filosofía pierde su soñada autonomía pero cobra el enorme peso de ser alvéolo reflexivo incluido en el proceso histórico real. En suma, Marx no hace un diagnóstico *positivista* de lo filosófico. *Lo inserta en el proceso real como Hegel lo insertó, de otro modo, claro.*

La esfera, pues, filosófico-ideal está en inmanencia; por eso, sigue diciendo Marx: «Ha de llegar un momento en el que la filosofía no sólo avance internamente según su propio contenido, sino que también, en exterioridad, por su fenomenalidad [*durch ihre Erscheinung*], *entre en contacto y en interacción con el mundo presente* y se convierta entonces en *filosofía contra el mundo.*»

Después de haber visto la *inclusión mundana* de la filosofía, Marx, desde esa misma inclusión, contempla *el devenir activo y práctico de ese universo de la reflexión*. La problemática filosófica, al integrarse como aroma del mundo, se transforma en palanca contra el mundo, palanca reflexivo-revolucionaria.

La filosofía, tanto por su inclusión como quintaesencia del mundo, que como reflexión de una práctica subversiva en Marx críticamente se preserva.

La radicalidad crítico-dialéctica de Marx no lleva consigo un rechazo ni positivista ni *pragmático* de la reflexión filosófica; además, por ello, *excluye el achatamiento del saber a un puro saber «positivo»* (en el primer libro de *El Capital* hay anotaciones feroces y críticas contra Auguste Comte), *ya que el dato empírico encierra en sí su razón, es un punto de paso del movimiento del sistema*; además la filosofía, llegada a cierto grado de maduración histórico-teórica, se afirma y se entiende como quintaesencia interna de la impugnación mundano-revolucionaria.

Estamos en 1842, pero ya al lado de la primera *Tesis sobre Feuerbach*, donde frente al *materialismo antiguo*, «*incluido el de Feuerbach*», Marx pone de relieve la aportación del «idealismo» que desarrolló el «aspecto dinámico», que, tras la inversión materialista de la filosofía, iba a ser la «práctica revolucionaria».

En la *Ideología alemana*, Marx analiza y dice que el cerezo que ve desde su ventana es resultado del «comercio mundial»; de manera que tanto el objeto de la visión como la visión *contienen un elemento práctico histórico-social*, son resultado de una actividad práctica. La objetividad también aquí, está puesta y sostenida por la actividad humana.

No quiero pasar de largo sin aportar pasajes deslumbradores de la reflexión idealista clásica, que, de manera fantasmal, ideológica e histórica y socialmente

desorientadora y mistificadora, ponen de relieve esa matriz activa y práctica de la realidad para el hombre: Fichte en su *Doctrina del Derecho Natural* escribe: «El sujeto se establece a sí mismo como tal, por ello puede y debe establecer un mundo de los sentidos y contraponerse a él» («[Es] Setzt sich als solches, so kann und muss es eine Sinnenwelt setzen, und sich selbst entgegensetzen», *Werke*, F. Meiner, Leipzig, 1911, II, 39).

Es evidente la radicalidad con que el autoestablecimiento del sujeto lleva consigo necesariamente la posición del mundo; se trata de una *conexión práctica* entre el hombre y el mundo. No hay evidentemente posibilidad de una subjetividad suelta, desligada. Esta es una de las formas de la conexión práctica del sujeto y del objeto sobre las que G. Lukacs ha llamado la atención con insistencia.

Es también evidente que esta dialéctica fichteana está *necesitada de un vuelco* materialista, como las de Hegel. Todo eso es fundamental para la posición del marxismo; ésta exige un vuelco materialista de las dialécticas filosóficas, pero tal vuelco, como indica la primera tesis, se produce en el marco de esas adquisiciones clásicas; es claro que *el vuelco materialista, al atender a la práctica material-social, abre curso teórico al análisis de las clases y del trabajo social explotado en general*; también de la Naturaleza como espacio material del proceso socializador, pero no es menos cierto que la filosofía clásica clarificó, aunque de manera fantasmal, esa matriz práctica del mundo del hombre, central en el pensamiento de Marx, central para entender *a fondo la teoría del valor* y para integrar en el proyecto marxista esas perspectivas casi escatológicas de la *posible naturalización del hombre y humanización de la naturaleza*. En la primera, la noción de valor es desbordada en su forma economicista, y conectada con los procesos material-sociales del trabajo humano. En esto estriba uno de los pasos críticos de Marx frente a la tematización economicista de lo económico.

El vuelco materialista y la retención de la conexión dialéctica hombre-mundo no sólo van a la par, se mediatizan e interdeterminan.

La filosofía aquí ha sido el «molde invertido», al «revés» de la posición activo-materialista marxista. En este marco han de entenderse los desarrollos del final del *Postfacio a la segunda edición alemana de El Capital* (libro I), donde Marx, después de declararse provocativamente, y contra la caterva reaccionaria de los enterradores de Hegel, «discípulo de aquel gran pensador» (*Ich bin Schüler dieses grossen Denkers*), y añade que su método «es el exacto contrario del hegeliano».

La filosofía se invierte y se prolonga; ésa es la situación dialéctica que hemos de seguir reflexionando; tal es el marco general en que ha de plantearse la relación de Marx con la filosofía.

Es precisamente ahí donde cobran todo su sentido, directo y metafórico también, las palabras de Engels en el Ludwig Feuerbach: que «el proletariado es el heredero de la filosofía clásica alemana»; *el proletariado, no Feuerbach*; o que, llegado el momento histórico-social de la inversión activo-materialista revolucionaria, el proceso filosófico es reemplazado por el movimiento histórico-real de la transformación social. Tesis que ha de entenderse en toda su amplitud y profundidad.

El movimiento productivo del «concepto», o el del Espíritu, salidos de la interioridad abstracta del idealismo, devienen momentos internos del movimiento real-social; este movimiento suplanta en las suyas aquellas dialécticas interiores fenomenológicas o epistemológicas, devenidas ahora procesos activo-reales.

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Si en la filosofía el proceso del concepto establecía la realidad —lo hemos visto en Fichte—, en la realidad el movimiento social, que corroe y critica los fetichismos monetarios o los de estructuras cosificadas —el Estado, las instituciones—, abre nuevos campos y nuevos cursos de realidad social, ideal y política.

Colocándonos en esta perspectiva, el primer texto que citamos, el de 1842, se superpone y coincide con la aseveración de Engels acerca del movimiento histórico-social, como verdadero motor del proceso racional-humanizador, y en todas sus dimensiones.

Este *transvase* de la filosofía al proceso histórico-social tiene además correspondencias en otros teoremas centrales del pensamiento marxista; también la Democracia, puramente conceptual y de Derecho, en tanto que abstracción, o simple igualdad ante la Ley, ha de pasar a realización y convertirse en igualdad y democracia reales ante las condiciones materiales de existencia, para todos los ciudadanos, es decir, la democracia ha de pasar a una sociedad comunista, donde se administren las cosas y *los hombres se autogobiernen*.

Y la misma relación de *paso de lo ideal a su realización material-social* hemos de aplicarla, en general, al mundo de lo ideal y de lo cultural, que de «representación» o, peor aún, de *show* mediático, han de cumplirse como movimiento social de práctica e implantación de los contenidos ideales en la vida de todos los días —también en los momentos del tiempo de trabajo, no sólo de ocio, saliendo, al fin, de la actual abstracción representativa, elitaria y mistificadora.

Si se reflexiona con atención, podrá verse que, en medio de sus cambios y diferencias de perspectiva, los conceptos marxistas mantienen una unidad teórica, que podemos determinar: *de la práctica filosófica, interior, abstracta, a la práctica revolucionaria, social, exotérica y política*. Y así nos topamos de bruces con las tesis de Gramsci acerca de la conquista de la hegemonía cultural y moral como momento interno del proceso de lo que en *El Manifiesto* Marx denominaba «*Erkämpfung der Demokratie*», conquista y realización de la democracia socialista. El pensamiento marxista se expande, abarca nuevos dominios, no porque, pragmático, vagabundee o, ecléctico, se adapte, sino porque puede ahondar en sí mismo, por su entraña histórico-dialéctica.

Diré, para evitar malentendidos y discusiones ociosas, que cuando he utilizado el concepto «proletariado», previamente, en *Nuestra Bandera*, hace meses ya, aludí y expuse las depuraciones teóricas del concepto en los libros I y II de *El Capital*; quiero decir que no peco ni de ingenuo ni de abstracto; añadir que he reflexionado el prólogo de Engels a la *Lucha de clases en Francia*, y meditado el emplazamiento estratégico del sufragio universal como uno de los elementos en el proceso complejo de la transformación social; he dicho complejo para aludir a que no se trata solamente de una transformación de lo político, sino de su contenido económico-social, de lo que él llama, antes que ninguno, «*revolución de la mayoría*».

Es claro que en el *transvase* aludido la filosofía cambia en cuanto a su forma y a su contenido: en cuanto a su forma, desborda su antiguo marco conceptual especulado, para entrar en el de los procesos y dialécticas material-sociales, *para comprometerse* —*eso es lo que entendió, profundamente Sartre*—; su contenido, que no es ahora la elucidación racional-abstracta, sino la producción política y real de nuevos contenidos históricos; *la filosofía se realiza como esclarecimiento reflexivo y activo de las tareas de la transformación social*, de la

racionalidad histórico-real, por ello, pierden su perfil teórico las dicotomías conservadoras y burguesas, *ética/política, o individuo/colectivo*, no porque confundidamente se confundan y nieguen su propia identidad, sino *porque se imbrican en un proceso real unificante*, el de la lucha de clases, el de la confrontación histórica (*ésta es su síntesis*).

La crítica filosófica deviene dialécticamente *política*, y se extrae del espacio enrarecido de las «élites» profesionalizadas; la filosofía, como al final de la Edad Media, sale de los bien llamados «claustros», para instalarse en la plaza pública, sin perder de su rigor ni de su exigencia. *Recobra su antigua socrática y cívica dignidad.*

La filosofía anima entonces una acción política, como decía Marx, «a la altura de los principios» y por su reflexión aventaja la tentación oportunista y pragmática. A esto se refirieron de pasada, en breves indicaciones, Paco Frutos y Anguita en el mitin del cine Palafox.

Esta prolongación activo-filosófica la encontramos, para ir terminando, metodológicamente en el trabajo científico de Marx. Son de recordar ahora las palabras de Lukacs en su *Ontologie des gesellschaftlichen Seins* (Luchterhand, Neuwid y Berlín, 1971): que en Marx no cabe distinguir entre el filósofo, por un lado, y el científico por el otro, ya que dice: «Marx no se hizo menos filósofo, sino que, por el contrario, en todos los dominios profundizó sus intuiciones filosóficas» (p. 16); es decir, condujo *crítica y filosóficamente su investigación científica*; de ahí que en él, el análisis propiamente económico jamás descendió al modo y manera de lo que se entiende por esa ciencia particular; *investigó dialécticamente las categorías económicas. De ahí también que el momento crítico que reclama Habermas esté contenido en el proceso científico-dialéctico, explícita o implícitamente.*

Es éste un problema que aquí no haré más que rozar, para no alargarme; os indico que todos los lunes, de 20 a 22 horas, trato el problema en un seminario con jóvenes comunistas en el CAUM, estáis invitados los madrileños.

Dialécticamente quiere decir aquí, al menos, *dos cosas*: que las categorías teóricas Marx las entiende *ligadas y brotadas, materialistamente, en el proceso real de despliegue* del sistema del capital, que tales conceptos o categorías *crystalizan en la práctica social*, antes de acuñarse en la mente teórica (por ejemplo, el trabajo abstracto, el valor de cambio; consúltense, a este respecto, *Theorien der Mehrwert* —«Las teorías de la plusvalía»—), además que esos conceptos, surgidos como *verdaderos universales* (H. Marcuse) en el proceso material, no son productos de un *punto de vista metódico del investigador*, sino que le *pertenece a la cosa en sí*, y desde ella determinan la articulación teórica. Teoría aquí implica determinación de las categorías en *el seno del despliegue de la totalidad social, o modo de producción.*

Insistiré en que teoría en Marx se refiere a esta conexión de esencia del concepto y del despliegue de la cosa, y al necesario enfoque de la Totalidad en que se determinan los fenómenos empíricos.

Basta leer con atención las páginas introductorias a los célebres *Grundrisse* para ver que Marx asume la caracterización que del *método* nos ofrece la *Lógica* de Hegel: «Es solamente la naturaleza del contenido lo que se mueve en el conocimiento científico, porque, al mismo tiempo, es la propia reflexión del con-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

tenido la que establece y produce su determinación» (HEGEL. *Wissenschaft der Logik*, en *Werke*, Suhrkamp, Bd. 5, 16).

Esto es lo que aparece con toda nitidez en el método de análisis y de determinación del dinero, en *El Capital*, I, 1, 3: el *método genético* y el análisis del equivalente; el dinero no es definido por una determinación abstracta, sino *examinado en su propio devenir*, y como *crítica del desdoblamiento de la mercancía, en sus momentos, v. u / v. c.* Tal método genético ha sido puesto en marcha desde la reflexión filosófica del ente histórico.

En cuanto al análisis de la mercancía, léanse con atención las páginas en que Marx deslinda sus dos *momentos* y la relación entre ellos: me limitaré, para terminar, a un pasaje que tiene dentro todo el contenido dialéctico a que me estoy refiriendo: «La mercancía —escribe— es valor de uso, pero al mismo tiempo, en tanto que mercancía, no es valor de uso. Si fuera valor de uso para su propietario, no sería mercancía [...]. Para convertirse en valor de uso, la mercancía debe hacer frente a una necesidad particular, para la que es objeto de satisfacción. Los valores de uso de las mercancías se convierten en valores de uso, *al permutarse de manera universal*, pasando de unas manos, en las que son medios de cambio, a otras en las que son objetos de uso.» La identidad está rota y sólo establecida en el movimiento de sus diferencias internas.

Los dos momentos de la mercancía, opuestos entre sí (el uno es natural, el otro es social), se intermediatizan, se intercondicionan; cada uno es lo que es, ligado a su opuesto. Esto no es coqueteo con el método de Hegel, es una condición teórica necesaria, para que Marx pueda captar y exponer la contradicción que habita en ese ente tan vulgar que encontramos en las estanterías de los almacenes, bajo la rúbrica de un precio, para criticar de antemano las objeciones vulgares de Böhn Bawerk y de todo el marginalismo.

Ese análisis dialéctico no es un adorno, no es coquetería, es necesidad para llegar a captar los movimientos internos y determinantes del objeto social mercancía, que al mismo tiempo es también objeto natural para el consumo; pero cuyo consumo, o la realización de su utilidad, está determinado por su propiedad social, valor y precio. Las necesidades humanas, en esta situación, no existen si no son contablemente solventes. Esa es la contradicción flagrante y destructiva de la sociedad capitalista, que debe ser sobrepasada.

La filosofía, como instancia en la impugnación práctico social, o como método de análisis del sistema, y de crítica de la economía política, según decía Lukacs, *jamás ha sido positivista o pragmáticamente abandonada*. Eso es evidente en el célebre pasaje: «No aboliréis la filosofía si no la realizáis, y no la realizaréis si no la abolís.» La filosofía, en el movimiento de su abolición, llama a tareas y a horizontes de acción social a la altura de los principios; como el espectro del padre de Hamlet, también dice: «Acuérdate de mí, acuérdate de mí», recupera mi mensaje secular, crítico y nunca enteramente realizado, siempre *exigencia abierta, siempre en movimiento*. ■

Marco histórico del *Manifiesto*. Teoría de la revolución proletaria *

Juan Trías Vejarano

Este artículo quiere ser, en alguna medida, una introducción a los dos siguientes: «Crítica y tendencias del capitalismo en el *Manifiesto Comunista*» y «El *Manifiesto Comunista*: una lectura política», cuyo tema central tiene que ver, sobre todo, con la organización y acción del proletariado. Capitalismo y proletariado, o acción del proletariado, o análisis y crítica del capitalismo y acción y organización del proletariado, son los dos temas en torno a los cuales giran estos dos artículos.

Lo que voy a hacer es poner de relieve por qué los dos siguientes artículos se centran en estos dos temas; pero, como paso previo a ello, quiero también hacer una breve introducción que sitúe históricamente al *Manifiesto* y ponga, también, de relieve, en alguna medida, cómo debe leerse éste; siguiendo, en este sentido, unas indicaciones que me parecen muy adecuadas, que hizo Engels en su momento.

Empezaré por situar históricamente el *Manifiesto*, lo cual es importante y siempre hay que tenerlo en cuenta. El *Manifiesto* se escribe en 1848. La genialidad del *Manifiesto*, en mi opinión y en la de muchos, es la capacidad que tiene, que tienen Marx y Engels, de trascender el momento histórico; de abarcar toda una época que, en buena medida, se estaba iniciando en ese momento. Es decir, que en el *Manifiesto* se admira la capacidad de anticipación, de previsión, que se esconde en él.

Y esto tiene que ver con lo primero que yo quería examinar. El *Manifiesto* tiene como punto de referencia lo que es el capitalismo, lo que significa históricamente, las posibilidades y contradicciones que encierra y lo que éste ha engendrado, es decir, el proletariado.

Pues bien, el último escrito de Engels es un escrito de 1895. Como es sabido, Engels sobrevivió a Marx en doce años. Y en estos años de su vida Engels desarrolló una labor fundamental en lo que podríamos llamar orientación del movimiento obrero. Un movimiento obrero que se estaba constituyendo, precisamente, en esos años; un movimiento obrero en el sentido moderno de la expresión.

(*) Transcripción de la intervención de Juan Trías en la Escuela de Invierno del Partido Comunista de Madrid, realizada en Madrid los días 16 y 17 de enero de 1998.

Engels dice en 1895, en su último escrito —un escrito hecho poco antes de morir—, refiriéndose a lo que era 1848, lo siguiente: «Ha puesto de manifiesto [lo que había pasado entre 1848 y 1895] que por aquel entonces el estado de desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista. Lo ha demostrado por medio de la revolución económica que, desde 1848, se ha adueñado de todo el continente; dando, por primera vez, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y, últimamente, en Rusia; y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista. Lo cual quiere decir que esta base todavía, en 1848, tenía gran capacidad de extensión. Pero ha sido, precisamente, esta revolución industrial la que ha puesto en todas partes claridad en las relaciones de clase, la que ha eliminado una multitud de formas intermedias legadas por el período manufacturero en la Europa oriental, incluso del artesanado gremial, creando y haciendo pasar al primer plano del desarrollo social a una verdadera burguesía y a un verdadero proletariado de gran industria.»

Es decir, que lo que afirma Engels en 1895 era que, realmente, el capitalismo en 1848 —fecha en que se escribe el *Manifiesto*— estaba muy poco desarrollado y que el gran desarrollo capitalista se efectúa en la segunda mitad del siglo XIX, en esos años que van de 1848 a 1895.

En 1848, como Marx y Engels expresaron en otros textos, realmente el capitalismo, en el sentido moderno de la expresión, o el capitalismo industrial sólo existía en Inglaterra y en Bélgica con un cierto grado de desarrollo. No es que no apareciese ya en otros países, pero este capitalismo industrial en el resto de Europa y en Norteamérica no era más que islotes, ni siquiera diría islas. Y eso suponía, como añade Engels en este mismo texto, que realmente no se podía hablar propiamente (sólo en una mínima parte) de una burguesía y de un proletariado en el sentido moderno de la expresión.

Por eso decía que, en alguna medida, el *Manifiesto* se había anticipado a su época; porque sobre la base de lo que entonces sólo estaba en germen había sido capaz de prever lo que iba a suceder.

Esta opinión de Engels, en 1895, ya la había expresado con anterioridad, cuando en el prólogo a la edición polaca del *Manifiesto* —que es de 1892, tres años antes— en alguna medida ligaba la creciente audiencia que tenía el *Manifiesto Comunista* a estos fenómenos a los que acabo de aludir. Decía: «La difusión del *Manifiesto Comunista*, su traducción a cada vez un mayor número de lenguas, es un signo a la vez del desarrollo de la gran industria y del desarrollo de la clase obrera que surge sobre esta gran industria.» Y añadía: «La demanda del *Manifiesto* viene de que esta clase obrera, que ha surgido sobre la base de este desarrollo de la gran industria, demanda un texto que le explique su situación, el marco de su situación y también le marque unas líneas claras de actuación.»

Porque Marx y Engels siempre señalaron que es cierto que se puede hablar del arranque del capitalismo anteriormente. Si se lee o se ha leído el *Manifiesto Comunista* se comprueba que Marx y Engels sitúan el arranque de la burguesía en torno al siglo XII, que es cuando, con el desarrollo de las ciudades, surge eso que se llamaban los burgueses, llamados así porque habitaban en *burgos*, palabra que designaba «ciudad». De esa raíz vienen muchos nombres de ciudades,

como Hamburgo, Cherburgo, Friburgo, Burgos, etc. Los primeros burgueses eran los habitantes de las ciudades y esos primeros burgueses empezaron siendo comerciantes, no empresarios.

Esto es lo que caracteriza, en buena medida, al capitalismo —cuando propiamente ya se puede hablar de capitalismo, que es a partir del Renacimiento—, muy ligado a la expansión comercial.

El capitalismo durante los siglos XVI, XVII, XVIII es, como se ha dicho muchas veces, un capitalismo fundamentalmente comercial. Los burgueses son comerciantes; no propiamente, o sólo en mínima parte, organizadores de la producción. Porque la producción tiene, sobre todo, un carácter artesanal: se desarrolla o bien en los gremios, o bien en eso que se ha llamado la industria rural domiciliaria. Lo que hacen los comerciantes es proporcionar productos a los artesanos y después comprárselos; pero no entran propiamente en la producción.

Cuando realmente cambia este capitalismo comercial —que no es un capitalismo de verdad, porque todavía se mueve en la esfera de la distribución del comercio, no de la producción— es con eso que se llama la revolución industrial, con la cual el capitalismo se convierte en capitalismo industrial. Y el signo del capitalismo industrial va a ser la fábrica mecanizada. Esa fábrica con sus máquinas, sus chimeneas, sus obreros que trabajan en naves. Eso, podríamos decir, es lo propio del capitalismo industrial; por lo menos, del capitalismo industrial del siglo XIX.

Ahora bien, es este capitalismo industrial de la gran fábrica el que, por lo que se refiere a la mayor parte de los países, se expande significativamente sólo en la segunda mitad del siglo XIX. En la primera mitad del siglo XIX todavía predomina la producción artesanal o semiartesanal. Claro, artesanos que están muchas de las veces ya en vías de proletarización, pero que, realmente, tienen mucho más de artesanos que de obreros, en el sentido en que lo hemos entendido durante un siglo.

Y esto lo puede demostrar este dato, que me parece bastante significativo: cojamos la composición del Consejo de la I Internacional. La I Internacional se constituye en 1864 con obreros de muchos países; fija su sede en Londres y constituye un Consejo General. ¿Quiénes lo forman? Aparte de algunos intelectuales, como Marx y algún otro, casi todos eran trabajadores manuales. Pero ¿qué tipo de trabajadores manuales son los que forman el Consejo General? Veámoslo: 5 sastres, 4 carpinteros, 3 tejedores, 3 zapateros, 1 tapicero, 1 relojero, 1 albañil, 1 fabricante de instrumentos musicales y 1 peluquero.

Desde luego, cualquiera que piense hoy, o ya en el siglo XX, en la clase obrera no piensa en sastres, carpinteros, tejedores, zapateros, tapiceros, relojeros, fabricantes de instrumentos musicales, peluqueros,... Porque ninguno de éstos son trabajadores de la fábrica. Son trabajadores de talleres. Algunos son autónomos, otros están a punto de perder su autonomía; pero todavía es un trabajador, fundamentalmente, de taller; un artesano o un semiartesano.

Pondré otro ejemplo que ayude a situar el *Manifiesto*. La famosa Liga Comunista, en cuyo seno se fraguó el *Manifiesto Comunista* y que tenía su sede en Londres, tenía su principal contingente, como explicaba Engels cuando escribió su historia, en los sastres. Había un montón de sastres exiliados, emigrados políticos en Londres, y éstos constituían la base de esta Liga.

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Éste es uno de los elementos del marco histórico del *Manifiesto Comunista*. Estos artesanos o semiartesanos habían constituido el grueso en las grandes batallas que se dieron en la revolución de 1848, no sólo en París, también en otros lugares.

En definitiva, lo que quiero resaltar es que todavía, en el momento en que se escribe el *Manifiesto Comunista*, la composición de los trabajadores manuales es una composición esencialmente de artesanos o semiartesanos; más o menos proletarizados, entendiéndolo por proletarizados aquellos que han perdido su independencia económica, el control sobre sus medios de producción. Por el contrario, el *Manifiesto Comunista* está pensando, sobre todo, en el proletariado fabril, en el obrero de la fábrica mecanizada, como protagonista.

Claro, he hecho simplemente referencia a cuáles eran los trabajadores manuales de las ciudades en aquel tiempo. Junto a esto hay que tener en cuenta un dato fundamental y es que, todavía, todos los países, inclusive Inglaterra —por lo menos en la época que se escribió el *Manifiesto*—, eran países en los que predominaba la población campesina. Y esto continuaría siendo así —si se exceptúa Inglaterra— para todos los países europeos durante la segunda mitad del siglo XIX.

Esto hay que tenerlo en cuenta cuando nos preguntemos por qué el *Manifiesto Comunista* habla de burgueses y proletarios. Como vemos, no porque sólo existan burgueses y proletarios, sino por otra razón.

Después de haber hecho esta referencia, que me parece fundamental, al nivel de desarrollo del capitalismo en el momento en que se escribe el *Manifiesto* y a cuál era la composición de los trabajadores en esa época, creo que hay que hacer referencia a otras cuestiones que también tienen que ver con esto. Y es lo que se refiere, no tanto a la estructura de clases, sino a lo que podríamos llamar la protesta obrera. La protesta obrera y sus expresiones teórico-políticas.

También Marx y Engels señalaron que propiamente, hasta la época del *Manifiesto Comunista*, no se podía hablar de auténticos partidos obreros; excepto para el caso de Inglaterra, donde existió eso que se llamó el Movimiento Cartista, que fue un movimiento muy importante que se desarrolló, aproximadamente, entre 1830 y 1850. Pero fuera de Inglaterra —donde decían que se podía hablar, en un cierto sentido, de un partido obrero— lo que nos encontramos son pequeños grupos formados, como se acaba de ver, principalmente por artesanos o semiartesanos, que constituyen casi más grupúsculos, muchas veces por las condiciones imperantes, clandestinos, secretos y que viven bastante a salto de mata.

Esto no quiere decir tampoco que no existan más que grupúsculos y no existan más que artesanos, pero sí que éstos son la mayoría. Aparte del caso inglés, en el cual ya se puede hablar de un proletariado fabril, éste también existe en otros lugares, pero son islotes más que nada. Basta recordar, por ejemplo, Lyon, donde existía una industria de la seda, o Barcelona, con su industria del algodón. Por otro lado, en esta época que corresponde a la primera revolución industrial predomina la industria textil; la industria textil es una industria que, a diferencia de otras —las que tienen que ver con el metal, con las minas, con el transporte—, tiene todavía un carácter bastante artesanal o semiartesanal —tejedores, hiladores, teñidores, distinguiendo los tres procesos—; aunque ya no sean propietarios de sus medios de producción, están organizados en pequeños talle-

res y todavía hay sectores que dependen de artesanos en el pleno sentido de la expresión, es decir, que trabajan en su propio domicilio con sus instrumentos.

Estos incipientes sectores —sobre todo aquellos que están más proletarizados, en el doble sentido, es decir: los primeros que han perdido sus instrumentos de producción y que están localizados en ciertos locales, aunque no haya grandes concentraciones— sí que están luchando. Y están luchando por una reivindicación que, en ese momento, es una reivindicación capital, que es el derecho de asociación. En muchas banderas de la época está esta consigna: «Asociación o muerte.» Es decir, la necesidad de que los trabajadores se puedan coaligar, porque no les estaba permitido. Según la legalidad burguesa vigente, la coalición de los trabajadores vulneraba la libertad de contratación, porque ejercía, según ellos, una coacción sobre el empresario. Entonces, es la lucha por la libertad de asociación, también el comienzo de una lucha por la reducción de la jornada de trabajo, por el mejoramiento de las condiciones. Es decir, hay protesta obrera; pero esta protesta obrera todavía es pequeña y ha desarrollado instrumentos muy insuficientes de actuación o muy circunstanciales.

Por otro lado, ha surgido, también, lo que se ha llamado el socialismo. Los términos «socialismo» o «socialista» se empezaron a emplear aproximadamente en 1830. Y son términos que acogen un sinfín de cosas. Una de las razones, precisamente, que Marx y Engels dan en el *Manifiesto Comunista* para llamarse comunistas y no socialistas (bueno, no en el *Manifiesto*, es Engels quien lo explica en un texto posterior) era porque realmente socialismo era un batiburrillo bajo el cual estaban todos aquellos que, de alguna forma, protestaban contra el estado de cosas existente, presidido por la regla de la competencia sin cortapisas, el individualismo, la ley del mercado pura y simple.

Entonces, la protesta anticapitalista era una protesta muy variada en la cual —y para ver esto basta con repasar el capítulo IV del *Manifiesto Comunista*— se podía unir gente que protestaba contra el nuevo orden, añorando la vuelta al pasado, y gente que, más o menos, intuía la necesidad de superar hacia adelante esa situación.

Ahora bien, el *Manifiesto Comunista* se escribe en 1847 y se publica a comienzos de 1848, en vísperas de la revolución que estalla en febrero de 1848 en París y que, como un reguero de pólvora, se extiende a toda Europa (si se exceptúan algunos lugares, significativamente Gran Bretaña, que, sin embargo, era donde existía una industria, en el sentido moderno, más desarrollada y donde existía un movimiento obrero más organizado).

Por razones largas de explicar, la revolución no afecta directamente a Inglaterra. España, por ejemplo, también escapa a la revolución de 1848; el general Narváez procura adoptar medidas para evitar el estallido revolucionario. Pero si nos fijamos en lo que es la Europa occidental y central, desde París hasta Budapest y desde el norte de Alemania hasta Italia, se produce un estallido generalizado que durará un par de años y que, al final, acabará siendo sofocado.

Esta revolución de 1848 se produce como condensación de múltiples conflictos, porque la revolución de 1848 es, a la vez, una revolución *liberal*, una revolución *democrática*, una revolución *nacionalista* y una revolución *socialista*.

Una revolución *liberal*, porque hay que tener en cuenta que, todavía en aquella época, existía en muchos países de Europa el Antiguo Régimen o, más explí-

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

citamente, el absolutismo. Y de ahí que, en buena medida —sobre todo por lo que se refiere al ámbito de Centroeuropa—, es una revolución con las mismas pretensiones que habían tenido las revoluciones inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII: liquidar definitivamente el absolutismo, instaurar un Estado constitucional, con una Constitución que limitase el poder del rey, que garantizase una división de poderes, que diese un protagonismo a las cámaras con presencia de la burguesía, etc.

Pero esa revolución tiene también un contenido *democrático*. Eso es evidente en el caso francés. En Francia ya existía una monarquía constitucional, la monarquía de Luis Felipe de Orleans. Entonces, en Francia no se trataba de derrocar la monarquía absoluta e instaurar la monarquía constitucional, porque ésta ya existía. En Francia, la reivindicación en 1848 es sufragio universal y república; porque aunque aquí existía una monarquía constitucional, el sufragio era censitario, es decir, sólo votaban los burgueses. Lo que se reivindica en la revolución del 1848 —por eso se le llama «revolución democrática»— es república y sufragio universal. Reivindicación que también está presente en otros lugares (y ahora volveremos sobre ello).

Y a la vez es una revolución con un contenido *nacionalista* evidente. Es decir, son revoluciones en las que se plantea la unificación de Alemania; en Hungría se reivindica la independencia, y en Italia también se intenta la unificación.

Por último (y esto es una excepción), en París sí que se puede hablar de un proletariado en sentido moderno, aunque poco desarrollado, y sobre todo en París existía una gran tradición revolucionaria, que venía de la revolución de 1789. Es, pues, en París donde por primera vez se presentan reivindicaciones *socialistas*; es decir, reivindicaciones cuyo contenido no es ni lograr la unificación nacional ni lograr una Constitución, ni el sufragio universal, ni la democracia, sino una serie de reivindicaciones específicamente obreras, específicas de los trabajadores.

Ahora bien, todo esto no quiere decir que estas «cuatro revoluciones» que podemos distinguir en la revolución de 1848 desde un punto de vista analítico vayan absolutamente separadas. Aparecen imbricadas, entre otras explicaciones, porque esos trabajadores, en buena medida artesanos o semiartesanos, sólo en una pequeñísima medida obreros fabriles, constituyen la punta de lanza, la fuerza de choque de estas revoluciones. En ese sentido, hay un protagonismo de los trabajadores en estas revoluciones, aunque estos trabajadores —exceptuando el caso de París— no presentan unas reivindicaciones específicas. En muchos casos —también en París— lo que hacen es apoyar o impulsar las reivindicaciones democráticas.

Creo que todos estos datos hay que tenerlos presentes para situar históricamente el *Manifiesto*, para no exigirle que diga más de lo que podía decir. Porque el *Manifiesto* —y eso puede ser un tema a debatir—, en alguna medida, es un texto que trasciende la coyuntura histórica en que se escribió; y, en ese sentido, tiene un valor para nosotros. Sin embargo, el *Manifiesto Comunista* también está ligado a la coyuntura histórica en que está escrito, y es por esto que tiene necesariamente, como Marx y Engels reconocían, aspectos circunstanciales.

Por ejemplo, cuando Engels decía, cincuenta años después de haberlo escrito, que el capítulo IV del *Manifiesto* ya en ese momento debería ser escrito en otro sentido, porque todos esos grupúsculos o grupos a que se refiere este capítulo del *Manifiesto* ya no existían. Lo mismo decían de ese catálogo de medidas

que proponen en un momento determinado en el *Manifiesto*. Dicen que en ese momento estas medidas seguramente deberían ser formuladas en otro sentido... (medidas concretas que se habían propugnado en el momento de redactar el *Manifiesto*). Igual con otros aspectos, como podían ser, inclusive, los métodos de lucha (aspecto éste muy importante, pero que no trato porque ya se hace en el artículo de Ferrán Gallego).

Hasta aquí, una primera puntualización respecto al *Manifiesto*.

En este punto hay que hacer una observación que es, en alguna medida, una invitación a la forma de leer el *Manifiesto*. Engels, en un texto que también pertenece a los últimos años de su vida, un texto de 1891 —cuando la socialdemocracia alemana, que era entonces el partido socialista más importante del mundo y el partido en el cual el papel de los marxistas y de Engels se destacaba respecto a otros partidos— dirigido a Kautsky respecto al programa del congreso de Erfurt que estaba preparando la socialdemocracia alemana —programa que consistía en una serie de reivindicaciones, pero que estaba precedido de unos considerandos que, en alguna medida, ponían de relieve la teoría general, más allá de las reivindicaciones específicas—, entonces, Engels les decía a Kautsky y a Bebel —quien era el principal dirigente de este partido y gran colaborador y amigo suyo— que un manifiesto tiene que ser muy conciso y esquemático. En alguna medida tiene que decir las cosas en muy pocas frases... «La historia es la historia de la lucha de clases», «proletarios de todos los países, uníos»... son fórmulas impactantes.

Engels decía que un manifiesto debía ser algo impactante y que no importaba que eso le llevase a ser un poco esquemático. Porque ya el debate que debía suscitar ese texto esquemático, un poco por impactante, permitiría ampliar, aclarar, reflexionar, enriquecer y matizar lo que se había dicho. Engels confiaba mucho en el buen sentido de la clase obrera y, especialmente, de la clase obrera alemana (de la cual decía que tenía una ventaja sobre las clases obreras francesa y británica, porque había heredado el gran sentido teórico de la filosofía clásica alemana). Engels, pues, en general confiaba mucho en el buen sentido de la clase obrera y decía que no había que desmenuzarles las cosas, dárselas como si fuesen niños. Pero sobre todo insistía en esto: fórmulas, quizás un poco esquemáticas y que, en ese sentido, sean fácilmente retenidas; pero añadiendo fórmulas que, después, se enriquecerán, matizarán, precisarán y ampliarán en el debate.

Creo que esa lectura del *Manifiesto* se impone. Es otro criterio para leerlo. Un criterio histórico, que lo sitúe históricamente, que no pretenda pensar que todas y cada una de sus afirmaciones tienen que mantener una validez incondicional; porque eso sería, en fin, quitarlo de la historia, y Marx y Engels dijeron que lo que caracterizaba su concepción del mundo era la concepción materialista de la historia o el materialismo histórico. Es decir, las realidades son históricas, no hay realidades eternas.

Una primera recomendación a tener en cuenta en la lectura del *Manifiesto* es que es un texto que depende del momento en que fue escrito y eso hace que, al leerlo, no podamos decir que todas y cada uno de sus frases tengan validez universal.

Una segunda precisión, que creo que conviene hacer, es la que acabo de exponer: es un manifiesto, no es un tratado. Y lo que se admira realmente en

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

el *Manifiesto* es cómo se pueden decir tantas cosas en tan pocas páginas. En muchas ocasiones es sólo una frase la que designa algo susceptible de muchos desarrollos.

Cogeré una fórmula que reproduce este programa de entrada. Dice: «El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.» Esta afirmación es una afirmación muy rotunda. Creo que es de esas afirmaciones que incitan a una reflexión y que no puede ser tomada al pie de la letra, como si esto resumiese todo, porque, evidentemente, conduciría a un esquematismo que está en contradicción con montones de textos en que esto se precisa, se enriquece, se diferencia según los países, según los momentos, etc. Cualquiera que haya leído las obras de Marx y Engels sabe que su reflexión sobre el Estado y el gobierno es mucho más amplia que lo que pueda expresar esto. Pero es una fórmula que incita, que llama la atención sobre algo e invita a la reflexión.

Una vez hechas estas precisiones sobre la lectura, sobre cómo leer y no olvidar que es un texto que está escrito en 1848, pasaré a una presentación general del *Manifiesto*. Decía que la genialidad, en mi opinión, del *Manifiesto* es que, a pesar de depender de su coyuntura, es un texto que la trasciende; porque, en definitiva, sitúa como escenario del *Manifiesto* no un momento histórico, sino una época histórica. La época histórica que se podría caracterizar como del capitalismo y del proletariado. Y sobre ese escenario sitúa su reflexión. Por eso yo, de acuerdo con la opinión de algunos autores, he dicho que el *Manifiesto* es la teoría de la revolución proletaria. Y decir proletaria no es decir cualquier cosa, sino algo muy concreto, al menos bastante concreto.

El *Manifiesto Comunista* se sitúa —lo recordaba Engels en 1883— en el marco de una determinada concepción de la historia. Como las palabras de Engels expresan esto mejor de lo que yo podría hacerlo, las citaré aquí. Dice Engels, en 1883, en el prólogo a una edición, cuando Marx acababa de morir: «Desgraciadamente, al pie de este prólogo a la nueva edición del *Manifiesto* ya sólo aparecerá mi firma. Marx, ese hombre a quien la clase obrera toda en Europa y América debe más que a hombre alguno, descansa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba crece ya la primera hierba. Muerto él, sería doblemente absurdo pensar en revisar ni en completar el *Manifiesto*. En cambio, me creo obligado, ahora más que nunca, a consignar aquí, una vez más, para que quede bien patente, la siguiente afirmación [...].» Y entonces expresa lo que para él constituye el basamento del *Manifiesto Comunista*. Dice: «La idea cardinal que inspira todo el *Manifiesto*, a saber, que el régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época; y que, por tanto, toda la historia de la sociedad, una vez disuelto el primitivo régimen de comunidad del suelo, es una historia de lucha de clases; de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas; a tono con las diferentes fases del proceso social, hasta llegar a la fase presente en que la clase explotada y oprimida, el proletariado, no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime, de la burguesía, sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y la lucha de clases.»

Aquí resume lo que a él le parece la idea cardinal del *Manifiesto*. Después añade, con esa generosidad inaudita que caracterizaba a Engels, que es un mérito de Marx, porque Marx y Engels son un caso excepcional de colaboración y los dos amigos están continuamente diciendo lo grande que ha sido la aportación del otro y, en alguna medida, quitando relieve a la suya. Esto, en el caso de Engels, llega a un límite realmente increíble.

Entonces, creo que de nuevo encontramos, con una capacidad de síntesis inaudita, expresado esto: «[...] El régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época [...]». Es eso lo que constituye la base de la concepción materialista de la historia, que, después del *Manifiesto* pero antes de este prólogo, enunciará Marx en la famosa introducción de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

También esta afirmación: «[...] La historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases [...]», clases que cambian según las diferentes épocas sociales.

Y, por último, la afirmación de que estas clases han surgido sobre la base del sistema productivo vigente. Primero, primacía del modo de producción; segundo, clases surgidas sobre la base del modo de producción, clases basadas en relaciones de explotación y que cambian en cada fase histórica, y, por último, la actual fase, en la que la clase explotada no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y la lucha de clases.

Es decir, lo que aquí se señala, como supuestos de la teoría de la revolución proletaria, es, por un lado, la existencia del capitalismo. El supuesto de esa emancipación del proletariado que supondrá no simplemente la sustitución de una clase por otra, sino la liberación de la humanidad de la explotación, las clases, etc.; esa posibilidad es una posibilidad ligada históricamente a una determinada fase. Marx y Engels nunca concibieron que, por ejemplo, la lucha de los esclavos, la lucha de Espartaco, por mucho que admirasen esa figura, hubiese podido llevar a la superación de la sociedad de clases, al fin de la explotación; de igual forma ocurre con las rebeliones campesinas medievales.

Es sólo con el advenimiento del capitalismo que se abre la posibilidad de superar la explotación, de liberar al trabajo de la explotación. Eso yo creo que es una de las primeros aspectos que hay que tener presentes.

Esto se encuentra, evidentemente, así expuesto en el *Manifiesto Comunista*, aunque de una forma sintética; como es sabido, después de una pequeña introducción o de unas pequeñas referencias, el primer capítulo —«Burgueses y proletarios»— está dedicado a explicar esto; inmediatamente, se refiere este surgimiento paulatino de la burguesía y todo lo que ha supuesto esta clase social. Es aquí cuando aparece esa frase de que la burguesía es una clase revolucionaria. Una clase revolucionaria en el sentido de que no puede vivir más que revolucionando continuamente los medios de producción. (No me extiendo en este tema porque ya lo tratan los capítulos posteriores.)

El capitalismo abre, por primera vez, la posibilidad de superar la explotación, la división del trabajo —en el sentido en que la entienden Marx y Engels, no sólo en el aspecto técnico—, el trabajo mismo, entendido en cierto sentido, etc. Y el capitalismo está asociado a la burguesía. Entonces, la teoría de la revolución

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

de Marx es una teoría de la revolución que tiene como base el capitalismo, las posibilidades que ha abierto el capitalismo; pero, claro, también las contradicciones que encierra y que imponen la necesidad de superarlo.

Me gusta mucho resaltar el gusto de Marx por las metáforas, que tienen una capacidad expresiva que muchas veces no la tiene un largo desarrollo. Así, para expresar esta contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción capitalistas Marx utiliza la metáfora del aprendiz de brujo que no es capaz de controlar las fuerzas que él mismo ha desatado. Es una forma muy gráfica de expresar esta contradicción.

Una de las columnas vertebrales del *Manifiesto Comunista*, pues, es que la liberación de la explotación surge sobre la base del capitalismo y surge porque el capitalismo contiene esa posibilidad; pero, además, exige su superación. La exige en el sentido de acabar con esa situación.

Ahora bien, si nos quedásemos en este plano, sería insuficiente, porque el *Manifiesto Comunista* no dice sólo esto, también emplea otra metáfora preciosa y que, desde luego, impacta muchísimo: el capitalismo ha creado sus propios enterradores, que cavarán su fosa. Es esta metáfora la que sirve de entrada para todo el desarrollo posterior, que es la referencia al proletariado.

Hay algo del *Manifiesto* que a mí me gusta mucho: el análisis de las contradicciones del capitalismo empieza con la metáfora del aprendiz de brujo y el análisis del proletariado empieza con la de los enterradores. Y eso cumple esa función que decía Engels que tenía que tener un programa o manifiesto: la de impactar, meternos y, a partir de ahí, abrir la reflexión.

El capitalismo ha creado el agente, su enterrador: el proletariado. Ésta es una afirmación que ha sido bastante debatida y algunos han querido ver una contradicción entre diferentes escritos de Marx. Algunos han dicho que el *Manifiesto Comunista*, en definitiva, pone el énfasis en la lucha de clases, que lo decisivo es la lucha de clases y es allí donde está el elemento fundamental para hacer la revolución. Y el *Manifiesto Comunista* es de 1848.

En 1859, como hemos dicho antes, Marx escribió el famoso prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, un texto también con una capacidad de síntesis extraordinaria. Y en ese texto parece que lo que está en primer plano es lo que podríamos llamar la contradicción fuerzas productivas-relaciones de producción. Es decir, que lo que estaría en primer plano sería el concepto de crisis: el capitalismo es un sistema que lleva latente una crisis, crisis en el sentido que la entiende Marx. Una crisis puede ser algo muy prolongado, algo latente que pasa por momentos extremos. Crisis no significa un momento preciso, se puede vivir en situación de crisis, aunque esa crisis adquiriera una exacerbación en un momento determinado. Pero parece que en ese texto de 1859 algunos han querido ver que Marx se inclinaba en ese momento por una caída del capitalismo, podríamos decir, casi por su propia dinámica. Es decir, que el capitalismo caería porque llegaría un momento en que sus crisis cada vez serían peores, serían irresolubles y, al final, el capitalismo se hundiría. Y entonces algunos han querido contraponer el *Manifiesto*, la lucha de clases, el momento activo de intervención, etc., lo han querido contraponer al prólogo de 1859, donde Marx casi condenaría al proletariado —como al árabe— a que vea pasar el cadáver por delante de su tienda, porque el capitalismo caerá.

Yo creo que hay una razón que invalida el intentar oponer estos dos textos, aparte de otras de más fondo, y es que el *Manifiesto* fue reeditado por Marx y Engels después de este prólogo de 1859 hasta su muerte. Y en ningún momento se les ocurrió decir que lo que decían en el *Manifiesto* tenía que ser corregido en función de lo que dijeron en 1859. No pensaron que había contradicción entre lo afirmado en 1848 en el *Manifiesto* y lo afirmado en 1859. Hay pues un testimonio que ya pone de relieve que en lo que a ellos concierne no advirtieron un cambio de posición, sino de continuidad en toda su posición.

Por tanto, creo que para la teoría de la revolución proletaria —que me parece que sintetiza esto, porque los proletarios, en el sentido que los entiende Marx, han surgido con el capitalismo— son las propias contradicciones del capitalismo las que empujan a superarlo y las que crean la posibilidad; pero eso tiene que ser llevado a cabo por alguien, hay alguien que debe actualizar las potencialidades existentes. Y esa actualización se lleva a través de la acción del proletariado, que, según Marx, es el agente de la transformación, y a través de una revolución.

Sobre la palabra «revolución» quería hacer, también, algunas precisiones; utilizo otra metáfora de Marx (en aquella época, claro, los niños se bañaban en barreños o en cubos; se calentaba el agua, se metía al niño, se le lavaba y, después, se sacaba al niño y se tiraba el agua sucia): no sea que con el agua sucia tiremos también al niño. Esto viene a propósito del concepto de revolución. Creo que el concepto de revolución en Marx tiene varios significados, igual que lo tiene hoy para nosotros: no es lo mismo cuando hablamos de revolución industrial, en que nos referimos a un proceso histórico, que cuando hablamos, por ejemplo, de que ha estallado la revolución; esto último parece que tiene que ver más con que ha habido un levantamiento violento que ha derrocado el poder existente, etc.

Marx y Engels también manejan la palabra «revolución» en diferentes sentidos. Pero creo que hay algunos de estos sentidos que son fundamentales. Revolución significa transformación. Y la revolución es un proceso, no es cosa de un día. Es un proceso que puede tener momentos de aceleración; momentos, inclusive, de detención, de repliegue, etc.; pero contiene, sobre todo, una idea de proceso. Y que puede adoptar diferentes formas o, como decía Engels en su último escrito, diferentes métodos. Pero una cosa es el método y otra la revolución. Revolución significa transformación. ¿El método para realizar la transformación? Eso es mucho más coyuntural. En ese texto, que también ha sido discutidísimo, Engels parecía poner en cuestión el método tradicional del siglo XIX —por lo menos hasta la Comuna de París, el método de las barricadas— y apuntaba las posibilidades que tenía la utilización del sufragio universal. Una cuestión bastante controvertida, porque, durante mucho tiempo (en el siglo XIX fue así y a nosotros yo creo que nos pasa también) asociamos revolución a una insurrección, pero revolución no es sinónimo de insurrección. La revolución, en Marx y Engels, creo que tiene un sentido de transformación y de proceso de transformación, que puede tener diferentes momentos, momentos insurreccionales, pero también otros momentos. Y esto considero que es necesario tenerlo en cuenta.

Para terminar quería referirme al agente de la transformación. En todos los capítulos del *Manifiesto* aparece «burgueses y proletarios», «proletarios y comunistas»: el sujeto de la transformación es el proletariado. ¿Qué entienden Marx y Engels por proletariado? En primer lugar, que ellos piensen que bur-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

gueses y proletarios son las dos clases fundamentales no quiere decir que sean las dos únicas clases, porque existen otras. Hay que recordar, por ejemplo, aunque no voy a profundizar en este tema porque sería extenso, que en *El Capital* se distinguen, ya en una estructura capitalista desarrollada, no dos, sino tres clases: los que son propietarios de capital y los que son propietarios de monopolios naturales (tierra, agua y subsuelo), que son los capitalistas, y los que son trabajadores, definidos por su venta de fuerza de trabajo. Ahora bien, evidentemente, la propiedad, el monopolio de la tierra, el agua, el mar y el subsuelo no son reproducibles, uno no puede fabricar tierra como fabrica coches o aviones. Como no son reproducibles, aquellos que los poseen tienen un monopolio natural y ese monopolio natural les da derecho a cobrar una renta por tenerlo, que es lo que Marx y Engels estudian como la renta de la tierra y que algunos burgueses avanzados en su momento habían defendido que se nacionalizase. Cuestionaban que unos señores que son unos parásitos, los que no invierten, que simplemente por tener una tierra, una mina u otra propiedad cobraran una renta por la explotación de esa tierra, de esa mina o de esa agua.

Esto quiere decir que eso es una clase, una herencia del pasado y que no es la clase decisiva de la sociedad moderna. La clase decisiva de la sociedad moderna son los capitalistas, los detentadores de los medios de producción en cuanto capital. No es lo mismo, aunque muchas veces decimos medios de producción capital, los medios de producción existen como capital, pero en la sociedad capitalista; en otras sociedades, en una sociedad socialista, los medios de producción no existen como capital, sino como algo distinto.

Entonces, por una lado los capitalistas y por otro lado los proletarios. Pero después hay una serie de sectores intermedios, fundamentalmente esos que son trabajadores y a la vez propietarios de sus medios de producción, aunque para ellos es una clase continuamente amenazada. Por otro lado, en el *Manifiesto* y en muchos textos de la época parece que el proletariado es, fundamentalmente, el proletariado fabril. Es decir, casi exclusivamente el trabajador de la fábrica; de esa fábrica que, en buena medida, ha presidido el panorama industrial, aunque ahora muchas de esas fábricas se estén convirtiendo en monumentos arqueológicos (hay una disciplina que se llama la «arqueología industrial» que se dedica a conservarlas, igual que se conservan las pirámides, se dedica a conservar las fábricas como testimonio de una época). Esas fábricas con sus chimeneas, con sus máquinas, con sus concentraciones de trabajadores, de obreros industriales. Para Marx y Engels —y así es en el *Manifiesto*— el proletariado por excelencia es el proletariado fabril. Sin embargo, en otros textos, manejan un concepto más amplio de proletariado: «Proletariado es aquel que, desprovisto de medios de producción y de medios de consumo, vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario.» Y esos textos se solapan, así contamos con un célebre trabajo de Marx que es más o menos de esa época: *Trabajo asalariado y capital*.

Es decir, las clases fundamentales de la sociedad moderna son, por un lado, los propietarios del capital, de los medios de producción y cambio, y por otro lado, los asalariados, es decir, aquellos que, desprovistos de medios de producción y de consumo, lo único que tienen es su fuerza de trabajo y se ven obligados a venderla a cambio de un salario. Esto es algo presente. Sin embargo, en

otros textos parece que destacan como sujeto principal, dentro de este trabajo asalariado, al obrero industrial de la gran fábrica.

Hoy la clase obrera industrial de la gran fábrica en los países capitalistas desarrollados está en retroceso en función de muchos factores: por un lado, el aumento de la productividad del trabajo, que hace que para producir los mismos bienes sea necesaria menos fuerza de trabajo, y por otro lado, todos esos procesos que conocemos de descentralización del trabajo productivo, hecho que es posible por las nuevas tecnologías, etc. Pues parece que ese paisaje de la gran fábrica con sus trabajadores, el trabajador de mono azul clásico, está en retroceso, y algunos han dicho que con este retroceso del obrero industrial ha desaparecido el proletariado, ha desaparecido el agente de la transformación.

Proletario —Engels lo dice en una nota del *Manifiesto*— es aquel que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Evidentemente, llegamos a la conclusión contraria, porque lo que podemos decir es que la sociedad capitalista, según se ha ido desarrollando, ha ido aumentando el número de aquellos que lo único que poseen es su fuerza de trabajo y que la venden a cambio de un salario.

Entonces, ¿cómo compaginar estos dos aspectos? Esto yo creo que hay que introducirlo en el momento histórico. Pienso que Marx y Engels manejaron un abanico amplio de personas que podían ser movilizadas. Por un lado, el pequeño campesinado, entendiendo por pequeño campesinado aquel que es propietario de los medios de producción; también, inclusive, sectores de artesanos, pequeños comerciantes, etc., que, propiamente, no son asalariados, pero que son clases que sufren la explotación del capitalismo. Lo que no piensan es en éstos como principales impulsores del proceso, porque son clases que, desde su propia situación, se aferran a su pequeña propiedad. Pero no sólo eso, por sus propias condiciones de movilización y de organización, son sectores muy dispersos, muy poco organizados, y el problema de la organización es capital para Marx y Engels.

Entonces habría, podríamos decir, clases explotadas, un concepto amplio que incluiría campesinos —no obreros agrícolas—, artesanos, pequeños comerciantes, etc. Después, habría un concepto más restringido, que serían los proletarios o los asalariados, que incluiría a todos aquellos que venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Y dentro de éstos habría un núcleo más reducido, que yo creo que Marx y Engels en ese momento pensaban que serían el principal impulsor del proceso, que sería el obrero, el trabajador industrial de la fábrica, el obrero fabril.

El obrero fabril no puede ver nunca su solución en una regresión, en una vuelta atrás. No es concebible que una fábrica se reparta; la tierra se puede repartir, pero una fábrica no se divide en cachitos. La gran fábrica representa ya un ámbito de trabajo socializado, un trabajo en el cual un obrero depende del otro. Hay propiedad privada de la fábrica, pero el trabajo es socializado. Y, por otro lado, no sólo el trabajo está socializado, sino que está organizado; la propia fábrica es la que organiza, según Marx y Engels, a los trabajadores. Por otro lado, la fábrica supone concentración territorial, numérica, etc.

Por eso, pienso que, en el momento en que escribían —entre 1850 y 1890—, Marx y Engels eran conscientes de que la clase obrera fabril nunca estaría formada por la mayoría de los trabajadores; cabían el resto de los asalariados y el resto de trabajadores que no eran asalariados, y era fundamental movilizarlos.

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

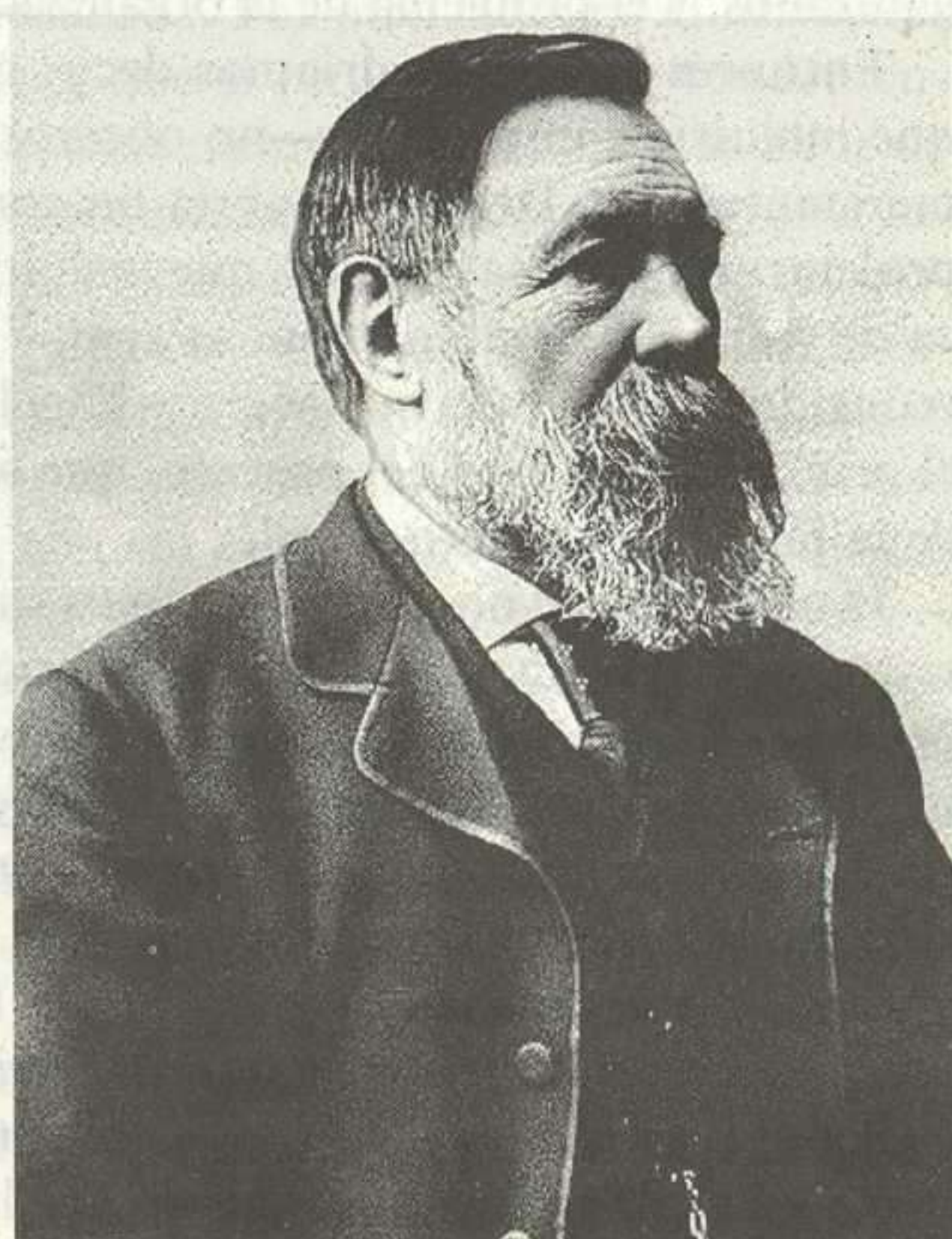
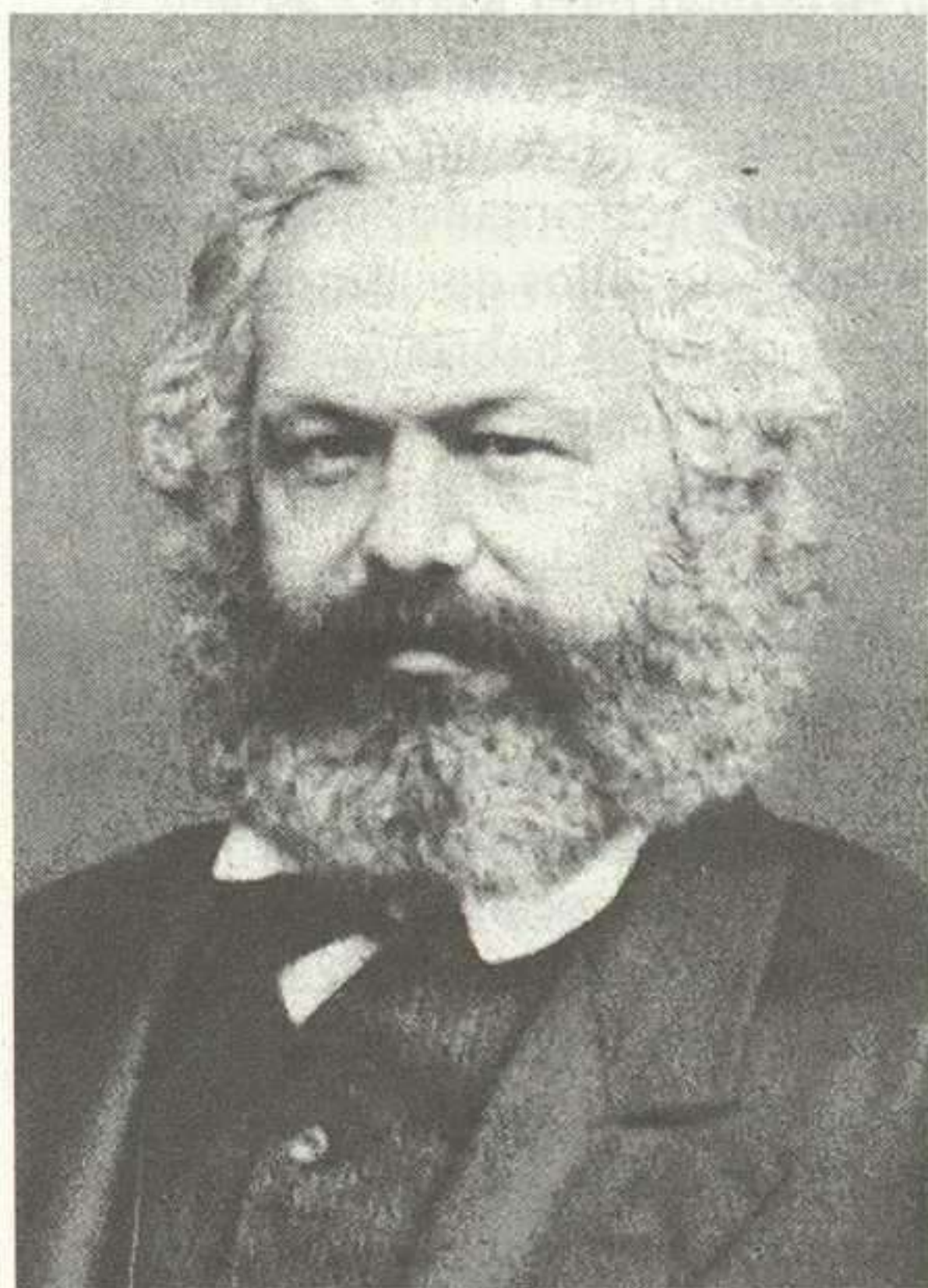
En buena medida, la reflexión de Engels, del último Engels, uno de sus ejes, consiste precisamente en eso: la revolución tiene que ser obra de la mayoría, no puede ser obra de una minoría. El proletariado fabril no puede hacer solo la revolución, tiene que imbricar a todos estos otros sectores. Pero el impulsor de la revolución sí que es el proletariado fabril.

El interrogante que queda abierto hoy es el cierto retroceso del proletariado, del obrero fabril, de la gran fábrica, y no de los asalariados en cuanto a vendedores de su fuerza de trabajo.

También hay que tener en cuenta que la existencia del proletariado, igual que la del capitalismo, es condición necesaria pero no suficiente, porque el proletariado, en cualquier sentido que entendamos la expresión —como obrero fabril o en el sentido más amplio de trabajadores asalariados—, tiene que organizarse. Porque, en definitiva, cuando se organiza y cuando adquiere conciencia de sí es cuando realmente se convierte en clase. Marx utilizó esa famosa expresión de «la clase en sí y la clase para sí», de clara herencia hegeliana.

En definitiva, podemos hablar de clases como estratificación social. Nadie negará que existe un sector de la población que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Esto es un hecho, pero ese hecho no es más que una condición necesaria; si sólo existe ese hecho, no hay nada.

Algunos han dicho que para Marx el concepto de clase es un concepto político, no un concepto económico; porque la clase sólo es clase cuando actúa como tal, no simplemente cuando existe como hecho económico o hecho numérico; sólo cuando actúa, lo cual significa cuando actúa con conciencia, con autonomía, con organización propia, etc. ■



Karl Marx en 1869 y Friedrich Engels en 1891.

Crítica y tendencias del capitalismo en el *Manifiesto Comunista**

Gervasio Cordero

Partiendo de la contextualización histórica del *Manifiesto* que planteaba Juan Trías en el artículo anterior, intentaré describir y explicar las leyes fundamentales del desarrollo capitalista que se pueden apreciar en el *Manifiesto* y, en el artículo posterior de Ferrán Gallego, se hará una lectura política y se analizarán los elementos más inmediatos desde las repercusiones políticas.

Lo primero que hay que decir, que ya se plantea en el artículo de Juan Trías, es que el *Manifiesto* hay que situarlo en su contexto. Y yo diría más, hoy ha pasado más tiempo desde que se hizo el *Manifiesto* —ciento cincuenta años— que el que había transcurrido desde que el capitalismo empieza a perfilarse como un modo de producción dominante en las sociedades europeas más avanzadas de la época hasta el momento en que Marx y Engels comienzan a elaborar la redacción de este texto. Es decir, que, posiblemente, Marx y Engels tenían menos perspectiva del desarrollo capitalista, desde el punto de vista del tiempo histórico que había transcurrido desde que este modo de producción empieza a desplegarse, que el que tenemos nosotros hoy en relación al momento en que Marx y Engels escribieron el *Manifiesto*.

Esto es muy importante tenerlo en cuenta cuando nos fijemos en cómo se ha desplegado el modo de producción capitalista y el capitalismo desde entonces a hoy.

Juan Trías decía que el *Manifiesto* plantea, básicamente —su conclusión o su elemento último, final—, hacer una llamada a la organización del proletariado como clase autónoma; como clase en la que, de alguna manera, se van a materializar las posibilidades de derrocar el régimen social vigente y sustituirlo por otro tipo de sociedad. Y, en efecto, el *Manifiesto* termina con un llamamiento: «Proletarios de todos los países, uníos», que, en último extremo, ¿qué viene a decir? Algo que es muy importante: que el proletariado es una clase cuyos intereses objetivos son de tal naturaleza que pueden coincidir en lo fundamental, con independencia de su origen nacional. Es decir, que es una clase cuyos intereses materiales objetivos están por encima de las fronteras.

(*) Transcripción de la intervención de Gervasio Cordero en la Escuela de Invierno del Partido Comunista de Madrid, realizada en Madrid los días 16 y 17 de enero de 1998.

Por otra parte, en el *Manifiesto* queda claramente plasmada ya la interpretación de la historia como historia de la lucha de clases, apoyada en lo que se ha venido a llamar la interpretación materialista de la historia o materialismo histórico; en efecto, Marx dice que toda la historia de la sociedad humana —la historia escrita, la historia conocida— es la historia de la lucha de las clases. Y hay una frase en el propio *Manifiesto* que es interesante y conviene recordar: «Toda la historia de la sociedad humana hasta nuestros días es una historia de la lucha de clases: libres y esclavos, patricios y plebeyos, varones y siervos de la gleba, maestros y oficiales. En una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre; empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y otras franca y abierta. En una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.»

Esto hay que tenerlo en cuenta porque, ya ahí, en el *Manifiesto*, es una frase muy significativa, en el sentido —básicamente, se enuncia a partir de la experiencia histórica de lo que supone el feudalismo— de que no necesariamente la salida de un determinado régimen social implica siempre que el régimen social que va a venir después va a ser hegemonizado, como clase dominante, por la clase que antes era la dominada. Es decir, en el caso del feudalismo, cuando atendemos a las clases básicas del modo de producción feudal, de las sociedades en que es dominante el modo de producción feudal y —simplificando mucho— hablamos de señores y siervos, como clases básicas económicas y fundamentales, la salida del feudalismo no se resuelve a través de una organización social hegemonizada por los siervos, sino de una organización social que es hegemonizada por otra clase, intermedia de las dos, que ha ido surgiendo y que es la burguesía.

Habría otras lecturas todavía más graves de esta frase que dicen Marx y Engels cuando hablan del exterminio. Es decir, podríamos pensar, incluso, en una situación catastrófica, en un momento determinado, una situación en la que las contradicciones en una determinada sociedad no pueden ser resueltas y eso podría, incluso, implicar la destrucción de ambas clases y una regresión histórica, como es posible pensar que haya sucedido en algunos momentos de la historia.

Creo que lo que Marx y Engels apuntan de una manera muy clara en el *Manifiesto* es lo que les diferencia, en cuanto a su concepción de superación del capitalismo, tanto de la tradición socialista, socialista utópica, como, desde luego, de la tradición socialista más de izquierdas, porque hay determinadas corrientes de la época llamadas socialistas que lo que se están planteando, de alguna manera —como explica Juan Trías en el artículo anterior—, no es un avance ni una superación del capitalismo a través de una emancipación de los trabajadores y una organización social articulada sobre la base del socialismo, sino una vuelta atrás, a un mundo feudal supuestamente idílico, que realmente nunca funcionó.

Lo que plantea Juan Trías es que, de alguna manera, en el *Manifiesto* viene a quedar clara una frontera nítida entre lo que es la concepción de Marx y Engels y de los comunistas en ese momento, y lo que eran otras concepciones: el planteamiento de Marx y Engels supone que es necesario un tipo de sociedad y que existen las bases objetivas —el capitalismo genera esas bases objetivas— para que haya un tipo de sociedad que sea una superación de esa sociedad capitalista; y, además, que el proletariado es la clase sobre la que se asienta este proyec-

to, que es quien puede encarnarlo; a él, en todo caso, se podrán unir o subordinar otras clases o fracciones de clases existentes.

Lo que diferencia, posiblemente, a Marx y Engels —y queda claro en el *Manifiesto* con respecto a otros planteamientos— es que para ellos el capitalismo es un modo de producción, un tipo de régimen de funcionamiento social y económico que, desde el punto de vista histórico, es revolucionario, en tanto y en cuanto que es capaz, o fue capaz (y después ha demostrado serlo más, mucho más), por el tipo de relaciones de producción sobre las que se sustenta, de desarrollar las fuerzas de la producción y la capacidad de dominio del hombre sobre la naturaleza de una forma tal que no ha habido ningún sistema económico y social, históricamente hablando, con esa potencialidad; y que, desde ese punto de vista, ese carácter revolucionario que tiene en un momento determinado permite crear las condiciones materiales sin las cuales sería impensable plantearse una sociedad socialista.

Todo esto está dicho en el *Manifiesto*, pero hay una serie de escritos anteriores de Marx y Engels que ya plantean, de forma rápida pero excepcionalmente sintética, los aspectos centrales —algunos de ellos en estado aún muy embrionario. Hay que tener en cuenta que en el momento en que redactan el *Manifiesto Comunista*, en el año 1847, Marx y Engels son muy jóvenes todavía: Marx tenía veintinueve años y Engels veintisiete, pero tenían ya una producción teórica relativamente significativa y gozaban de una cierta autoridad en lo que eran los círculos revolucionarios de la época, tanto por la actividad práctica que ya venían desarrollando en algunos de estos círculos como por su propia producción.

Marx, por ejemplo, en esos momentos, aparte de su tesis sobre Demócrito y Epicuro, ya había escrito *La cuestión judía*; había participado en la elaboración de los *Anales Franco Alemanes* con Ruge; había escrito la introducción a la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho*; había elaborado los llamados *Manuscritos económicos y filosóficos*, que se publicarán por la Academia de Ciencias de la URSS casi cien años después, en 1932, borradores en los que entra ya relativamente a fondo en un análisis de la crítica a la economía política clásica; en ese momento había escrito ya *La Sagrada Familia*, en colaboración con Engels; *La ideología alemana*; *Miseria de la filosofía*; es decir, ya tenía una obra relativamente importante.

Engels, entre otras cosas, había escrito un libro muy importante, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en el que pone de manifiesto la horrorosas condiciones de vida que el capitalismo había supuesto para las clases trabajadoras en Inglaterra.

Es decir, que tenían ya una producción teórica; pero una producción que se había realizado durante un período relativamente corto, seis o siete años; y, por tanto, su sistema de pensamiento, algunos de los descubrimientos, algunas de las aportaciones, estaban todavía un poco en sus inicios. La crítica al capitalismo y el análisis del funcionamiento del sistema capitalista, de una manera sistemática y profunda, completa, solamente la van a hacer después, y en concreto Marx con sus trabajos *Salarios, precio, ganancia* y sobre todo con la *Contribución a la crítica de la economía política* y con los llamados *Grundrisse*, que son los borradores en los que va trabajando y preparando *El Capital*.

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Primero me centraré, básicamente, en una cuestión que es, de alguna manera, la crítica que hacen Marx y Engels al capitalismo como sistema social. Pero sobre todo en la crítica que hacen a corrientes de pensamiento existentes en esos momentos, según las cuales, de alguna forma, el capitalismo —haciendo un poco un paralelismo con lo que nos decía hace unos años el japonés-americano Fukuyama— era el fin de la historia. En efecto, la hegemonía de las corrientes liberales, del pensamiento liberal, planteaba que, una vez que habían desaparecido los vínculos feudales y una vez que en algunos países se había llegado a establecer la igualdad de derechos entre los sujetos humanos, igualdad de derechos ante la ley, había una sociedad en principio entre iguales, desde el punto de vista formal, desde el punto de vista jurídico, sin sujeciones jurídicas de unos hombres a otros, de unas personas a otras; y que, en último extremo, había unas relaciones de igualdad, según las cuales todos los hombres eran libres para entrar en las relaciones económicas que quisieran: el que quería contratar, el que quería trabajar y estaba dispuesto a trabajar por un salario; el que trabajaba podía negociar el precio de su trabajo y se establecían unas relaciones supuestamente de igualdad. Unas relaciones de igualdad, se suponía, sobre las cuales se podía articular una sociedad armónica, sin contradicciones básicas.

Es muy importante un aspecto que aparece en el *Manifiesto*, y que ya había aparecido en trabajos anteriores de Marx y Engels, que es el planteamiento de que el capitalismo es otra fase histórica, otro sistema social de carácter histórico que se ha implantado, pero que —al igual que otros que han existido anteriormente— tendrá su inicio, su despliegue y desarrollo y, posiblemente, su final.

Es decir, que debe considerarse que es una etapa más en la historia de la humanidad. Y que, además, es un sistema en el cual, al igual que en otros anteriores, existen unas relaciones de dominación y unas relaciones de explotación económica. ¿En qué sentido? En que una parte de la sociedad, normalmente pequeña, al igual que en otras sociedades históricas, se apropia de parte del producto del trabajo de otra parte de esta sociedad.

Esto en el *Manifiesto* se expone de manera muy clara y se va a desarrollar hasta sus últimos extremos en las obras posteriores de Marx y Engels. Pero lo importante era, también, poder demostrar esto. Mientras que en otras formas sociales anteriores con otros modos de producción dominantes, como el feudalismo y el esclavismo, esa explotación económica, esa apropiación del producto del trabajo de unos por parte de otros era muy transparente, muy clara, en el caso de la sociedad capitalista eso no es tan claro, ya que, aparentemente, parece que, al no haber vinculaciones ni sometimientos jurídicos de unas personas a otras, todos son libres para contratarse, para negociar, para relacionarse.

En el caso del feudalismo, en el sentido más puro, teníamos que el campesino que trabajaba la tierra se veía obligado, en muchos casos, a ceder una parte de su producto y lo que obtenía con el producto de su trabajo entregárselo al señor feudal y/o —porque a veces ese sistema venía combinado— trabajar en los predios propios del señor feudal, realizar un tiempo de trabajo en esas tierras, cuyo producto iba directamente al señor. La explotación era transparentísima.

En el caso de los esclavos, de un régimen esclavista, pues también. Los esclavos trabajaban, producían bienes y todas esos bienes los cogía el patriarca esclavista y a cambio los alimentaba.

En el caso del capitalismo la relación de explotación no es tan sencilla, porque, en principio, no hay relaciones formales de subordinación y de que uno tenga que trabajar para otro, o que el producto de su trabajo se lo tenga que entregar a otro. Es necesario analizarlo y ver a través de qué mecanismo se produce eso.

Es decir, es muy importante este aspecto, que queda muy claro en el *Manifiesto*, de que el capitalismo está basado en una relación de explotación económica y que, como en todos los sistemas o formaciones económicas sociales anteriores, existe una contradicción entre la base material y el desarrollo de las fuerzas de la producción, que se despliegan a través de esa base material, y las relaciones de producción en las que entran los hombres bajo ese nivel de desarrollo económico existente. Es decir, una contradicción entre lo que se llama el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes.

El ver esas contradicciones exige, obviamente, acercarse también y analizar el mecanismo a través del cual se produce la explotación económica en el régimen de producción capitalista.

Esas leyes o esos desarrollos de las tendencias básicas del desarrollo capitalista están expresadas bastante bien, de una manera muy sintética pero completa, ya en el *Manifiesto*, lo cual es bastante sorprendente para la época en que se escribe.

Hago una advertencia: vamos a describir ahora las tendencias básicas del desarrollo capitalista, pero, para después volver a ellas y entenderlas, vamos a tener que entrar un poco en la explicación del mecanismo de explotación económica y de extracción de plusvalía dentro de este régimen de producción.

¿Cuáles son las tendencias o leyes básicas características de la sociedad capitalista para el *Manifiesto*? La primera de ellas es el carácter dinámico y expansivo del capitalismo, su potencialidad —como decíamos antes—, su capacidad para desarrollar las fuerzas de la producción social con que la sociedad cuenta. Así, dicen Marx y Engels en el *Manifiesto*: «La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción y con él todo el régimen social. Al contrario de cuantas clases la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y dinámica incesantes.»

Y más adelante dicen: «En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria, en la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo. ¿Quién en los pasados siglos pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?»

Las frases son muy claras. Es decir, están diciendo que la capacidad del régimen de producción capitalista, el sistema de producción capitalista, para desa-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

rrollar las fuerzas de la producción social es impresionante y no tiene parangón con las potencialidades y la capacidad de regímenes económicos y sociales existentes anteriormente.

Después veremos también las contradicciones que esto puede plantear en otros terrenos; aunque hoy somos conscientes de ellas, de una manera relativamente reciente, son contradicciones que en esos momentos casi ni siquiera se podían plantear.

Es, por tanto, un sistema de producción, un régimen económico y social, con una potencialidad tremenda para desarrollar las fuerzas de la producción social. Y, al mismo tiempo, es un sistema con una capacidad de expansión impresionante. Capacidad de expansión en el sentido de extender lo que es su naturaleza, sus formas, aniquilando los residuos de formas de producción y de organización social precedente; y, además, impresionantemente capacitado para extenderse geográficamente, ampliando cada vez más su esfera de actuación.

Hay unas frases muy significativas, también en el primera parte del *Manifiesto*, acerca de este carácter expansivo del capitalismo: «La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a la otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra arrolladas por otras nuevas cuya instauración es un problema vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no transforman las materias primas del país, sino las extraídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina el mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera. Ahora la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.»

¿Qué está diciendo aquí? Está planteando ya, en un momento en que todavía eso es relativamente reciente, algo que después, a lo largo de la historia, se ha ido corroborando. Es decir, primero la capacidad de la burguesía, a partir del modo de producción capitalista, de ir consiguiendo pasar de lo que eran los mercados locales que existían en períodos anteriores a mercados nacionales y a mercados internacionales.

De alguna manera, aquí, Marx y Engels estaban hablando de lo que después hemos venido a denominar la internacionalización del capital. Es decir, su capacidad de, a partir de unos núcleos de donde surge el capitalismo, ir extendiendo las relaciones de producción capitalistas a lo largo y ancho de todo el mundo.

¿Cómo? Aquí ellos, básicamente, se están refiriendo (después entraremos con más detalle en esto) a una de las formas que encontramos de internacionalización del capital: la forma mercancía, la internacionalización del capital a través del comercio. Después veremos otras formas de internacionalización del capital que se superponen a esta, que son la internacionalización del capital financiero y, también, la internacionalización del capital en cuanto a capital productivo. Pero aquí está muy claramente expresado.

De la misma manera, se expresa también que esta capacidad expansiva, esta potencia del capitalismo, de las relaciones de producción capitalistas de extenderse, van haciendo desaparecer otras relaciones de producción procedentes de etapas anteriores históricas semif feudales, de pequeña producción mercantil simple, etc.; y las va incorporando y subordinando a sus propias necesidades. Eso, obviamente, tiene una consecuencia sobre la propia estructura de clases; porque, si ese modo de producción, desde el punto de vista económico, esas relaciones de producción, esas formas de producir se van extendiendo, van haciendo desaparecer modos o formas de organización distintas de la vida económica y, obviamente, están afectando y alterando la estructura de clases existente.

¿Desde qué punto de vista? Desde el punto de vista, dicen Marx y Engels, de ir simplificando la estructura de clases y delimitando, cada vez más, lo que son las clases básicas, antagónicas, en las formaciones sociales capitalistas: burguesía y proletariado.

Y, así, dicen: «Toda una serie de elementos que venían perteneciendo a la clase media: pequeños industriales, comerciantes, rentistas, artesanos, labriegos,... son absorbidos por el proletariado. Unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia más fuerte; y otros, porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.»

¿Qué están diciendo con esto? Pues que la capacidad de la producción capitalista de extenderse, de hacer desaparecer otras formas de organización que no pueden competir con ella, va haciendo también que haya una tendencia a que vayan desapareciendo otras clases sociales preexistentes y se produzca un proceso de proletarización de antiguas clases, que pasen a engrosar las filas del proletariado. Ésta es una cuestión importante que después analizaremos más en detalle.

¿Cuál es otra de las grandes leyes o tendencias de desarrollo histórico capitalista que Marx y Engels identifican y describen en el *Manifiesto*? La tendencia a la centralización y a la concentración de la propiedad, a la centralización y concentración del capital. Marx y Engels describen esta tendencia de la siguiente forma: «La burguesía va aglutinando, cada vez más, los medios de producción y la propiedad. Centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso, por otra parte, tenía que conducir por fuerza lógica a un régimen de centralización política.»

Aquí están dando dos ideas que son muy importantes: una —vuelvo a insistir en ella— es que en su desarrollo las leyes del funcionamiento (más adelante profundizaremos en todo esto) del capitalismo conllevan a un proceso en el cual se simultanean dos fenómenos, dos hechos que están muy relacionados: la concentración y la centralización del capital. Concentración, básicamente, en cuanto a tendencia a que las unidades empresariales van tomando paulatinamente una dimensión superior. Y que, además, la propiedad del capital tiende a irse concentrando. Es decir, que la propiedad cada vez se acumula en menos manos.

Eso es lo que, entre otras cosas, nos permite incluso distinguir lo que es el capitalismo de esa época —que todavía hoy lo consideramos un capitalismo que se parecía algo o que tenía alguna relación con lo que podríamos denominar un

modelo de libre competencia— del capitalismo que se va a desarrollar posteriormente, hablamos ya de la fase monopolista, oligopolista, del capitalismo.

En definitiva, el paso de una situación en que la burguesía está constituida por muchos elementos —pequeños capitalistas, medios capitalistas— a una situación en que la propiedad se va concentrando en número cada vez más pequeño de unidades de decisión que detentan la propiedad y, sobre todo, la capacidad de decidir sobre la utilización de aquellos medios. Es decir, la posesión efectiva de esos medios de producción.

Por otra parte, ¿qué otras tendencias se describen en el *Manifiesto*? A la que me voy a referir ahora es una que ha dado lugar a muchísimas interpretaciones, muchísimas discusiones, porque ni siquiera está muy claro que se pueda hacer una interpretación estrictamente literal de lo que dicen Marx y Engels en el *Manifiesto* y, sobre todo, teniendo en cuenta lo que después desarrollan en sus trabajos posteriores. Esta interpretación surge de estas frases del *Manifiesto*: «Hasta hoy, toda la sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo de las clases oprimidas y las clases opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría y, con ella, su esclavitud. El siervo de la gleba se vio llegar a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar, conforme progresa la industria, decae y empeora de manera progresiva. El obrero se depaupera y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza.»

Dicho así, si lo tomásemos literalmente y pensáramos además que lo que se está diciendo es algo taxativo, desde el punto de vista de lo que va a ser la evolución futura de la condición de la clase obrera en el capitalismo, diríamos que lo que hay detrás es lo que se ha llamado una teoría que se denomina «teoría de la pauperización creciente de la clase obrera». Es decir, que con el desarrollo del capitalismo las condiciones de vida de la clase obrera van a ser cada vez peores.

En principio, esto es susceptible de muchas interpretaciones. ¿Por qué? Porque, y después hablaremos de cómo no se puede deducir realmente de la obra de Marx y Engels —tanto de Engels como de Marx, en *El Capital*, en *Salario, precio y ganancia* e incluso en las posiciones políticas que plantea Marx con respecto a la evolución de los salarios, su oposición a aquellos que defienden la existencia de una ley de hierro de los salarios—, nunca encontramos una tesis en la que se diga, como aparentemente se dice aquí, que la condición de vida de la clase obrera va a verse progresivamente deteriorada. No se encuentra.

Ha habido muchas discusiones sobre esto. Cuando aquí se habla de esta tendencia no están diciendo qué es lo que puede pasar en el futuro, sino que están hablando de un proceso que están conociendo, que ya vienen observando desde hace unos años.

Y es verdad que hay elementos para pensar que aquí, en este párrafo, están partiendo de algo que es una experiencia relativamente reciente en aquella época. Porque lo que sí que es verdad, a partir de los estudios que hay, lo que sí se aprecia en el desarrollo histórico, sobre todo en los países donde estaban más implantadas las relaciones de producción capitalista en ese momento —Inglaterra básicamente, islotes en Francia, algo en Alemania, etc.—, lo que sí es verdad

es que, entre el siglo XVIII y hasta prácticamente los años treinta del siglo XIX, en muchísimas zonas hay, efectivamente, un proceso de empeoramiento y de pauperización de los trabajadores, que van pasando de ser artesanos, semiartesanos, etc., a articularse bajo el régimen de producción fabril y sus condiciones de vida, en cuanto a jornada de trabajo, niveles de alimentación, etc., tienen un progreso sostenido de deterioro durante prácticamente siglo y pico. En muchos sitios las jornadas de trabajo aumentan espectacularmente cuando son obreros frente a las que hacían cuando eran artesanos. Hay estudios sobre la composición de la alimentación de la clase obrera en determinadas zonas y se observa un sistemático empeoramiento durante decenios. Hay —esto lo cita Marx en *El Capital*— incluso constataciones de cómo se produce un deterioro hasta en la capacidad física, en la estatura de determinadas generaciones; por ejemplo, Marx hace un comentario sobre cómo, en Alemania, tienen problemas en la zona de Prusia para poder constituir o completar sus ejércitos con personas mínimamente robustas, porque se ha producido una pérdida en dos generaciones de hasta 3 ó 4 centímetros de estatura y una pérdida de complexión física.

Es decir, hay todo un proceso durante el siglo XVIII y el primer tercio del XIX y casi hasta los años en que escriben Marx y Engels el *Manifiesto*, en que, efectivamente, el proceso real permitía observar que se habían producido fenómenos de pauperización y de empeoramiento sistemático de las condiciones de vida de los trabajadores.

Desde luego, si tuviéramos que interpretar esto, da la impresión de que en el *Manifiesto* está reflejado ese hecho. Ahora es necesario pensar si, además, debemos interpretar que en Marx y Engels hay una teoría ya sustentada de que ese fenómeno de pauperización creciente es una ley inmutable del capitalismo a largo plazo o no.

En los trabajos posteriores de Marx y Engels, incluido *El Capital*, se ve que no hay una teoría de la pauperización absoluta, como podríamos denominarla si partiéramos de este texto. En absoluto la hay e incluso observamos la importancia que le dan al hecho de que determinadas fuerzas que pueden empujar hacia un deterioro de la clase obrera o al mantenimiento de sus niveles de vida, desde el punto de vista de un nivel biológico, pueden ser sustancialmente alteradas por la lucha que la clase puede desarrollar a través de su organización.

Por último, encontramos en el *Manifiesto* otras dos tendencias identificadas. Una ley de desarrollo es la tendencia a las crisis o la existencia de crisis en el desenvolvimiento del capitalismo; de alguna manera, en la crisis es, ya se plantea en el *Manifiesto* y se profundiza mucho más después, uno de los aspectos donde se manifiesta la contradicción entre el carácter de las relaciones de producción capitalistas y el desarrollo de las fuerzas productivas.

¿Qué dicen respecto a esto? Lo ponen muy en evidencia. Después de que el capitalismo viene a ocupar el puesto de la sociedad feudal y de que en la sociedad feudal se produce una quiebra porque el régimen de propiedad no se correspondía con el estado progresivo de las fuerzas productivas que se iban desarrollando, Marx y Engels dicen: «Pues bien, ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de pro-

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

ducción y transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y el comercio no es más que la moderna historia de las fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de propiedad donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro, cada vez mayor, para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata lo que en épocas anteriores hubiera parecido absurdo e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estadio de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recurso para subsistir. La industria y el comercio están a punto de perecer, y todo ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad, son ya demasiado poderosas para [...].»

Están poniendo de manifiesto algo que era una evidencia, que existía; y es que periódicamente se producía una interrupción del funcionamiento de la economía capitalista. Una situación en la cual se podía apreciar un corte importante en la inversión, en el comercio y, algo muy significativo desde el punto de vista de la clase obrera, estos momentos venían asociados a una situación en la cual el llamado ejército industrial de reserva, el número de parados, quedaba fuera del proceso productivo. Es decir, aumentaba el número de desempleados.

De alguna forma, ¿cuál es la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el capitalismo que se expresan en las crisis? Se expresan en el sentido de que la lógica de funcionamiento del capital lleva a que, periódicamente, una parte de esas fuerzas productivas tengan que quedar ociosas. Es decir, que ahí Marx y Engels están hablando del corsé que suponen unas relaciones de producción existentes al despliegue de todo el potencial de fuerzas productivas que tiene la sociedad.

¿Por qué? Porque si, en un momento determinado, quedan ociosos recursos materiales, capital productivo y fuerza de trabajo, no se están aprovechando todas las potencialidades que eso en principio ofrece, porque el régimen de apropiación y la lógica que mueve al sistema, la lógica de la competencia y del beneficio, hacen ineluctable que eso ocurra de una manera periódica.

De alguna forma, estas cinco tendencias que hemos descrito son las grandes tendencias que, después, hemos seguido considerando como grandes tendencias del desarrollo capitalista y que están descritas de una forma muy clara en el *Manifiesto Comunista*. Pero están descritas, no explicadas. No está desarrollado, porque es un manifiesto, por qué estas leyes se manifiestan, por qué estos fenómenos se producen. Es decir, no está dicho por qué periódicamente aparecen crisis ni por qué el capitalismo necesita expandirse a nivel internacional, ni por qué hay un proceso de centralización y concentración del capital.

Explicar esto de forma sistemática es el objetivo de *El Capital*, aunque Marx y Engels ya desarrollan elementos en obras anteriores.

Básicamente, para entender su análisis del capitalismo, del modo de producción capitalista, hay que partir de dos rasgos: primero, que es un sistema generalizado de producción de mercancías. Esto a todos nosotros nos resulta muy familiar, pero es que el capitalismo es el único régimen económico, social y político de la historia en el que la mayor parte de lo producido es mercancía que va al mercado, que se intercambia en un mercado por otras mercancías a través del dinero.

En otras sociedades, la parte que iba al mercado, que se convertía en mercancía, era solamente una pequeña parte de lo producido, porque básicamente se producía para el consumo y solamente, dicho en términos muy sintéticos, se comercializaba el excedente. Es decir, la parte que excedía lo inmediatamente necesario para reproducir la fuerza de trabajo y alimentar al propietario de los esclavos o al señor feudal. Es decir, que había una gran parte de la producción social que era una producción pensada, organizada para la producción de lo que se llama «valor de uso», o sea, buscar la utilidad del producto sin pensar en su valor de cambio.

El capitalismo convierte —y ésta es su gran novedad sobre regímenes sociales anteriores—, generaliza la extensión del valor de cambio de la mercancía; ya no se va a comercializar solamente el excedente, sino que se va a comercializar y se va a enviar al mercado, prácticamente, la totalidad de lo producido.

Por eso, cuando hablamos de capitalismo tenemos que hablar de mercancías y de mercados. Y en esos mercados concurren productos mercancías, producidos en condiciones distintas y de propietarios distintos. Es decir, que hay un mercado en el cual concurren las empresas y compiten los productos. Y, por otra parte, es un sistema basado en lo que podríamos denominar la lógica del beneficio, la maximización del beneficio.

Porque la burguesía, la clase dominante en el modo de producción capitalista, necesita maximizar ese beneficio, necesita garantizarse el beneficio de la ganancia si quiere —y cada uno de los capitalistas está obligado por esa ley— subsistir en tanto en cuanto componente de esa clase. Aquel capitalista que concurra al mercado y que no lo haga en condiciones competitivas, más tarde o más temprano, es expulsado del mercado y tiene que pasar a engrosar otra clase social.

La lógica de la maximización del beneficio es, pues, algo inherente al capitalismo, igual que lo es la competencia que establecen los capitalistas entre sí en el mercado.

Ahora bien, ¿qué es lo que se pone de manifiesto en el *Manifiesto* —valga la redundancia— y en los trabajos de Marx y Engels? ¿Dónde está el origen del beneficio? El capitalista cuando percibe ganancia no percibe lo que llamamos plusvalía, que no sabe lo que es. Sabe que lo que le interesa cuando vende en un mercado es obtener más de lo que ha tenido que pagar en salarios y en capital de la inversión que ha tenido que hacer. Es decir, el capitalista no percibe la plusvalía si no es en forma de beneficio cuando interviene en el mercado. Ahora bien, lo importante —y éste es todo el trabajo teórico que desarrollan Marx y Engels— es explicar que detrás de ese beneficio hay una explotación del trabajador, una explotación de la clase obrera.

Y ahí es donde desarrollan muy sistemáticamente la teoría de la plusvalía, porque no está desarrollado antes, aunque haya muchos elementos en los tra-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

bajos previos de Marx, concretamente en los *Manuscritos económicos y filosóficos*; teoría que, en definitiva, parte de llevar hasta sus consecuencias lógicas lo que habían sido elementos ya puestos en la economía política clásica y, básicamente, en los trabajos de Ricardo; y también Marx coge elementos de otros economistas y estudiosos del asunto, de corrientes socialistas —más o menos utópicas—, como es el caso de Sismondi, el caso del propio Proudhon, el de Thompson, de Gray, de Hudson —ingleses—, de Owen,...

Partiendo de la economía política clásica y de lo que se llama la teoría de valor-trabajo, es decir, de que el valor de las cosas, de las mercancías, se obtiene en el mercado en función del valor-trabajo, del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas, partiendo de esto Ricardo llega en algún momento a descubrir dónde está el origen del beneficio. Lo que pasa es que Ricardo, cuando empieza a ser consciente de hasta dónde puede conducir llevar hasta sus últimos extremos su propio sistema analítico, da y vuelve a dar otro tipo de explicación de la ganancia y del beneficio. Una explicación de la que los economistas burgueses modernos, la Escuela Neoclásica, etc., han cogido después el hilo, que es explicar algo que ya no entra en contradicciones, o que intenta evitarlas. Entonces es como decir: bueno, en el fondo, pues miren, el beneficio es el pago al capital, el salario es el pago al trabajo y la renta de la tierra es el pago a los que tienen tierra. Así, explican las relaciones de producción a través de categorías de la distribución, tal y como aparecen en el mercado, pero sin profundizar en su esencia.

Es decir, que Ricardo deja dos hilos plantados ahí; unos lo cogen para profundizar en él, demostrando la naturaleza de explotación que existe en el capitalismo; mientras que otros lo utilizan para desarrollar una economía más convencional en la que no aparece el conflicto de clases.

En el caso de Marx y Engels, partiendo de Ricardo, desarrollan su teoría de la plusvalía. Entendiendo por plusvalía —y éste es el punto básico— aquel producto del trabajo que, incorporado a la mercancía, se apropia el capitalista.

Plusvalía, ¿por qué? Porque se supone que en las condiciones del modo de producción capitalista, en las que el proletariado no dispone de los medios de producción y la única manera de subsistir es vendiendo su capacidad de trabajar, en esa situación de monopolio de la propiedad de aquellos medios con los que se produce por parte de una clase, ésta —la burguesía— puede imponer a la otra parte, a la que está desposeída de esos medios de producción, unas condiciones de trabajo durante las que hacerle trabajar el tiempo suficiente y de la manera adecuada como para que sea capaz de producir una cantidad de producto que sirva, por una parte, para reproducir el equivalente de lo que le pagan en salario y, por otra parte, producir un valor nuevo, un valor añadido, una plusvalía.

La plusvalía, en último extremo, está incorporada en mercancías. El capitalista no percibe eso hasta el momento en que vende sus mercancías. Lo que sí sabe muy bien es que tiene que utilizar la fuerza de trabajo en unas determinadas condiciones y conseguir de ella la máxima producción. Lo puede hacer combinando dos formas: aumentando al máximo el tiempo de trabajo, es decir, la jornada, y consiguiendo que el trabajo sea lo más intensivo y productivo posible: bien organizando la producción intensificando los ritmos, bien introduciendo modificaciones o innovaciones técnicas que incrementen la productividad del tiempo de trabajo.

En realidad estamos hablando de dos conceptos que no aparecen en el *Manifiesto*, pero que son básicos para entender todo lo que viene después, que son el concepto de plusvalía absoluta y el de plusvalía relativa.

La plusvalía absoluta es aquella que va vinculada al tiempo excedente de trabajo; es decir, a la jornada de trabajo en términos absolutos. No es casualidad que durante el siglo XVIII y los primeros quince años del siglo XIX lo que observamos —sobre todo en Inglaterra— sea una serie de reglamentaciones para permitir que se aumente la jornada de trabajo. Esto es, cuando se están disolviendo las formas artesanales de producción, la gente estaba acostumbrada a trabajar menos horas y cuando se incorporan a la producción capitalista —ya en sentido moderno— las jornadas se van aumentando. Claro, las resistencias de los trabajadores son importantes y, entonces, hay que introducir leyes —hay reglamentaciones en Inglaterra— para obligar a que la jornada sea, por lo menos, de un mínimo de horas.

En cambio se va invirtiendo la situación a partir del siglo XIX, durante todas las luchas de finales del XIX y del XX, cuando, a partir de 1830-1840 y como consecuencia de la organización de los trabajadores, en primer lugar en Inglaterra, se empiezan a conseguir reglamentaciones que van a la contra; es decir, reglamentaciones de reducción de la jornada de trabajo, porque ya se estaba en jornadas de trabajo de 15, 16, 14, 13 ó 12 horas, con trabajo infantil y trabajo para mujeres. Es decir, hasta mil ochocientos treinta y tantos no se introduce la primera reglamentación sobre limitación de tiempo de la jornada infantil y de trabajo femenino.

La jornada de trabajo es básica, y es tan importante porque su extensión está directamente relacionada con la producción de plusvalía. Por eso, la resistencia de la burguesía ante cualquier intento de reducción de la jornada de trabajo ha sido siempre feroz; incluso cuando ha habido leyes, como en Inglaterra, de reducción de jornada de trabajo. Es muy interesante ver, por ejemplo, *El Capital* de Marx, en concreto la sección dedicada a la jornada de trabajo, donde pone montones de ejemplos de cómo la burguesía va buscando las vueltas para, de alguna manera, vaciar de contenido esa ley de limitación de la jornada.

Y esto es porque en este aspecto se está jugando la plusvalía. Existe el mecanismo de aumentar la plusvalía a través del incremento de la jornada de trabajo, pero después está el otro concepto de plusvalía, que es la plusvalía relativa, la que se puede obtener consiguiendo que en el mismo tiempo se produzca más cantidad de producto.

De esa manera, en Marx y Engels se aprecia que la tasa de plusvalía es uno de los elementos básicos para entender la dinámica del capitalismo. Otro viene asociado a lo que decíamos más arriba, es decir, al desarrollo, al despliegue del capitalismo a lo largo del tiempo, desde el punto de vista económico.

En el sentido en que el desarrollo de las fuerzas productivas lleva a que la forma de producir sea, podríamos decir, cada vez más capitalista, más intensiva en capital. Es decir, que las técnicas con las que se produce incorporan cada vez una mayor parte de capital en proporción al trabajo directo humano. Aumenta, pues, lo que los economistas modernos llaman la relación capital-trabajo de los procesos de producción; es lo que Marx denomina como aumento de la composición orgánica del capital.

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

En último extremo, en el capitalismo observamos que se produce de una forma en la cual las técnicas son cada vez más intensivas en capital.

¿Por qué ocurre esto? No se puede explicar sin entender previamente la competencia capitalista. En el sentido de que —y esto es muy importante— son muy distintos los valores de las mercancías, tal y como los definimos en términos marxistas, y los precios del mercado, los precios que esas mercancías tienen en el mercado. Los distintos capitalistas producen con técnicas diferentes —unas más avanzadas y otras menos, técnicas más modernas, de más productividad unas que otras—, pero encontramos que en unos y otros procesos se produce plusvalía. El capitalista individual, normalmente, cuando percibe beneficio en el mercado, una vez que ha vendido a un precio, no obtiene exactamente la plusvalía que se ha producido en su empresa, ya que puede obtener más o menos. Obtiene más, normalmente, cuando ha trabajado en unas condiciones de productividad superiores a la media social, respecto al estado de la técnica de la época, y obtiene menos cuando está produciendo con unas condiciones técnicas de producción por debajo de la media de la época.

Quiere esto decir que en el mercado hay una transferencia de plusvalía de unas empresas a otras. Es decir, una parte de la plusvalía generada en una empresa no es apropiada por el capitalista o el empresario de esa empresa, sino por otro, y ése cede parte de lo que se ha apropiado.

Esto es difícil verlo teóricamente y, desde luego, el empresario no se pone a pensar en eso. Pero lo que sí observa es una cuestión: en plazos determinados de tiempo observa empresas más modernas, tecnológicamente más avanzadas, que utilizan unas técnicas más intensivas en capital, se sitúan mejor en el mercado, que tienen más capacidad de acumulación que él. Entonces, empíricamente observa algo. Dice: aquí, para estar y sobrevivir en la competencia, yo tengo que intentar desarrollar técnicas parecidas a éstas, que veo que van muy bien.

En último extremo, es la lógica del beneficio la que hace que, a lo largo del tiempo, por la competencia, por la lógica de maximizar el beneficio, todo empresario —si no quiere verse, a partir de un período de tiempo determinado, desplazado— se vea obligado a ir renovando la forma de producir. Y todos se ven obligados a hacerlo así. El que primero lo hace, normalmente, obtiene una ventaja durante un período de tiempo, porque obtiene unos beneficios extraordinarios derivados de su mayor competitividad. Pero, después, el que viene detrás intenta hacer lo mismo.

El resultado de todo eso es que como suma de una multiplicidad de decisiones, todas en el mismo sentido, van produciéndose, se van generalizando formas de producir cada vez más intensivas en capital que incorporan un mayor progreso técnico.

Desde este punto de vista, podríamos decir que el modo de producción capitalista, la lógica del beneficio, es precisamente la que permite impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas de la manera que decían Marx y Engels en el *Manifiesto*. Es decir, que lo hace un sistema muy dinámico, con una potencialidad muy fuerte para incrementar la productividad de la sociedad, la fuerza productiva.

Eso es una parte. Pero tiene sus contradicciones. ¿Por qué? Se podría demostrar con fórmulas, con una aritmética muy sencilla; pero básicamente, dicho de

otra manera, es lo siguiente: a medida que van incrementándose y se van utilizando técnicas más intensivas en capital y se va igualando hacia el alza la composición orgánica del capital, eso tiene un efecto negativo, genera una contradicción, desde el punto de vista capitalista. Porque a medida que los procesos son más intensivos en capital, que se utilizan técnicas intensivas en capital, a medida que hay mayor acumulación de capital, las posibilidades de obtener tasas altas de beneficio de ese capital van siendo menores.

Es lo que Marx enuncia como la *tendencia decreciente de la tasa de ganancia*. Es decir, que, por una lado, tenemos una fuerza en el desarrollo capitalista que impulsa, por emulación, por la competencia entre capitalistas, a técnicas más intensivas en capital, a mayor acumulación de capital. Pero ese mismo fenómeno de mayor acumulación de capital va erosionando las bases de rentabilidad del mismo capital, porque, de alguna manera, va, en términos proporcionales, sustituyendo cada vez más trabajo humano por capital. Y el trabajo humano, la fuerza de trabajo, es la que produce la plusvalía, que es lo que está detrás del beneficio, aunque el capitalista solamente la perciba cuando puede vender la mercancía en el mercado.

Entonces, ¿qué ocurre? Que tenemos que la dinámica capitalista lleva a que, por una parte, su fuerza va desarrollando las fuerzas productivas; pero, al mismo tiempo, ese desarrollo de las fuerzas productivas le va creando un problema de rentabilidad y sin rentabilidad no hay capitalismo, no hay motivación para el capitalista. Por eso, lo que ocurre es que, periódicamente, cuando la tasa de ganancia en determinados momentos aparece, se hace demasiado baja en un determinado período y los empresarios, los capitalistas, disminuyen su ritmo de inversión. Y cuando disminuyen su ritmo de inversión, cuando no invierten al mismo ritmo que venían haciéndolo anteriormente, se produce una interrupción en el circuito económico, una crisis.

Ése es uno de los motivos por los cuales puede aparecer una crisis en el modo de producción capitalista, por una caída de la tasa en un período determinado.

Pero también puede producirse por otros motivos. Otro motivo, también derivado de la propia naturaleza contradictoria del capitalismo, es que el capital está hambriento de plusvalía, necesita obtener la mayor plusvalía posible y el mayor beneficio posible; pero eso significa controlar los salarios, el crecimiento de los salarios. Sabemos que para que el capitalista perciba el beneficio y la plusvalía en forma de beneficio necesita vender y realizar lo producido. Y ¿quién compra? Ellos pueden comprar, pueden comprar mucho, pero la masa de compradores de los productos son los asalariados.

De ahí la famosa frase de Marx. Dice: bueno, a cada capitalista individual le interesa pagar lo menos posible a sus propios obreros; pero le interesaría que los demás paguen a los otros obreros lo más posible. ¿Por qué? Porque ve a los obreros de otros como consumidores, como compradores de su producto. ¿Qué es lo que ocurre en ocasiones? Pues que existe una desproporción, en determinados momentos, entre la capacidad de generar plusvalía —que puede ser mucha— y de producir con respecto a la capacidad de demanda del mercado, y esto ocurre porque los salarios, que son una de las rentas básicas del mercado, están limitados por la otra necesidad que tiene el capital, la de obtener la mayor plusvalía y, para eso, pagar lo menos posible.

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Es decir, esos son dos polos, dos maneras, dos posibilidades de que se manifiesten las crisis.

Volvamos entonces a las leyes, a las tendencias del capitalismo. Ésta que hemos visto es una ley básica donde se manifiesta con toda precisión la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Pero Marx la enuncia como una ley tendencial. Lo que quiere decir es que hay fuerzas, hay una fuerza evidente que empuja hacia eso: hacia una caída de las condiciones de rentabilidad y que, a partir de ahí, se pueden producir crisis, durante las cuales una parte del *stock* productivo de la sociedad no es utilizado, se para la inversión, crece el número de parados, etc.

Pero ésa no es una ley ineluctable; es decir, que eso no tiene que pasar necesariamente y que no hay un proceso sistemático a lo largo del tiempo en el que eso sea progresivo año a año. Porque si esa ley fuera ineluctable, en estos ochenta años, a través de un proceso en el que la tasa de ganancia fuera reduciéndose, hoy estaríamos en una situación, posiblemente, en la que la rentabilidad del capital sería cero, y no pasa eso.

Existe esta fuerza, pero hay otras en la dinámica del desarrollo capitalista que compensan, durante determinados períodos, esa tendencia. Y ahí es donde volvemos a algunas de las tendencias que inicialmente habíamos descrito.

¿Qué puede compensar esa tendencia a la caída de la tasa de ganancia? Pues, por ejemplo, conseguir incrementar la tasa de plusvalía; el capital reacciona frente a un deterioro general de las condiciones de rentabilidad, cada capitalista reacciona intentando explotar al máximo la fuerza de trabajo que emplea.

¿Cómo? A través, si es posible, del incremento de la jornada. De ahí la batalla, en muchas ocasiones, por la resistencia a la reducción de jornada. También puede incrementarla a través de lo que se llama la plusvalía relativa; es decir, introduciendo nuevas modificaciones en la forma de producir, organizando de otra manera la producción, intensificando los tiempos, la intensidad o el ritmo de trabajo.

Otra de las causas contrarrestantes es, por ejemplo, rebajar el valor de la fuerza de trabajo, es decir, rebajar el salario, que puede intentar hacerlo directamente, controlar su subida o, incluso, en determinados momentos, rebajar el salario para actuar sobre la tasa de plusvalía y sobre la plusvalía.

La manera histórica en la que se defiende el capitalista intentando contrarrestar las tendencias a la caída de la rentabilidad del capital no ha podido ser de manera fácil el incremento de la jornada de trabajo, porque ahí la lucha obrera ha conseguido, en los últimos ciento cincuenta años, victorias importantes, ha conseguido recortar la posibilidad de que se le someta a una mayor tasa de explotación vía aumento de la jornada. Entonces, el mecanismo intensivo que se ha utilizado ha sido, básicamente, el de conseguir aumentar la plusvalía relativa vía incremento de la productividad.

Pero después, además, ha habido cuestiones que han ayudado a que el incremento de la tasa de plusvalía haya sido importante a través del control de salarios; como, por ejemplo, la importancia que han tenido las transformaciones en la producción agrícola: la introducción de la ciencia, de la técnica, en la producción de bienes alimenticios ha sido importantísima, porque ha permitido, en un momento determinado, abaratar, de manera muy importante, toda una serie de bienes que llamamos bienes-salario. Y al abaratar esos bienes-salario, abara-

tar el valor de la fuerza de trabajo e impedir que los salarios se eleven demasiado al alza en una etapa de expansión.

¿Qué más mecanismos hay de defensa por parte de la burguesía frente a ese deterioro de la rentabilidad del capital y frente a los problemas de mercado que se puede encontrar? Pues algunos de los que mencionábamos más arriba: la expansión, la internacionalización, el desarrollo en otras zonas, en otros mercados, de su actividad; la exportación, por ejemplo, de capitales. Si para los capitales en una determinada zona, en un determinado país, su rentabilidad se va erosionando porque el grado de acumulación al que se ha llegado es muy alto, hay zonas del mundo donde la plétora, el volumen de capital existente, es menor y donde las condiciones de rentabilidad del capital pueden ser más favorables. Entonces, hay una búsqueda imperiosa del beneficio que hace que el capital se expanda fuera de sus fronteras.

De la misma manera, el proceso de centralización del capital es también un resultado de estas leyes, porque en todo ese proceso de tendencias que empujan hacia el deterioro de la rentabilidad la búsqueda, la defensa individual de cada capitalista es volver a dar un salto adelante en sus técnicas, anticipándose a los demás para ganar, durante un período, unas rentas, unos beneficios diferenciales.

Pero no todos pueden actuar de esa manera. En muchos casos, unos lo pueden hacer y otros no. Unos subsisten y otros desaparecen. Parte del capital de aquellos que desaparecen tiende, bien a ser absorbido, bien a ser fusionado por aquellos que resisten. Y ¿qué ocurre? Pues que el proceso va dando una situación en la que van desapareciendo propietarios de capital, van desapareciendo capitalistas y va reduciéndose el número de los capitalistas, pero va aumentando la propiedad de la que disponen. Es decir, se va centralizando el capital.

Éstas serían un poco las ideas básicas que están en el *Manifiesto* y que serán desarrolladas posteriormente.

¿Qué ha pasado después? ¿Se han seguido manifestando estas tendencias? Yo creo que es evidente que la internacionalización del capital se ha desarrollado a lo largo de estos últimos ciento cincuenta años, hasta extremos impresionantes. Hoy ya se puede hablar de que las tres formas de internacionalización del capital han seguido creciendo de manera sistemática a través del comercio, a través de la inversión de la exportación de capital financiero y a través de la inversión de capital productivo, cuyos agentes son, de alguna manera, las empresas transnacionales; se producen cruces en la propiedad del capital entre capitales de origen de distintos países y llegamos, en último extremo, a lo que estamos hablando últimamente de la economía globalizada, a la globalización.

Desde mi punto de vista —aunque hay gente que lo plantea como una nueva fase, cualitativamente, sustantivamente distinta—, la globalización no es nada más que el proceso de internacionalización del capital llevado hasta sus extremos en la situación actual. Y, eso sí, con un fenómeno muy peculiar, que es la importancia que está teniendo la exportación de capital financiero, los movimientos de capital financiero especulativos, a corto plazo, no vinculados; es decir, con una autonomía no vinculada necesariamente a lo que es la financiación de las transacciones comerciales o a la financiación de la inversión productiva transnacional, sino que se ha creado una propia esfera autónoma de juego, pero en último extremo facilitada por decisiones y acuerdos políticos entre los go-

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

biernos, que es la progresiva desaparición de los controles a los movimientos de capital internacional.

Desde este punto de vista, las tendencias que marcan Marx y Engels en el *Manifiesto* se aprecian de una manera clarísima.

Desde el punto de vista de la concentración y centralización del capital, el proceso es evidente a lo largo de estos ciento cincuenta años. Es evidente que si hemos pasado por unas etapas tendentes, cada vez más, a un capitalismo donde está más concentrada la propiedad, con independencia de que en las sociedades anónimas haya infinidad de pequeños accionistas, estamos hablando no tanto ya de la propiedad jurídica que puede dar la tenencia de una acción, sino de la combinación entre la propiedad jurídica y la capacidad de decidir qué se produce, cómo y cuándo. Y esa capacidad está concentrada en muy pocas manos, que son los que tienen lo que realmente podemos llamar la posesión efectiva. La capacidad de decidir está cada vez más centralizada y más concentrada. Y, además, con interpenetraciones entre capitales de distinto origen.

Desde otro punto de vista, teníamos —y esto era lo que apuntábamos— el desarrollo de las fuerzas productivas, el potencial revolucionario de transformar —revolucionario en el sentido de transformación de la forma de producir que tiene el capitalismo—, que está marcado, y eso está muy analizado. Ahora bien, decíamos antes que en los últimos veinte o treinta años está surgiendo una nueva cuestión que en aquellos momentos Marx y Engels no se planteaban: este desarrollo de las fuerzas productivas, en estas condiciones del capitalismo, está empezando a plantear problemas, problemas relacionados con el agotamiento de los recursos naturales, con cambios en el ecosistema; hasta el punto que, de alguna manera, frente a Marx, que veía en el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo solamente el aspecto positivo, en cuanto a su capacidad de crear la base material para una sociedad de tipo superior, hoy también estamos empezando a ver sus aspectos negativos. Es decir, todo aquello vinculado con los límites del crecimiento, con el problema ecológico y del mantenimiento de las condiciones de vida a lo largo de nuestro planeta. Y de ahí, la reflexión ecologista.

Y, por último, desde el punto de vista de la clase obrera, ¿qué es lo que ha ocurrido? Primero, ¿se ha dado la proletarización que se señalaba en el *Manifiesto*? Es decir, ¿esa tendencia a la polarización estrictamente en dos clases: burguesía y proletariado? Si nosotros identificamos proletariado con asalariados, efectivamente, la evolución a lo largo de estos ciento cincuenta años marca que no estaban equivocados. El proceso de asalarización de la fuerza de trabajo ha sido evidente. Si vemos hoy cuántos trabajadores hay en España, prácticamente el 85 por 100 son asalariados. Si identificamos, efectivamente, asalariados a proletariado, la línea de tendencia está clara, el proceso de asalarización ha sido evidente.

Ahora bien, sobre todo en los últimos cuarenta o cincuenta años, por el contrario, dentro de los asalariados no se ha dado un fenómeno de unificación u homogeneización en las condiciones de esos asalariados y su participación en el proceso económico. Es decir, no ha pasado lo que parecía que iba a ocurrir cuando escribían Marx y Engels, que los asalariados fueran, básicamente, asalariados de clase obrera industrial. Durante un período bastante largo, hasta bien entrado nuestro siglo, la línea fundamental era ésa.

Después, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, en el capitalismo más contemporáneo empezamos a observar cómo la fracción de los asalariados que compone la clase obrera industrial empieza a ser, cuantitativamente, en términos relativos, una proporción menor dentro del conjunto de los asalariados.

¿Cómo explicar esto? Primero, por el propio desarrollo de las fuerzas productivas y los incrementos de productividad, que hacen que en el sector industrial los crecimientos de productividad sean mucho más rápidos que en el resto de los sectores, que por ejemplo en el sector servicios. Y, por otra parte, porque la propia lógica del capitalismo —cuyo motor es la producción industrial, básicamente—, para competir, hace cada vez más necesario, por una parte, el crecimiento de toda una serie de actividades que incluimos en el sector servicios y que son imprescindibles para la competencia capitalista. Es decir, que los capitalistas industriales, para competir, necesitan cada vez más disponer de redes de distribución, redes de comercialización, servicios financieros, servicios técnicos, etc.

Todo el desarrollo del sector servicios no es ajeno a la lógica del desarrollo básico industrial del capitalismo, es una consecuencia necesaria de cómo se plantea la competencia capitalista en el capitalismo monopolista moderno.

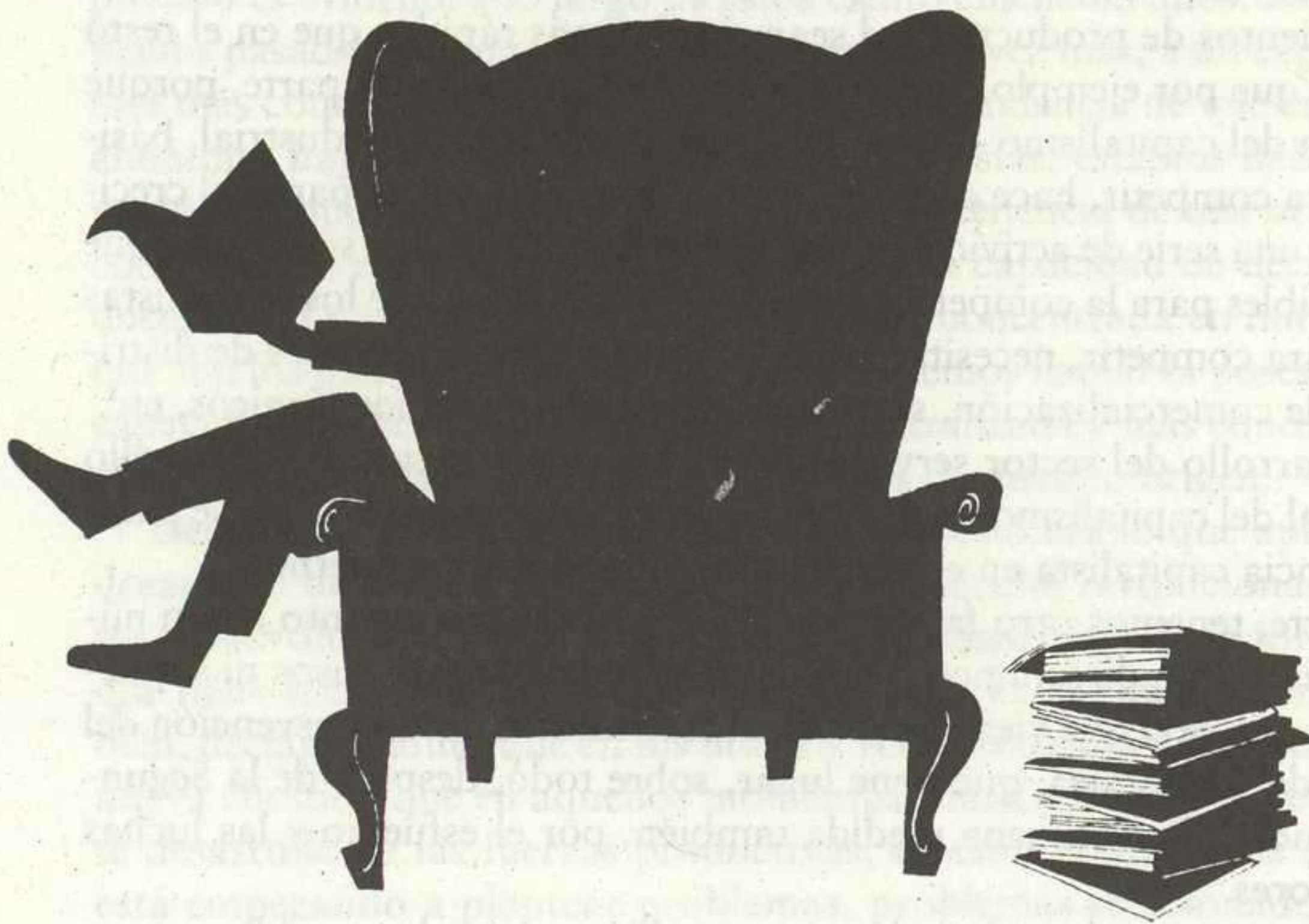
Por otra parte, tenemos otro factor que influye en ese crecimiento de un número de asalariados no directamente productivos, o en algunos casos ni siquiera productivos, que es el que viene asociado al crecimiento de la intervención del Estado en la vida económica, que tiene lugar, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial. Y, en buena medida también, por el esfuerzo y las luchas de los trabajadores.

Es decir, el crecimiento de asalariados viene también originado por el fuerte crecimiento de toda una serie de servicios públicos y sociales que han estado dándose en el Estado capitalista moderno. Esto sería ya caracterizar esa época posterior a la Segunda Guerra Mundial; ahí, evidentemente, surge un número muy importante de asalariados, asalariados vinculados a los servicios que da el Estado, etc.

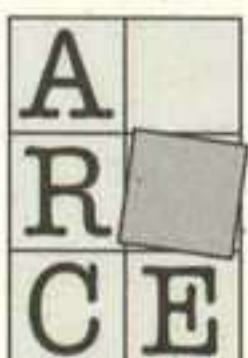
Es decir, que hay un fraccionamiento, se abre toda una serie de categorías dentro del proletariado y asalariados que coinciden en algo —en que son asalariados—, pero, obviamente, cuando hablamos de una clase en sí, de una clase para sí, muchas veces las condiciones para poder denominarse clase para sí o llevar a esas fracciones de clase a la asunción de que son clase para sí, de que son parte del proletariado, presentan a veces mayores dificultades que en el caso de sectores de la clase obrera más tradicional. Igual ocurre que, a causa de las nuevas tecnologías, se están produciendo fenómenos de desconcentración de empresas. Ya no se suelen montar plantas de producción industrial como las que había hace treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años. Claro, no es lo mismo, desde el punto de vista de la organización obrera, para determinados tipos de lucha, una fábrica como la Putiloof de Leningrado, en 1916, donde había 25.000 obreros metidos todos juntos, a las fábricas actuales, cuando muchos procesos de producción se están desconcentrando, descentralizando, desde el punto de vista técnico. ■

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

La cultura pasa por aquí



A&V	Bitzoc	Dirigido	Leer	Reseña
Abaco	La Caña	Documentos A	Letra	Revista de Occidente
Academia	CD Compact	Ecología Política	Internacional	RevistAtlántica
ADE-Teatro	El Ciervo	ER	Leviatán	Scherzo
Afers Internacionals	Cinevideo 20	El Europeo	Lletra de Canvi	Síntesis
Africa América Latina	Claridad	Fotovideo	Ni hablar	Sistema
Ajoblanco	Claves de Razón Práctica	Gaia	Nuestra Bandera	Suplementos Anthropos
Album	CLIJ	Grial	Nueva Revista	Temas para el Debate
Alfoz	Creación	Guadalimar	La Página	A Trabe de Ouro
Anthropos	El Croquis	El Guía	El Paseante	Turia
Archipiélago	Cuadernos de Jazz	Historia y Fuente Oral	Por la Danza	El Urogallo
Arquitectura Viva	Cuadernos del Lazarillo	Hora de Poesia	Primer Acto	El Viejo Topo
L'Avenç	Debats	Insula	Quaderns d'Arquitectura	Viridiana
La Balsa de la Medusa	Delibros	Jakin	Quimera	Zona Abierta
		Lápiz	Raíces	



Asociación de Revistas
Culturales de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75
28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67

El Manifiesto Comunista: una lectura política *

Ferrán Gallego

El tema de estos artículos es la realización de una lectura del *Manifiesto del Partido Comunista* ciento cincuenta años después de su publicación. Y se publica en el marco de una revista comunista, que se considera vinculada por tradición cultural a ese texto. No se trata, por tanto, de una mera operación académica, filológica, de un intercambio de ideas indiferente a su aplicación práctica. Tampoco es una simple guía textual a realizar como si el tiempo no hubiera quitado ni añadido nada a lo que los comunistas debemos conocer del transcurso de este siglo y medio. Voy a hacer en este artículo, por tanto, una lectura desde lo que Marx y Engels sabían en 1847 o 1848, pero también en función de lo que desarrollaron práctica y teóricamente más adelante, lo cual elimina determinadas ambigüedades del texto. Voy a hacerlo, también, considerando cuál es la posición de los comunistas a finales del siglo XX y qué actualidad real tiene lo que se dice en el *Manifiesto*.

Todas las reflexiones sobre la política en los fundadores del marxismo se inician indicando que Marx y Engels dedicaron escaso espacio, de carácter secundario, accidental o coyuntural a los temas propios de la política. Es cierto que el andamiaje fundamental de la obra marxiana es de carácter filosófico y económico, pero no podemos continuar diciendo que existe una carencia de líneas de pensamiento político. Podemos aducir el carácter ingente de las reflexiones que aparecen en su correspondencia, en libros tan centrales en el desarrollo de sus ideas como *El 18 Brumario*, *La guerra civil en Francia* o *La crítica al programa de Gotha*. Podríamos indicar su propia actividad vital, en la Liga de los Comunistas, en la Asociación Internacional de Trabajadores o en las primeras organizaciones socialistas nacionales, a la que corresponde esa tarea de redactores de documentos de organizaciones de clase o de acotaciones a los mismos o de reflexión sobre acontecimientos políticos inmediatos, que ayudaban a definir mejor su propia visión de la evolución del Estado capitalista. Esto no era óbice para que se negaran a trazar un diseño milimetrado de la sociedad futura, posición intelectual de principio que aparece ya en el *Manifiesto*, cuando se

(*) Transcripción de la intervención de Ferrán Gallego en la Escuela de Invierno del Partido Comunista de Madrid, realizada en Madrid los días 16 y 17 de enero de 1998.

indica: «Los postulados teóricos del comunismo no se fundan en modo alguno en ideas o principios que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. Sólo son expresiones generales de los hechos reales de una lucha de clase existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestra vista.»

Pero el argumento fundamental para señalar la preocupación de Marx y Engels acerca de la política está en el propio *Manifiesto*. Porque se trata de un texto de alta densidad, que resume lo que entonces había avanzado la reflexión de Marx y Engels sobre la interpretación de la historia, las relaciones entre infraestructura y superestructura, su concepto de clase, de Estado y de ideología, sus nociones sobre la organización del capitalismo y sus apreciaciones sobre la conciencia del proletariado y su organización autónoma. Pero es, fundamentalmente, un texto *político*. Porque todo lo que en él se dice está subordinado a fundamentar un llamamiento a la organización consciente de la lucha del proletariado y a la conquista del poder estatal para llevar adelante un programa comunista.

El aspecto fundamental del *Manifiesto* no es tanto sociológico como *político*: es haber planteado rigurosamente la conversión del proletariado en una clase propiamente dicha —eso que se ha llamado el paso de una clase *en sí* a una clase *para sí*—, indicando el carácter político de toda lucha de clase. Ello puede observarse ya en el primer capítulo del texto, cuando los autores superan el carácter meramente descriptivo de la aparición del proletariado para situar en su confrontación con la burguesía y en la progresiva adquisición de una conciencia la aparición de una clase propiamente dicha: «El verdadero resultado de estas luchas no es el éxito inmediato, sino la cada vez más amplia unificación de los obreros [...]. Toda lucha de clases es una lucha política. Esta organización de los proletarios es una clase, y con ello un partido político.»

Algún autor —Mario Rossi, en su *Génesis del materialismo histórico*— ha señalado que el *Manifiesto* es, en este sentido, el punto de realización de la inversión práctica: el paso del análisis teórico sobre la explotación a una propuesta de acción política que parte de la propia experiencia organizativa de los autores. La primera parte del *Manifiesto*, que podría resultar la más descriptiva, contiene aspectos esenciales embrionarios de la teoría del Estado, de la ideología, de la revolución y del partido. Se indica, por ejemplo, que el Estado es «solamente una comisión administrativa de los negocios comunes de toda la clase burguesa», una reflexión que procede de las primeras críticas a la filosofía del derecho de Hegel realizadas en 1843, pero que no se desarrolla en el *Manifiesto*, y que puede indicar una visión simplista del Estado, pero que sitúa, embrionariamente, algunas cuestiones sobre la democracia que se desprenden de la lectura de textos previos y posteriores —desde los *Manuscritos de Kreuznach*, los de 1844, y, después del *Manifiesto*, los que se refieren a la Comuna de París y al programa del Partido Socialdemócrata Alemán.

Por otro lado, se sitúa la irrupción del carácter de clase de las relaciones de producción en todos los aspectos de la vida cultural. Se suma a ello que la revolución es el resultado de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Y se señala que el único sujeto posible de ese cambio debe ser la clase explotada por el modo de producción vigente: el proletariado, que ha ido convirtiéndose en una clase *para sí*.

Son las partes siguientes del *Manifiesto*, sin embargo, las que suelen considerarse *explícitamente* políticas. Se trata de definir la organización del partido de la clase obrera, huyendo tanto de las construcciones metafísicas de gabinete de intelectuales como del simple agregado de una clase *en sí*. Implica hacer derivar la existencia de los comunistas de la existencia de un proletariado que se hace consciente de su universalidad a través de la apropiación de una teoría propia. Y que, en función de ella, es capaz de distinguirse del resto de las fuerzas obreras por su carácter internacionalista —es decir, de la totalidad de la clase— y por su disposición de un análisis de la sociedad. Para decirlo en otros términos, el partido comunista sería la fusión de la ciencia social con el movimiento obrero.

En las condiciones en que hablaban Marx y Engels, dirigentes de una minúscula organización, es evidente que no querían confundir ésta con una vanguardia organizada del conjunto de la clase obrera, sino que se planteaban la necesidad de su existencia real. Además, lo que se le exige a esa clase obrera universalizada a través de una organización y un análisis de las relaciones sociales es la realización de la revolución, que sólo podrá realizarse en la medida en que se produzca ese tipo concreto de organización superadora de los tipos de *socialismo* a los que los autores dedican el capítulo III del *Manifiesto*. El nombre de partido comunista deriva, pues, de la naturaleza de los fines revolucionarios del proletariado organizado como clase, que sólo pueden ser la destrucción de cualquier forma de dominio.

El análisis de los socialismos existentes tiene algún aspecto revelador para lo que ha sido la historia de nuestro siglo. Por ejemplo, la crítica a lo que los autores llaman el *socialismo feudal* adquiere una especial corpulencia teórica cuando consideramos la experiencia del fascismo, que se basó precisamente en una mezcla de entusiasmo por la modernidad por parte de las clases dirigentes y del temor a sus consecuencias sociales y culturales por parte de los grupos subalternos. El fascismo fue, para sectores amplios de capas medias proletarizadas, una forma de *socialismo no de clase*, algo que parecía protegerles frente a la amenaza del capitalismo y del socialismo proletario. En nuestros tiempos, cuando la crisis de la izquierda ha permitido la ocupación de espacios sociales castigados por el capitalismo por parte de populismos de la extrema derecha, tal reflexión debería considerarse con mayor cuidado. La denuncia del otro socialismo, del llamado *socialismo utópico*, que será desarrollada por Engels de una forma mucho más detallada, no se basa en el rechazo a las formulaciones contrarias a la sociedad capitalista, sino en el carácter idealista de las mismas, en la incapacidad por superar los elementos mesiánicos que no se fundamentan en un análisis de las relaciones sociales concretas y que dejan de ofrecer carácter de clase a la opción alternativa.

Hecha esta lectura guiada del *Manifiesto*, haré unas consideraciones sobre la actualidad del mismo en la tradición marxiana —es decir, en el período en que Marx y Engels viven— y consideraré después algunos aspectos que nos sugiere su lectura en el presente.

El *Manifiesto* es, sobre todo, un texto de carácter político. Pero es, también, una defensa de la visión dinámica de la historia cuyo fundamento es la lucha de clases y el carácter revolucionario del paso de un modo de producción a otro. No es solamente la defensa de la revolución proletaria, sino la defensa del ca-

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

rácter progresivo de la historia, a través de sucesivas revoluciones basadas en el dominio de una u otra clase social. En este final de siglo, una consideración de este tipo resulta turbadora. Porque, hace ya algunos años, Francis Fukuyama proclamó el final de la historia y numerosos intelectuales orgánicos del sistema se apresuraron a señalar el carácter sustancialmente inmutable del proceso histórico: se sucedían acontecimientos, pero no existía realmente la *historia*. Y, en todo caso, lo que en ella ocurría no dependía de lo que hicieran los seres humanos, toda vez que se había instalado una normalidad que identificaba lo real con lo racional y, además, con lo posible. Curiosamente, después de tantos años de acusaciones al marxismo de ser la partera del determinismo, el capitalismo de fin de milenio se dota a sí mismo de esa atribución: las cosas no pueden cambiarse, la historia, entendida en su sentido fuerte, ha terminado.

Pero hay algo que, en este tramo de la historia, de serias dificultades para el discurso de la izquierda, el *Manifiesto Comunista* traslada para considerar su vigencia: el problema de la revolución. Ya cuando se celebró el bicentenario de la revolución francesa, en 1989, coincidiendo con la crisis del «socialismo real», la escuela revisionista encabezada por el recientemente fallecido François Furet sentenció que la revolución fue un error, especialmente en sus tramos más radicales, una no necesidad histórica, un proceso sin el que se habrían desarrollado cambios similares. En nuestro país, el partido gobernante, presunto cauce hegemónico de las izquierdas, se apresuró a sumarse a tal concepción, elogiando el cambio «a la inglesa» de 1688 —y olvidando la revolución de 1640— y desdeñando los que había producido la tradición jacobina. No en vano el PSOE celebró el bicentenario de Carlos III indicando que más valía un déspota ilustrado, una buena reforma desde arriba, que la revolución de los de abajo.

Naturalmente, esa negación del hecho revolucionario se ha radicalizado cuando se trataba de la revolución de octubre. La crisis del sistema soviético ha servido para atestar la prensa y las librerías de textos que señalan el error de la revolución misma, ni siquiera de sus desviaciones posteriores. Algunos autores británicos han llegado a señalar la existencia de un régimen liberal en Rusia bajo Nicolás II, cuya evolución se vio truncada por el bolchevismo. Ya en su momento los socialdemócratas acusaron a los comunistas de acelerar peligrosamente la marcha de la historia, de provocar partos prematuros. Por lo menos, no se les pudo acusar de matar a la criatura recién nacida, como lo hicieron los entusiastas funcionarios del SPD en el Berlín de 1919. En nuestros días hemos podido ver la existencia de un libro que adjudica a esa revolución innecesaria la mayor matanza de la historia. Y que, puestos a decir cualquier cosa, establece equiparaciones entre el comunismo y el nazismo que radicalizan las que en su momento trenzaron los analistas de los regímenes totalitarios.

En este sentido, el *Manifiesto* tiene, por lo menos, la actualidad de la polémica que puede desatar: si la historia ha sido y es lo que se marca en sus primeros pasajes y si el hecho revolucionario tiene vigencia. Ambas consideraciones están estrechamente vinculadas en la tradición marxiana y marxista. También correspondía a una tradición democrática la consideración del progreso de la historia, la racionalidad del proceso histórico, como una línea de desarrollo de la libertad. Lo que hizo Marx, como sabemos muy bien, fue invertir la lógica de ese proceso, poner la historia sobre los pies y situar un sujeto revolucio-

nario: el proletariado, que lo sería en la medida en que fuera capaz de comprender su propio carácter.

Marx elabora en diversos lugares esa concepción del desarrollo de la historia, especialmente en esa brillante síntesis que fue la *Contribución a la crítica de la economía política*. Pero podría derivarse de ello una lectura que el mismo *Manifiesto* llega a matizar. Una lectura que situara la revolución como el resultado de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, no de la lectura de tal contradicción por el proletariado y de su acción revolucionaria consecuente. Marx nunca llegó a definir cuál era *exactamente* el grado de madurez preciso para que se produjera una acción revolucionaria del proletariado. Es cierto que Gramsci se refirió a la «revolución contra *El Capital*» al hablar de la inmadurez de la formación social rusa, pero también conocemos las vacilaciones del Marx maduro, en su correspondencia con Vera Zasulich, sobre las posibilidades de que la revolución estallara precisamente donde menos el modo de producción capitalista se combinaba con el atraso de una formación social concreta. Lo que podemos decir del texto es la existencia no de una ambigüedad, sino de un equilibrio entre condiciones materiales y organización de la clase obrera. Y hay algo de lo que no cabe duda: el texto y la tradición marxiana se refieren a la *ruptura revolucionaria*, a la abolición de las relaciones de producción existentes y no a otra forma de estrategia. No hay, ni siquiera en el último Engels, un rechazo a la *revolución*, sino, en todo caso, una consideración sobre los *métodos revolucionarios*. En todo caso, debería considerarse si, a la luz de la propia experiencia del siglo XX, podemos seguir refiriéndonos con el optimismo de hombres de mediados del siglo XIX al poder progresivo de las fuerzas productivas, a su infinita capacidad de creación de bienestar, sin tener en cuenta el grado de lo que sea soportable para el planeta.

El *Manifiesto* se refiere sólo de pasada al Estado. En plena lucha por la democratización, cuando se sugiere que los trabajadores han de apoyar a los sectores radicales de la burguesía no es el objeto del texto situar un análisis pormenorizado del Estado. Sin embargo, hay una afirmación que los autores consideran de una obviedad suficiente como para no extenderse en ella: el carácter de simple administración de los asuntos de la burguesía que tiene el Estado moderno, la completa ocupación del mismo por la nueva clase dirigente. Y no sólo de él: El *Manifiesto* señala también la impregnación por esta clase emergente de la cultura, de las creencias, de las formas familiares, del *sentido común* vigente en una época. Las tareas previas de Marx y Engels, desde los *Manuscritos de Kreuznach* hasta la *Ideología alemana*, habían consistido precisamente en señalar la determinación de las formas de pensamiento y organización jurídica por las condiciones materiales. Por ello, el *Manifiesto* no insiste en este punto, porque su objetivo es otro.

Y la reflexión marxiana posterior se refiere a la necesidad de la conquista del poder del Estado, de la alteración de su carácter de clase, como primera medida que permita la realización completa del comunismo. En un célebre pasaje de *El Estado y la revolución*, Lenin recuerda la carta que Marx escribió a Weydemeyer en marzo de 1852, en la que Marx señalaba, como aportación propia, el carácter irreconciliable de la lucha de clases y la necesidad de la *dictadura del proletariado*. Sin embargo, Marx quería expresar con este término, como lo reco-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

noce el propio Lenin, solamente el carácter de clase del Estado existente antes y después de la toma del poder por la clase obrera. Lenin polemizaba con los mismos con los que Marx había polemizado en 1875, cuando redactó la *Crítica al programa de Gotha*. La socialdemocracia de comienzos de siglo no pretendía tan sólo considerar la superioridad de la democracia parlamentaria frente a otro tipo de régimen. Lo que deseaba era mantener el análisis de clase fuera de la política, reduciéndolo a una descripción de las relaciones sociales. Ésa y no otra es la fractura que se produce en los años veinte de nuestro siglo: ésa y no otra es la línea ideológica que sigue separando a la izquierda comunista y al actual social-liberalismo.

Lo importante, para mí, es que la reflexión de Marx sobre el Estado es, sobre todo, una reflexión orientada al fundamento de su pensamiento: la obtención de la emancipación del ser humano a través de la revolución proletaria. Desde sus primeros escritos, desde su misma formación y reacción contra el idealismo filosófico, Marx pretende fundamentar científicamente la conquista de la libertad real de los individuos. En este tramo final de siglo, el mensaje de Marx y de la tradición marxiana se refiere al concepto mismo de *democracia*. ¿Qué nos puede indicar el *Manifiesto* ciento cincuenta años después? Nos permite partir de una tradición de denuncia de la falsa democracia para afrontar la progresiva deslegitimación de la política en nuestro tiempo. A lo que asistimos en este presunto final de la historia es a un desprestigio de la política como forma de participación de las gentes en las tareas colectivas. Ese desprestigio de la política es el fruto de una serie compleja de elementos que resultaría imposible detallar aquí. La hegemonía de la ideología burguesa se ha expresado en este tiempo en la crisis misma de la política entendida como posibilidad real de cambio y participación, como confrontación de proyectos de naturaleza distinta. Quienes están más explotados socialmente, quienes están excluidos del sistema, no ven en la política el cauce oportuno y posible para cambiar las cosas. En otro lugar he llamado a ese proceso de despoltización del conflicto social una forma de *sufragio censitario informal*, en el que se abstienen de votar —y el voto es la forma de legitimación máxima del poder en nuestro sistema— quienes no tienen intereses sociales que defender.

Claro que ese desprestigio de la política puede expresarse no sólo a través de la abstención de sectores que *objetivamente* serían votantes de la izquierda, sino mediante la canalización populista del conflicto, de la inseguridad, de la fragmentación social que el mismo sistema proyecta, en populismos de la extrema derecha que aprovechan la crisis de la política para sellar el final de la democracia. El desafecto social, la exclusión, puede expresarse, así —si se carece de un discurso alternativo, politizador, de la izquierda—, en puro y mero postfascismo.

Pero la fuerza del discurso de la izquierda puede arrancar de la firmeza de su propia tradición. Puesto que la denuncia de las gentes tiene veracidad: las decisiones reales de la política se toman fuera del ámbito de la política. La reivindicación de la izquierda marxista es la de una democracia como la que proclamaba Marx en su análisis de la Comuna y como la que recogió Lenin en *El Estado y la revolución*. No tanto porque ignoremos hoy los aspectos algo ingenuos de sus aproximaciones, sino porque detectamos la verdad profunda de su planteamiento. Hoy sabemos que no bastan los mecanismos de represión: la explota-

ción y la exclusión funcionan porque la mayoría de las personas piensan que ésta es la única forma posible de organizar las cosas. No obstante, el Estado es, también, represión: y el desánimo de muchas gentes de la izquierda reside en la capacidad infinita de represión del sistema, claramente expresada en ese primer gran conflicto del siglo XXI que fue la guerra del Golfo.

La construcción de la hegemonía burguesa se hace, en buena medida, al margen de las instituciones estrictas del Estado. Pero esta hegemonía ideológica se expresa también defendiendo la neutralidad de clase del Estado, su naturaleza de pieza adaptable a todas las formas de voluntad popular posibles. Se defiende, además, a través de la confusión entre lo *político* y lo *institucional*, es decir, a través de una práctica de la izquierda comunista que no sepa conservar su equilibrio entre la participación en las instituciones y su *extrañeza* a las mismas, que debería expresarse superando el carácter de coordinación de cargos públicos que suelen tener las organizaciones de la izquierda y, sobre todo, cancelando la impresión de que todo aquello que no es institucional no es ámbito de actuación política. Por ello, la fundamentación de clase del Estado y de los diversos instrumentos del poder continúa siendo un marco de análisis para que la izquierda alternativa, y sólo ella, plantee estrategias de superación del sistema. ¿Debemos recordar aquí que, en lenguaje marxista, de lo que se trata es de superar la democracia? Siendo ése el objetivo, todas las reflexiones que se hacen sobre las redes sociales alternativas, sobre las formas de sociabilidad y de establecimiento de resistencias colectivas, sobre métodos de participación, son una seria rectificación del desgastado valor de uso del liberalismo vigente. O de esa curiosa mezcla de autoritarismo y mercado con que quieren obsequiarnos al final de siglo, para recordarnos que los márgenes de democracia que existen son el resultado de la lucha de quienes querían ir más allá de la democracia.

La concepción dinámica de la historia, entendida como conflictos irreconciliables de clases; la libertad como objetivo último de la historia; la revolución como mecanismo posible y necesario de cambio; el análisis del Estado y la falsedad de la democracia. Tales son algunos de los puntos que tienen una lectura pendiente para la izquierda comunista de final de siglo. Pero hay otros aspectos que son centrales en el debate intelectual, que llegan a ser debate en el seno mismo de la izquierda alternativa. El *Manifiesto* y la obra posterior de Marx y Engels y de la tradición marxista es, fundamentalmente, un llamamiento a la *organización del proletariado como clase*. Y esa organización se llama el Partido Comunista. La independencia político-ideológica de la clase obrera es presentada como una necesidad imperiosa, que incluso un Engels, a veces contemplado como rectificador de este aspecto, defenderá al final de su vida. Como lo señaló Monthly Johnstone en un artículo publicado en *Socialist Register* hace ahora treinta años, Marx nunca llegó a pensar en el partido comunista como el conjunto de la clase obrera o como un movimiento amplio equiparable a los sindicatos. La intransigencia de Marx y Engels en temas ideológicos al hacer la crítica de la socialdemocracia alemana y, de hecho, una lectura atenta del mismo *Manifiesto* nos señalan que los comunistas impulsan a la clase obrera a través de un conocimiento teórico superior.

La tradición marxista se distingue de otras tradiciones emancipatorias de nuestro tiempo por el papel de sujeto histórico asignado a la clase obrera, por la con-

Manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

sideración de las relaciones de producción como el antagonismo fundamental de nuestra sociedad y por la exigencia de la construcción de un partido que actúe como constructor de teoría. La centralidad de las relaciones capital/trabajo en el análisis del sistema continúa formando el núcleo de la identidad marxista. Las relaciones de explotación se fundamentan en dicha relación y los esfuerzos realizados por el capitalismo de final de siglo para provocar la fragmentación de la clase obrera, para introducir elementos de dispersión en su seno, para establecer antagonismos entre empleados y parados, entre gentes con empleo fijo y otras con empleo precario, son factores que muestran la centralidad de ese antagonismo. La aparición de la *exclusión* como fenómeno social de amplias dimensiones no lo rectifica radicalmente, sino que refuerza la precariedad de quienes sufren una explotación digamos que más «tradicional». Un aspecto de actualidad del *Manifiesto* es la descripción de los enfrentamientos en el seno de los sectores proletarizados, que hoy se presentan como desigualdad de condiciones entre los explotados y los excluidos, llegando a crear una falsa conciencia de privilegio social en los asalariados. Los comunistas no pueden instalarse en un discurso de la marginalidad, pero deben considerar que la marginación o la exclusión es una característica necesaria al tipo de capitalismo de comienzos del siglo XXI. Su posición de fuerza que lucha dentro del sistema y que quiere superarlo es lo que pone al comunismo en la disposición objetiva para la realización de un discurso y una práctica radical, que en estos tiempos puede empezar siendo la acumulación de un tejido de resistencia, pero que ha de aspirar a la formulación de un proyecto alternativo que gane a los explotados y a los excluidos, a la vieja clase obrera y a los sectores que son apartados del mundo del trabajo.

De igual manera, los comunistas han de recuperar un conocimiento social planetario que derive del carácter universal de la clase que desean dirigir. Una de las paradojas de nuestro tiempo, tan cargado de ellas, es que la burguesía ha incorporado como elemento de legitimación ideológica un discurso de la globalidad, mientras las formas de resistencia que aparecen se basan en la defensa de identidades particularistas, en fundamentalismos religiosos, nacionalismos étnicos o en la misma incapacidad de la izquierda para recuperar un discurso internacionalista. El discurso fuerte de la izquierda radical es siempre el que se expresa en términos planetarios, porque el carácter insoportable del actual orden de cosas se define mejor de acuerdo con un análisis internacional: no sólo porque *funciona* con una lógica global, sino porque *se visualiza* la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción al considerarlo en términos de un sistema mundial. La izquierda comunista debe revisar las tentaciones de un discurso replegado sobre los espacios más reducidos: por ejemplo, la defensa de una Europa que presente un modelo alternativo a Estados Unidos, como indicaba Bertinotti en una intervención en Barcelona en diciembre de 1997, es una política radical y posible de la izquierda comunista. Pero el discurso de la globalidad de nada sirve si no es capaz de partir de las realidades concretas de la gente: las propuestas a la solución de problemas inmediatos deben darse en una visión global, pero deben obedecer a la percepción, a la experiencia concreta de tales problemas. La lucha forzosamente internacional por la jornada de 35 horas y por la distribución del trabajo disponible es un ejemplo de cómo se ejerce una práctica que afecta al núcleo de las actuales formas de explotación partiendo de una experiencia

directa como el desempleo y dando soluciones en términos que exigen una movilización internacional. En este sentido, no se hace sino recuperar una vieja tradición de la izquierda decimonónica, que los avatares de la segunda mitad del siglo XX ha envilecido, en unos casos, o marginado en otros.

A esta consideración debemos sumar la que se expresa ya en el *Manifiesto* cuando señala la relación de los comunistas con otros grupos de la clase obrera o, para decirlo en términos actuales, con otras fuerzas emancipatorias. La tradición marxista no puede identificarse, a mi modo de ver, con las experiencias de Estado de la clase obrera de un solo partido, especialmente si ello supone violentar la existencia de una pluralidad de partidos socialistas. Para poner un ejemplo, yo suscribiría la crítica de Rosa Luxemburgo a la conducta inicial de los bolcheviques, incluso aceptando las condiciones concretas en que se lleva a cabo la marcha hacia el carácter monopólico del Partido Comunista. Porque creo que en esta cuestión, y no en la inmadurez de la toma del poder por la clase obrera y el campesinado, reside el fracaso posterior de la experiencia. Como consecuencia de ello —y de otros hechos, como la pervivencia de otras culturas anticapitalistas—, la tradición marxista debe desvincularse de considerar incluso como deseable —y, por tanto, algo a conseguir— la unificación de todas las fuerzas de emancipación en un solo partido de ideología marxista. La izquierda comunista tiene que *normalizar* su relación con otras tradiciones que convocan sujetos sociales distintos o que consideran otra jerarquización de los antagonismos sociales.

Por el contrario, el propio *Manifiesto* señala la necesidad de trabajar con sectores no comunistas y la tradición marxiana, en su análisis de experiencias como las de la Comuna, expresa la oportunidad de hallar espacios de encuentro y trabajo común con otras culturas. Debería hacerse especial hincapié en ese respeto a las diferencias de las *izquierdas alternativas*, reunidas en torno a un programa y distanciadas por una ideología que es, en el fondo, una tradición permanentemente actualizada. Experiencias como las de Izquierda Unida parten precisamente de esa visión inteligente de la labor de la izquierda para comienzos del nuevo milenio y es uno de los aspectos nucleares de su actualización.

Sin embargo, ¿cabe alguna duda de que el *Manifiesto* y la obra posterior de Marx y Engels es la defensa de una organización de los comunistas? Lo que hemos de considerar es si ésta es una afirmación que se corresponde con lo que se necesita en nuestra época y, en todo caso, qué tipo de partido sería el necesario. Mi experiencia personal es haber asistido a la disolución práctica del PSUC, aprovechando el desconcierto provocado por la crisis del «socialismo real». Se quiso presentar la caducidad del comunismo como una exigencia de la población, incluyendo a quienes habían sido militantes de esa corriente. Pero se hurtó a la militancia, precisamente en esos años de perplejidad y de desconcierto que siguieron a la caída del muro, el instrumento que les habría permitido hacer una reflexión colectiva y desde la propia cultura de tales acontecimientos.

Creo que lo que ha ocurrido a continuación con la izquierda en Cataluña tiene una estrecha relación con la desaparición de un instrumento que garantizaba el debate, la elaboración teórica, la supervivencia de una cultura. Por lo que podríamos deducir que la liquidación de un partido comunista ha sido la primera y fundamental pieza para desarbolar el espacio de la izquierda alternativa en Ca-

manifiesto
del partido
comunista
1848-1998

taluña. Porque, evidentemente, cuando cuestionamos el Partido Comunista no nos estamos refiriendo a la crisis de la forma partido solamente, sino a la vigencia de una corriente organizada con su propia identidad, que ya ha aceptado la caducidad de consideraciones ajenas a una cultura plural de la izquierda, que se ha implicado rotundamente en la construcción de un espacio común para la izquierda emancipatoria, pero que quiere preservar su cultura particular, que es la del marxismo. Estamos cuestionando una tradición cuya razón de ser ha sido mantener el antagonismo con el sistema. Y, en este caso, es muy sana la distinción entre nostalgia y tradición, por lo menos de tanta salud como la distinción entre renovación y comenzar desde cero.

Es cierto que el drama más profundo vivido por los partidos comunistas —antes de que fueran incapaces de metabolizar la crisis del «socialismo real»— fue la separación de la teoría y la práctica. O, más bien, de quienes dirigían la estrategia de los partidos y quienes estaban en condiciones de actualizar la cultura marxista. Esta aberración suponía quebrar el llamamiento más claro del *Manifiesto Comunista*, y tuvo costes de singular dureza para la conducta de los partidos en los que tal separación de funciones se hizo más rotunda.

Yo continúo creyendo en la actualidad de esas premisas del *Manifiesto*, de la misma forma que considero que apartarse de ellas ha sido, en buena medida, la causa de averías profundas de nuestro movimiento. El Partido tiene una labor fundamental en los tramos finales de final de siglo: la de permitir que la experiencia directa de exclusión o explotación escape a su privacidad y devenga conocimiento social, global, trascendiendo la situación de cada individuo. El Partido Comunista tiene que «consumir teóricamente la realidad», pero sólo puede hacerlo si su conocimiento brota de la suma de experiencias sociales. El Partido tiene que someter a una tensión constante su propia tradición, a través de su confrontación con los nuevos movimientos sociales y, también, a través de su encuentro con otras izquierdas.

Pero sólo podrá hacerlo mediante el uso de su identidad. Cuando se plantea su liquidación —y puede plantearse de modos muy distintos— se corre el riesgo de padecer una pérdida irreparable, que no afectaría estrictamente a la cultura comunista, sino a la vertebración del conjunto de la izquierda revolucionaria. Relegar el Partido a una digna institución para confortables aniversarios, una especie de balneario para solaz de los veteranos de una guerra perdida, sería tan grave como convertirlo en un espacio cerrado a la realidad, un museo de verdades estupefacientes, tranquilizadoras de la inmensa sensación de derrota que hemos sufrido los comunistas en estos últimos años. Se nos pide, desde las mismas páginas del *Manifiesto*, que seamos capaces de vincular el conocimiento científico de la realidad y la práctica de los explotados. Y que lo hagamos en un partido comunista capaz de relacionarse con otras fuerzas de la izquierda radical. Si lo hacemos de otro modo, un día u otro, a lo mejor dentro de otros ciento cincuenta años, tendremos que comenzar a mover de nuevo un fantasma que recorra Europa. ■

Manifiesto del PCE para la Izquierda y Manifiesto Comunista: resumen comparativo

Rafael Pla

El Manifiesto Comunista de Marx y Engels (1848)

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario. Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

Manifiesto del PCE para la Izquierda (1995)

- Los comunistas no tenemos intereses propios que se distingan de los intereses generales de las personas trabajadoras y de cuantas trabajan por la emancipación de la humanidad, y queremos caracterizarnos por poner siempre en primer plano los intereses comunes del movimiento emancipador enfocado en su conjunto, contribuyendo así a que los diferentes movimientos sociales emancipatorios fundan su fuerza transformadora con la de las demás fuerzas de la liberación humana.
- La actual economía capitalista mundial es incompatible con la preservación de una biosfera capaz de acoger, en condiciones mínimamente dignas, a la humanidad futura. Produciendo y consumiendo como lo hacemos los países ricos, pesamos demasiado sobre la delicada superficie de la Tierra.

Los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal [...] ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante [...]. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que además pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los *proletarios*.

¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia una crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de sus fronteras, sino en todas partes del mundo.

- La nueva sociedad a que aspiramos sólo puede engendrarse en las entrañas de la vieja.

- El alumbramiento de una nueva sociedad libre e igualitaria sólo puede ser una obra consciente y voluntaria de los seres humanos.

- Las crisis cíclicas son connaturales al capitalismo. El «capitalismo regulado» del Estado de Bienestar no consiguió anularlas, sino que dio paso a una profunda crisis que no sólo cuestionaba los fundamentos políticos, económicos y sociales del modelo de acumulación capitalista forjado en el período de expansión de la postguerra, sino que al chocar con los límites ecológicos al crecimiento y abarcar al conjunto de las relaciones sociales, revelaba su carácter de crisis de civilización.

- La internacionalización del proceso productivo, apoyándose en las nuevas técnicas de comunicación y con enormes concentraciones transnacionales de capital y tecnología que escapan al control de los Estados, intenta enfrentarse a esta contradicción mediante empresas que fragmentan los procesos de producción asignándolos a unidades situadas en diversos países con mano de obra barata, frecuentemente de la periferia, incapaces de subsistir por sí mismas, dirigidas por un «cerebro» ubicado siempre en el centro.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje [...].

Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No sólo son siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contraamaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica.

El desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado.

[La burguesía] es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

- El productivismo maquinista, al supe- ditar el trabajador a la maquinaria, convirtiéndolo en un engranaje de la misma, creaba las condiciones objetivas para marginar al trabajador de la gestión de la producción, poniendo ésta en manos de capitalistas o burócratas [...].

Pero en la medida en que avanza la automatización de las tareas rutinarias y la renovación tecnológica adquiere una importancia creciente para un desarrollo de la producción en el que los aspectos cualitativos son cada vez más relevantes, las formas dirigistas de gestión se vuelven más y más ineficientes.

- Se han producido cambios importantes en la organización del trabajo, en el mercado laboral y en la estructura de clases que favorecen la difuminación de la conciencia de clase entre los trabajadores de los países económicamente desarrollados. Pero esos cambios no presuponen que haya desaparecido el potencial transformador de la clase trabajadora: el trabajo continúa siendo elemento central para la transformación social.
- Para superar las injusticias existentes en el mundo actual, para terminar con las distintas formas de opresión y explotación, para conseguir una humanidad justa, libre y solidaria, hay que superar el capitalismo que se ha alzado con la hegemonía política desde el Occidente y el Norte del mundo [...]. El desarrollo social de la humanidad, de la economía, de la ciencia y de la técnica hacen cada vez más posible y necesario sustituir la rapiña por el cultivo racional de los recursos naturales, la confrontación por la cooperación y el lucro insolidario por la búsqueda de

manifiesto
del partido
Comunista
1848-1998

Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de clase [...].

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción está concentrada en manos de la sociedad, el Estado perderá todo carácter político.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos. ■

un bienestar compartido por el conjunto de la humanidad.

- La planificación socialista, que sólo puede ser democrática, se corresponde con la propiedad social de los medios de producción colectivos. Pero la tarea de dar un carácter socialista a la planificación no debería supeditarse a la forma jurídica de la propiedad: dicha supeditación significaría, en la actualidad, supeditarse al Estado como sancionador de dicha forma jurídica, en vez de dar el protagonismo de la emancipación de los trabajadores a los propios trabajadores [...].

La propiedad puede adoptar múltiples formas, en función del nivel de integración técnica y social de la producción: ni la planificación democrática ni la propiedad social pueden vincularse exclusivamente al Estado; y no sólo porque en unos casos puedan adoptar una forma individual, cooperativa, municipal, etc., sino porque en otros casos habrán de adoptar formas supraestatales.

- Hemos venido planteando como alternativa una sociedad socialista que terminara con la explotación de unas personas por otras y una sociedad comunista sin clases y sin Estado [...]; los objetivos comunistas suponen en último término la desaparición del Estado, perviviendo la propiedad social de los medios de producción más allá de éste.
- Abolida ya la explotación, en una asociación de personas libres en armonía con la naturaleza se inaugura la auténtica historia de la humanidad [...].

No aspiramos a un mundo de ascetas o sacrificados héroes, sino a la felicidad humana, a la asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos. ■

uto[?]ías libres

Prólogo de Francisco Fernández Buey + Una lectura del Manifiesto por Juan Ramón Capella

manifiesto *del partido* comunista

KARL MARX

FRIEDRICH ENGELS



Una invitación a la reflexión y a la rebeldía

Utopías / Nuestra Bandera, en colaboración con la Fundación de Investigaciones Marxistas, pone a disposición de sus lectores una nueva edición del Manifiesto del Partido Comunista, un clásico imprescindible para entender los orígenes y la historia del movimiento obrero y un texto que todavía conserva toda la fuerza del ideal emancipador. El texto original se complementa con una introducción de F. Fernández Buey y un texto de J. R. Capella.

Solicita tu ejemplar a la Fundación de Investigaciones Marxistas, C/ Alameda, 5, 2º izqda.
Tel.: 91 420 13 88. Fax: 420 20 04. (Gratuito para los suscriptores de Utopías /Nuestra Bandera).

uto[?]ías libros

Oferta de números atrasados de utopías



Repensar la izquierda
N.º 154



Alternativas económicas desde la izquierda
N.º 155



Cultura y medios de comunicación. Crítica de la política
N.º 156/157



Paro y reparto de trabajo
N.º 158



Propuestas de la izquierda para Europa
N.º 159



¿Qué pasa en el Este?
N.º 160/161



Izquierda Unida: un espacio abierto
N.º 162



Un marxismo para el siglo XXI
N.º 163



¿Poder? Poderes. Otra política local
N.º 164



PCE: una apuesta por el futuro
N.º 165



El futuro del sindicalismo
N.º 166



Modelos de desarrollo, empleo y tiempo
N.º 167



Europa ante su futuro
N.º 168



Poder y medios de comunicación
N.º 169



La maastrichtización de Europa
N.º 170



La reforma del modelo de Estado
N.º 171



Neoliberalismo y educación
N.º 172



América Latina ante la mundialización
N.º 173



Por la jornada de 35 horas
N.º 174



150 aniversario del Manifiesto Comunista
N.º 175

CUPÓN DE PEDIDO

Marque con una X el libro elegido:

ENVIAR A UTOPIAS-NUESTRA BANDERA.
C/ OLIMPO, 35
28043 MADRID. ESPAÑA

- | | | | | | | | | | |
|-----------------------------------|-----------------------------------|--------------------------------------|-----------------------------------|-----------------------------------|--------------------------------------|-----------------------------------|-----------------------------------|-----------------------------------|-------------------------------------|
| <input type="checkbox"/> N.º 154 | <input type="checkbox"/> N.º 155 | <input type="checkbox"/> N.º 156/157 | <input type="checkbox"/> N.º 158 | <input type="checkbox"/> N.º 159 | <input type="checkbox"/> N.º 160/161 | <input type="checkbox"/> N.º 162 | <input type="checkbox"/> N.º 163 | <input type="checkbox"/> N.º 164 | <input type="checkbox"/> N.º 165 |
| <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 750 pta. |
| <input type="checkbox"/> N.º 166 | <input type="checkbox"/> N.º 167 | <input type="checkbox"/> N.º 168 | <input type="checkbox"/> N.º 169 | <input type="checkbox"/> N.º 170 | <input type="checkbox"/> N.º 171 | <input type="checkbox"/> N.º 172 | <input type="checkbox"/> N.º 173 | <input type="checkbox"/> N.º 174 | <input type="checkbox"/> N.º 175 |
| <input type="checkbox"/> 750 pta. | <input type="checkbox"/> 850 pta. | <input type="checkbox"/> 850 pta. | <input type="checkbox"/> 850 pta. | <input type="checkbox"/> 850 pta. | <input type="checkbox"/> 950 pta. | <input type="checkbox"/> 950 pta. | <input type="checkbox"/> 950 pta. | <input type="checkbox"/> 950 pta. | <input type="checkbox"/> 1.200 pta. |

Nombre y apellidos: Teléfono:

Domicilio: C.P.: Provincia:

Forma de pago: Envío de talón o cheque Contra reembolso Giro postal



¡ Libertad para Toni Negri!

Llamamiento

*Para acabar con los «años de plomo»
en Italia, libertad para Toni Negri*

Toni Negri se halla en la actualidad encarcelado en Roma, en cuya prisión ingresó el 1 de julio de 1997. Está condenado en firme a más de 13 años de cárcel, sin contar otra condena en fase de apelación. Tras residir como exiliado en Francia desde 1983, regresó voluntariamente a Italia con la esperanza de que su acción contribuyera a la resolución del problema de los exiliados y presos buscados o condenados por actividades políticas llevadas a cabo en la Italia de los años setenta, durante los denominados «años de plomo». Todavía permanecen en prisión cerca de 225 personas en virtud de estos cargos y otras 190 viven en el exilio, la mayoría de ellas en Francia.

Toni Negri, profesor de la Universidad de Padua y autor de obras conocidas en todo el mundo, fue arrestado el 7 de abril de 1979 y acusado de «insu-

rrección armada contra los poderes de Estado». En apoyo de dicha inculpación, sus acusadores le presentaron como dirigente clandestino de las Brigadas Rojas, el grupo terrorista que secuestró y asesinó a Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana. Negri ha negado siempre esta absurda acusación y fue más tarde formalmente absuelto de ella. Los cargos en su contra se vieron modificados en numerosas ocasiones. Después de cuatro años y medio en prisión preventiva, fue elegido diputado del Parlamento como representante del Partido Radical y liberado consiguientemente. Cuando la Cámara de Diputados votó posteriormente por un estrecho margen la retirada de su inmunidad parlamentaria y enviarle de nuevo a prisión, huyó a Francia. Los trámites penales continuaron en su ausencia hasta concluir en condenas diversas en varios juicios (entre ellos, uno celebrado en Roma con declaraciones de un «arrepentido» enviado al extranjero desde la apertura del proceso). Ya entonces, Amnistía Inter-

nacional denunció la existencia de graves irregularidades legales en el proceso de Negri y de sus compañeros de la Universidad de Padua. En el curso de su exilio, Toni Negri trabajó como profesor de la Universidad de París VIII, en el Collège International de Philosophie, y como investigador de ciencias sociales. Durante este período, publicó numerosos libros.

Debido a su notoriedad, Negri se ha convertido en la figura emblemática de la izquierda radical italiana de los años setenta. En el «otoño caliente» de 1969 se inició un período de intensos conflictos sociales que se vieron exacerbados por el papel sumamente ambiguo de ciertos organismos del Estado, en lo que vino a conocerse como «estrategia de la tensión», en otras palabras, la manipulación de grupos neofascistas responsables de una mortífera campaña de bombas colocadas en lugares como la Piazza Fontana y la masacre de la estación ferroviaria de Bolonia. La radicalización de la izquierda extraparlamentaria italiana y los movimientos sociales condujo a gran número de activistas a seguir el camino de una violencia política difusa y llevó a unos cuantos a la lucha armada. Entre 1976 y 1980, decenas de miles de activistas fueron perseguidos por la policía y más de cinco mil fueron arrestados. Se dictaron centenares de condenas a largas penas de prisión sobre la base de leyes de excepción todavía hoy en vigor, entre las que se cuenta de manera destacada la de los llamados «arrepentidos». De acuerdo con esta disposición legal, el testimonio de personas acusadas y «arrepentidas» es base suficiente para condenar a otras y permite la liberación de las primeras, aunque hayan sido condenadas por delitos de sangre, así como diversas medidas de «reclasificación» por parte del Estado como premio de su delación y a cambio de pro-

porcionar pruebas. Otra de las medidas de excepción permite que la detención preventiva pueda ampliarse retroactivamente hasta a 12 años. Esta medida resulta radicalmente incompatible con los principios del Estado de Derecho y las normas básicas de procedimiento penal, tal como quedan definidas en los artículos 5 y 6 de la Convención Europea de Derechos Humanos y protegidas por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Ya puede suponerse que la naturaleza sumamente debatible de dicha legislación es lo que ha llevado a que países democráticos vecinos a Italia como Francia o Gran Bretaña albergaran serias dudas sobre estos casos y no hayan actuado en la mayoría de las más de 70 peticiones de extradición presentadas por las autoridades italianas, independientemente del partido que se hallara en el poder. No cabe duda de que por esa misma razón es por lo que los más de 500 refugiados aceptados por Francia no han sido nunca molestados u hostigados. Estos refugiados se han integrado en la sociedad francesa, en la que han encontrado trabajo y han creado familias. No quieren arriesgar hoy su futuro, ni la vida que han rehecho, por tener que solventar 25 sentencias ya antiguas dictadas en dudosas condiciones de excepcionalidad.

El objetivo de este llamamiento no debería interpretarse en modo alguno como forma de condonar las actividades reales o supuestas de quienes se han visto perseguidos y condenados a causa de sus actividades durante los «años de plomo». Los refugiados han declarado sin ambigüedad alguna que la «guerra» ha terminado. «Ese período ha llegado a su fin.» Una democracia digna de ese nombre debe ser capaz de pasar la página. Esos casi 400 exiliados y presos se encuentran hoy en día excluidos de la sociedad italiana. Un problema de

esta magnitud no puede resolverse de manera conveniente caso por caso, sino que debe encararse con una solución general.

Hace nueve años se presentó una propuesta de «indulto» (reducción de las penas mediante votación del Parlamento), si bien todavía no ha sido sometida a votación. Esa proposición tendría efectos positivos, pero no resolvería los problemas de los refugiados. La única solución para Toni Negri y sus desdichados compañeros sería una amnistía general. La única amnistía aprobada en Italia se produjo en 1946, por iniciativa de Togliatti, y se aplicó a los fascistas. Por otro lado, y en relación con las actividades ligadas a la guerra de Argelia y referidas a actos de mayor o similar gravedad a los cometidos en la Italia de los años setenta, Francia otorgó una amnistía que se aplicó tanto a los desertores del ejército como a los miembros de la OAS.

Puesto que apoyamos los principios del Estado de Derecho y el restablecimiento de los derechos humanos para todos en todas partes, y considerando que Italia se prepara para su integración en la nueva Europa, pedimos urgentemente que los miembros del Parlamento italiano respondan favorablemente a esta petición de clemencia con la aprobación de una ley de amnistía lo antes posible. Pedimos a los representantes de la Unión Europea que tomen las medidas pertinentes para asegurar una pronta puesta en libertad de Toni Negri. Si llegó a simbolizar una época, su liberación será símbolo de otra más pacífica. Por último, al rechazar toda esa serie de medidas de excepción incompatibles con la Convención Europea de Derechos Humanos, Italia estaría a la altura de su papel central en la nueva Europa.

• • •

PETICIÓN

Teniendo conocimiento de las circunstancias, apoyamos el llamamiento en favor de la puesta en libertad de Toni Negri con el objeto de dar por concluidos los «años de plomo» italianos. Toni Negri residió en Francia durante catorce años. Encontró allí refugio tras haber pasado cuatro años y medio de prisión preventiva en Italia. Ha regresado recientemente a Italia de forma voluntaria, donde fue condenado por razones eminentemente políticas, basándose en una serie de medidas de excepción (como las condenas sustentadas únicamente en el testimonio de «arrepentidos» y la ampliación de la prisión preventiva) que son incompatibles con la Convención Europea de Derechos Humanos.

Negri se encuentra en prisión desde el 1 de julio de 1997 y su liberación (que probablemente se convierta en régimen de semilibertad) no se ha producido todavía.

Cuatrocientas personas siguen excluidas de la sociedad italiana a causa de actividades políticas llevadas a cabo hace veinte años. Las más de 150 personas refugiadas en Francia no quieren destruir sus vidas ya rehechas por tener que enfrentarse a esas condenas basadas en medidas de excepción. Las autoridades europeas, de izquierdas y derechas, no han querido conceder su extradición a Italia, y han expresado por tanto *sotto voce* su desprecio por los procedimientos empleados en Italia.

La amplia violencia política de las luchas sociales en Italia, etiquetada sin mayores contemplaciones con la etiqueta de «terrorismo», constituye un fenómeno ya concluido hace años. ¿Puede una democracia aplicar a los acusados de delitos políticos (veinte años después de sucedidos) medidas más rigurosas que las que se aplican en casos de derecho común?

La liberación de Toni Negri debe conducir finalmente a una amnistía que tarda ya demasiado en llegar. Únicamente la derogación de las medidas de excepción y la aprobación en el Parlamento de una ley de amnistía puede poner punto final definitivamente a los «años de plomo». Mientras no se cumplan estas condiciones, instamos a los países de la Unión Europea a garantizar la residencia de los exiliados italianos. Pedimos por último a los miembros de los parlamentos de otros países de la Unión y a los del Parlamento de Estrasburgo que hagan todo lo que esté en su mano para dar solución a los problemas expuestos.

Rogamos el envío de las firmas de apoyo a Yann Moulier Boutang por fax o correo electrónico. Fax: (011 331) 45 41 53 91. Correo electrónico: <Yann M. Boutang @ wanadoo.fr> (indicando: nombre, cargo o título, dirección y teléfono, fax o correo electrónico). Más información en Internet: <http://www.civila.com/hispania/autonomia/negri.htm>

• • •

**Carta de Toni Negri
para el Encuentro de Venecia,
celebrado el 12-14 de septiembre
de 1997**

Compañeros y compañeras, amigas y amigos:

Nuestro país Véneto es rico y su riqueza la ha producido un empresariado común. Los héroes de esta transformación productiva no han sido desde luego los patrones y patroncillos que hoy la ensalzan: han sido todos los trabajadores del Véneto, todos los que han puesto al servicio común fatiga e intelectua-

lidad, fuerza de trabajo y fuerza-inven-
ción; han invertido y acumulado profesionalidad y cooperación en redes comunes, a cuyo través se ha vuelto productiva toda la vida de las poblaciones.

Quienes recuerden el Véneto de los años cincuenta y sesenta saben cuánto ha costado este esfuerzo colectivo de transformación: cuánta miseria y cuánta lucha, cuánta obediencia y cuánta rebelión. Este no es un pueblo de hormiguitas industriosas y beatas. Es una multitud que siempre ha luchado en sucesivas oleadas, primero contra la esclavitud campesina a través de la emigración, más tarde contra la explotación capitalista constituyéndose como clase obrera, por último contra el trabajo asalariado construyéndose como empresariado común. Hoy el camino de la modernización ha llegado a su fin. Sin embargo, a medida que se desarrollaba esta nueva realidad del trabajo como empresariado común, chocó, en el exterior, con la política nacional, con sus reglas de representación, con sus procedimientos administrativos y las inexactitudes fiscales. Por otra parte, en su seno, chocó con las contradicciones del desarrollo y tuvo que afrontar la emergencia de nuevas segmentaciones y desigualdades económicas y políticas entre los ciudadanos productores. Ambas crisis tienen efectos destructivos sobre la naturaleza del modelo de desarrollo y de la forma de ciudadanía y deben combatirse juntas, al mismo tiempo y en igual medida. Federalismo y nuevo *welfare* son instrumentos aptos para contrarrestar estos efectos negativos. Federalismo y por tanto autogobierno local, reapropiación de la administración por parte de los ciudadanos-trabajadores, nuevas formas de representación, democracia de la fiscalidad. Nuevo *welfare*, y por tanto nuevas modalidades de asistencia y previsión, nuevos servicios a las personas y

las familias, reinención de la formación (escolar y permanente) y antes que nada ingreso universal de ciudadanía; reformas pues que respondan, todas y cada una, a las necesidades de una sociedad en la que vida y sociedad se recubren. Federalismo y nuevo *welfare* son pues políticas que caminan juntas, indisolublemente unidas para consolidar la base común de nuestro modo de producir. ¿Cómo puede pretenderse que, en las condiciones vénetas, el nuevo *welfare* no sea el producto de una democracia de participación? ¿O que el federalismo sea la última ocurrencia para excluir, una vez más, a los ciudadanos trabajadores de las decisiones sobre las condiciones sociales de la producción? Hay quienes se oponen a una fundación federalista del empresariado político comunal. Por un lado, están los que, abrazados a los privilegios de las corporaciones fordistas del capitalismo tradicional, no quieren reconocer la singularidad del desarrollo productivo del Véneto; por otro, están los que, bajo la bandera de la secesión, pervierten las sacrosantas necesidades de autonomía de esta sociedad productiva. Ambos reprivatizan lo que se ha vuelto común. A los primeros hay que decirles que la flexibilidad y la movilidad de la fuerza de trabajo (por no hablar de la de la intelectualidad de masa) son irreversibles; el problema no es oponerse a la nueva organización del trabajo sino garantizar el salario y la libertad del trabajador posfordista. La nueva organización del trabajo exige menos *welfare* corporativo y más, mucho más *welfare* constitutivo, constitutivo de lo común que es base del modo de producción (escuela y formación permanente, servicios familiares para las mujeres que trabajan, guarderías y asistencia para los niños, transportes, redes de comunicación, etc). Menos «chatarra» y más vida. Se acabó, se acabó y

para siempre la época de la contratación entre *big government*, *big business* y *big labor*. En lo sucesivo, sólo serán posibles «contratos sociales» de base federalista que toquen las grandes dimensiones del reparto de la fiscalidad y de los ingresos. A los secesionistas hay que decirles que su política secuestra en el egoísmo más arcaico la pasión productiva del empresariado común y castra desde la base su potencia expansiva, expulsa innovación e intelectualidad, cría una raza suiza brutal y beata, de modo que no es raro que ahora los liguistas se deslicen a gusto hacia el racismo y den muestras de regurgitaciones fascistas. ¡Pues claro que secesión! Necesitamos derribar todas las fronteras, las que cercan las regiones, las hoy ridículas que pretenden definir los estados-nación, las que obstaculizan los comercios. Y al mismo tiempo necesitamos poder, para impedir que los poderes que se disfrazan detrás del mercado mundial nos aplasten dentro de ciclos financieros que nos resultan cada vez más incontrolables y mediante operaciones especulativas irresistibles. En lo sucesivo, sólo una Europa política, económica y social, una fuerte unión de este espacio pueden configurar la mediación de los intereses expansivos del nuevo modo de producción y de las necesidades urgentes de resistencia al poder de las corporaciones financieras mundiales. Sólo Europa es un espacio adecuado para la constitución federalista de lo común.

Pero, ya que nos hemos reunido aquí por la izquierda, contémonos también nuestros límites y, como sucedía en las mejores tradiciones, reconozcamos también la parte de responsabilidad en la gravedad de lo que está ocurriendo. ¿Por qué sólo ahora nos reconocemos como federalistas? ¿Por qué, desde hace al menos veinte años, en vez de apoyar hemos impedido el desarrollo de las autono-

mías productivas? ¿Por qué no hemos logrado inventar desde el primer momento un sindicalismo de la «fábrica difusa»? ¿Por qué sobre los problemas de la fiscalidad siempre hemos mantenido posiciones moralistas y punitivas? ¿Por qué hemos sufrido la construcción de lo común productivo como si se tratara de un enemigo, en vez de anticipar su desarrollo y poder así representar sus articulaciones y necesidades? Sin embargo, ha habido estratos de la cultura política de la izquierda véneta que desde hace veinte años comprendieron esas dinámicas y operaban en su seno: fueron reprimidos, y cuando lograron, con gran vitalidad, sobrevivir, se reprodujeron como «exiliados del interior».

Pues bien, esta manifestación, a través de las formas que la organizan, muestra que finalmente se ha proclamado el indulto para estos «exiliados del inte-

rior». Es hora de hacerlo también para los «exiliados del exterior» y para los que continúan combatiendo desde la cárcel. En todo caso, sin recriminaciones, en lo sucesivo se trata de avanzar unidos. Se trata de reinventar y experimentar el programa de la nueva izquierda desde abajo, desde esa situación excepcional (pero excepcionalmente cargada de peligro) que es nuestro Véneto. Aquí el trabajo ha cambiado: hoy la subjetividad tiene aquí, de nuevo, su «laboratorio». Viva la autonomía.

Toni Negri

Cárcel de Rebbibia (Roma), 10 de setiembre de 1997

Si quieres escribir a Toni Negri a la cárcel, esta es la dirección postal: Antonio Negri / Casa di Reclusione di Rebbibia / Via Bartolo Longo, 72 - 00156 Roma (Italia).



Las mujeres y el trabajo. La reducción del tiempo de trabajo y la variable de género

Reyes Montiel

En los tiempos que corren, hablar de feminismo, incluso para las propias mujeres, resulta a veces un poco ridículo. El pensamiento único permite al neoliberalismo dos posibilidades de actuación con respecto a cualquier expresión del pensamiento transformador: o bien lo mercantiliza para neutralizar su esencia o lo reduce a la categoría de caricatura.

Estamos asistiendo al setenta aniversario del nacimiento del Che Guevara y mientras nosotros estamos empeñados en reivindicar su pensamiento, el sistema vende el mito. Miles de camisetas y de pins adornan pecheras de jóvenes y hay veces que hay que explicar que el Che Guevara no fue un cantante rock.

De la misma manera que así se neutraliza su figura y su ideología, se caricaturiza a cualquier persona que se declare feminista. Ya no se discrimina, se dice a pesar de que setenta y cinco mujeres han muerto este año víctimas de sus «compañeros» y mientras persisten las desigualdades. En definitiva, el feminismo no se ve necesario como hace

años. Parece ser que la igualdad formal basta, que la igualdad real ya es cuestión de cada una y la que no lo siente así es porque no se ha movido lo suficiente (siempre individualmente).

Sin embargo, la realidad es muy otra. Hoy quizás el análisis de la realidad sea menos claro que el de hace unos años. Los procesos son cada vez más complejos. Las mujeres ya estudian, antes no. Las mujeres permanecían en casa, ahora no (aunque también había que hablar de los cientos de miles de mujeres que durante el desarrollo de todo el capitalismo han trabajado fuera de casa de manera encubierta, en la sombra). Y lo cierto es que así ocurre con multitud de temas que apelan a la responsabilidad individual de las mujeres. Si no llegas es porque no quieres. La conclusión es que se han multiplicado los fenómenos, pero creo que, en lugar de igualdad, lo que tenemos es un espejismo de ella y que trabajo duro, de verdad, todavía queda por hacer.

El terreno más importante, por supuesto, es el económico, que es precisamente el que le da a la mujer autonomía en el resto de los ámbitos de su vida. En este terreno, la situación cada vez es más desfavorable para los trabajadores en general y para las mujeres en particular. Y he aquí que todavía nos tenemos que hacer preguntas que, a pesar de mostrar evidencias para nosotras indiscutibles, parece que no son tan palpables para el resto de la sociedad.

¿Existe discriminación por razón de sexo en el mercado de trabajo?

Todavía *tenemos que explicar que sí*. Y lo tenemos que explicar porque normalmente no se tienen en cuenta consideraciones previas:

- El problema del empleo de las mujeres no sólo ha de analizarse desde la perspectiva del mercado de trabajo, sino que intervienen variables culturales, psicológicas y familiares. La posición de la mujer en el mercado de trabajo viene determinada por su posición en la familia. Así, en el caso de acceder al mercado laboral lo hará en función de su compatibilidad con las tareas reproductivas y las necesidades de su familia.

- Las categorías utilizadas para analizar el empleo son «ciegas al sexo», ya que sólo reflejan una parte de la actividad económica, la que se produce bajo los mecanismos de mercado, es decir, aquellas destinadas a producir mercancías, bienes con valor de cambio.

Esto tiene, por supuesto, consecuencias en el análisis:

- En cuanto a la tasa de actividad, es un concepto que se ocupa de la expectativa de empleo y no del trabajo. En lo referente a las mujeres, la tasa de actividad sólo refleja el volumen de mujeres que ha manifestado ante los orga-

nismos públicos su disponibilidad e intención de trabajar. No hace falta explicar que ni todas las mujeres que quieren trabajar reflejan esta intención ante las oficinas de empleo ni que las mujeres que no aparecen sean inactivas.

- En lo referente a la tasa de empleo, ésta no tiene en cuenta la economía sumergida, fuertemente consolidada en las mujeres. La gran mayoría de mujeres incorporadas en este sector están casadas, tiene hijos pequeños y realizan trabajos a domicilio en su propio hogar. Aspectos a desarrollar en este tema son la interacción entre los procesos económicos y las relaciones sociales, examinar el desarrollo del trabajo a domicilio y la dinámica de la familia, y analizar detenidamente las diversas formas en que las categorías de clase y de género interactúan en la esfera de trabajo asalariado y la esfera doméstica.

- En lo tocante a la tasa de desempleo, no se tiene en cuenta la fuerte precarización y sus consecuencias en el trabajo de las mujeres.

Así, se han dado algunas tendencias con respecto al trabajo de las mujeres (BIANCHI, 1981):

1. «La concentración en ciertos sectores y profesiones es uno de los mecanismos de concentración de fuerza de trabajo femenina. Los otros son: concentración en niveles retributivos más bajos y cualificaciones inferiores, concentración en sectores productivos atrasados y en especializaciones obsoletas, concentración en unidades productivas de dimensiones reducidas.»

2. «La prioridad que se otorga a los contenidos y a las relaciones.» El trabajo en los servicios, educación y asistencia social es donde se concreta mejor este fenómeno, muy ligado a la reproducción.

3. En la actualidad, «la imposibilidad de planificar el trabajo profesional».

A las dificultades que para todos y todas existen en cuanto a la precariedad y a la inestabilidad en el empleo, a las mujeres se les añade que sólo a partir de los cuarenta años empieza a ser posible para ellas situarse profesionalmente, aunque esto sólo está al alcance de unas pocas. Además, para la mujer-madre, la búsqueda del empleo se realiza en función de sus obligaciones familiares. Las oportunidades laborales que mejor garantizan esta compatibilidad se distinguen por una serie de características: proximidad al domicilio, horario reducido, entorno no competitivo. De hecho, los niveles de desigualdad entre hombres y mujeres se acentúan a mayor cualificación profesional.

En nuestro país las manifestaciones de desigualdad han ido aumentando:

- Ha aumentado la discriminación laboral, con una concentración de mujeres en las rentas más bajas.

- La situación de las amas de casa de los hogares cuyo cabeza de familia es un trabajador en precario es, de hecho, exclusión social. Los hogares encabezados por una mujer tienen mayor riesgo de pobreza que los encabezados por un varón. Los hogares encabezados por una mujer de más de sesenta y cinco años presentan una incidencia de pobreza que duplica la del conjunto nacional. También ha habido un importante deterioro en el colectivo constituido por los hogares cuyo sustentador principal es una persona de menos de treinta años, que eran los menos afectados por la pobreza en 1981. Este deterioro es particularmente importante entre los hogares a cuyo frente está una mujer joven (se

trata, con frecuencia, de hogares monoparentales que continúan creciendo), en los que la incidencia relativa de la pobreza se ha incrementado alrededor del 30 por 100 (1).

- El divorcio ha significado un descenso en el nivel de vida de las mujeres por el papel dependiente de la mujer.

Si continúan estas tendencias, en el año 2000 el grueso de las personas por debajo del umbral de la pobreza serán mujeres y niños. La pobreza, es evidente, tiene nombre de mujer.

Aun teniendo en cuenta todas las consideraciones previas, es decir, aun no reflejando las cifras la realidad del trabajo de las mujeres, todavía éstas nos son desfavorables.

- Tasa de actividad: 37,78 (frente al 63,08 por 100 de los hombres).

- Tasa de empleo: 71,6 (2) (frente al 84,49 por 100 de los hombres).

- Tasa de paro: el 28,4 (3) (frente al 15,51 por 100 de los hombres).

- Pensiones: aquí hay que tener en cuenta lo siguiente:

- La seguridad social sigue considerando el hogar como la unidad para calcular el derecho social.

- Qué efectos tiene la nueva ley de pensiones sobre las mujeres.

- La situación en el mercado laboral de las mujeres determinará su nivel de percepción futura.

Existe también un fuerte deterioro en la distribución del salario indirecto, es decir, privatizaciones y recortes de inversiones en sanidad, educación, servicios sociales, etc., que tiene dos tipos de consecuencias para las mujeres: las que se derivan de su condición de usuaria y

(1) *Informe sobre la pobreza y la exclusión en España*, CES, 1997.

(2) Hay que tener en cuenta que este 70,6 por 100 sale del 37,78 por 100 de las mujeres activas. El porcentaje de mujeres que tienen un trabajo remunerado (sin tener en cuenta la precariedad) del total de mujeres es del 27,05 por 100.

(3) También del porcentaje de activas.

las originadas por su papel de prestadora subsidiaria de dichos servicios.

¿Funciona la lógica del capital?

Efectivamente, aunque no siempre en exclusiva. Lo que está claro es que la estructura económica determina la posición de clase de las mujeres, pero no siempre se pueden explicar las diferencias de género en función de la estructura económica.

Este debate ya tuvo varias décadas de discusión, que se resolvieron en dos tendencias: la de las feministas marxistas, que ponía su énfasis en el mercado (estructura económica), y las feministas denominadas «radicales», que marcaban el acento en el patriarcado.

Pasados los años, creo que podemos decir dos cosas:

- Afirmar que la discriminación de género se explica *exclusivamente* por la estructura económica y los modos de producción es tanto como decir que la concienciación de la clase obrera incluye la eliminación de las desigualdades de género.
- Y que afirmar que la discriminación de género se explica *exclusivamente* en clave de patriarcado es negar que la mujer obrera ocupa una posición subalterna dentro de su clase.

Creo que desde nuestro punto de vista este debate está ya superado y que desde el propio marxismo, reivindicando a nuestros clásicos Marx y Engels (4), las diferencias de género se explican no sólo desde la estructura económica, sino desde variables culturales, sociales, religiosas, etc., es decir, también desde la superestructura que genera el sistema capitalista.

Por ello, debates como el de si las mujeres constituimos una clase están ya totalmente superados, porque el problema de una mujer de clase burguesa siempre tendrá un contenido de género distinto, y normalmente lo resuelve explotando a otra mujer, del de la mujer de clase obrera, es decir, la contradicción de género en cada clase adquiere una dimensión diferente.

Otro concepto de Marx de actualísima vigencia es el de *ejército subalterno de reserva* con referencia a las mujeres. El capitalismo necesita contar con mecanismos que aseguren la existencia de oferta de trabajo necesario. «Esto implica la existencia de una población flexible que actúe como reserva de trabajo, es decir, que pueda ser integrada en la producción cuando sea necesario, pero de la que simultáneamente se pueda prescindir cuando cambios en la organización del proceso productivo así lo

(4) MARX, K. «Prólogo» a *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Progreso, 1989. Y ENGELS, F. «Carta de Engels a José Bloch»: «Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas e incluso los reflejos de todas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma. Es un juego mutuo de acciones entre todos estos factores, en el que a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.»

requieran. Además, dicha población actúa como fuerza competitiva a través de dos mecanismos: forzando los niveles salariales y presionando a las trabajadoras y trabajadores asalariadas(os) a someterse a tasas de explotación mayores. De esta manera, el ejército de reserva tiene la función de impedir que disminuya la tasa de beneficio» (BORDERÍAS, CARRASCO y ALEMANY, 1994).

En resumen, podíamos resaltar tres fenómenos con respecto al ejército laboral de reserva:

- Mantiene la tasa de beneficio para el capital en los dos sexos.
- En el caso de la mujer, además, genera economías de escala, ya que asume el trabajo reproductivo mayoritariamente. Si para el hombre su tiempo se divide en tiempo de trabajo y tiempo de ocio, para la mujer el tiempo que no dedica al trabajo remunerado no significa tiempo de ocio, sino tiempo de reproducción, con lo cual si de la reproducción no se encargara ella, no es que lo hiciera el compañero: *alguien lo tendría que hacer de forma remunerada.*
- Ante las dificultades que para todos y todas existen a la hora de trabajar (aunque en cualquier caso la organización del trabajo es androcéntrica), la mujer «opta» por el trabajo reproductivo.

Aunque este concepto tiene vigencia para toda la clase obrera, independientemente de su género, el enorme volumen de mujeres trabajando en economía sumergida y la fuerte feminización del contrato a tiempo parcial nos hace pensar que en las mujeres incide más nitidamente. Así podemos constatar que:

1. La discriminación salarial viene determinada por la variable de género.
 2. Existe la consideración social de que el salario de las mujeres casadas es complementario del de su compañero.
- Sin embargo, tampoco debemos olvidar una cuestión: el salario de los hom-

bres en estos últimos años ya no es un salario familiar, sino que cada vez es mayor el número de familias que necesitan el salario del hombre y de la mujer, y que cada vez hay más mujeres que viven solas. Ya no es tan fácil, por mor de la coyuntura económica, expulsar a las mujeres del mercado laboral. Pero sí opera el mecanismo de ejército subalterno de reserva en las condiciones de trabajo. «Los salarios de las mujeres constituyen actualmente un componente esencial de la renta familiar y las familias presentan estructuras muy diversas. Lo cual no modifica la relación conflictiva entre producción y costes de reproducción tal como expresa la teoría del beneficio como plusvalía; sólo significa que el salario masculino ya no basta para asegurar el nivel de vida de la familia. La relación entre salarios y nivel real de vida sigue estando determinada por la separación entre proceso de producción y proceso de reproducción y por la necesidad de mantener unos costes de producción compatibles con la formación y acumulación de beneficios» (PICCHIO, 1981).

Llegados a este punto, mención específica merece el *trabajo a tiempo parcial*. Como es sabido, el trabajo a tiempo parcial ha sido el sector del empleo que más ha aumentado desde 1970 en la mayoría de los países europeos. Un sector que aparece fuertemente segregado y confinado principalmente a ocupaciones feminizadas en el sector servicios. Así, un alto porcentaje de trabajadores que participan en él son mujeres (BERG, 1983; NEUBOURG, 1986; BEECHY y PERKINS, 1987; RUBERY, 1990; HORRELL y RUBERY, 1991).

Para el sistema, visto desde el lado de la oferta permite a las mujeres *combinar el trabajo de mercado con sus responsabilidades familiares*; de aquí que el análisis comparativo de la participación de

éstas en trabajos a tiempo parcial y a tiempo completo muestre que *las diferencias no están básicamente relacionadas con la profesión o la cualificación, sino más bien con la situación de la mujer en el seno de la familia y en su ciclo vital.*

En el análisis de la demanda se ha constatado que para la mayoría de los empresarios la categoría de género es determinante cuando organizan su fuerza de trabajo, y así sólo los trabajos dirigidos a mujeres —u hombres no integrados en el sector formal y que tienen su actividad o renta principal en otras fuentes, a saber, estudiantes, pensionistas, etc.— son creados como trabajos a tiempo parcial, lo cual reduce los costes laborales, al estar excluidas las trabajadoras a tiempo parcial de determinados programas sociales o sujetas a normas contractuales diferentes.

Si para las mujeres el trabajo a tiempo parcial se configura como una forma de empleo socialmente aceptable, para los hombres se suele relacionar con el desempleo parcial. La diferencia en la práctica radica en que normalmente *los hombres, trabajadores a tiempo completo, son los que en tiempos de reestructuración de la empresa se acogen al desempleo parcial. En los sectores y profesiones que constituyen el bastión de la actividad femenina es a las mujeres a las que se propone o impone el trabajo a tiempo parcial con carácter prioritario.* Mientras que el desempleo parcial (masculino) es un instrumento coyuntural para solventar situaciones de crisis, el trabajo a tiempo parcial (femenino) aparece como una medida recurrente de carácter estructural. El paro parcial va acompañado de una compensación salarial que no se da en el caso del trabajo a tiempo parcial. El trabajo a tiempo parcial redefiniría así no sólo la cuestión del tiempo de trabajo, sino el propio estatuto social de las distintas categorías

salariales, haciendo más profundas las diferencias entre los sexos.

Otro concepto a resaltar en este punto es el de la «doble presencia» (BALBO, 1978). «El incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo debe atribuirse principalmente a la presencia de mujeres casadas con hijas o hijos. En otras palabras, actualmente la mayoría de las mujeres adultas, que son responsables de la gestión doméstica y desempeñan las tareas de esposas y madres —puesto que este dato de la organización no se ha modificado—, desarrollan además un trabajo extradoméstico o, dicho en otros términos, en esta fase histórica la condición de la mujer adulta se caracteriza por una doble presencia, en el trabajo de la familia y en el trabajo extrafamiliar.» No solamente es una cuestión de «doble jornada», sino que además las responsabilidades en ambas esferas se ejercen todo el día.

El feminismo en una organización de izquierdas

Los avances de la lucha obrera a lo largo de la historia han beneficiado en menor medida a las mujeres. Asimismo, los retrocesos han perjudicado más a las mujeres. La imbricación del feminismo en las organizaciones de izquierda nunca termina de consolidarse y de los tres polos, el rojo, el verde y el violeta, este último ha sido siempre el más olvidado.

La izquierda se ha caracterizado siempre por ser clarísima en sus análisis económicos. Sin embargo, no siempre se ha tenido en cuenta (a nivel teórico, aunque en menor medida, y sobre todo a nivel práctico) que en el problema de la discriminación de género intervienen más variables que la estrictamente económica y que las cuestiones de género son más complicadas.

Quizá tendremos que analizar que la dificultad es doble:

- La dificultad de los compañeros (y digo compañeros porque históricamente son los que se han dedicado a las «cuestiones serias») es que el feminismo cuestiona su propio sistema de vida.

- Las mujeres, en ocasiones porque no es imposible y en otras porque nos resignamos, tampoco dejamos de tener un papel pasivo y secundario en nuestras organizaciones.

En esta medida es una obligación inapelable, que nos concierne a todos y a todas, transversalizar las variables de género en todas las propuestas políticas. El problema es que esto, aunque cada vez más se está recogiendo en nuestras elaboraciones, no se traduce en la consolidación práctica progresiva del componente violeta del discurso.

Las 35 horas y el debate de la reducción del tiempo de trabajo

En el tema del trabajo y sobre todo el que ahora centra nuestra atención, la reducción de la jornada laboral a 35 horas, deberíamos introducir una serie de propuestas para que no sólo sea una medida beneficiosa para el conjunto de los trabajadores, sino que implique un paso más, definitivo y sin marcha atrás, hacia la igualdad de sexos.

El primer tema que tendríamos que tocar es el de la reconceptualización del concepto de trabajo: cualquier conceptualización de actividad económica debe incluir todos los procesos de producción de bienes y servicios orientados a la subsistencia y la reproducción de las personas, independientemente de las relaciones bajo las cuales se produzcan (BENERÍA, 1988).

Una segunda respuesta sería la ruptura con el actual sistema de reproduc-

ción social (CARRASCO, 1987): «Ello exige una discusión amplia y democrática con la participación de todos los sectores sociales sobre cómo se comparte la responsabilidad de aquellas personas incapacitadas para cuidarse a sí mismas: qué parte interesa socializar, qué parte asumen los distintos miembros familiares, las instituciones, nuevas formas comunitarias, etc. Esto acompañado de un cuestionamiento de aquellas políticas económicas que, por una parte, apoyan y favorecen la estructura clásica de la familia nuclear, con lo cual se refuerza la discriminación y la desigualdad de las mujeres y la feminización de la pobreza y, por otra, se establecen teniendo como base el trabajo asalariado.»

La ofensiva de IU y del PCE en este momento es la reducción de la jornada laboral a 35 horas dentro del debate sobre el reparto del trabajo. En esta propuesta estratégica de tan gran trascendencia debemos conseguir que además de ser una propuesta de clase sea una propuesta igualitaria, es decir, que las mujeres de este país se reconozcan en la lucha por el reparto del empleo.

Para ello hemos de tener en cuenta la situación actual con respecto a las mujeres: el paro, la inactividad, la subalternidad de nuestra situación económica con respecto a la de nuestros compañeros, la doble presencia, etc. Sólo a partir de ahí podemos hacer que la variable de género la transversalice.

En ese sentido sólo hay un camino: *la discriminación positiva*. Una primera aproximación podría ser:

- *Políticas activas:*

1. Reactivación de las políticas de oferta de empleo del sector público que introduzcan criterios de discriminación positiva para los dos sexos en aquellos sectores o actividades en los que estén subrepresentados.

2. En materia de contrataciones de las administraciones públicas introducir baremos que primen en la adjudicación de contratos a empresas la presencia de mujeres, la contratación estable (35 horas) y la transformación de empleo femenino precario (por ejemplo, tiempo parcial) a empleo estable.

3. Establecimiento de porcentajes fijos estables en todos los subprogramas presupuestarios dedicados a acciones de discriminación positiva (planes de igualdad, con sustento presupuestario). Y ello desde las administraciones locales hasta los ministerios, empresas y organismos públicos.

4. Impulso de programas de financiación preferente desde las cajas de ahorro de los programas de empresas y administraciones que primen la igualdad real de sexos.

5. Apoyos a las iniciativas de economía social de las mujeres y para las mujeres.

6. Planes de empleo de las administraciones públicas que prioricen a las mujeres en el acceso en condiciones de igualdad de derechos al empleo.

7. Políticas de formación específicas.

8. Reparto del trabajo: reducción de la jornada para todos, para que trabajemos todos y todas, eliminación de las horas extraordinarias, quinta semana de vacaciones, establecimiento de permisos

para la formación y por razones familiares, adelanto de la edad de jubilación.

9. En cuanto a los contratos precarios, penalización de los contratos a tiempo parcial y proponerse que el excedente de horas resultante del reparto de trabajo sirva también para romper la fuerte precarización del trabajo de las mujeres.

- *Políticas complementarias:* vivienda, sanidad, educación, que merecerían un desarrollo más extenso.

Porque no nos creemos que éste sea el mejor de los mundos posibles, la lucha es imposible sin nosotras. ■

Bibliografía

- MARX, K. *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Progreso, 1989.
- ENGELS, F. «Carta de Engels a José Bloch», en *Nuestra Bandera / Utopías*, n.º 174, 1997.
- El trabajo a tiempo parcial*, CES, 1996.
- BORDERÍAS, C.; CARRASCO, C., y ALEMANY, C. *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Economía Crítica, 1994.
- JACOBSON, J. L. «Discriminación de género. Un obstáculo para un desarrollo sostenible», en *Cuadernos Worldwatch*, Bakeak, 1993.
- SÁEZ LARA, C. *Mujeres y mercado de trabajo*, CES, 1994.
- MORENO, G.; RODRÍGUEZ, J. M., y VERA, J. *La participación laboral femenina y la discriminación salarial en España*, CES, 1996.
- La pobreza y la exclusión social en España*, CES, 1997.



Moneda única, política y sociedad

Agustín Morán

El largo proceso de construcción europea

Tras la Segunda Guerra Mundial se inició una convergencia entre los países más poderosos de Europa, con un doble objetivo. En primer lugar, se buscaba un proyecto político común que comprometiera a Francia y Alemania, las dos potencias cuya rivalidad había producido dos guerras con ochenta millones de muertos en menos de cuarenta años. En segundo lugar, crear un espacio económico superior al de cada Estado, que mejorase la competitividad europea en un mundo bipolar y cambiante por la descolonización acelerada y la emergencia de EE.UU. como nueva potencia económica occidental.

También se trataba de colonizar el propio espacio interior eliminando los obstáculos que frenaban el impulso de la producción y distribución a gran escala.

El largo y complejo camino recorrido tiene como momentos más representativos la constitución de la Europa

de los Seis (Benelux, Italia, Francia y Alemania) mediante el Tratado de Roma de 1957, el Acta Única Europea —que en 1985 establece como objetivo el Mercado Único— y el Tratado de la Unión Europea, o Tratado de Maastricht, que en 1992 pone en marcha el proceso de la Moneda Única como verdadero cemento unificador de Europa. En él se fijan unas condiciones de convergencia que no hablan de bienestar social, ni siquiera de convergencia económica, sino exclusivamente de estabilidad monetaria.

En estos cuarenta años, los países miembros han pasado de 6 a 15, incorporándose el Estado español en 1986. Los cambios en el escenario político, económico y social han sido profundos. Se ha pasado del crecimiento sostenido de los cincuenta y sesenta y el aumento de la inflación y el desempleo de los setenta, a las políticas monetarias de los ochenta y noventa, que han cronificado el paro y multiplicado la precariedad, aunque han contenido la inflación. Al

final de este período, se han desplomado las economías planificadas del Este de Europa.

La salud del capitalismo, en un proceso de globalización galopante, contrasta con el crecimiento de la pobreza y la desigualdad. A pesar de ello, el acuerdo político generalizado de los años cincuenta y sesenta acerca del capitalismo regulado se ha trocado en acuerdo, también casi general, en torno al capitalismo neoliberal.

La Cumbre de Amsterdam de junio de 1997 no solo ratificó los plazos y condiciones de la Moneda Única, sino que ha sido incapaz de resolver ninguno de los problemas políticos e institucionales de la Unión Europea, tanto en el orden interno como en el de sus relaciones exteriores.

Las victorias laborista en Gran Bretaña y de la coalición de Izquierda-Verdes en Francia han propiciado el debate sobre los dieciocho millones de personas que están paradas en los países de la UE. Para debatir este problema se celebró la Cumbre sobre el Empleo de Luxemburgo, en noviembre de 1997. De ella salió lo único que puede salir en un proceso donde el único sujeto es el capital: contra el paro masivo, precariedad masiva y reducción de los subsidios que preservan a los parados de trabajar según las leyes de mercado.

La recta final del euro

El primer fin de semana de mayo del presente año, se hace la criba de los países que acceden a la Moneda Única. El Estado español está entre los «afortunados». A partir de aquí, las duras políticas monetarias que se han aplicado para cumplir las condiciones del Tratado de Maastricht se intensificarán para sostener dicho cumplimiento.

Tras enero de 1999, las paridades de las monedas europeas integradas en el proceso serán fijas. Con ello, los ajustes de competitividad recaerán casi en exclusiva sobre los salarios directos e indirectos.

El déficit público deberá mantenerse por debajo del 3 por 100 del PIB, aunque en el caso de España la tasa de paro doble la media europea y el «invierno demográfico» genere un número creciente de pensionistas y jubilados. El Plan de Estabilidad, incorporado a la legalidad del Tratado de la Unión Europea, prevé multas del 0,2 por 100 del PIB a los países que superen el límite de déficit público y de un 0,1 por 100 más por cada punto que dicho incumplimiento exceda de dicho límite. Estamos ante una discriminación negativa hacia los países más débiles.

Dado que el aumento de la presión fiscal y la lucha contra el fraude se desestiman porque pueden retraer la inversión de capital, el control del déficit público conduce inexorablemente al ahorro en gastos de protección social. Es decir, la homogeneidad monetaria que requiere la permanencia en el euro tiene como condición la degradación social.

Para preparar este horizonte de renovadas penurias para los de abajo, el régimen ha puesto en marcha una descomunal campaña «informativa». El euro se presenta como la llave para un crecimiento de la economía a través del comercio y la inversión. Se explican los billetes y las monedas y su relación con la peseta, las ventajas de eliminar los cambios de moneda en los viajes al extranjero, las facilidades bancarias y la protección de los consumidores, etc.

La campaña da por hecho no solo que tendremos euro, cosa que parece cierta, sino también que será positivo para la gente, lo que es más discutible. Sin embargo, cualquier debate de fondo sobre

la conveniencia o las desventajas de adoptar la Moneda Única ni se plantea. Es curiosa la unanimidad de la opinión publicada con los estamentos políticos y económicos, sobre un acontecimiento que, a pesar de su importancia, no ha sido objeto de consulta popular alguna y que en las encuestas no cuenta con la mayoría de opiniones a favor.

Más bien estamos ante lo que ya se anunció por parte de las autoridades de la Unión Europea. A la vista del distanciamiento de la opinión pública ante el Tratado de Maastricht, se vio la necesidad de «acercar» a la opinión pública los siguientes pasos de la Unión Económica y Monetaria. Dicho de otra manera, desplegar enormes campañas de adoctrinamiento para ocultar la relación entre la construcción europea y las dinámicas lesivas que genera dicha construcción.

Esta unificación de «la política» a favor de la Moneda Única impide que las protestas apunten contra el proceso en general, sitúa en la marginalidad cualquier discrepancia y reduce las reclamaciones a aspectos parciales, como la crítica sobre lo mal que se negoció tal o cual aspecto, pedir más subvenciones o la necesidad de que se construya una Europa más «social» o más «ecológica».

La crisis de lo social

En la economía globalizada, la competitividad exige el máximo de producción con el mínimo coste de trabajo humano. No hay empleo para quienes lo necesitan para sobrevivir, sino exclusivamente para el número de personas necesario para producir plusvalor.

La economía de mercado no persigue la satisfacción de las necesidades sociales, sino el intercambio rentable como un fin en sí mismo. La producción capitalista no está sujeta a fines so-

ciales. El producto por excelencia de la economía de mercado es el beneficio del capital.

Las personas solo cuentan como productoras de plusvalor o como consumidoras de mercancías. El auténtico sujeto de derechos no es la sociedad, ni los individuos, sino el capital.

Millones de asalariados estables pisan el freno de la globalización al defender sus puestos de trabajo de los ajustes competitivos y al tiempo pisan el acelerador de la misma globalización al colocar sus ahorros en fondos de inversión y comprar en las grandes superficies.

Aceptar la Moneda Única y reclamar a un tiempo una Europa social y respetuosa con el medio ambiente es lo mismo que pedir la cuadratura del círculo. Defender la competitividad al tiempo que se defiende el pleno empleo y la tutela del Estado sobre los derechos sociales supone unificar propuestas contradictorias.

Los beneficios del capital globalizado crecen simétricamente a la degradación social, y no pasa nada. Ante esta falta de respuesta, el poder económico se crece y sus propuestas son cada vez más agresivas y osadas. Se debilitan las instituciones sociales del Estado para traer a la esfera de los negocios privados la protección social. Se flexibilizan las condiciones de trabajo para que las personas nos comportemos como mercancías, adaptables a las inestabilidades del mercado.

El poder ya ni siquiera promete nada. Hay que obedecer porque sí. Los sacrificios para llegar a la Moneda Única no han sido nada para los que nos esperan, una vez dentro, para no ser expulsados. No hay propuestas políticas positivas, de agarrar los problemas y solucionarlos entre todos. Sólo el cumplimiento de las condiciones macroeconómicas, las amenazas, el miedo.

Cuando la estabilidad monetaria es lo principal, podremos hablar de orden en la medida en que el cálculo sea posible en términos de dinero. La racionalidad depende de la estabilidad de los índices monetarios (inflación, tipos de interés, paridad de las monedas). El orden social no depende de la voluntad de las personas sino del dinero, los individuos no somos sociables, lo que es sociable es el dinero, el capital.

Los derechos sociales solo se respetarán si coinciden con las expectativas de los dueños del dinero. Sin embargo, esa coincidencia no se produce para amplios sectores de la población. El desempleo masivo y permanente y el aumento de la desigualdad social así lo atestiguan.

Se produce así una ruptura entre el *orden* formal basado en el dinero y el *orden* material basado en las personas. En la sociedad la crisis no es la crisis de la gente, sino el descontrol de las magnitudes monetarias. Este es el significado de considerar que «estamos en el momento de mayor estabilidad económica de los últimos cuarenta años», cuando siete millones de trabajadores en el Estado español, hombres y mujeres, están parados, eventuales o subempleados.

Se ha roto el momentáneo espejismo que conexionaba beneficio privado y bienestar social. Volvemos a la normalidad del capitalismo. La Moneda Única se impone aunque tenga como condición el paro y precariedad irreversibles y la pérdida de la protección social. Ahora, el pleno empleo y la estabilidad social ya no son la condición para el crecimiento económico, sino un obstáculo para el mismo.

La única posibilidad de reducir el paro en un futuro (no de eliminarlo) pasa por garantizar las condiciones que hagan segura la inversión de capital. A partir de aquí, la culpa del paro y la pobreza

será exclusivamente de quienes obstaculizan el funcionamiento del mercado y las condiciones del beneficio capitalista. A saber, los trabajadores que se niegan a ser flexibilizados y los parados con subsidio que se niegan a aceptar las draconianas condiciones que fija el mercado de trabajo.

Lo progresista y lo solidario es favorecer la secuencia que tiene su origen en las expectativas de beneficio que, a través de la inversión y el crecimiento de la economía, creará puestos de trabajo (solidaridad activa). Lo anacrónico es el egoísmo de los trabajadores estables en la defensa de sus «tremendos» privilegios y la solidaridad (pasiva) de garantizar protección a los expulsados o no admitidos por el mercado de trabajo.

La secuencia beneficio-inversión-crecimiento-empleo es la base del fundamentalismo liberal. Pero, a pesar de la libertad de movimientos del capital y de la consideración del empresario como una especie a proteger, la economía de mercado no es capaz de evitar que haya mil millones de muertos de hambre en el mundo ni de dar una mínima seguridad a extensos sectores sociales de los mismos países ricos.

Toda la sociedad se sujeta a esta «verdad» que se presenta como científica y, sin embargo, no resiste la prueba de la realidad. Más bien se trata de un veredicto, de una «verdad dictada» por el poder que prospera en el vacío que deja la ausencia de una crítica, práctica y teórica. Una crítica que ponga de manifiesto las falacias de la economía de mercado e impida su despliegue en la sociedad.

La crisis de lo político

La unificación europea se establece a partir del hecho económico. Hablar de Europa es, sobre todo, hablar de Mercado

Único y de la condición para su pleno funcionamiento, la Moneda Única.

Las instituciones políticas tienen un papel subalterno. Los artículos 105, 109a y el Protocolo 3.º del Tratado de la Unión constituyen al Banco Central Europeo en el guardián de la estabilidad monetaria al margen de cualquier interferencia política. Este orden jerárquico expresa la subordinación de la política a la economía, que se configura como la base de la vida social. La política no es lo que funda el orden social, lo que establece los fines, sino únicamente una técnica para administrar un orden cuyo fundamento es la lógica económica.

La sociedad regida por la economía parte del individuo libre. Sin embargo, esa libertad solo es posible dentro de las leyes del mercado. La centralidad del individuo conlleva, paradójicamente, la exclusión de muchos y la impotencia del resto para remediar dicha exclusión.

La política depende de la voluntad de la gente, pero debe adaptarse a un orden de relaciones sociales previamente determinado por la economía. De esta manera, la constitución de la sociedad aparece dividida en dos planos. Uno de ellos, el de la economía, que como principio de realidad contiene los límites y otro, el de las opiniones políticas, que, para ser viables, necesitan adaptarse al principio de realidad económica.

La Europa de la Moneda Única es, sobre todo, un mecanismo de globalización del capital. Cuanto más se acrecienta el volumen y la escala del capital, más aumenta la supremacía de éste sobre las personas y sobre las instituciones políticas.

La Europa de Maastricht y la Moneda Única no es el origen de esta lógica, pero sí un impulso a la misma. También sirve de coartada para legitimar las políticas liberales ante los sectores so-

ciales perjudicados. Los gobiernos, prisioneros voluntarios de esta lógica, no sólo no defienden los derechos sociales consagrados en la Constitución, la soberanía alimentaria y el medio ambiente sino que, al impulsar activamente la globalización del capital, colaboran en su permanente violación.

Cuando lo social se constituye desde la centralidad de lo económico, el dinero se transforma en la fuerza principal de la síntesis social. La mercantilización creciente de las relaciones sociales acentúa la función del dinero como equivalente general. Este proceso no sólo determina la constitución de lo social, sino también de lo cultural, del pensamiento y del deseo.

Para que funcione este proceso, el capital necesita un alto grado de concentración y de abstracción. Esta abstracción no lo convierte en algo ideal, sino, por el contrario, muy real. Al igual que Dios, cuyo origen está en el pensamiento humano, se presenta a su vez como creador de lo humano; el capital, producto del trabajo, parece ser el creador del trabajo.

La creación humana llega a absorber la fuerza de sus creadores y, al hacerse autónoma de estos, llega a condicionar su vida. De ahí la expresión falaz, y comúnmente aceptada, «los empresarios [el capital] crean puestos de trabajo», cuando, en realidad, es precisamente al revés, es el trabajo el creador del capital, son los trabajadores los que crean puestos de empresario.

La abstracción del capital tiene su fuerza en negar la vida que no reconoce. La fuerza constructiva, y destructiva, del capital es la furia de la abstracción real que lo constituye. Esta fuerza tiene su origen en la producción y su condición en el intercambio. Su furia es mayor cuanto mayor es la escala de dicho intercambio.

La globalización económica y su versión europea, la Moneda Única, expresa la unificación del capital en una escala casi continental. Desaparecen los límites de los Estados nación sin que aparezca cualquier otro límite para su despliegue.

Se produce así un aumento de su fuerza cada vez más incontrolable y más capaz de apartar, tapar o destruir todo aquello que no le sirva para su reproducción ampliada. Coloniza al poder político y mediático y aumenta su capacidad para penetrar en los intersticios sociales y en las voluntades, impregnándolo todo de la lógica del beneficio privado. Es la culminación de la historia. Un tiempo vacío donde todos seremos funcionarios del capital y donde no caben más deseos que el consumo. Una servidumbre voluntaria. Un infierno a la medida de nuestros deseos.

Sin embargo, el deterioro social y medioambiental son el producto necesario de una enloquecida carrera hacia adelante del capital. La persistencia del paro y la desigualdad, aunque lamentables, les confiere la apariencia de inevitables. Los sentimientos son impotentes para conjurar tanto sufrimiento, solo cabe confiar en las leyes del mercado. La política realmente existente, rigurosamente separada de la vida cotidiana, es cómplice necesario de este orden que se presenta como natural.

En el fascismo, la vida social estaba determinada por un poder externo y totalitario. En la Europa de Maastricht, la libertad se presenta como el cumplimiento de un destino inscrito en las leyes del mercado y la estabilidad monetaria.

Llamar fascismo al régimen de la Moneda Única es una inexactitud histórica, porque el fascismo se construía contra la democracia y tenía como condición el aniquilamiento de las organizaciones

de izquierda. Por el contrario, el orden actual se construye en nombre de la democracia y con el apoyo de las organizaciones de izquierda.

Sin embargo, en el fascismo la lucha de clases era condenada como disolvente del orden político e impedida por la Brigada Político-Social y hoy la lucha de clases es también condenada como atentatoria del orden económico e inviable por la modernización de la izquierda.

La oposición necesaria

La Europa de la Moneda Única aparece como un hecho natural e inevitable y sus numerosos apologistas como respetables portadores de la verdad. Todo marcha mientras los peces grandes, cada vez más grandes, se comen a los más pequeños y estos no solo se dejan comer, sino que se comportan «racionalmente», es decir, se comen entre sí para intentar la quimera de salvarse haciéndose grandes.

En un contexto de paz social y comportamientos «racionales», es decir, de dominio del capital y aumento de la lucha entre los pobres, cualquier individuo o grupo que se oponga a la Moneda Única aparece como irracional y patológico. Su comportamiento sólo puede ser objeto de ninguneo y ridiculización. Pero si insiste e incluso intenta pasar a la acción, lo que se impone es el linchamiento público a cuenta de los espada-chines a sueldo de los *mass media*. Y si llega el caso, la represión directa. Eso sí, represión democrática. Porque las medidas tienen en el fondo un carácter terapéutico y solo buscan la defensa de la democracia, que se identifica con la Moneda Única.

La enorme dificultad para abordar una crítica sin concesiones en una situación tan monolítica debe ser leída al

revés por quienes aún quieren luchar contra ella. La voluntad puede convertir la ausencia en necesidad y la necesidad en posibilidad y en potencia. Es el vacío de crítica y la invisibilidad de lo excluido lo que explica el impetuoso despliegue del totalitarismo.

Es necesario llevar al límite la ruptura con la noción del interés privado como motor de la sociabilidad, del mercado como una relación «natural» y del Estado como única forma política representativa.

La furia del dinero está en su abstracción, pero sobre todo en el hecho de ser aceptado como organizador de la vida social. Su debilidad es que la abstracción puede ser reconocida como tal y esto haría imposible su furia. Lo que la abstracción deja aparte, lo que subyuga, puede volverse contra ella.

La crítica no solo debe basar su fuerza en el análisis de los mecanismos que constituyen la realidad social, sino, también, en la irrupción de lo excluido como negación del orden excluyente. La exclusión debe ser considerada no como lo que debe volver a la inclusión, no como un peligro para la democracia de mercado, sino como potencia constituyente que impida el funcionamiento del capital como sujeto.

Una negación radical de la miseria física y moral que originan el paro y la exclusión social requiere también la negación de una «inclusión» donde la vida gira en torno a un trabajo cuya única finalidad es la de engordar al capital.

El descompromiso político y el autismo social son formas de exclusión aunque se tenga un empleo. No solo somos un estómago. La naturaleza humana se constituye por el lenguaje, que viene dado por la vida social y la actividad política. Sin contar con los otros activamente, la naturaleza humana está en entredicho.

Las propuestas para combatir el paro y la desigualdad ofrecen un doble carácter. Pretenden mejorar la condición de los perjudicados, pero se presentan como compatibles con el orden de relaciones sociales que origina paro y desigualdad.

Cuando se admite que la competitividad es la única racionalidad posible, se admite también que dicha competitividad está más allá de las opiniones políticas. La defensa de la competitividad es un terreno en el que se disuelven las diferencias políticas. La distinción entre las propuestas de izquierda y de derecha se produce en zonas externas a la consideración de la economía como principio de realidad.

Para salir de este atolladero es necesario concentrar la crítica no solamente en las consecuencias sociales de la lógica mercantil, sino también en el hecho de que dicha lógica ordene la sociedad.

La intervención del Estado en el ciclo económico intenta corregir las disfunciones económicas y sociales que produce el mercado, pero no le niega su facultad de constituirse en el único principio de realidad.

Tanto el capitalismo liberal como el capitalismo regulado aceptan el mercado como un hecho natural. Participan de la noción de la economía clásica que propugna un orden social basado no en la política, sino en la administración del principio de realidad fundado en la economía. Esto supone la visión de la política como una técnica neutral, al margen de las relaciones de poder.

El Estado de Bienestar no persigue la eliminación de la pobreza y la desigualdad, sino el auxilio de los más débiles. Impulsa la retroalimentación entre la lógica del mercado y la corrección de sus disfunciones. Compaña democracia y mercado.

Los neoliberales confían al mercado la solución del paro y la exclusión

social. Los keynesianos, a la política. Pero ambos aceptan al mercado como principio constituyente de las relaciones sociales.

Si concentramos la luz en el distinto tratamiento que los keynesianos y los liberales dan a las consecuencias del funcionamiento del mercado, dejaremos en la sombra su coincidencia en aceptar un orden social sustentado en la lógica del mercado y la centralidad de la economía.

La política, así, no es más que la administración de las cosas en un orden determinado previamente por la economía. La política no se coloca al

principio de la relaciones sociales, sino al final.

La separación entre el plano de la economía como principio de realidad y la política como una técnica para administrar desde aparatos separados de la sociedad, una realidad determinada por la economía, contribuye a la apariencia de un mundo inmodificable y, por tanto, al desaliento.

Poner estos problemas sobre la mesa a la hora de analizar la Moneda Única puede suponer un camino del desierto para quienes lo hagan. Pero, en todo caso, un camino necesario. Aunque no suficiente. ■



Europa, S.A.

La democracia bajo la amenaza de las multinacionales

Erik Wesselius*

Durante las dos últimas décadas, el creciente poder económico y político de las empresas transnacionales ha ido erosionando paulatinamente los poderes de los gobiernos nacionales. Por lo general, se supone que esta pérdida de poder en el nivel nacional puede compensarse mediante la creación de bloques supranacionales, como la *Unión Europea* (UE): sólo desde dentro de esas superestructuras será posible llevar a cabo políticas ambientales o sociales.

Sin embargo, la experiencia cotidiana de quienes vivimos en la Unión demuestra que la transferencia del poder político desde los Estados nacionales hacia las instituciones europeas no está conduciendo precisamente hacia una mayor protección ambiental ni a una consolidación de los derechos sociales. Muy al

contrario, vemos cómo la propia UE promueve la construcción de inmensas autopistas para facilitar el transporte de mercancías a través del Mercado Único y constatamos cómo la *Comisión Europea* fuerza a Luxemburgo, Austria e Italia a *abrir* sus mercados al maíz transgénico comercializado por la multinacional suiza Novartis (la fusión entre Ciba-Geigy y Sandoz), y todo en nombre del famoso *Mercado Único*.

Dentro de este Mercado Único europeo, las *multinacionales* tienden a concentrarse y reestructurar su actividad, provocando gravísimos problemas de desempleo a nivel local, como ha sucedido recientemente en Vilvoorde, por ejemplo. Al margen de toda la retórica sobre una «Europa social», esta Unión Europea se muestra incapaz de evitar este tipo de consecuencias.

(*) Erik Wesselius es uno de los organizadores del Foro Alternativo de Amsterdam. Miembro de CEO (Corporate Europe Observatory), el equipo autor del informe: «Europe Inc. - Dangerous Liaisons Between EU Institutions and Industry», fuente de referencia fundamental que compensa la escasez de información respecto a estos temas. Publicado en inglés, puede pedirse por correo electrónico a Belén Balanyá: belenb@mx3.redestb.es. Precio: 800 pesetas más gastos de envío (desde Madrid).

El Mercado Único fomenta la *competitividad* impositiva entre los Estados miembros. Esto supone un trasvase de impuestos desde el capital hacia el trabajo, con reconocidos efectos negativos en cuanto a niveles de *paro*. Hasta ahora han sido varios los gobiernos de Estados miembros que se han opuesto a una armonización impositiva dentro de la UE, y al haber conseguido el canciller Kohl evitar en la pasada Cumbre de Amsterdam la introducción de la mayoría cualificada para votar en el Consejo de Ministros sobre temas de impuestos, no parece probable que el daño causado por las «libertades» del Mercado Único vaya a ser paliado con medidas de armonización impositiva.

Ante tal panorama, se llega a la conclusión de que el objetivo fundamental de las políticas de la UE es proteger al sacrosanto Mercado Único. Pero todo esto no es el resultado de una necesidad histórica ni de una coincidencia: hace ya muchos años que el interés explícito de los *grupos de presión* empresariales en Bruselas consiste precisamente en reformular las políticas europeas en función de la competitividad internacional. De entre los potentes grupos que se han dedicado a corear el mantra de la competitividad en Bruselas, hay uno que destaca sobre el resto: la *ERT* (*European Roundtable of Industrialists*), que en castellano sería «Mesa Redonda Europea de Industriales».

Los directores ejecutivos de Europa

La ERT, creada en 1983 a iniciativa del comisario europeo Etienne Davignon y del presidente de Volvo Pehr Gyllenhammar, representa hoy día los intereses de 45 de las mayores multinacionales domiciliadas en Europa, siendo un

actor muy influyente dentro de la escena europea.

Más que un grupo de presión al uso, que trataría de beneficiarse del proceso de *integración europea*, la ERT se creó con la intención explícita de revitalizar dicha integración, que se había quedado estancada en los primeros años ochenta, y de perfilarla según las necesidades de las multinacionales europeas.

Al contrario que la gran patronal *UNICE*, la Mesa siempre se ha mantenido al margen de las decisiones sobre legislación concreta. A lo que se dedica es a confeccionar el marco general y a llenar la agenda política de la UE con nuevos proyectos hechos a su medida. Lo dijo su secretario general, Keith Richardson, en febrero de 1997: «No tratamos asuntos sectoriales ni nacionales. Sólo hablamos de cuestiones generales [...]. Hacemos muchas cosas, pero no damos demasiada publicidad a nuestras actividades.»

Otra peculiaridad que diferencia a la ERT de las organizaciones industriales sectoriales que pululan por Bruselas es su composición: un máximo de 50 directores ejecutivos de grandes multinacionales europeas que deben ser elegidos para pertenecer a este selecto club por quienes ya son miembros. Este carácter elitista de la ERT le garantiza un acceso privilegiado ante quienes realmente tienen poder de decisión, tanto a nivel estatal como europeo, lo que obviamente ha contribuido mucho a la eficacia de la organización.

Desde sus inicios en los ochenta, las relaciones entre la ERT y la Comisión Europea han sido excelentes. Dos de sus miembros (Etienne Davignon, de *Société Générale*, y François Xavier Ortoli, de *Elf*) han ocupado incluso el cargo de comisario.

Un solo mercado

Esta relación tan estrecha jugó un papel crucial durante la preparación del Acta Única Europea, que define el Mercado Interior en el Tratado de la CE. En enero de 1985, el presidente de la ERT, Wisse Dekker, de Philips, lanzó la propuesta y el calendario para eliminar todos los obstáculos que quedaban para el comercio dentro de la CEE (*Europa 1990: Un Programa de Acción*). A la Comisión parecieron gustarle las ideas de Dekker. De hecho, la presión ejercida por los grandes industriales europeos para conseguir un Mercado Único en Europa supuso el punto de inflexión hacia la consolidación de la integración europea tras el que andaba la Comisión. El plan Dekker sentó las bases del *Libro Blanco* de Cockfield, publicado en 1985, y sirvió para preparar el Acta Única Europea.

Detrás de este éxito fulminante se esconde una intensiva maniobra de presión por parte de la ERT. Según su secretario general, Richardson: «Para Wisse Dekker fue su prioridad personal durante cuatro años. Teniendo en cuenta que cuando se propuso por primera vez los gobiernos no eran del todo favorables, fuimos nosotros quienes contribuimos a hacerla pasar.»

Según el análisis de la Mesa Redonda de Industriales: «El programa del Mercado Único había supuesto un logro tanto para la ERT como para Europa en su conjunto. Pero el plazo se había establecido únicamente hasta 1992, y la ERT vio necesario mantener un seguimiento sobre el calendario previsto. El 1 de diciembre de 1986, la Mesa convocó la primera reunión de su Comité de Apoyo al Mercado Único, *Internal Market Support Committee (IMSC)*. Cada seis meses, miembros de la ERT se reúnen con los máximos representantes del país que ostente la presidencia de la Unión a fin

de reforzar las políticas del programa 1992. Hasta el año 1988 no se consiguió hacer vinculantes las decisiones en torno al programa del Mercado Único, que hicieron el proceso ya irreversible» (fuente: <http://www.ert.bel/achievements.html>).

«Ellos [la ERT] han sido una de las principales fuerzas directrices en la creación del Mercado Único», afirmó Jacques Delors en una entrevista televisada en marzo de 1993.

La reforma de Europa

Durante las negociaciones del *Tratado de Maastricht*, la ERT volvió a tener un papel protagonista, al mantener contactos periódicos con los comisarios Andriessen, MacSharry, Brittan y con el presidente Delors. Mientras tanto, sus miembros se reunían en sus propios países con altos cargos políticos, a quienes repetían las mismas consignas que se habían trasladado a la Comisión. Los dos objetivos más tangibles que consiguió alcanzar la ERT en Maastricht fueron la incorporación de planes concretos para la consecución de la *Unión Económica y Monetaria (UEM)*, así como para la construcción de las *Redes Europeas de Transporte (TENs)*, asuntos que figuraban en la lista de prioridades de la Mesa desde mediados de los ochenta.

Moneda Única

El informe de la ERT de 1991 *Reshaping Europe (Reformando Europa)* contiene la defensa apasionada de la unión monetaria en Europa: «Japón tiene una sola moneda. EE.UU. tiene una sola moneda. ¿Cómo puede la Comunidad vivir con doce?» También incluye un calendario para la UEM muy similar al presentado en el Tratado.

En una reciente entrevista para la televisión holandesa, Richardson señalaba que, unas semanas antes de la Cumbre Europea de Madrid en 1995, miembros del grupo habían mantenido contactos con los jefes de Estado y de gobierno, urgiéndoles a adoptar decisiones vinculantes respecto al calendario y a los criterios de convergencia de la UEM. Cosa que consiguieron.

Desde 1987, sin embargo, la mayor parte de la preparación del camino hacia la UEM ha corrido a cargo de otra organización estrechamente relacionada con la ERT: la *Asociación para la Unión Monetaria de Europa* (AMUE), presidida por el padrino de la ERT Etienne Davignon.

Redes Europeas de Transporte

La incorporación en el Tratado de Maastricht de las TENs, es decir, las enormes inversiones en infraestructura que incluyen 12.000 kilómetros de nuevas autovías y la construcción de enlaces ferroviarios de alta velocidad, a todo lo largo y ancho de la UE, puede considerarse como el segundo gran logro de la Mesa en Maastricht. Los planes para las TENs los concibió este grupo a mediados de los ochenta, siendo publicados en los informes *Missing Links* y *Missing Networks* (algo así como *Los enlaces que faltan* y *Las redes que faltan*). Los trazados que aparecen en ambos documentos son muy similares a los presentados por la Comisión Europea.

La propia Comisión ha financiado muchos de los trabajos de la ERT en materia de transporte, a finales de los ochenta y principios de los noventa, lo que evidencia aún más su coincidencia de criterio. Además, la Mesa fue uno de los siete grupos de presión sobre carreteras que, desde el Grupo de Trabajo de Au-

tovías de la Unión Europea, confeccionaron la lista de proyectos de las Redes Transeuropeas de Carreteras.

Tal como estaba previsto, el Mercado Único y sus bajas tarifas de transporte han supuesto un enorme incremento en el *tráfico de mercancías* a larga distancia dentro de la UE. Las Redes Europeas de Transporte son una condición necesaria para avanzar hacia una *economía globalizada*, que estará aún más dominada por los intereses de las multinacionales de lo que ya lo está ahora.

Al igual que hizo durante la fase de implantación de la Unión Económica y Monetaria, la Mesa ha transferido la mayor parte de sus actividades en el área del transporte al ECIS, el Centro Europeo de Estudios de Infraestructuras, con sede en Rotterdam y creado también por la ERT en 1993. El ECIS se ha dedicado a surtir a la Comisión de los argumentos necesarios para justificar las grandes inversiones de dinero público que suponen las TENs. A finales de 1996, por ejemplo, el ECIS publicó un documento por encargo de la Comisión que evaluaba los efectos macroeconómicos de los enlaces de alta velocidad entre París, Bruselas, Amsterdam y Colonia. Este informe fue una de las principales referencias que utilizó la Comisión en otro informe suyo al Parlamento Europeo sobre la creación de empleo gracias a las TENs.

Después de Maastricht

La letanía de la competitividad

Cuando Jacques Santer tomó el mando en enero de 1995, una de sus primeras decisiones fue la creación de la llamada *Comisaría de Defensa de la Competencia* (Competitiveness Advisory Group, CAG), retomando una decisión de la

Cumbre Europea de Essen de 1994. Este organismo recibió el encargo de informar cada dos años sobre «el nivel de competitividad de la UE», así como el aconsejar sobre las políticas económicas prioritarias y sus líneas maestras, con el fin de estimular la competitividad y poder cosechar sus beneficios.

La Comisaría se autodefine como un grupo consultivo independiente formado por grandes industriales, sindicalistas y académicos (nombrados por el propio Santer según méritos personales). Sin embargo, existe un claro vínculo entre la Comisaría y la Mesa Redonda: la idea de crear un organismo como el CAG la tuvo la ERT, que la hizo pública por primera vez en su informe de 1993 *Beating the Crisis (Superando la crisis)*. Una nueva versión salió a la luz en 1994: *La competitividad europea. El camino hacia el crecimiento y el empleo*. El miembro de la ERT Keith Richardson se jactaba de que «la idea la elaboramos básicamente entre Floris Maljers y yo. La primera versión no fue aceptada, así que le cambiamos el formato y conseguimos que se aprobara en la Cumbre de Essen.» Además, la ERT ha estado siempre bien representada entre las 13 personas que componen la Comisaría, con sus destacados Maljers (Unilever) y Simon (BP) como presidentes temporales.

Según declara el representante permanente de la Comisión Alexis Jacquemin en una reciente entrevista en *European Voice*, «la Comisaría no pretende ser original». Al leer los informes del CAG (recopilados recientemente en un libro que ha sido enviado a todos los líderes europeos con motivo de la Cumbre de Luxemburgo) se tiene la impresión de que su tarea principal consiste en repetir las ideas lanzadas previamente por los grupos de presión de la industria, como la ERT y el UNICE, para con-

ferirles la apariencia de contar con un amplio consenso entre los expertos.

Amsterdam:

la confirmación del statu quo

El *Tratado de Amsterdam* es francamente confuso, reflejo del tira y afloja que tuvo lugar durante la Cumbre de la capital holandesa. En la rueda de prensa de clausura, el primer ministro Wim Kok reivindicó una serie de avances en temas como la democracia, el empleo y el medio ambiente, pero mirando el Tratado en detalle estos supuestos logros quedan en entredicho. Por la otra parte, se asume ya con total transparencia la competitividad internacional como la clave para crear empleo y bienestar en Europa. Así, el nuevo tratado ignora los numerosos datos que demuestran que el incremento de la competencia global lleva consigo una mayor destrucción de empleo, así como una carrera a la baja en cuanto a impuestos, protección social, legislación ambiental y muchos otros temas cruciales.

La confirmación del *Pacto de Estabilidad y Crecimiento*, que compromete a los Estados miembros a continuar e intensificar la disciplina presupuestaria desde la entrada en vigor de la Unión Económica y Monetaria en enero de 1999, junto al compromiso de las presidencias de Luxemburgo, Reino Unido y Austria de dar prioridad al llamado Plan de Acción del Mercado Único fueron quizá los mayores logros de los empresarios en la reunión de Amsterdam.

Desde su punto de vista, el resultado final del Tratado contiene elementos positivos y negativos. Quizá la mayor decepción para la industria fue la limitada revisión del artículo 113. A pesar de la enorme presión ejercida respecto a este artículo, la ambiciosa propuesta de

incrementar la autoridad de la Comisión para negociar acuerdos comerciales internacionales en nombre de todos los Estados miembros fue combatida con éxito por Chirac. Pero, por otro lado, el poder económico puede alegrarse del hundimiento por Helmut Kohl de una propuesta de posibilidad de veto nacional respecto a la armonización de impuestos, que mantenía así la promesa hecha a los empresarios alemanes del BDI. Con esta jugada, Kohl consiguió prácticamente imposibilitar la introducción de ecotasas europeas.

Las primeras reacciones empresariales al nuevo tratado fueron prudentes: «Un resultado mixto, pero en general positivo» (UNICE). El portavoz de la ERT Richardson afirmó que «los líderes europeos reunidos en Amsterdam han hecho algunos progresos, pero han perdido la oportunidad de realizar mayores reformas dentro de la Unión». Añadió que «la economía de la UE es en muchos aspectos tan fuerte como la de EE.UU., pero en Europa salimos perdiendo porque nuestras estructuras están todavía demasiado fragmentadas, nuestro sistema político es muy lento en la toma de decisiones y tercamente reacio a la innovación. Ahí está la verdadera reforma que hace falta y que la IGC no ha logrado desarrollar». Richardson concluía así su análisis: «Desde el punto de vista empresarial, la UE es una empresa fuerte pero mal dirigida. Una vez que la unión monetaria y la ampliación estén encima y se recupere la confianza, se hará irrenunciable una auténtica reforma y una profunda reorganización de su dirección.»

«Benchmarking»: a la búsqueda de referencias

La comparación que hace Richardson entre los asuntos políticos y la dirección

empresarial resume claramente la clase de Europa con la que sueñan los industriales de la Mesa Redonda: una Sociedad Anónima Europea, gobernada por la Comisión como cuadro ejecutivo y asistida por una dirección tecnocrática intermedia formada por la Comisión y el Parlamento Europeo.

«Benchmarking», una de las últimas consignas de la ERT, es una herramienta que sirve para introducir técnicas empresariales en la política. Según un reciente informe de la Mesa, *benchmarking* (término que proviene del terreno empresarial) significa «explorar el mundo para conocer qué es lo mejor que está consiguiendo alguien en cualquier lugar y encontrar la forma de hacerlo igual o mejor».

El informe describe cómo el gobierno holandés utiliza esta búsqueda y análisis de referencias para evaluar la competitividad de su economía. Este ejercicio «ha demostrado que se estaba fracasando en la explotación de todo su potencial». En el esfuerzo por superar a sus competidores, el gobierno holandés se empeñó en «reducir la presión impositiva y las cargas de la seguridad social; simplificar las normativas y abrir los mercados a nuevos empresarios, y reforzar la infraestructura tanto física como intelectual». El ejemplo holandés muestra cómo el *benchmarking* institucionaliza a la baja la competencia internacional en materia de impuestos y de regulación social y ambiental.

Es también revelador que la ERT destaque los criterios de convergencia de Maastricht para la UEM como el ejemplo perfecto de lo que se trata con el *benchmarking*. En una entrevista concedida en febrero de 1997, Richardson insistía en este punto: «La gente a veces nos pregunta: ¿Qué hacemos si llega el 1 de enero de 1999 y no todo el mundo está preparado? Pero para nosotros no

es ésa la cuestión. Lo importante es que, al existir la presión [de los criterios de convergencia], los gobiernos están haciendo cosas que debían haber hecho de todos modos. Es la presión lo que está consiguiendo que los gobiernos reaccionen. Está creando una dinámica propia. Ha transformado el perfil de la inversión pública en Europa. Esto puede verse muy claramente en España e Italia, bastante en Bélgica y también en Francia y Alemania.»

El proceso de *benchmarking* transforma las decisiones políticas en decisiones técnicas aparentemente neutrales y cuantificables. Quizá esta característica lo haya hecho tan popular entre los dirigentes políticos, nacionales y europeos. A comienzos de 1997, el comisario de Industria Martin Bangemann estableció un grupo dedicado a la comparación de referencias, el *Benchmarking Group*, para introducir este proceso como principio rector de toda la política europea. La Comisaría de Defensa de la Competencia se ha dedicado también a difundir el evangelio del *benchmarking*.

Existe el peligro real de que la estrategia tenga éxito y se institucionalice la competitividad internacional como el criterio fundamental en la toma de decisiones, consolidándose así el dominio de las políticas neoliberales en todos los terrenos de la política europea. Para evitar que esta Europa empresarial se convierta en realidad, un amplio movimiento popular por una Europa diferente deberá cuestionar las bases ideológicas de la actual Unión y reivindicar el derecho democrático a definir esta Europa diferente de acuerdo a sus propias prioridades.

Hacia una Europa diferente

La red de grupos críticos con la Unión Europea que se ha ido tejiendo durante

los diferentes foros alternativos a las cumbres europeas, comenzando en la Contra-Cumbre de Dublín en 1990 y reunida recientemente en Amsterdam, forma el núcleo lógico del amplio movimiento por una Europa diferente. Hasta ahora, la red no ha contado con una estructura muy organizada, sino que ha dependido básicamente de la iniciativa y de la capacidad de las distintas coordinaciones estatales para convocar encuentros alternativos durante la presidencia europea de su país. Esto ha supuesto que después del exitoso Foro Alternativo de Amsterdam en junio de 1997, el movimiento no haya tenido muchas oportunidades para avanzar en el desarrollo de una estrategia común. Si la red consigue establecer unas estructuras que propicien el debate y la toma de decisiones, aumentarán las oportunidades para frenar el desarrollo de la Sociedad Anónima Europea.

Tal maniobra hacia una Europa diferente supone la necesidad de desarmar todopoderosas instituciones antidemocráticas, como las multinacionales y la banca. Este desmantelamiento del dominio corporativo puede promoverse mediante medidas políticas relativamente sencillas, en oposición a la actual presión empresarial hacia la globalización, impulsando una relocalización de la actividad económica. Posibles medidas serían la introducción de un impuesto Tobin sobre las transacciones internacionales de capital, tasas sobre los movimientos especulativos de corto plazo o normas para acabar con el Estado de Bienestar empresarial (los fondos públicos transferidos a las grandes empresas) y evitar la competencia impositiva entre los Estados.

Las inversiones podrían regularse mediante condiciones como «instalarse aquí para vender aquí», decididas por las comunidades afectadas. La urgente reconstrucción de las economías locales

podría estimularse mediante una legislación sobre reinversión en la misma comunidad, así como con aportes directos de fondos públicos en agricultura sostenible, transportes colectivos en función de las necesidades sociales, rehabilitaciones urbanísticas, servicios sociales, salud y educación.

Debemos tener en cuenta que las actuales macroempresas, tan libres y desarraigadas, y el mercado global en el que se manejan ni son necesarias, ni inmunes al cambio. ¡Existe una alternativa para Europa! ¡No sigamos alimentando al monstruo! ■

Traducción de Cristina Leralta

• • •

Y el séptimo descansó...

El octavo día madrugó para inventar el Lunes.

Durante el noveno día se le ocurrió lo de la Competitividad, culpando a las mujeres de tentar a los hombres y expulsándonos a tod@s del Paraíso.

En la mañana del décimo día, encontrándose con que ya la Guerra se había generalizado, probó a crear Compañías Mercantiles que pusieran un poco de Orden en el Mundo.

Al atardecer, ya existían sólo dos Mafias que lo controlaban todo: una legal

y otra ilegal, pero ambas igual de irresponsables y sanguinarias.

Amanecía el día undécimo cuando empezó a percibir un olor nauseabundo, mezcla de residuos venenosos y sufrimiento generalizado.

Descubrió entonces el truco de la Realidad Virtual, para entretener a la gente y ganar tiempo mientras encontraba una solución.

Pero la cosa empeoraba con rapidez: al final del duodécimo día poca gente era ya capaz de pensar por sí misma, y habían desaparecido tantas especies y tantas culturas que el mundo presentaba un aspecto lamentablemente uniforme.

«Creo que va siendo hora de rectificar, y volver a abrir las puertas del Edén. Lo reconozco: he sido un padre demasiado duro e injusto. Tengo la certeza de que sin mis castigos y prohibiciones, y con toda la riqueza que hay en el Jardín, podrán vivir felices y no necesitarán ir al Hipermercado.»

Así estuvo pensando durante el decimotercer día.

Por la tarde anunció que esa misma noche se reabría el Paraíso con una gran fiesta por la Autogestión, durante la cual devolvería a las personas la capacidad de Amar, y Él se retiraría para siempre.

Anónima

Por si los fundamentalistas...



Por qué la crisis de gobierno de octubre en Italia

Luigi Vinci

En la primera mitad de octubre Italia ha sufrido una importante crisis del gobierno de Prodi, oficialmente abierta por Refundación Comunista (RC), formación que, aun no participando directamente en el gobierno, forma parte de su mayoría parlamentaria. La crisis se ha cerrado rápidamente con un nuevo acuerdo entre RC y la coalición de centro izquierda del Olivo —de la cual el Partido Democrático de la Izquierda (PDS) es su formación más importante.

La crisis ha sorprendido fuertemente a la totalidad de los observadores extranjeros, pero también a gran parte de la población italiana. En buena medida esta sorpresa se ha atribuido a los mensajes provenientes del gobierno de Prodi y de los medios de comunicación que lo han recogido y ampliado. Ellos continuamente han afirmado que la controversia abierta desde la primavera por parte de RC a propósito de las orientaciones de las leyes presupuestarias para 1998 se habría resuelto sin dificultad en cuanto se dieran las negociaciones

entre gobierno y RC. Éste, con sus mensajes alarmistas a propósito de la creciente probabilidad de una crisis de gobierno, no tenía otra intención que hacerse un poco de propaganda. En realidad, las negociaciones no se dieron hasta después de la apertura de la crisis. El gobierno Prodi, hasta que estalló la crisis, en realidad había evitado sistemáticamente negociar las leyes presupuestarias con RC, limitándose a contactos informales en los que no había presentado ninguna orientación precisa.

La alarma de RC tenía razones muy sólidas

Durante todo el año, relevantes miembros del gobierno Prodi —desde el mismo Prodi al ministro de Hacienda, Ciampi, o el de Trabajo, Treu— y el gobernador del Banco de Italia, Fazio, habían insistido cotidianamente en que las leyes presupuestarias para 1998 tuviesen importantes recortes del gasto social, so-

bre todo de las pensiones y específicamente del instituto italiano que en el sector privado de la economía permite, haciendo abstracción de algunas transgresiones parciales realizadas hace dos años por el gobierno Dini, alcanzar la pensión prescindiendo de la edad si se ha estado trabajando al menos treinta y cinco años. Esta campaña contra las pensiones había tenido un importante apoyo del conjunto de los medios de comunicación. La Cofindustria y las otras organizaciones patronales italianas habían visto —justamente— la señal de una intención por parte del gobierno Prodi, del Olivo y del PDS de colocarse de forma estable en posiciones neoliberales moderadas y, por tanto, habían cambiado su hostilidad hacia el gobierno por una posición sustancialmente favorable. Paralelamente había comenzado también una cauta pero insistente *batalla* por parte de la Cofindustria y los medios de comunicación y también de una parte de la derecha a favor de un cambio de la mayoría parlamentaria en el sentido de excluir a RC y de incluir a la derecha o una parte de la derecha. Alguna parte del Olivo ponía atención a esta *batalla*. La Comisión Europea, a su vez, había expresado la opinión de que el recorte de las pensiones era indispensable en Italia, con el fin de mantener fijo en el 3 por 100 el déficit público en los próximos años: haciendo así un soporte al gobierno Prodi, a los medios de comunicación y a la Cofindustria, ya que en Italia a la mayoría de la población le parece una opinión autorizada y sin posibilidad de contestación. Incluso la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el gobierno alemán habían intervenido contra las pensiones —en absoluto abundantes— de los trabajadores italianos. Ninguno, por tanto, de los innumerables anatemas y exorcismos del rito neo-

liberal ortodoxo y de los proverbios del Tratado de Maastricht se había ahorrado en esta campaña: si las leyes presupuestarias no alcanzasen a recortar las pensiones, los mercados habrían castigado horriblemente a la economía italiana, la lira se habría hundido, las tasas de interés habrían subido a las nubes, la economía se habría desplomado en la recesión, Italia no solo no habría entrado en la Moneda Única europea, ni siquiera habría podido mantenerse en la Unión Europea, etc. La conclusión, por tanto, de esta campaña era que la obstinación ciega de RC había que vencerla, por las buenas o por las malas.

Los mensajes tranquilizantes de Prodi y tan imponente campaña por el recorte de las pensiones se acompañaba, además, desde el inicio del verano con la apertura de una negociación entre el gobierno, las confederaciones sindicales y las organizaciones patronales para la reforma de todo el sistema de protección social. Iniciada con rimbombantes, aunque vacías, promesas de justicia social, rápidamente había terminado de ocuparse solo de lo que afectaba a recortes en la sanidad y las pensiones, sobre todo en la forma de cómo distribuir los perjuicios entre los distintos tipos de trabajadores. Y había sido sobre todo el secretario del PDS, D'Alema, quien insistía en incluir en esta negociación al secretario de la CGIL, Cofferati, convenciéndolo de centrar las discusiones en los recortes a las pensiones en las leyes presupuestarias y de que aceptara que los recortes fuesen sustanciosos.

Además, por parte del gobierno o de D'Alema se habían preparado mas iniciativas absolutamente inaceptables: desde la financiación estatal, a través de las leyes presupuestarias, de la escuela privada —que en Italia significa la escuela católica— hasta una legislación que mal-

trataba de la forma más incivilizada a los inmigrantes extracomunitarios; desde las privatizaciones del sector de las comunicaciones y del intento de comenzar a privatizar el sector de la energía, el de los transportes aéreos, a diversas medidas «rastreras» de flexibilización de las condiciones laborales; desde el acuerdo con la derecha en el seno de la comisión parlamentaria encargada de la revisión de la Constitución, para pasar en Italia de una república parlamentaria a una presidencialista, hasta el siempre indigno intento de esta Comisión de mutilar la autonomía del gobierno de sectores investigadores de la magistratura: es decir, bloquear los juicios más importantes contra la corrupción en la política o contra la criminalidad mafiosa.

En fin, todo el año en curso se había caracterizado por la arrogante pretensión en el Parlamento por parte del PDS y del Olivo de decidir sin discusión y acuerdo con RC las iniciativas que después toda la mayoría parlamentaria habría debido votar. Esto había llevado también a incidentes graves, como cuando la expedición militar italiana en Albania era rechazada en el Parlamento por RC y el gobierno había decidido incluso llamar a la derecha a apoyarla.

***La alarma de Refundación
Comunista se basaba también
en el particular diseño del conjunto
de hechos mencionados***

Este diseño estaba desde hace tiempo en la cabeza de D'Alema. Sus presiones habían convencido al inicio de este año a Prodi y en el verano a Cofferati: en este momento sólo se trataba de pasar a la acción. El objetivo, en pocas palabras, era obligar a RC a subordinarse al PDS y al Olivo: la alternativa, en el caso de que no hubiese aceptado subordinarse,

era obligar a RC a autoexcluirse de la mayoría parlamentaria en condiciones de total aislamiento político y de incompreensión de esta autoexclusión por parte de la población. En ambos casos, por motivos diversos, RC habría sufrido importantes consecuencias en su influencia entre los trabajadores, los pobres y toda la población, no solo en su papel en el Parlamento.

Un aspecto fundamental en este diseño consistía en la amenaza del inmediato recurso a adelantar las elecciones —al inicio de diciembre— en el momento en que RC, coherentemente con su rechazo a una ley presupuestaria que recortase las pensiones, hubiese abierto una crisis de gobierno. En estas elecciones anticipadas RC naturalmente habría concurrido aislada —habiendo sido la causante de la ruptura del gobierno— y el aislamiento habría llevado a dimensiones insignificantes la representación parlamentaria de RC, aun en caso de que hubiese aumentado sus votos. En efecto, el Parlamento italiano se elige en el 75 por 100 por el método mayoritario: por eso para conquistar un número no irrisorio de escaños es preciso que una formación de las dimensiones electorales de RC forme parte de una coalición. Pero no sólo: RC en estas elecciones se habría encontrado con fuertes dificultades ante parte de los simpatizantes de izquierda, hostiles con RC si hubiese caído por su culpa un gobierno en el que la más importante formación de la izquierda tenía sus ministros. Es más, la hostilidad habría sido de toda la población: en parte porque tradicionalmente es contraria al recurso de adelantar las elecciones, por la sensación de inestabilidad que esto transmite; pero sobre todo porque los medios de comunicación habrían difundido la tesis de la irresponsabilidad y del aventurismo de RC, a pesar de los problemas econó-

micos de Italia y del gran destino que le esperaba a partir de su entrada en la Moneda Única europea. Además, dado el método electoral, claramente mayoritario, se habría dado una agitación también sobre el voto a RC como un voto desperdiciado —y por tanto sobre el voto al PDS como único voto útil de izquierda—. Por tanto, D'Alema contaba también, en caso de elecciones anticipadas, con la modificación de los resultados electorales de RC.

En octubre, resumiendo, RC, según este diseño, se habría encontrado completamente aislada frente a unas leyes presupuestarias que contenían fuertes recortes de las pensiones. RC, por tanto, habría debido decidir de qué modo suicidarse: si dando una batalla desesperada cuya salida habría sido unas elecciones anticipadas que la habrían situado al margen de la política italiana o bien sufrir, apoyando las leyes presupuestarias, una importante caída de credibilidad entre las clases populares por un lado y el ámbito del PDS por el otro.

Evidenciadas las intenciones de D'Alema y la posterior adhesión a ellas de Prodi y Cofferati y, más en general, constatada durante todo el año la actitud del PDS, del Olivo y del gobierno Prodi de colocarse establemente en posiciones neoliberales moderadas, RC había declarado, desde la primavera, que por este camino se habría dado la crisis de la mayoría parlamentaria y, por tanto, la crisis de gobierno, y que la prueba decisiva para mantener o no la mayoría era la ley presupuestaria. Ley que en Italia ha estado precedida al comienzo del verano por un documento de programación trienal de gobierno —sustancialmente un cuadro de intenciones— que ha sido discutido y votado en el Parlamento. Y así, en julio RC, intentando poner de manifiesto claramente la situación de precrisis, se abstuvo sobre

aquel documento en el Senado: esto es, en la parte del Parlamento italiano donde el Olivo, a diferencia de la Cámara de los Diputados, dispone sola de la mayoría. Pero D'Alema y Prodi habían dado muestras de no querer modificar sus orientaciones. No era, por tanto, difícil prever que con la presentación en octubre por parte del gobierno en el Parlamento de la ley presupuestaria se habría iniciado un enfrentamiento muy duro.

Además, la posición de RC había tenido una evolución a lo largo del verano —a partir de la victoria electoral de la izquierda en Francia— que la alejaba cada vez más del PDS, del Olivo y del gobierno Prodi. RC se orientaba no solo en el sentido de continuar protegiendo (como el año anterior, de acuerdo con las razones iniciales de la propia participación en la mayoría parlamentaria) el gasto social frente a los recortes que el neoliberalismo, también en sus versiones moderadas de centro izquierda, y el Tratado de Maastricht imponen como condiciones tanto del crecimiento económico como de la Moneda Única europea, pero también en el sentido de actuar para llevar, por las buenas o por las malas, al gobierno Prodi a tesis políticas económicas progresistas, sobre todo para afrontar la cuestión del desempleo masivo. En Italia, que como se sabe es un país con muchas diferencias económicas, el desempleo está muy concentrado en las regiones meridionales, donde supone casi el doble de la media nacional y más de tres veces la media del centro-norte. En Italia ese es el problema social más grave e insoportable.

Más allá de la repercusión de la victoria de la izquierda en Francia (los acontecimientos políticos de este país han tenido siempre una gran influencia sobre Italia) y la necesidad de que Italia no dejase sola la experiencia política de la izquierda en este país vecino, era preciso

actuar en este sentido con determinación, reafirmando la intención de RC de tomar la iniciativa, para lo que había otros datos. En primer lugar, el descenso de la presión sobre Italia desde la derecha neoliberal y desde las instituciones de gobierno de la Unión Europea y de Alemania, como consecuencia, sobre todo, del agravamiento de la crisis política y social en Alemania, de la victoria laborista en Gran Bretaña y, en ese momento, de la victoria de la izquierda en Francia. En segundo lugar, los datos de la economía italiana: el paso del déficit de más del 7 por 100 en 1997 al 3 por 100 en 1998, gracias a los recortes en el gasto público de más de 100.000 millones de liras y la entrada en una fase expansiva. Por eso, ¿qué impedía que se comenzase a actuar a gran escala contra el paro masivo más que las orientaciones políticas dominantes?

Por tanto, desde el verano RC se encaminaba a abrir la confrontación y, si era preciso, el enfrentamiento con el gobierno Prodi, el PDS, el Olivo y las mismas confederaciones sindicales con el objetivo de una ley que redujese el horario semanal de trabajo a 35 horas sin deterioro de las retribuciones y proponiendo una agencia estatal destinada a una terapia de *shock* contra el paro en la Italia meridional.

Naturalmente, todo indicaba a RC que, si se daba el enfrentamiento para imponer a D'Alema y a Prodi las propias razones, se pasaría por una crisis de gobierno. RC estaba muy preocupada por los riesgos de tal crisis: la ruptura con los simpatizantes de izquierda, su propio aislamiento, la posibilidad de que la crisis desembocase en unas elecciones anticipadas que ganase la derecha, la drástica reducción de su propia representación parlamentaria. Y el enfrentamiento y también la apertura de una crisis de gobierno le parecían cada vez más

a RC, en un análisis atento de la situación, los medios indispensables no solo para parar la involución del gobierno Prodi, sino para situarlo claramente a la izquierda. Apostar en cambio por un menor nivel de determinación por parte de RC habría significado solo perder.

Las bazas más eficaces a disposición de las intenciones de D'Alema eran indudablemente, además de Prodi, Cofferati y los medios de comunicación.

Además, eran totalmente hostiles a las propuestas concretas de RC sobre el desempleo casi todos los medios de comunicación, obviamente la patronal, la práctica totalidad de las otras fuerzas políticas y también las confederaciones sindicales. Y se daba la misma situación en lo que respecta a la defensa integral de las pensiones por parte de RC.

Cofferati, en el contexto de la crisis, moverá con extrema fuerza a la CGIL contra RC y se pronunciará a favor de las elecciones anticipadas. Fueron determinantes para tal aversión sus convicciones políticas específicas. En general, la hostilidad de las confederaciones sindicales a las posiciones de RC la motivaba el hecho de ver puesta en cuestión una práctica italiana consolidada de «concertación» en materia social entre gobiernos, confederaciones sindicales y patronales, a la que los grupos dirigentes de las confederaciones sindicales están habituadas. En concreto, la «concertación» les ha cooptado a la élite política y social que decide en la política económica italiana.

En concreto, la «concertación» ha sido sistemáticamente en estos años en Italia el modo privilegiado del gobierno y de la patronal para erosionar progresivamente y finalmente anular conquistas de gran importancia de los trabajadores y, al mismo tiempo, evitar su reacción: gracias por un lado a la intervención moderadora de los aspiraciones de go-

bierno y patronales y, por otro, a las presiones sobre los trabajadores por parte de las confederaciones sindicales. Ha sido por tanto la «concertación» la vía por la que en Italia se ha producido la destrucción de la «escala móvil» (crecimiento automático de las retribuciones de los trabajadores en relación al crecimiento del coste de la vida) y el deterioro de las pensiones. Esta última fue permitida hace dos años por las confederaciones sindicales al gobierno Dini —un gobierno «técnico» apoyado por el PDS—, sólo un año después de aquella impresionante huelga general convocada por las mismas confederaciones sindicales contra el gobierno de la derecha de Berlusconi —que luego entró en una crisis irreversible— porque había intentado una operación absolutamente idéntica a la que posteriormente realizaría Dini, pero sin pasar por la «concertación».

Al mismo tiempo, el diseño de D'Alema encontrará crecientes dificultades, que finalmente lo harán imposible. Varios sectores del PDS consideraban las elecciones anticipadas una aventura y en el contexto de la crisis se opondrían a ir a ellas. En su opinión, no era cierto en absoluto que el Olivo pudiese vencer estas elecciones sin alianza con RC: en cambio podría ganar la derecha y por tanto el Olivo quedaría excluido del gobierno; o bien, a pesar de su cambio de representación parlamentaria, RC podría volver a ser necesaria en la composición de una mayoría de centro izquierda. También se declararon contrarias a las elecciones anticipadas la CISL (la confederación sindical católica) por un lado y casi toda la derecha por otro. Las formaciones de orientación centrista presentes en el Olivo, a su vez, no solo compartieron las valoraciones prudentes expresadas en el PDS a propósito del éxito de eventuales elecciones anticipadas,

sino que manifestaron importantes reservas al intento hegemónico de D'Alema en la izquierda: ya sea por el peligro de un cambio desventajoso en sus relaciones de fuerza dentro del Olivo como por el peligro de una puesta en cuestión de su propia autonomía. Finalmente, también es hostil a las elecciones anticipadas el presidente de la República, Scalfaro: en parte porque está ligado al PPI —la formación católica presente en el Olivo—, en parte porque las elecciones anticipadas habrían significado por su parte la tercera disolución anticipada consecutiva del Parlamento italiano.

Por último, el 10 de octubre se celebrará en París la conferencia acordada por el gobierno francés sobre el empleo. Conociendo la información, RC consideraba altamente posible que Jospin hubiera cumplido en aquella ocasión la promesa electoral de una ley que supusiera la reducción del horario semanal de trabajo a 35 horas con igual retribución. Lo que, con mucha probabilidad, habría presionado fuertemente sobre la crisis italiana en el sentido de desbloquearla: por la dificultad del PDS en aquel momento de continuar rechazando en Italia ante RC la misma ley sobre el horario de trabajo que el gobierno Jospin —un gobierno conducido por una formación como el PDS, perteneciente a la Internacional Socialista y al Partido Socialista Europeo— se empeñaba en realizar en Francia. Y es exactamente con esta dificultad con la que D'Alema y con él el gobierno Prodi vendrían finalmente a encontrarse.

Pero si las elecciones anticipadas, por tanto, eran un arma descargada o un *bluf*, entonces D'Alema y Prodi habrían debido o buscar un acuerdo con RC o formar otra mayoría parlamentaria sin RC y con una parte más o menos amplia de la derecha. Si hubiesen elegido formar tal mayoría parlamentaria, ha-

brían hecho un daño grandísimo de imagen ante el electorado de izquierdas y la población italiana, daño que hubiera afectado al PDS y al Olivo, pero no a RC. La derecha, en cambio, habría impuesto una ley presupuestaria todavía más antisocial, lo que habría ampliado posteriormente la influencia de RC, etc.

Por eso, en el duro enfrentamiento que se iba a producir, RC no sólo habría contado con más aliados de hecho; no sólo se habría beneficiado enormemente por la decisión de Jospin de poner en práctica por ley la reducción del horario de trabajo a 35 horas con la misma retribución, sino que sobre todo —dado lo improbable de elecciones anticipadas— Prodi y D'Alema, a pesar de haber sostenido todo lo posible sus posiciones intransigentes, con toda probabilidad habrían debido llegar a un acuerdo con RC, realizando concesiones importantes.

Este era el razonamiento de RC: finalmente, por todas estas razones, con toda probabilidad se haría realidad.

Queda por decir que existía obviamente una posibilidad de que la crisis no fuese reversible, tanto por la extrema determinación con la que D'Alema había hecho el intento de crear el vacío a su izquierda como por la misma determinación de RC por conseguir un acuerdo que fuese satisfactorio. RC no habría aceptado nunca plegarse a una ley presupuestaria que recortase las pensiones de forma importante y que no contuviese elementos de cambio en la política económica en el terreno de la lucha contra el desempleo masivo coherentes con el cambio que avanzaba en Francia. No habría reproducido ante las clases populares italianas el espectáculo desmoralizante dado tantas veces por el viejo PCI, que declaraba la más firme intransigencia en los objetivos sociales, pero luego los cambiaba

por beneficios institucionales (no habría cesado en su batalla por las pensiones y por el trabajo a cambio de mantener su participación en la mayoría parlamentaria). No habría aceptado nunca el subordinarse a directrices neoliberales moderadas y todavía menos a su fundamental portavoz hoy en Italia, el PDS de D'Alema. No habría contribuido tampoco al proceso de alejamiento de las clases populares italianas de la política, de la izquierda y de la democracia, sino que continuaría luchando, aun a pesar de grandes sacrificios, por su repolitización y su retorno a la lucha de clases.

La crisis, como se quería demostrar, durará una semana y se cerrará con un acuerdo. Se iniciará de forma muy arrogante, Prodi presentará su ley presupuestaria con amplios recortes en las pensiones. A causa de esto, RC declarará su salida de la mayoría parlamentaria, lo que significaba que el gobierno Prodi no tenía la mayoría. El PDS a su vez atacará a RC de forma furibunda y los medios de comunicación lo secundarán totalmente. Después, la posibilidad de elecciones anticipadas desaparecerá rápidamente, RC relanzará la propuesta de negociación y Prodi y D'Alema se verán obligados a aceptarla y a conceder a RC gran parte de lo que había pedido.

Por eso la guerra en la izquierda cuidadosamente buscada y preparada por D'Alema para conseguir dejar al margen de la política italiana a RC y modificar orgánicamente el gobierno Prodi hacia unas posiciones neoliberales moderadas se ha resuelto con el relanzamiento de la participación totalmente autónoma de RC en la mayoría parlamentaria y con una apuesta sólida en la izquierda de las posiciones del gobierno. Y la mejor demostración de que ha sido esta la conclusión de la guerra de D'Alema (el resultado de la crisis de go-

bierno a principios de octubre en Italia) se puede ver en el cambio de comportamiento de la Cofindustria en sus enfrentamientos con el gobierno Prodi, al que ha vuelto a oponerse duramente.

El intento de D'Alema de someter a sus aliados o de destruir a quien no está con él ha encontrado una grave derrota. Y ha emergido con mucha claridad el carácter aventurero de las directrices practicadas por D'Alema y los graves daños que producen en las clases populares y en la misma democracia italiana. Basta con mirar —ya lo he señalado— los resultados desastrosos de la iniciativa de hace un año de D'Alema de promover (a través de una comisión parlamentaria presidida precisamente por él) la «reforma» de la Constitución y, por tanto, del orden constitucional en Italia, hoy ya entendido. Además, con esta iniciativa y, es más, con el conjunto de sus actos, D'Alema ha representado el principal elemento de dificultad y de inestabilidad, en todo el año y medio de su existencia, de la mayoría parlamentaria y del gobierno Prodi. Sostenido por el importante culto a la personalidad por gran parte de los medios de comunicación, el malestar en sus enfrentamientos en el Olivo y en el mismo PDS está creciendo y antes o después sucederá cualquier cosa.

La vía de cambio en la política económica de gobierno conquistada por RC está claro que no es fácil en absoluto. La solución positiva de la crisis de gobierno no ha cambiado, ciertamente, las formas de pensar dominantes en el PDS, en el Olivo ni en el gobierno Prodi, pero ha demostrado toda la fragilidad que hoy contienen estos modos de pensar y además ha permitido un espacio más a la izquierda (que existe) en el PDS, en el Olivo y en el mismo gobierno Prodi.

La apertura en Italia de este giro en la política económica es también una importante indicación de cómo, con los ai-

res distintos que se empiezan a respirar en la Unión Europea, las mismas socialdemocracias más moderadas (como son el PDS y la misma coalición del Olivo) se encuentran a su izquierda obstáculos relevantes y dispuestos a luchar y no consiguen poner en práctica sus orientaciones más o menos neoliberales, en cambio se ven obligadas a importantes rectificaciones y concesiones.

Al mismo tiempo, este giro en la política económica está comenzando a hacer comprender a la mayoría de la población italiana que en absoluto hay obligación, para sanear las cuentas del Estado o para formar parte de la Moneda Única europea, de recortar el gasto social y empeorar las condiciones de vida de los trabajadores o de los humildes. Ayuda a hacerles comprender que no es cierto que una política positiva de empleo no sea posible más que con costes insostenibles para las empresas y para el sistema económico, y hace comprender, por tanto, que las reglas de la política económica del neoliberalismo y los parámetros del Tratado de Maastricht son también, y ante todo, opciones ideológicas al servicio de los intereses de los grandes capitales y de la parte superior de las capas medias.

Finalmente, el gobierno francés no ha permanecido solo en su intento de diseñar un desarrollo hacia la Moneda Única europea sustancialmente alternativo con respecto al impuesto en los años pasados por las derechas neoliberales europeas y sancionado en el Tratado de Maastricht.

El acuerdo con RC obliga al gobierno Prodi a no realizar (con la ley presupuestaria de 1997) recortes en las pensiones de los trabajadores y de todos aquellos otros trabajadores asalariados que realizan funciones «equivalentes» a los cualificados. Esta propuesta no se infravalora por más razones. Finalmente, las

confederaciones sindicales ya habían permitido al gobierno recortar las pensiones de todos los trabajadores asalariados no cualificados. Paradójicamente, habían resuelto las diferencias que contenían a propósito de la distribución de los recortes de las pensiones acordando con el gobierno recortes para todos los trabajadores asalariados, excepto para los cualificados. Además, en Italia existe desde hace veinticinco años un «encuadramiento único» del trabajo dependiente que ha abolido las distinciones entre cualificados y empleados. En conclusión, aquella propuesta no solo ha reducido mucho los recortes en el gasto de las pensiones deseado por el gobierno: sobre todo ha desorganizado totalmente la posibilidad de efectuar recortes de importancia en el gasto de pensiones sobre la vertiente del trabajo asalariado con retribuciones medias y bajas, dirigiéndolas casi completamente sobre las pensiones distribuidas por el sector público en mejores condiciones y las de rentas más elevadas. Finalmente, el acuerdo entre gobierno y RC de hecho comporta que estos sean los últimos recortes de una historia ya demasiado larga de ataques a las pensiones de los trabajadores italianos.

Este acuerdo prevé que algunas atenciones sanitarias —las relativas a las enfermedades muy graves o crónicas— se hagan gratuitas siempre en el contexto de la ley presupuestaria— y sean por tanto abolidos los *tickets* a cargo del paciente.

En el terreno del empleo, el acuerdo entre el gobierno Prodi y RC prevé una ley sobre la reducción del horario de trabajo a 35 horas semanales con igualdad de retribuciones —a publicar a final de enero—, sobre la base de los resultados de una negociación del tema entre gobierno, confederaciones sindicales y patronal. Pero tal reducción de horario deberá, en cualquier caso, es-

tar totalmente vigente en enero del 2001. Además, el acuerdo prevé la creación de una agencia estatal para la ocupación en la Italia meridional, financiada con los ingresos por las privatizaciones del sector de las telecomunicaciones. Esta agencia no tendrá todavía poder para actuar directamente (como ha pedido RC, con la mirada puesta en el aspecto de actividades socialmente útiles: la protección del medio ambiente, del patrimonio cultural urbano, de la recuperación de las periferias urbanas degradadas, de la atención a los enfermos, ancianos, minusválidos, etc.), sino solo para activar indirectamente el trabajo (a través de financiación municipal, regional, cooperativas, empresas privadas).

Posteriormente, el acuerdo define el interés del gobierno de actuar contra la evasión fiscal (plaga de grandes dimensiones en Italia). Para ello el gobierno Prodi —siempre dentro de las leyes presupuestarias— realizará importantes ampliaciones de los organismos encargados y mejoras tecnológicas en los sectores de la administración estatal encargados del control fiscal.

Además, el gobierno Prodi se ha comprometido a realizar consultas periódicas, en relación a sus orientaciones generales y antes de cualquier medida importante, a toda su mayoría parlamentaria: esto significa el fin de la exclusión de RC de las discusiones y de las negociaciones que definen las orientaciones y actuaciones del gobierno.

Formalmente, el ámbito temporal del acuerdo se refiere solamente al año próximo. De hecho, RC ha rechazado la propuesta de participar en la mayoría parlamentaria hasta el final de la legislatura (es decir, tres años), porque habría sido una propuesta vacía.

Con este acuerdo entre el gobierno Prodi y RC los terrenos de la confron-

tación política en Italia cambian y se apuesta claramente por el avance.

El enfrentamiento político ya ha comenzado, naturalmente. La discusión de la ley presupuestaria está actualmente desarrollándose en el Parlamento: RC intentará mejorarla posteriormente y otros intentarán empeorarla. Actualmente está finalizando la negociación entre el gobierno Prodi y las confederaciones sindicales para definir exactamente quiénes son los trabajadores dependientes «equivalentes» a los cualificados; después los resultados de este debate entrarán en la discusión parlamentaria de las leyes presupuestarias: RC intentará que esta propuesta afecte al mayor número de trabajadores y otros lo intentarán en sentido contrario. En enero comenzará una negociación entre gobierno, confederaciones sindicales y patronal para definir las modalidades específicas de la ley sobre reducción a 35 horas el trabajo semanal con las mismas retribuciones para el 2001. La patronal intentará impedir que se llegue a una ley que fije la importancia de la reducción del horario y la secuencia con la que ha de ponerse en marcha y podría encontrar audiencia en las confederaciones sindicales o en alguna de ellas: RC podría necesitar hacer presión para que el gobierno cumpla el acuerdo que puso fin a la crisis.

La dureza de la propia confrontación de octubre ha dejado secuelas en la misma RC

Han surgido elementos de debilidad subjetiva, algunos de los cuales no eran previsible.

RC existe desde hace menos de siete años y en este período no ha conseguido todavía dar un salto sustancial ni en su consolidación organizativa entre las

clases populares ni en su influencia entre las diferentes clases de agentes sociales que actúan en los aparatos que orientan las formas de pensar de la población —en los aparatos «ideológicos» RC permanece como una formación demasiado débil sobre temas importantes—, sobre todo teniendo en cuenta las dimensiones y la calidad de sus objetivos de representar y defender intransigentemente los intereses de las clases populares y de alcanzar ser un gran partido de masas, con capacidad de importantes movilizaciones sociales, etc.

La debilidad de RC en los aparatos «ideológicos» y en sus agentes ha hecho que en el período más duro de la crisis no haya alcanzado ni siquiera mínimamente a reaccionar ante un ataque que falseaba sus posiciones y era seriamente denigratorio (incluido el linchamiento cotidiano del secretario general Bertinotti), realizado por los medios de comunicación, con la televisión estatal a la cabeza, por cuenta del PDS.

Esta experiencia ha permitido también a RC constatar cómo la degradación concreta de la democracia en Italia haya llegado a un nivel absolutamente preocupante y esto también por la contribución a su degradación por parte de fuerzas políticas y sociales de centro izquierda. El PDS de D'Alema, de hecho, hoy está invadiendo los espacios abandonados —tras la Tangentópolis— por la DC y por el PSI y para este fin está utilizando las peores armas y está secundando y generalizando las tendencias antidemocráticas operantes durante el último período de dominio de la DC y del PSI. Desde las propuestas de la comisión parlamentaria presidida por D'Alema para pasar a la república presidencial y de reducción de la autonomía del sector investigador de la magistratura ya citado. Se une además que la república presidencial debería acompa-

ñarse, en las intenciones del PDS, de un reforzamiento del poder del gobierno respecto al Parlamento. Ya he señalado que la ley electoral es fundamentalmente mayoritaria (el PDS quería cambiarla por otra totalmente mayoritaria). Ya he hablado de la «concertación» entre el gobierno, patronal y confederaciones sindicales: es decir, desde las posiciones neocorporativas desde las cuales los grupos dirigentes de las confederaciones sindicales se han dejado atrapar. Los medios de comunicación italianos han constituido hoy una especie de partido único neoliberal mínimamente articulado en dos corrientes —una extremista al servicio de la derecha y otra moderada al servicio del centro izquierda—, pero que salta compacto y destructivo cada vez que siente que se agrede, aunque sea ligeramente, a las directrices fundamentales de la política económica neoliberal o las indicaciones del Tratado de Maastricht, o siquiera advierte críticas a la centralización neoliberal de los poderes estatales en manos del gobierno. Los canales de la televisión estatal más sometidos al control del PDS, que en los días más duros de la crisis abrió un noticiario político vespertino con una manifestación de amas de casa del PDS contra RC y habló de la «absurda crisis» abierta por RC, simboliza bien todo el clima creado por los medios de comunicación en su conjunto en aquellos días, que expresa la actitud real del PDS de D'Alema. En RC ha comenzado una reflexión sobre estos procesos de degradación antidemocrática, con la intención de abrir rápidamente un frente de batalla contra ellos.

La debilidad, a su vez, de la implantación organizativa de RC entre las clases populares ha impedido a sus militantes poder contraatacar en los días más duros de la crisis y los ha dejado encerrados en sus sedes.

Pero, sobre todo, una parte importante de sus cuadros medios no ha actuado preparando adecuadamente al conjunto de los militantes cuando se preveía la crisis, no obstante las continuas llamadas de la dirección de RC: estando bien orientada sustancialmente, desde que los soporíferos mensajes del gobierno Prodi para los cuales la crisis no llegaría. En muchas federaciones los grupos dirigentes han continuado durante meses y hasta el mismo día de la apertura de la crisis ocupándose de las elecciones municipales de noviembre, preparando las listas e informes unitarios con las otras fuerzas del Olivo y discutiendo con ellas sobre la composición de los futuros gobiernos municipales, tranquilos e indiferentes a todo el resto de la política. Está claro que con estos métodos de dirección y de trabajo ampliar la implantación organizativa de RC entre las clases populares va a seguir siendo sólo un deseo. La crisis, por tanto, ha permitido conocer mejor que los límites organizativos y de influencia directa entre la población se han debido también a defectos importantes de orientación de una parte de sus cuadros. Finalmente, una parte no pequeña de sus grupos parlamentarios y de la misma dirección central no han aguantado el choque en el período más duro de la crisis. Sobre todo esto ha iniciado también RC una discusión y se hará el balance.

El electorado de RC parece haber respondido a la crisis de gobierno ampliándose

Una parte del electorado, la más cultivada políticamente, tanto perteneciente a las clases medias como al trabajo asalariado, ha expresado sus reservas sobre la oportunidad de una confrontación tan dura e importante por sus ob-

jetivos y, sobre todo, ha expresado su contrariedad por la apertura de la crisis de gobierno, temiendo que fuese irreversible. Esta parte del electorado de RC por un lado y aquella más sensible al tema de la unidad de la izquierda por otro, la más influida por los medios de comunicación. Una excepción importante han sido los trabajadores del metal ligados a la FIOM-CGIL y su misma mayoría de dirigentes a nivel central: por su parte, en el transcurso de la crisis ha tomado muchas iniciativas que afirmaban la necesidad de mantener unida la izquierda italiana y, por tanto, de no dejar caer el gobierno Prodi, pero al tiempo marcaba la necesidad de un giro en la política económica del gobierno del Olivo, en concreto a través de una ley que redujese el horario de trabajo. Esta intervención de los metalúrgicos de la FIOM contribuirá a la solución positiva de la crisis.

Otra parte del electorado de RC, a pesar de no haber compartido el enfrentamiento duro y sus objetivos, sí ha compartido la apertura de la crisis de gobierno o bien ha estado disponible a asumir los riesgos de que fuera irreversible. Se trata, en líneas generales, de la parte más popular y de una politización elemental de RC. Para entender mejor la composición de esta parte del electorado de RC se puede ver la composición de los participantes en la manifestación de 200.000 personas totalmente posicionadas, militantes de RC o simpatizantes que pertenecían —bastaba leer las pancartas o escuchar las consignas— casi completamente a esta parte del electorado de RC. Eran en su menor parte trabajadores y pensionistas entre cincuenta y sesenta años y la mayor parte,

jóvenes del pueblo, sobre todo, parados o trabajadores precarios, de unos veinte años.

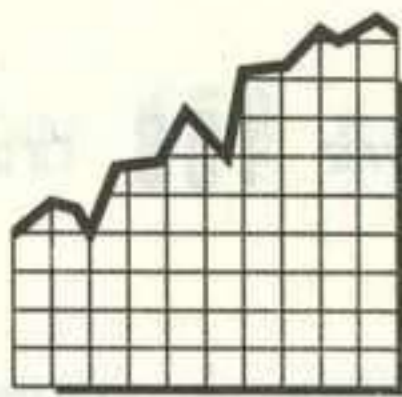
Los sondeos electorales en el transcurso de la crisis y posteriormente, en cambio, han continuado asignando a RC porcentajes muy elevados (en torno al 12 por 100) similares a los de antes de la crisis, y a veces en ascenso.

Todo esto ofrece muchos elementos útiles para una reflexión actualizada sobre los complejos efectos en las condiciones sociales, en las actitudes políticas y culturales y también del modo de estar en la izquierda, para el que los tumultuosos procesos de estos años en la economía, en la política y en la información han sido determinantes en Italia. Sin tal reflexión será difícil para RC incidir con su programa y diseñar las modalidades de sus iniciativas de movilización social y de su misma construcción organizativa.

La experiencia de esta crisis está abriendo en RC una importante discusión, no breve, sobre algunas cuestiones que no son fáciles

La orientación dominante es en el sentido de tener consolidada la ruptura de los últimos años —la de la clara apuesta de RC a la izquierda con respecto al viejo PCI, del que proceden la mayoría de sus cuadros—. Por otro lado, este es el único rumbo posible para permitir a RC representar adecuadamente a las clases populares italianas, esto es, siendo antagónicos al neoliberalismo y, más en general, al capitalismo. ■

Traducción de Araceli Ortiz



La pequeña y mediana empresa en Cuba *

Pedro Monreal González / Julio Carranza Valdés
Luis Gutiérrez Urdaneta

En el necesario debate sobre la reestructuración de la economía cubana, el análisis del tema de la propiedad es ineludible. Sin embargo, éste ha sido relativamente poco atendido en la discusión teórica más reciente en Cuba.

En este artículo hemos intentado introducir en la polémica dos momentos de la discusión del tema de la propiedad de la pequeña y mediana empresa en Cuba (1). En su primera parte se aborda la insuficiente conexión actual de las formas de actividad económica privadas existentes en el país con otros elementos de los cambios económicos emprendidos en Cuba en la década de los noventa,

problema que abordamos a partir del análisis de las causas concretas de la alta rentabilidad en actividades del trabajo por cuenta propia. En la segunda parte se revisan aspectos del tema de la propiedad de la pequeña y mediana empresa en el contexto de un proyecto integral de cambios de la economía cubana, asunto que, por supuesto, conduce a la consideración de los límites a la expansión de la empresa privada en la lógica de un modelo socialista. Para decirlo de otra manera, abordamos el desarrollo del sector no estatal nacional en Cuba, su presente, y la que pudiera ser —en opinión de los autores— una trayectoria futura.

(*) Este artículo fue beneficiado con los valiosos señalamientos del doctor Hugo Azcuy, recientemente fallecido, y de Juan Valdés Paz, ambos investigadores del Centro de Estudios sobre América. No obstante, las opiniones aquí vertidas son de exclusiva responsabilidad de los autores.

(1) Nos referimos, en lo fundamental, a las actividades de la industria y los servicios. A los efectos del presente artículo el concepto de empresa privada se relaciona con el control privado de los medios de producción y la contratación de fuerza de trabajo ajena, e incluye además al trabajador por cuenta propia. Por empresa cooperativa se entiende aquella en que participan como propietarios o arrendatarios varios individuos, quienes operan como productores directos, participan en la dirección colectiva de la entidad y se reparten los beneficios. También se consideran cooperativas aquellas entidades en las cuales se utiliza trabajo asalariado, siempre que en lo fundamental los productores directos sean cooperativistas.

**El cuentapropismo:
¿una actividad de ricos?**

Hasta la primera mitad de 1993, los cambios económicos implementados en la economía cubana, como respuesta a la crisis, apuntaron, en lo fundamental, a la activación y reorientación del sector externo. Ya para el segundo semestre de ese año, las reformas de orientación mercantil comenzaron a rebasar el ámbito de ese sector y se dirigieron a esferas vinculadas a la economía interna.

La creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) en la agricultura cañera y no cañera constituyó una importante modificación de las formas de propiedad y organización de la producción. Aunque representó un giro en la dirección, claramente estatizante, que había seguido la organización de la agricultura cubana desde la década de los sesenta, de ninguna manera fue inconsistente con la concepción del proyecto socialista, en la medida que no conducía a una «desocialización» de la propiedad sobre la tierra.

Sin embargo, aunque con menor impacto económico, la ampliación del trabajo por cuenta propia fue más bien considerada un «retroceso» en la esfera de la propiedad. Significó el reforzamiento de la presencia del sector privado, hasta entonces considerado como un ele-

mento marginal y muchas veces extraño, en la noción del socialismo en Cuba (2). Los altos niveles de ingresos que desde los setenta ha obtenido el sector privado en Cuba —en su expresión más simple, el «cuentapropismo» y las tensiones económicas y sociales que ha generado— han constituido de hecho una contratendencia de la política de distribución equitativa del ingreso llevada a cabo por el gobierno revolucionario y, sobre todo, contradictoria con el principio de distribución con «arreglo al trabajo». Esta situación ha contribuido, por ser la más socialmente «visible», a una percepción políticamente negativa del autoempleo y a su admisión, cuando más, como un elemento coyuntural.

La aceptación de un pequeño sector privado en los tiempos anteriores a la crisis, limitado al «cuentapropismo», que operaba en restringidos márgenes de actividad y con fuertes regulaciones, obedeció a las limitaciones por parte del Estado de ofertar ciertas producciones y servicios a la población (3). En 1993, en el contexto de una crisis económica aguda, el motivo anterior se reforzó y se adicionó de manera cada vez más palpable, su contribución como fuente alternativa de empleo.

No obstante, desde 1993 hasta la fecha, la política con relación al «cuentapropismo» ha estado sujeta a indefini-

(2) Con la «ofensiva revolucionaria» de 1968 se nacionalizaron 5.630 pequeñas unidades privadas, a las cuales se vinculaban 120.000 personas. La implantación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, mediante el Decreto-Ley número 14, de 1978, concedió un estrecho espacio para el trabajo por cuenta propia. Así, de 30.000 existentes en 1970, la cifra de cuentapropistas se elevó a 39.500 en 1985. Con las acciones emprendidas en el marco del «proceso de rectificación» en la segunda mitad de los ochenta, el número se redujo a 25.200 en 1989. En 1993, con el Decreto-Ley número 141 y la Resolución Conjunta número 1 CETSS-CEF se ampliaron los actividades a ejercer por cuenta propia. A fines de 1995 tenían licencia 208.500 trabajadores por cuenta propia. Cfr. MARTINEZ, S. «Trabajo por cuenta propia. Diálogo con Salvador Valdés Mesa», ministro de Trabajo y Seguridad Social, en *Granma*, La Habana, 1 de julio de 1995; *Anuario Estadístico de Cuba*, Comité Estatal de Estadísticas, La Habana, varios años; y LEE, S. «Batallas priorizadas: ordenar el trabajo por cuenta propia, garantizar el cobro de impuestos y eliminar toda ilegalidad», en *Granma*, La Habana, 29 de diciembre de 1995.

(3) Cfr. GACETA OFICIAL DE LA REPÚBLICA. *Decreto-Ley número 14. Sobre el ejercicio de actividades laborales por cuenta propia*, La Habana, 7 de julio de 1978.

ciones y cambios frecuentes y se identifica más bien con su permisibilidad que con su fomento. De otra parte, su incoherencia con acciones y reformas en otras áreas ha hecho que una de sus características más notables sean los altos niveles de rentabilidad, muy superiores a los obtenidos en períodos precedentes y que no se corresponden, de manera general, con el nivel de su tecnología ni con su intensidad del trabajo. Esto ha sido fuente de agudas tensiones con el sector estatal en la asignación de fuerza de trabajo y recursos materiales (4).

Con frecuencia se argumenta que los elevados ingresos de los «cuentapropistas» se asocian al deprimido nivel de la producción, de manera que con la recuperación de los niveles de la oferta estatal esta situación se modificaría sensiblemente. Esta explicación sería relevante sólo si se considera que la depresión de la oferta estatal es un fenómeno transitorio y que fuera posible rearticular, en sus rasgos fundamentales, un modelo económico como el que rigió en Cuba hasta los ochenta. Aun en ese escenario hipotético, se mantendría, aunque probablemente a niveles disminuidos, la alta rentabilidad del trabajo por cuenta propia (5).

Si se descarta la alternativa de una significativa recuperación de la oferta

estatal en el corto y el mediano plazo asociada al restablecimiento de un modelo económico que en lo fundamental preservase el existente en Cuba hasta los ochenta —el cual para ser viable tendría que operar en un contexto de relaciones económicas internacionales que hoy no es posible reproducir—, entonces sería necesario considerar al sector no estatal desde otra perspectiva. En particular habría que mantener un enfoque sistémico de la reestructuración de la economía cubana.

El análisis de las causas que originan la anomalía de los ingresos desproporcionados de este sector será útil en la medida en que ayude a comprender que la superación de tales anomalías debería insertarse en un plan integral de transformaciones económicas. De otra manera, si no se enfocan en un marco sistémico, muchas de las distorsiones pueden ser insolubles a medio plazo o podrían generar otros fenómenos adversos, que en algunos casos sólo se «resolverían» con la supresión misma del «cuentapropismo». Así, las mencionadas reflexiones de Kornai, aunque útiles, sólo explican una parte de las diferencias de ingreso existentes en Cuba entre el promedio de los cuentapropistas y los empleados estatales. Habría que identificar otras que se relacionan directamente con el

(4) Situación que contrasta con la de América Latina. Por ejemplo, según un estudio realizado en ocho países (Argentina, Brasil, Panamá, Guatemala, Uruguay, Venezuela, Paraguay y México), los ingresos de los trabajadores por cuenta propia eran, en siete de ellos, inferiores, similares o, cuando más, ligeramente superiores a los de los asalariados. En el caso de México, que eran el doble, se recomendaba cautela al analizar esa cifra. Aunque no todos los trabajadores informales son pobres, la mayoría de los pobres pertenecen al sector informal. De entre la literatura que profusamente se ha dedicado al tema, cfr., por ejemplo, ROSENBLUTH, G. «Informalidad y pobreza en América Latina», en *Revista de la CEPAL*, n.º 52, Santiago de Chile, 1994.

(5) Kornai asociaba la alta rentabilidad del sector privado en las experiencias conocidas de economías centralmente planificadas con la deficiente estructura de la oferta estatal y la inflación reprimida. Las limitaciones impuestas al desarrollo de la empresa privada tenían como efecto contradictorio que contribuían a crear condiciones para su elevada rentabilidad. Para una breve exposición de las reflexiones del economista húngaro KORNAI, J. en su libro *Economía de la escasez*, ver de GONZÁLEZ, A. *Modelos económicos socialistas: escenarios para Cuba en los años noventa*, Instituto de Investigaciones Económicas, La Habana, 1993.

carácter de la crisis y con la forma en que se han producido los cambios económicos hasta la fecha. A continuación expondremos las causas centrales que, en nuestra opinión, provocan la alta rentabilidad del incipiente sector privado, aclarando previamente que no deben ser vistas de manera aislada, sino que más bien se complementan mutuamente:

- La persistencia de un considerable excedente monetario, no resuelto totalmente hasta la fecha, y su tendencia a una mayor concentración en ciertos grupos de la población hacen que la demanda «atrasada» que se realiza en los mercados «tire de los precios hacia arriba» y que de ello resulten beneficios extraordinarios para el sector privado, que no guardan correspondencia con los ingresos y ahorros de la mayoría de la población (6).

El exceso de fuerza de trabajo en el sector estatal de la economía obstaculiza la necesaria revalorización de los ingresos reales de sus empleados, sea por la vía del aumento de los salarios nominales o mediante la reducción de los precios, ya que ambas entrarían en conflicto con el plan de desmonetización lenta adoptado desde 1994. Así se explica que la mayor productividad potencial del sector estatal en relación con la productividad —en muchos casos primitiva de los cuentapropistas— no se revierta en mayores ingresos personales

reales para los trabajadores del primer sector. De aquí que, en buena medida, la mejoría de los salarios reales dependa de una racionalización de personal del sector estatal, que por su escala necesariamente conllevaría a una relocalización, al menos parcial, de los trabajadores desplazados en el sector no estatal de la economía, lo que representaría un aumento de la masa potencial de «cuentapropistas» (7). La reforma de la gestión de la empresa estatal y el desarrollo de la pequeña y mediana empresa cooperativa y privada deberían ser «caras de una misma moneda».

Esta última consideración toma distancia de la perspectiva de otros economistas, según los cuales la existencia de un sector no estatal de pequeña y mediana empresa sólo sería posible después de que se hubiese alcanzado un mayor fortalecimiento de la eficiencia de la empresa estatal. Desde nuestro ángulo, la empresa estatal, que continuaría siendo el eje mayoritario y fundamental de la economía, alcanzaría mayores niveles de eficiencia y competitividad si desde bien temprano en la reforma económica se estimulase el desarrollo de otro sector menor de propiedad no estatal, que lo complemente como empleador de mano de obra excedente y generador de bienes y servicios.

- Las barreras de entrada que se imponen actualmente para el ejercicio del

(6) Para un análisis de esta afirmación, ver de GUTIÉRREZ, L.; MONREAL, P. y CARRANZA, J. «La desmonetización de la economía cubana: una revisión de las alternativas», en *Economía y Desarrollo*, n.º 2, Facultad de Economía, Universidad de La Habana, 1996.

(7) En el programa de reestructuración integral de la economía que concebimos, se partiría primero de lograr una situación de relativos equilibrios financieros a través de acciones rápidas, lo que por significar una súbita reducción de la demanda agregada, pudiera afectar el desarrollo del sector de la pequeña y mediana empresa no estatal en el momento inicial, que por otra parte también es uno de los componentes del programa de reestructuración. Sin embargo, esta contracción de la demanda agregada podría ser seguida entonces con una política monetaria expansiva (una remonetización), fundamentalmente a través del crédito. Indirectamente constituiría también una acción del lado de la oferta en cuanto debería incidir en un incremento de la producción privada. Cfr. CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

trabajo por cuenta propia y la falta de una infraestructura adecuada para su promoción hacen que los espacios de mercados recién abiertos se caractericen por tener estructuras altamente imperfectas, y garantizan beneficios generales extraordinarios para el sector privado. Estas barreras las hemos clasificado en:

— *Psicológicas*. Durante muchos años y aún en la actualidad el trabajo por cuenta propia, aunque permitido, ha sido frecuentemente juzgado como éticamente negativo, lo que en buena medida se deriva del hecho de que debido a las imperfecciones existentes en la manera en que se inserta este sector en la economía, una buena parte de los materiales y bienes de capital que utilizan los «cuentapropistas» son de procedencia ilegal y muchas personas evitan entrar en negocios, que, si no lo son, rayan con lo ilegal (8).

Adicionalmente, la falta de mayor claridad respecto al rumbo del proceso de cambios económicos, así como la ausencia de una cobertura específica de seguridad social para los «cuentapropistas», parecen ser elementos que suscitan re-

servas al evaluar la inserción definitiva en este sector.

— *Legales*. Se derivan de las limitaciones que se imponen a diferentes niveles en cuanto a quiénes pueden ejercer el cuentapropismo, así como de los requisitos que se exigen para su ejercicio (9).

— *Materiales*. Son producto de la articulación insuficiente de un mercado general de medios de producción, desde el mismo momento de la ampliación del autoempleo a partir de 1993. Las relaciones entre las empresas estatales y los trabajadores por cuenta propia son tenues, aún más, son restringidas al máximo (10). Los altos precios de muchas de las mercancías que podrían constituir medios de producción, ofertados en las tiendas estatales que operan con divisas o pesos convertibles, son un factor más para que alrededor del cuentapropismo se articule un significativo mercado negro (11). Además de las imperfecciones que aportan al mercado las barreras materiales —y que se reflejan en los altos niveles de precios—, las sustracciones de los almace-

(8) Aunque a decir verdad, por la magnitud del mercado negro abastecedor de los cuentapropistas, parece que esta razón, últimamente, ha perdido fuerza.

(9) Revísense, por ejemplo, los resueltos primero, quinto y decimotercero de la Resolución Conjunta n.º 1 CETSS-CEF; los resueltos tercero y cuarto de la Resolución n.º 10/1995 del Ministerio de Trabajo y la Seguridad Social; y el capítulo 6 del Acuerdo n.º 84 del Consejo de Administración del Poder Popular de Ciudad de La Habana.

(10) Es cierto que para lograr una relación económica fluida entre los sectores estatal y privado, en función de minimizar los fenómenos de corrupción y traspaso de subsidios espúreos al sector privado, se necesitan, entre otras premisas, el desarrollo de un sistema de «restricciones financieras fuertes» y la modificación de los principios de funcionamiento de las empresas y entidades estatales, así como el desarrollo de un mercado de medios de producción. Actualmente, en talleres del Estado, se realizan reparaciones y se fabrican piezas, instrumentos y equipos para su venta ilegal al sector privado, que son conocidos en el argot popular como «chivos». No es un fenómeno nuevo, pero indiscutiblemente ha florecido en los últimos tiempos.

(11) Aunque la evaluación general de la política de precios de los productos ofertados en divisas o pesos convertibles en la red estatal no es el objetivo del presente trabajo, creemos conveniente apuntar que los altos precios relativos para productos de primera necesidad como jabones, aceite comestible, detergentes, ropa y zapatos infantiles, etc., le dan un sesgo regresivo a esa política. Sería necesario evaluar, teniendo presente la aguda escasez de divisas, la posibilidad de una reducción de precios de los productos básicos, compensándola con la elevación de otros, para lo cual podría considerarse incluso el establecimiento de subsidios cruzados.

nes estatales representan, por el lado de los costos, una «economía externa» nada despreciable.

— *Financieras*. La ausencia de una infraestructura financiera estatal de fomento, en presencia de una concentración relativamente alta del ahorro, se convierte para una parte de potenciales cuentapropistas en una barrera de entrada adicional.

— *Informativas*. La falta de información y publicidad adecuadas limitan la entrada de nuevos trabajadores al sector no estatal, así como restringen la competencia y el surgimiento de nuevas actividades. En ocasiones, debido a la ilegalidad de las fuentes de suministros, se requieren relaciones personales o informaciones «especiales» para comenzar determinadas producciones. Las barreras informativas, unidas a las insuficiencias de transporte, coadyuvan a la formación de estructuras de mercado monopólicas u oligopólicas a escalas geográficas muy reducidas.

• La concentración geográfica del ingreso, que se acentúa con la reducción de la liquidez de la mayoría de la población, hace que en determinadas zonas del país los cuentapropistas obtengan beneficios extraordinarios a través de la captación de «rentas diferenciales y monopólicas» (12). La recién

te elevación en Ciudad de La Habana de las cuotas fijas por concepto de impuestos para la mayoría de las actividades parece no haber considerado suficientemente las grandes diferencias de ingresos que existen entre los municipios y dentro de los municipios mismos (13). De manera que esta medida podría tener un efecto contradictorio: de una parte pretende lograr una mejora general de la distribución del ingreso, pero a la vez puede ser «regresiva» respecto a los cuentapropistas con menores niveles de beneficios, aun siendo un «anticipo» del pago del tributo progresivo sobre los ingresos personales. Adicionalmente puede convertirse en una barrera de entrada al sector privado o derivar en una sumersión de «cuentapropistas» (14).

Por supuesto, todos estos fenómenos adversos, que se generan ante todo por el contexto y no sólo por la actividad privada *per se*, no hacen sino demostrar que de aceptarse al sector no estatal como un componente estructural y orgánico de la economía cubana, el problema no consistiría en añadir elementos o modificaciones al modelo económico vigente. Más bien de lo que se trata es, como hemos afirmado en un trabajo anterior, de pasar a otro modelo de economía socialista. Y para ello es imprescindible

(12) Que dependen de la proximidad al mercado, con la consiguiente reducción de los gastos de transporte, de mayores precios y de ventas más voluminosas. Se identifican también como rentas de situación. Cfr. ZAMORA, F. *Tratado de Teoría Económica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 692-693.

(13) Cfr. AVENDAÑO, B. «Trabajadores por cuenta propia. Incremento de las cuotas fijas mensuales», en *Tribuna de La Habana*, La Habana, 11 de febrero de 1996. Con la evaluación de las cuotas fijas a la mayoría de las actividades se produjo un interesante debate sobre su incidencia final en los precios y que fue reflejado con cierta amplitud en los medios informativos. Aunque somos de la opinión de que no existen suficientes estudios sobre el comportamiento de la elasticidad-precio de la demanda y la oferta en los espacios de mercado abiertos ni sobre la «traslación» de impuestos, reconocemos que es un aspecto que requiere atención. Sin embargo, el elemento relativo a la existencia de «rentas» no fue tratado en ese debate.

(14) De hecho, este fenómeno se ha acentuado con la elevación de las contribuciones mensuales de cuantía fija, como anticipos del impuesto anual sobre los ingresos personales. Además, es difícilmente identificable. Trabajadores por cuenta propia que renunciaron a la licencia ya no venden sus producciones directamente al público, sino a otros que sí la poseen y que realizan entonces la comercialización al detalle.

un proyecto integral de reestructuración económica (15).

Es un escenario que se caracterice por una mayor presencia del mercado en la asignación de recursos, por la operación de una empresa estatal reformada en sus principios y bajo mayores presiones financieras, por una mayor apertura comercial y por un funcionamiento macroeconómico con determinada estabilidad, una parte importante del «cuentapropismo» en Cuba, en lo fundamental por las limitaciones para ampliar sus escalas y por su atraso tecnológico, será probablemente —y al contrario de lo que ocurre ahora— un sector de moderados y bajos ingresos, y de poca capacidad de absorción de empleo. Su contribución, en ese sentido, sería insuficiente en el incremento de la eficiencia global de la economía. Ello nos incita a movernos hacia otros desarrollos futuros y nos introduce en el polémico y complejo tema del papel de la pequeña y mediana empresa no estatal en Cuba.

El problema de la propiedad en el desarrollo de la pequeña y mediana empresa

La pequeña y mediana empresa parece ser un tema de moda en el debate académico internacional y en la implementación de políticas económicas en muchos países subdesarrollados. Sin embargo, su «redescubrimiento» reciente, en especial para América Latina, está relacionado más que todo con la crisis de

la industrialización sustitutiva y con la imposibilidad, derivada de ella, de continuar el modelo de industrialización en gran escala hasta entonces adoptado (16). De hecho, la promoción de la pequeña y mediana empresa ha sido un componente del proyecto neoliberal que ha primado en América Latina en los últimos años. En el caso de Cuba, ésta correspondería a un contexto y un modelo económico diferente, de contenido claramente socialista.

Sin negar las contribuciones que como unidad económica pueda tener la pequeña y la mediana empresa, sobre todo en el nuevo escenario económico internacional, antes de introducirnos en el tema de su viabilidad en Cuba, nos parece conveniente adelantar unas notas de cautela previas a la ponderación de sus ventajas. De un lado, la experiencia internacional de varios países desarrollados y subdesarrollados muestra que el proceso de industrialización pasa de una etapa de dominio de la artesanía en la industria manufacturera, a otra en que las pequeñas fábricas desplazan a la artesanía y, finalmente, a una fase en que la gran industria desplaza a la mayoría de las artesanías restantes y a parte de la pequeña empresa (17). De otra parte, no puede desconocerse que los llamados desde el exterior a fomentar la pequeña y mediana empresa en Cuba no siempre se basan en observaciones «técnicas», y con frecuencia persiguen el objetivo de introducir un agente que podría convertirse en el futuro en un elemento antisistémico. Adicional-

(15) Ver de CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

(16) Cfr. SPÄTH, B. *Small Firms and Development in Latin America*, International Institute for Labour Studies, Ginebra, 1993.

(17) Cfr. CEPAL. *La pequeña y mediana empresa. Algunos aspectos*, Santiago de Chile, 1993. Por ejemplo, en Corea del Sur la pequeña y mediana empresa generaba en 1958 el 67 por 100 del empleo del sector manufacturero, mientras en 1975 había reducido su participación al 26 por 100.

mente, es probable que en algún momento futuro una parte del capital para la creación y desarrollo de pequeñas y medianas empresas privadas provenga de la emigración cubana en Estados Unidos, de organizaciones «privadas» extranjeras de apoyo al sector no estatal e incluso del otorgamiento de créditos de «presión» dirigidos exclusivamente hacia actividades privadas, que tendría connotaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas que no pueden ser minimizadas (18). Sin embargo, las anteriores observaciones no deben conllevar a desvalorizar a la pequeña y mediana empresa como opción posible e incluso necesaria, sino a asumirla sin atributos extraordinarios, y menos aún como una panacea.

Pero antes de abordar con mayor profundidad el tema para el caso cubano es conveniente realizar dos precisiones conceptuales: primero, es imprescindible abordar una caracterización cualitativa de la pequeña y mediana empresa, pues esta será significativa en las argumentaciones posteriores que haremos. De acuer-

do con nuestra conceptualización, la pequeña y mediana empresa posee tres rasgos distintivos: a) generalmente tiene una relación capital/trabajo relativamente baja; b) se desenvuelve en estructuras de mercado no oligopolizadas, y c) en virtud de su escala existe una potencial identidad entre el propietario y el administrador (no exige una separación funcional entre la propiedad y el control) (19). En resumen, las pequeñas y medianas empresas son entidades cuya producción no alcanza un grado de socialización tal que entre en contradicción con su carácter de propiedad no pública.

En segundo lugar, se necesita ubicar a la pequeña y mediana empresa en un programa integral de cambios económicos. Bajo esta condición, el modelo integral de transformaciones que se ha tomado como referente en este artículo es el planteado por los autores en un trabajo anterior de mayor alcance. Pudo haberse seleccionado otro modelo, pero prevaleció el criterio de adoptar un referente diseñado y publicado anteriormente (20).

(18) Estas intenciones están explícitamente formuladas en la Ley Helms-Burton. Por ejemplo, en el Título I, Sección 112, se enuncia que el presidente de Estados Unidos, «antes de considerar la restitución de licencias generales para las remesas de dinero a familiares a Cuba de personas residentes en los Estados Unidos, insista en que con anterioridad a dicha restitución, el gobierno cubano permita el libre funcionamiento de pequeñas empresas con pleno derecho de contratar y pagar salarios a otras personas [...]».

(19) Una caracterización cualitativa es indispensable para abordar el asunto de la propiedad. No obstante, está claro que de ella se infieren límites difusos. Para la aplicación concreta es necesario realizar definiciones cuantitativas, que difieren de país a país, en dependencia de las características de su estructura económica. Es muy importante señalar que en nuestra concepción, para el caso de una reestructuración económica socialista en Cuba, en materia de número de trabajadores y disponibilidad de capital, la llamada pequeña empresa puede tener escalas sustancialmente inferiores a las que se consideran en otros países. Estas escalas serían establecidas extraeconómicamente por el Estado. Para una revisión de la clasificación en otros países, así como de los indicadores utilizados, véase CASTILLO, M. y CORTELLESE, C. «La pequeña y mediana empresa industrial en el desarrollo de América Latina», en *Revista de la CEPAL*, n.º 34, Santiago de Chile, 1988; ESPINOSA, Ó. *El impulso a la micro, pequeña y mediana empresa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, y CEPAL. *La pequeña y mediana empresa. Algunos aspectos*, op. cit.

(20) Cfr. CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, op. cit. Esta también fue una premisa que consideramos necesaria en «La desmonetización de la economía cubana: una revisión de las alternativas». De la asunción de este marco no sólo se derivan consideraciones técnicas, sino también políticas. Ello es bien palpable en el problema de la desmonetización y su relación con el desarrollo de la pequeña y mediana empresa no estatal. Aunque somos del criterio de otorgar un espacio económico al sector no estatal, lo concebimos dentro de un programa que parta de una desmonetización con confiscación que equilibre relativamente las oportuni-

Para el caso de Cuba, en que el patrón de creación de industrias se caracterizó por la formación de grandes unidades, con una fuerte integración vertical y con elevados niveles de autarquía interna (21), el análisis de las ventajas de la pequeña y mediana empresa se debe realizar en dos dimensiones: la primera, en la cual se han concentrado fundamentalmente los trabajos de varios académicos cubanos, tiene que ver con la reestructuración dimensional de parte de las empresas estatales existentes, dirigida a la formación de unidades más pequeñas o a la creación de nuevas pequeñas y medianas empresas estatales (22). Desde esta perspectiva, la pequeña y mediana empresa, en determinadas actividades y sectores, podría ser complementaria a la gran industria y dotar al tejido productivo de mayor flexibilidad. En términos de eficiencia productiva (23), por razones vinculadas a su escala, podría tener ventajas comparativas con re-

lación a la gran empresa, en virtud de la ubicación y las consecuentes economías de transporte, de las características del proceso productivo que determinan que lo económico sea la producción en pequeña escala y del limitado tamaño del mercado para productos específicos (24).

La otra dimensión del asunto, menos abordada en el debate académico, está referida directamente al problema de la propiedad. En *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate* habíamos identificado a las pequeñas y medianas empresas como un tipo específico de empresas a las que denominamos de tipo C y a las cuales podrían corresponder diferentes tipos de propiedad: estatal, cooperativa, privada y mixta (25). Habíamos, además, restringido la presencia cooperativa y privada a la pequeña y mediana empresa. En la gran empresa, concebíamos de manera general la exclusiva participación

des de los ciudadanos en las condiciones de partida. Así, como expresamos en el trabajo «La desmonetización de la economía cubana. Una revisión de las alternativas», de no efectuarse un canje confiscatorio se estaría decretando *de facto* una «amnistía económica» para las acumulaciones ilegales, que entrarían, en condiciones ventajosas, a los espacios no estatales que se abran. Esa ventaja no se justificaría por una mayor habilidad o capacidad empresarial, sino por ingresos previos obtenidos en gran medida de manera ilegal. Por ello, no coincidimos en este punto con opiniones de algunos académicos cubanos que perciben en las acumulaciones monetarias actuales una virtuosa potencialidad de inversión o, lo que es igual, de privatización en su sentido amplio. Cfr. TRUEBA, G. «Reflexiones sobre la reestructuración industrial en las condiciones de la actualidad cubana: las pequeñas y medianas empresas», en *Economía Cubana. Boletín Informativo* 23, CIEM, La Habana, 1995, y TRIANA, J. «Cuba: consolidación de la reactivación económica», en *Economía y Desarrollo*, n.º 2, Facultad de Economía, La Habana, 1996.

(21) Cfr. TRUEBA, G. *Op. cit.*

(22) Cfr., por ejemplo, TRUEBA, G. *Op. cit.*; PÉREZ, R. «La estrategia de redimensionamiento de la empresa cubana», en *Economía y Desarrollo*, n.º 1, Facultad de Economía, La Habana, 1995; TORRAS, R. «Ideas para el perfeccionamiento del sistema empresarial cubano», en *Economía Cubana. Boletín Informativo* 21, CIEM, La Habana, 1995; EVERLENY, O. y TOGORES, V. «Las pequeñas empresas en Cuba. Posibilidades», en dossier *Cambios y perspectivas de la economía cubana. 1995*, CEA, La Habana, 1996, y FERNÁNDEZ, M. «La reestructuración tecnológica de la economía cubana en los próximos años», en *Economía Cubana. Boletín Informativo* 23, CIEM, La Habana, 1995.

(23) Entendida como producción a mínimo costo.

(24) Para un mayor detalle, ver CEPAL. *La pequeña y mediana empresa. Algunos aspectos*. Gerardo Trueba, en el artículo citado, realiza un interesante análisis comparativo a través de varios indicadores de eficiencia entre las grandes, medianas y pequeñas empresas, en los años 1985 y 1990. Aunque las distorsiones de precios obligan a ciertas reservas, al menos los resultados de la comparación generan dudas sobre la supuesta superioridad de la gran empresa en términos absolutos.

(25) En la privada, como ya definimos, está incluido el trabajador por cuenta propia.

estatal y, en caso necesario, del capital extranjero. A continuación abordaremos, con mayor detalle, cinco aspectos centrales vinculados a la admisión de formas de propiedad no estatales en una alternativa de reestructuración socialista de la economía cubana: la contribución al problema del empleo; la potencial movilización del ahorro y la inversión cooperativa y privada, la relación entre la eficiencia productiva y las formas de propiedad; el establecimiento de límites extraeconómicos al crecimiento de la propiedad privada, y la articulación de relaciones entre el sector estatal y la pequeña y mediana empresa no estatal.

— *Contribución al problema del empleo.* El desarrollo de formas de producción no estatales en el sector de la pequeña y mediana empresa parece ser una necesidad para acometer la reforma de la empresa estatal cubana en términos de incrementar su eficiencia, rentabilidad y competitividad como una alternativa para la recolocación y absorción de fuerza de trabajo. Como generadora de empleo, por su más baja relación capital/trabajo, sería una opción para el caso cubano (26). Sin embargo, vale aclarar que no es siempre válido que se lo-

gren crear más puestos de trabajo cuando ello ocurre en detrimento de la gran empresa y probablemente por esto sea necesario combinar la promoción de pequeñas y medianas empresas no estatales con inversiones públicas en construcción y reparaciones de infraestructura que generalmente demandan grandes magnitudes relativas de fuerza de trabajo (27). En ese sentido, al evaluar el impacto de la pequeña y mediana empresa en el problema del empleo habría que considerar también de manera integral sus contribuciones a las ganancias de eficiencia en virtud de las escalas y de la diversificación de las formas de propiedad y al incremento del ahorro y la inversión cooperativa y privada.

Así, a pesar de que con la industrialización hay una clara tendencia al dominio de la gran empresa como anteriormente habíamos señalado, varias experiencias internacionales avalan las ganancias de dinamismo y eficiencia que aporta a la economía un sector de pequeña y mediana empresa, conectado de manera integral a la gran empresa e incluso al mercado externo. A manera de ejemplo, se destacan los caminos recorridos por Italia y Japón (28).

(26) De otro lado, el desarrollo de la pequeña y mediana empresa implica todo un trabajo institucional en la regulación del mercado de trabajo y en la extensión y fortalecimiento sindical, para garantizar condiciones de trabajo adecuadas, niveles salariales decorosos y el ejercicio pleno de los derechos de los trabajadores. Para una profundización de los problemas que se presentan en las pequeñas y medianas empresas en el área de las relaciones laborales, ver SPÄTH, B. *Op. cit.*, pp. 23-26.

(27) Cfr. CEPAL. *La pequeña y mediana empresa. Algunos aspectos.*

(28) Cfr. CASTILLO, M. y CORTELLESE, C. *Op. cit.*; ESPINOSA, Ó. *Op. cit.*, y NAKAMURA, T. *El desarrollo económico del Japón moderno*, España, 1993. En Italia y Japón la pequeña y mediana empresa industrial absorben el 59,3 por 100 y el 59,0 por 100 del total de ocupados, respectivamente. También en Bélgica el 45,7 por 100 y en Estados Unidos el 32,0 por 100. Vale aclarar, sin embargo, que si bien la imagen que se promueve de esas experiencias es edulcorada y sólo se muestra el lado de los beneficios, del lado de los costos habría que agregar que el «modelo japonés» ha requerido el debilitamiento de los sindicatos y que se apoya en trabajo mal pagado, pobremente organizado y a tiempo parcial en las unidades subcontratadas. Por otra parte, los «distritos industriales» italianos también tienen como componente la contratación de trabajadores a destajo en su propio hogar para evitar la carga de la seguridad social. Además, con la globalización, los pequeños productores para sobrevivir deben ampliar sus escalas e incluso internacionalizarse. Estos «costos» refuerzan la idea de que la pequeña y mediana empresa de ninguna manera es una solución sin efectos negativos implícitos. Para una reflexión marxista sobre los «modelos japonés e italiano», ver de NAVARRO, V. «Producción y Estado de Bienestar. El contexto de las reformas», en *Estado y políticas sociales en el neoliberalismo*, Friedrich Ebert, México, 1992, pp. 82-92.

Habría que añadir que su contribución a la equidad social no sólo se deriva de constituir una fuente alternativa de empleo. El apoyo institucional para el desarrollo tecnológico de la pequeña y mediana empresa, que permita mayores niveles de productividad, es una condición, junto con la regulación del mercado laboral para garantizar mayores ingresos de los trabajadores insertados en este sector (29). En tal sentido, difícilmente pueda lograrse una contribución significativa a la equidad y al incremento de la producción si el sector no estatal queda reducido al cuenta-propismo (30).

— *Movilización del ahorro y la inversión cooperativa y privada.* El desarrollo de pequeñas y medianas empresas no estatales puede fomentar las iniciativas cooperativa y privada, permitiendo el despliegue de habilidades adquiridas por individuos que no pueden o no desean insertarse en la empresa estatal, por diferentes razones como lejanía, problemas de transporte, situación personal (amas de casa, pensionados, enfermos). Como quiera que para la inversión necesaria para la formación de las pequeñas y medianas empresas el ahorro interno suele ser una fuente importante, su extensión pudiera estimular el incremento del ahorro nacional. De otro lado, pueden ponerse en función productiva medios que hasta ese momento eran considerados solamente como bie-

nes de consumo, tales como herramientas, autos, construcciones, equipos, etc., sin que ello implique, desde el punto de vista económico, una inversión adicional. Esta podría ser una importante contribución de la pequeña y mediana empresa en las condiciones de aguda escasez de recursos materiales y financieros que presenta la economía cubana.

— *La eficiencia productiva y las formas de propiedad.* En la experiencia internacional, las grandes y una parte de las medianas empresas privadas por la naturaleza de las actividades económicas en que se desenvuelven, la necesidad de grandes capitales para su desarrollo ha impuesto la separación de la propiedad y el control. En este tipo de actividades, frecuentemente monopolísticas y oligopólicas, tanto desde una perspectiva teórica como a partir de las evidencias empíricas internacionales, no se revelan ventajas claras de la empresa privada con relación a la estatal en términos de eficiencia productiva. Es, sin embargo, concluyente que la eficiencia interna depende de la estructura del mercado y no de la propiedad *per se* (31).

Sin embargo, en las pequeñas y en una gran parte de las medianas empresas, por la naturaleza de la actividad específica, la complejidad y las escalas de producción, que no requieren la movilización de grandes capitales, la separación artificial entre el control y la propiedad —como ocurre con las pequeñas

(29) Cfr. CEPAL. *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago de Chile, 1992.

(30) La presencia creciente de inversión extranjera y de mayores espacios de mercado, así como la orientación productiva «hacia afuera» como características estables de la economía cubana imponen un serio reto para neutralizar las inmanentes tendencias a la concentración del ingreso. De manera que el desarrollo de pequeñas y medianas empresas no estatales pudiera ser una solución, al menos parcial, para contrarrestar tales tendencias. La revolución tecnológica en curso desplaza fuerza de trabajo y acentúa la polarización de las remuneraciones. Pero si para los países desarrollados las propuestas de la izquierda pasan por la reducción del tiempo de trabajo para enfrentar en parte el creciente desempleo, esta variante es impensable para los países subdesarrollados como Cuba.

(31) Para una profundización en este tema, ver de GUTIÉRREZ, L. «La eficiencia pública *versus* la privada: el mito y la evidencia», en *Cuadernos de Nuestra América*, vol. XII, n.º 24, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1995.

y medianas empresas estatales— introduce el llamado conflicto principal-agente (32), del cual se derivan varios efectos negativos: primero, el propietario (es decir, el Estado) requiere nombrar un administrador, lo cual aumenta los costos de la gestión. Para minimizarlos, frecuentemente se centralizan determinadas fases del proceso de la administración y se forman empresas mayores sin que ocurra una concentración objetiva de la producción, lo que genera distanciamiento entre la administración general y los procesos productivos, lentitud en la toma de decisiones, omisiones y errores en el flujo de información, y nuevos problemas del tipo principal-agente, esta vez entre el administrador general y los administradores de las unidades subordinadas.

En segundo lugar, la propia separación del propietario y el administrador implica que generalmente no coincidan los intereses de ambos y que existan espacios para que el agente realice sus propios objetivos, en detrimento de la eficiencia interna de la empresa. El propósito de aumentar entonces la supervisión de la actuación del agente sólo es posible con el incremento de los gastos de información y control, o interfiriendo el ejercicio de las atribuciones del administrador. Finalmente, una forma de reducir esta brecha es un adecuado sistema de incentivos, que en muchos casos sólo alcanzarían su plenitud si se cooperativizan o privatizan la totalidad o partes del proceso en este sector de pequeñas producciones y servicios.

En tales circunstancias, la empresa cooperativa o privada, en las que no se da la separación propietario-administrador, deben superar —a nivel de estas escalas— a la entidad estatal en lo relativo a la eficiencia productiva. De este análisis se deriva, fundamentalmente, nuestra aceptación de admitir y promover, dentro de ciertos límites, formas de propiedad no estatales en el ámbito de las pequeñas y medianas empresas. No obstante, además de la eficiencia, se deben tener en cuenta otros factores económicos y sociales que justifican también la presencia directa de entidades estatales en los espacios donde operan pequeñas y medianas empresas no estatales: cuando por necesidades de distribución del ingreso se requiera una fuerte regulación directa de precios y cantidades, y el suministro selectivo de determinados bienes y servicios; cuando sea factible emprender actividades de alto contenido tecnológico o riesgosas (33), y en las que el sector no estatal sea remiso a invertir, cuando a pesar de ser pequeñas y medianas empresas se desenvuelvan en mercados oligopolizados que aconsejen la regulación directa o cuando de acuerdo a los límites extraeconómicos que se impondrán a la propiedad no estatal, y que más adelante se tratan, se requiera de la participación productiva estatal.

Claro que no nos estamos refiriendo a una empresa estatal como la que hoy opera en el escenario económico cubano, sino a una entidad que tendría un mayor grado de autonomía, la relación

(32) Este problema surge cuando un sujeto (el principal) tiene que delegar en otro (el agente) la realización de una tarea. La teorización de este problema en la empresa, aunque ha recibido mucha atención en los últimos tiempos, fue apuntada tempranamente por Marx en relación con el desarrollo del sistema de crédito en el capitalismo. Cfr. MARX, C. *El Capital*, tomo III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 461.

(33) Es muy posible que en los primeros momentos, debido a la debilidad de los sectores cooperativo y privado, la presencia estatal sea mayor.

entre el Estado y la administración pasaría por la vigilancia de juntas de administración *ad hoc*, se habrían incorporado de manera activa objetivos financieros a su gestión y que aun cuando persiguiera determinados objetivos sociales existiría un adecuado grado de control económico, enfrentaría la prueba de la competencia y estaría sujeta a un sistema de «restricciones financieras fuertes» (34). En esas condiciones, los sectores estatal, cooperativo y privado no se excluirían, sino más bien serían complementarios.

Hasta este momento, en el tratamiento de la propiedad en las pequeñas y medianas empresas hemos identificado con un solo término —empresa no estatal— a la empresa cooperativa y privada. Sin embargo, en función de la vocación socializadora de la reestructuración socialista, nos pronunciamos, siempre que sea factible, por la *cooperativización* (35). Aunque es muy probable que también desde las cooperativas se generen conflictos por la no coincidencia en ocasiones de sus expectativas con los intereses sociales, ciertamente, se reducen más los de naturaleza antagónica que podrían desprenderse de la propiedad privada. Aclaramos, no obstante, que con relación a las empresas cooperativas hay elementos controvertidos que no pueden ser soslayados en el debate científico, so-

pena de defender la socialización a ultranza simplemente por una «cuestión de fe».

Primeramente, aunque debe ser estimulada y apoyada (36), la formación de cooperativas no puede forzarse. En segundo lugar, las cooperativas tienen como premisa, para que funcionen como tales, un determinado grado de cooperación directa entre sus miembros. O lo que es igual: que existan diferentes modalidades en la cooperativización que pueden excluir etapas del proceso productivo; además, no todas las actividades son cooperativizables. En tercer lugar, en ellas puede darse, llegado a un determinado número de miembros, cierta dispersión de los derechos de propiedad, lo cual dificulta que un copropietario, individualmente, tenga los incentivos necesarios para cargar con los costos de reunir la información y exigir resultados, a sabiendas de que los beneficios se repartirán entre todos (como un tipo de externalidad). Adicionalmente, está presente el problema del financiamiento: ante necesidades financieras para la inversión, las cooperativas deben acudir a fuentes externas de ahorro que podrían hacer perder a los trabajadores el control de la empresa. Para evitar este problema, probablemente habría que relegar a las pequeñas y medianas empresas cooperativas a actividades poco intensivas en capital (37).

(34) Véase CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*.

(35) Aquí aclaramos una vez más que nos referimos a la cooperativización en el área de la pequeña y mediana industria. Aunque la cooperativización en la gran industria es un tema bastante polémico, opinamos que en esta última esfera la cooperativización constituiría un retroceso. Véase LENIN, V. I. «El carácter democrático y socialista del poder soviético», en *Obras Completas*, tomo 36, Editorial Progreso, Moscú.

(36) Para ello es necesario el otorgamiento de ventajas de índole económica, como expresión de voluntad política. Como afirmaba Lenin al respecto: «Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo financiero de una clase determinada», cfr. *Lenin sobre la cooperación*. LENIN, V. I. «Sobre la cooperación», Editora Política, La Habana, 1978, p. 151.

(37) Y finalmente también está, al menos en un plano teórico y bien controversial, su mayor grado de aversión al riesgo con relación a las empresas gestionadas por ejecutivos, en cuanto los copropietarios arriesgan directamente su patrimonio y de lo cual podría resultar una menor capacidad innovadora. Estos aspectos polémicos de las cooperativas deben evaluarse no sólo en el ámbito de la pequeña y mediana

— *El establecimiento de límites extraeconómicos al crecimiento de la propiedad privada.* Este punto es absolutamente imprescindible en cualquier debate sobre la reestructuración económica socialista que incluya la diversificación de las formas de propiedad, en especial de la privada. Para impedir el desarrollo y consolidación de tendencias antagónicas a la reestructuración socialista, es necesario establecer claros límites extraeconómicos al crecimiento de la empresa privada y así evitar que se regeneren una burguesía con poder económico y político para intentar restablecer la hegemonía del capital. Estas restricciones, de índole extraeconómica, podrían ser el número de empleados, áreas específicas de actividad, monto de ventas o de capital que, complementados con la política fiscal y las regulaciones del mercado laboral, permitirían mantener a este sector de la economía como parte integral del modelo socialista.

El establecimiento de un sistema eficiente de regulaciones fiscales constituye también un componente imprescindible del contexto económico en el cual debe tener lugar el establecimiento de un sector de pequeña y mediana empresa no estatal. Un sistema eficiente de impuestos de sesgo progresivo constituye una piedra angular para la redistribución equitativa del ingreso y la reproducción de los equilibrios sociales que deben corresponder a una sociedad socialista. En el alcance de este objetivo de carácter eminentemente social y político está implicada una importantísima cuestión de carácter técnico, pues la articu-

lación de un sistema de impuestos que no opere en la práctica de manera eficiente puede producir efectos sociales y económicos contrarios a los deseados.

El carácter progresivo de los impuestos debe estar basado en la correspondencia proporcional entre los gravámenes y el nivel de ingreso real de los contribuyentes. En este sentido es imprescindible que el gobierno desarrolle una capacidad efectiva en la verificación de la declaración periódica de ingresos que debe hacer cada entidad. Para esto es muy importante continuar avanzando en la reforma bancaria, que debe dar a esa institución un papel activo en la nueva dinámica económica que viene abriéndose en el país.

Las regulaciones del mercado laboral constituyen una cuestión medular en una reestructuración socialista de la economía que contenga la ampliación de los espacios de mercado y la diversificación de las formas de propiedad y de producción. El Estado socialista debe garantizar el ejercicio pleno de los derechos de los trabajadores e impedir que se entronicen en la sociedad formas de sobreexplotación del trabajo asalariado. Medidas como el establecimiento de salarios mínimos y límites a la jornada laboral, condiciones de seguridad e higiene del trabajo, vacaciones pagadas, contribuciones a la seguridad social constituyen, entre otras, medidas fundamentales para la regulación del mercado laboral y son además vías a través de las cuales el Estado socialista establece una distribución más equitativa del ingreso (38).

empresa, sino al analizar la cooperativización de empresas mayores. Para una discusión del problema del financiamiento y de la aversión al riesgo en las cooperativas, ver de ROEMER, J. E. *Un futuro para el socialismo*, Editora Crítica, Barcelona, 1995, pp. 70-72 y 165-167.

(38) La desregulación del mercado laboral ha constituido una de las piedras angulares de los proyectos neoliberales, puesto que de allí se deriva un incremento de la rentabilidad del capital a través del aumento de la cuota de plusvalía.

Sin embargo, los límites fijados, si no se articulan con acciones complementarias, podrían constituir un desincentivo para la inversión privada y la movilización productiva del ahorro. Con el objetivo de neutralizar estos desestímulos potenciales podrían brindarse dos soluciones: la posibilidad y obligatoriedad de asociación con el Estado a partir de ciertas escalas si es del interés del mismo, o el establecimiento de un mercado de bonos de inversión que permitan canalizar hacia otras empresas los excedentes de capital, pero que no otorguen a los titulares el control gerencial (39). Así y todo, se impondrían fuertes impuestos sobre herencias y sucesiones (40).

— *Articulación de relaciones entre el sector estatal y la pequeña y mediana empresa no estatal.* La interacción de diversas formas de organización económica que se refuercen mutuamente en el contexto de un modelo económico como el propuesto por los autores de este artículo (41) es una condición indispensable para el funcionamiento efectivo del mismo.

La organización de tales interacciones implica, por definición, la transferencia ordenada y planificada de tres tipos de derechos (derechos de propiedad, de operación y de desarrollo) desde el sector estatal hacia otros sectores (inversión extranjera y los sectores cooperativo y privado nacionales). En el caso que nos ocupa en el presente artículo, el desarrollo de la pequeña y me-

diana empresa no estatal en Cuba conllevaría a tales transferencias desde el sector estatal.

De hecho, como ya se ha apuntado antes, en el país han venido teniendo lugar algunas transferencias de este tipo. Lo nuevo en términos del futuro sería la mayor escala y densidad del esquema de aplicación de dichas transferencias.

El proceso de reestructuración de la economía requiere de un manejo flexible y preciso de las transferencias de derechos que haría el sector estatal. No existen reglas fijas para esas transferencias y su determinación debe ser casuística y orientada por principios y objetivos claros definidos en el contexto general del programa de reestructuración económica.

Los principales mecanismos mediante los que se producirían esas transferencias serían los siguientes (42):

1. Reforma de la empresa estatal.
2. Diversificación de la gestión administrativa: contratos de administración, arrendamientos y concesiones.
3. Mecanismos de contratación de producciones y servicios a entidades no estatales por parte de las empresas estatales.

En el caso de la reforma de la empresa estatal nos estamos refiriendo en este artículo a los aspectos de la misma que pueden incidir en el funcionamiento de la pequeña y de la mediana empresa no estatal. Por el lugar central que ocupa en la reestructuración socialista

(39) John E. Roemer, en el libro citado, además sugiere que la compra de las empresas privadas que lleguen al límite, siempre que el mismo represente un valor importante, suministraría a los propietarios originales los mismos incentivos que existen para quienes crean empresas nuevas con el objetivo de introducir innovaciones en el mercado.

(40) Para una explicación más extensa de este asunto, cfr. CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, op. cit.

(41) CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L., y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, op. cit.

(42) Cfr. UNCTAD. *Comparative Experiences with Privatization, Policy Insights and Lessons Learned*, Geneva, 1995.

de la economía, la reforma de la empresa estatal rebasa la instrumentación de cambios relativos a la operación más eficiente de la empresa estatal y también incluye aspectos que inciden en el funcionamiento del sector no estatal de la economía.

En particular tendrían un impacto notable para el desarrollo de la pequeña y mediana empresa no estatal las reestructuraciones en la organización y en la plantilla de las empresas estatales que pudieran conducir a la formación de unidades productivas de menor escala que pudieran convertirse en empresas no estatales (cooperativas o privadas). Adicionalmente, la introducción en el funcionamiento de la empresa estatal de principios y objetivos de gestión más flexibles conduciría a la creación de condiciones más favorables para que se produzcan en el mercado las relaciones entre las empresas estatales y las no estatales.

Como se ha apuntado antes, existen varias formas de diversificar la gestión de administración de los recursos estatales que implican la transferencia, en diferente grado, de derechos del Estado hacia el sector no estatal.

Los contratos de administración consisten en acuerdos mediante los cuales una entidad estatal transfiere a otra parte (el operador) la operación de una unidad económica. En ese caso solamente se transfieren derechos de operación y no se transfieren ni derechos de propiedad ni activos físicos ni financieros. El operador, que pudiera ser un privado, recibe como pago una compensación por administración y no tiene necesariamente derecho a la participación en las ganancias, aunque en general es recomendable vincular la compensación a los resultados de la empresa.

La parte estatal continuaría garantizando los aportes financieros necesarios para la operación y para las inversiones

y, por tanto, el operador no sería responsable por la provisión de esos fondos. Esta variante puede conducir a la creación de conflictos entre la empresa y el operador, que no obstante pueden ser minimizados mediante un diseño adecuado del contrato de administración.

El arrendamiento, otro de los mecanismos con amplio potencial de utilización, es un arreglo contractual mediante el cual el propietario de un activo (el Estado en nuestro caso) le concede a otra parte (el arrendatario) el derecho a utilizar el activo y a participar de las ganancias resultantes de su utilización durante un período de tiempo estipulado en el contrato. En su forma más utilizada, el propietario (el Estado) no se compromete con los gastos de operación ni con el mantenimiento de los activos, por lo que se produce una transferencia de los riesgos hacia el arrendatario. En algunos casos, el arrendatario efectúa inversiones, pero por lo general éstas no son significativas, ya que sólo se hacen para asegurar ganancias durante el período de duración del contrato.

El arrendamiento ofrece varias ventajas al Estado: conduce a un manejo más eficiente de determinados activos, se transfiere a otras partes la responsabilidad de asumir los costos de operación sin renunciar por ello al derecho de propiedad, contribuye a reducir los subsidios estatales a ciertas actividades, el gobierno puede recibir un flujo de ingresos netos sin incurrir en riesgos de operación, incrementa la captación de impuestos y políticamente son menos controversiales que otros mecanismos. Existen también una serie de problemas asociados a la adopción de los esquemas de arrendamiento, aunque hay una serie de medidas posibles para minimizarlos.

Las concesiones son otra forma posible de articulación de relaciones entre el Estado y los sectores no estatales de

la economía. Mediante las concesiones el Estado transfiere derechos de operación y de desarrollo (inversión) a otra parte (el poseedor de la concesión). A diferencia del arrendamiento, el poseedor de la concesión se hace responsable por los gastos de inversión.

Mientras que los arrendamientos se utilizan fundamentalmente para facilitar la operación más eficiente de activos ya existentes en manos del Estado, las concesiones se utilizan para crear y para operar los nuevos activos creados, que al cabo de cierto tiempo pasan a ser propiedad del Estado. Es una forma de involucrar los recursos de otra parte en el desarrollo de nuevos activos.

Una de las formas más utilizadas de concesión es la que estipula que el poseedor de la concesión haga la inversión necesaria para el crecimiento y mejoría de la calidad de la actividad y recibe el derecho a desarrollarla (y a recibir las ganancias derivadas) durante un período de tiempo determinado. Al transcurrir ese tiempo, los activos pasan a ser propiedad del Estado.

Finalmente, también existe la posibilidad de concederle un amplio uso a los mecanismos de contratación. Mediante éstos, el Estado otorga contratos a unidades económicas no estatales para que éstas generen productos o servicios, a veces, para sustituir totalmente actividades realizadas por el Estado.

La coexistencia de diversas formas de organización económica conduciría al desarrollo de un entorno relativamente más complejo, en el que esas diversas formas y sus consecuencias potenciales deben ser entendidas.

Si bien una de las consecuencias de la reforma de la empresa estatal puede ser la transferencia de derechos de propiedad desde el sector estatal hacia el no estatal, en el caso de la diversificación de la gestión administrativa no se pro-

duce una transferencia de propiedad y la transferencia del resto de los derechos se produce de manera diferenciada, dependiendo de la forma específica que se adopte. Así, por ejemplo, los contratos de administración se limitan a la transferencia de derechos de operación sin transferir riesgos financieros, en tanto las concesiones transfieren tanto los derechos de operación como los de desarrollo y, en consecuencia, transfieren los riesgos financieros y de inversión.

En el caso particular de Cuba existe una amplia gama de actividades productivas y de servicios en los que sería posible y conveniente establecer pequeñas y medianas empresas no estatales a partir de la utilización combinada de los mecanismos antes descritos, en el contexto de una reestructuración integral de la economía.

Comentarios finales

Hemos intentado introducir en la discusión un tema que seguramente será fuente de un amplio debate en el presente y el futuro. Para ello hemos colocado nuestros puntos de vista en dos dimensiones: en el análisis de los conflictos en torno al «cuentapropismo» en los recientes espacios de mercados abiertos en la economía cubana y el lugar que deben ocupar los sectores cooperativo y privado en una alternativa de reestructuración socialista y los límites al desarrollo de la empresa privada.

Finalmente, en lo referido a esta segunda dimensión, debemos señalar que en las actuales circunstancias de Cuba, vistos en un proyecto integral de cambios, tanto el trabajador por cuenta propia como la pequeña y mediana empresa no estatal, por sus potenciales contribuciones a la eficiencia de la economía como a la generación de empleo, reque-

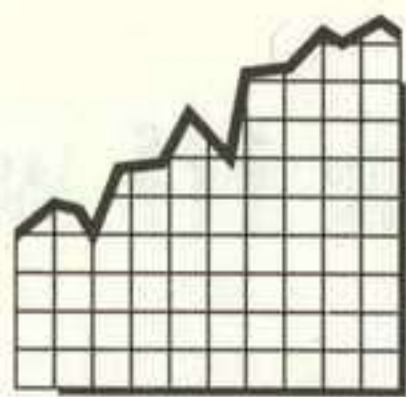
rirán del apoyo institucional que contemple asistencia técnica y productiva, financiamiento corriente y a largo plazo, amplia cobertura de seguridad social, sistemas de arrendamiento y seguro y probablemente el desarrollo de mercados de capital. La cooperativización en los sectores secundario y terciario, tan poco desarrollada, paradójicamente, en las experiencias socialistas, será seguramente uno de los temas centrales en el debate.

En la perspectiva de los autores, la rearticulación de la empresa no estatal

en Cuba no es un proceso exento de contradicciones y conflictos. Concebir un sector privado políticamente pasivo sería una ingenuidad imperdonable (43). Pero, como hemos afirmado en otro trabajo, el socialismo no debe asumirse como un sistema de características «inmaculadas». Confundir el modelo de construcción socialista con la prefiguración del futuro al que se pretende llegar en el muy largo plazo es una limitación para transformar el presente (44). ■

(43) Cuestión que adquiere mayor relevancia, como ya hemos advertido, por el contexto geopolítico de agresividad por parte de Estados Unidos, en que se desenvuelve la Revolución.

(44) Cfr. CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*, op. cit.



La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial

Jesús Albarracín y Pedro Montes

Por razones aún no explicadas, el hado del capitalismo suele escoger el mes de octubre para desencadenar los *crash* bursátiles. Así ocurrió en octubre de 1929 y así volvió a suceder en el de 1987. No resulta raro, pues, que conforme se acercaba la tercera semana de octubre de 1997, en la que se cumplía el aniversario de estas crisis, el nerviosismo se apoderara de los medios financieros.

Los días previos, toda la prensa económica se había hecho eco de dichos aniversarios. Para los más de los expertos y analistas, no había razones para preocuparse porque, argüían, «la expansión económica está asentada en bases firmes», «los mercados financieros son más sólidos que en 1929», «funcionarán los mecanismos de seguridad introducidos a raíz del *crash* de 1987», etc. Pero para unos pocos, el paralelismo de la evolución de las bolsas con lo que sucedió en los momentos previos a los *crash* de 1929 y 1987 era sorprendente. Tan sorprendente, que el viernes 24 de octubre, coincidiendo con la fecha del ini-

cio del *crash* de 1929, la Bolsa de Nueva York cerró la sesión con importantes pérdidas y el lunes siguiente simplemente se desplomó y hubo que cerrarla precipitadamente antes de hora para evitar males mayores, sobrepasados los mecanismos de seguridad.

Lo sucedido desde entonces, y hasta el momento de escribir el presente artículo —marzo de 1998—, no puede compararse con lo que ocurrió hace diez años —caídas muy agudas y generalizadas de los mercados de valores— y, mucho menos, con el desarrollo de los acontecimientos después del «martes negro» de 1929 —desplome de las cotizaciones e inicio de la Gran Depresión—. Por un lado, con la zozobra de octubre, ha aparecido con toda su crudeza la llamada «crisis asiática», justificando de algún modo la inquietud con que algunos veían aproximarse aquellos días. Pero, por otro, como si el cierre forzoso de Wall Street hubiese sido una pesadilla, un mal momento no vivido, la mayoría de las bolsas occidentales han emprendido una

carrera alcista tan imparable como disparatada. Estos fenómenos bastante contradictorios y chocantes, de difícil explicación, acentúan, cuando menos, la anormalidad de la situación y los rasgos fantasiosos y especulativos que ha adquirido el capitalismo. En última instancia, dejan patente que los problemas de fondo derivados de la enorme inestabilidad financiera en la que se asienta el sistema siguen vigentes.

La hipertrofia financiera

En las fases recesivas de larga duración como la actual, iniciada al principio de los años setenta por la caída de la tasa de beneficio, el capital, a falta de una rentabilidad suficiente en la esfera productiva, se dirige hacia los mercados de capitales y de divisas, lo que convierte a la especulación en una de las actividades más rentables y genera una economía financiera cada vez más separada y ajena a la economía real. Esta no es una característica de la fase recesiva actual, pues ya ocurrió en la crisis del último tercio del siglo pasado y, sobre todo, en los años treinta, pero en la actualidad este fenómeno ha adquirido unas proporciones insólitas, como consecuencia del propio desarrollo y evolución del sistema, del avance tecnológico y de la hegemonía del neoliberalismo y su defensa de la libertad absoluta de los movimientos de capital.

Durante los últimos años, los elevados déficits públicos y la financiación ortodoxa de los mismos han llevado a un endeudamiento público que no tiene precedentes en la historia del capitalismo. Puede estimarse que, desde el inicio de la crisis económica, los mercados de capitales se han visto engordados por activos emitidos por los Estados que superan los 10 billones de dólares. El endeudamien-

to bruto del sector público de los veintidós países de la OCDE, en solo dieciséis años, ha pasado 41,7 por 100 del PIB en 1981 al 70,7 por 100 en 1997. A la deuda pública hay que sumar la de las empresas y las economías domésticas, que también ha sido creciente, levantándose sobre estos cimientos un enorme edificio financiero, con los andamiajes que proporciona la multiplicación del crédito: los Estados emiten deuda, las empresas o los fondos de inversión los compran, financiándolos con su propia deuda, y así sucesivamente en una sucesión que no encuentra fin. Surgen nuevos intermediarios, se inventan nuevos tipos de títulos, nuevas formas de financiación, nuevas operaciones, dando lugar a un proceso de innovación e ingeniería financieras que amplía ilimitada e incontroladamente el edificio (el castillo de naipes por mejor decir) y da todas las facilidades a la especulación. El resultado es que sobre el capital directamente productivo se ha creado una enorme montaña de papel —capital ficticio—, agrietada, susceptible de sufrir corrimientos y desplomes, que ha introducido una gran inestabilidad en el funcionamiento global del capitalismo.

En un contexto de libertad absoluta para los movimientos internacionales de capital, la hipertrofia financiera se refleja también en las cuentas exteriores. El auge del libre comercio y las facilidades para financiar importantes déficits de la balanza de pagos durante períodos prolongados engrosan la deuda externa de muchos países, hasta que llega el momento de la suspensión de pagos o la declaración de insolvencia. Entre 1982 y 1997 la deuda externa de los países del Tercer Mundo se ha multiplicado por tres, acercándose en la actualidad a 1,8 billones de dólares. Sobre estas bases precarias surgió la gran crisis de la deuda externa de 1982, que afectó a la gran mayoría de los países del Tercer Mun-

do, la recurrente crisis de México en 1995 y la actual de los países asiáticos.

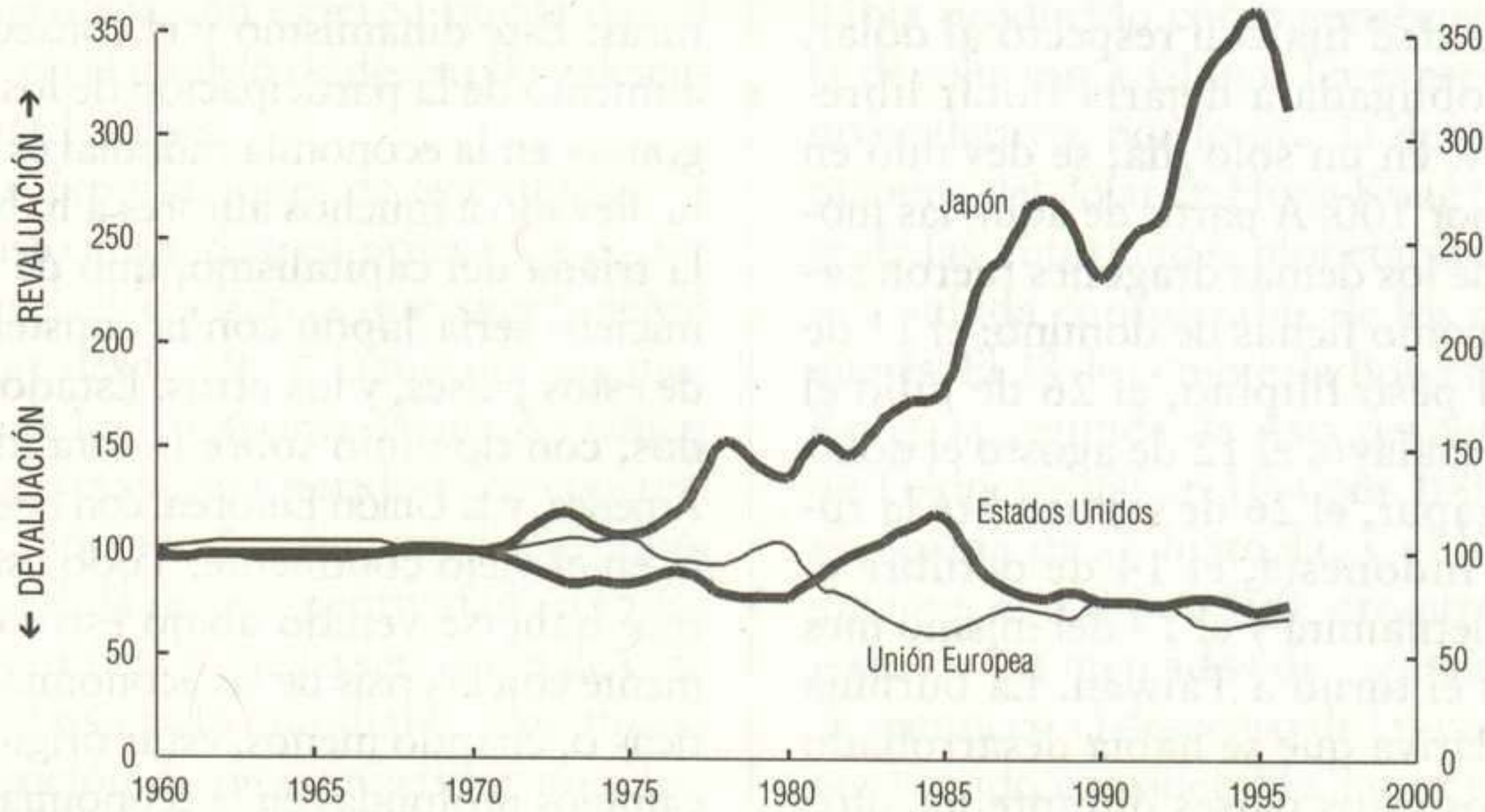
Por otra parte, la expansión financiera favorece el auge de las cotizaciones en los mercados de capitales. Los elevados niveles de cotización se traducen en unas rentabilidades bajas para el capital financiero, pero este no espera obtener los beneficios de los dividendos que pagan directamente las empresas, sino de las ganancias de capital que se derivan del auge de las cotizaciones. Los niveles de cotización se separan cada vez más de la situación real de las empresas, pero lo que lleva a invertir a los poseedores de capital financiero no es la rentabilidad real ni la estructura de las mismas, sino una especulación desenfrenada. El resultado es una sobrevaloración creciente de los mercados de capitales, que los deja a merced de que cualquier acontecimiento desencadene la crisis.

A este desarrollo de la esfera financiera, hay que añadirle, para calibrar su inestabilidad, las oportunidades que dan los avances en las comunicaciones para poder operar y especular las veinticuatro horas del día (por la mañana en las

bolsas europeas, por la tarde en Nueva York y por la noche en Japón o Hong Kong). Se puede decir que se ha alcanzado una «globalización» financiera casi absoluta. Un enorme volumen de fondos especulativos se mueve por los mercados internacionales buscando una rentabilidad, ya sea en los mercados de capitales, ya sea en los mercados de divisas, en este caso con otra consecuencia no menos perturbadora: la gran inestabilidad de los tipos de cambio. Su evolución no se corresponde necesariamente con la situación real de las economías, ni siquiera con la propia evolución de las balanzas de pagos, surgiendo dificultades crecientes para que los gobiernos puedan controlar la cotización de sus monedas, dada la envergadura de los fondos que se mueven de unas a otras, que llegan a ser insuperables cuando se desatan las olas especulativas. A este respecto, basta señalar que en los mercados de cambio se negocian cada día más de 1,3 billones de dólares, lo que supone el 85 por 100 de las reservas de todos los bancos centrales y equivale a 174 billones de pesetas, esto es, nada menos que 2,5 veces el PIB español de un año.

Evolución de los tipos de cambio

Índices de los tipos de cambio efectivos nominales



Fuente: European Economy

El hecho de que la práctica totalidad del mundo se haya convertido en un gran mercado financiero tiene algunas implicaciones importantes. Por un lado, los movimientos especulativos han adquirido un volumen tan considerable que escapan al control de cualquier país por grande que este sea, lo que sin duda aumenta la inestabilidad. Por otro, la especulación se produce en todos los mercados (en la bolsa, en los mercados de divisas, en el inmobiliario, etc.), por lo que, como ocurre con las bolas de billar, cualquier perturbación que se produzca en uno de ellos termina transmitiéndose a los demás. Están las condiciones dadas para que, como en un polvorín, una chispa accidental desate un desastre. El último aviso proviene, como se ha indicado, del sudeste asiático.

La crisis de los «dragones asiáticos»

La crisis actual de los llamados «dragones asiáticos» (Corea, Indonesia, Tailandia, Filipinas, Honk Kong, Singapur, Taiwán y Malasia) empezó en el verano de 1997 en los mercados de divisas. El 2 de julio, sumida en una profunda recesión, Tailandia, cuya moneda había mantenido durante mucho tiempo una paridad fija con respecto al dólar, se vio obligada a dejarla flotar libremente y, en un solo día, se devaluó en un 18 por 100. A partir de aquí, las monedas de los demás dragones fueron cayendo como fichas de dominó: el 11 de julio el peso filipino, el 26 de julio el ringgit malayo, el 12 de agosto el dólar de Singapur, el 26 de septiembre la rupia de Indonesia, el 14 de octubre el dong vietnamita y el 17 del mismo mes le llega el turno a Taiwán. La burbuja especulativa que se había desarrollado en todos estos países durante los últimos años hizo que la crisis pasara muy

rápidamente a los mercados inmobiliarios y bursátiles, con las consiguientes repercusiones sobre los sistemas financieros, tanto internos como internacionales. Los tipos de interés tuvieron que elevarse acusadamente para defender las monedas y evitar las salidas de capitales, lo que provocó el hundimiento de las cotizaciones de acciones y otros valores, abriendo agujeros financieros y minando los balances de las instituciones financieras locales y los de los prestamistas internacionales atrapados.

La crisis ha tenido lugar después de varias décadas de un dinamismo considerable de los «dragones asiáticos». Desde el final de la década de los sesenta, el PIB per cápita se ha multiplicado por cinco en Tailandia, por cuatro en Malasia, por dos en Corea del Sur y, en la actualidad, los de Hong Kong y Singapur superan al de muchos países industriales. Durante los últimos años, Asia ha atraído más de la mitad de los flujos totales de capital con destino a los países en desarrollo y sus exportaciones no han cesado de crecer, representando en la actualidad más del 13 por 100 del total de las exportaciones mundiales, cuando en 1985 solo eran el 7,6 por 100, destacando por su participación y crecimiento en el comercio mundial las manufacturas. Este dinamismo y el consecuente aumento de la participación de los «dragones» en la economía mundial es el que ha llevado a muchos autores a hablar de la triada del capitalismo, uno de cuyos núcleos sería Japón con la constelación de estos países, y los otros, Estados Unidos, con dominio sobre la totalidad de América, y la Unión Europea, con hegemonía en el viejo continente. Todo esto parece haberse venido abajo estrepitosamente con la crisis de las economías asiáticas o, cuando menos, estar originando cambios profundos en la economía mundial. ¿Cuáles son las causas?

El dinamismo de todos estos países ha estado basado en un modelo de desarrollo fuertemente desequilibrado. Son economías volcadas al exterior, porque la demanda interna no puede ser un motor de la actividad económica. Dependen en decisiva medida de las exportaciones, cuyo crecimiento ha sido posible gracias a un intenso proceso de acumulación y de asimilación de las nuevas tecnologías y la fuerte competitividad que permiten los bajos salarios, la inexistencia de protección social, etc., es decir, debido a la sobreexplotación de la mano de obra, lo que a algunos de ellos, como Corea por ejemplo, les ha colocado en un equilibrio social muy precario. Pero su dependencia del exterior no solo es muy acusada por las exportaciones, sino también por las importaciones de mercancías —tecnología, materias primas—, necesarias para mantener el sistema productivo y las exportaciones, y es dependiente también de las entradas de capital extranjero, que han sostenido las fuertes inversiones. Sus sistemas financieros, en general, son muy débiles y frágiles, y distan mucho de tener unos activos saneados, como se corresponde con países que han experimentado un intenso y desordenado crecimiento, inflacionista y especulativo. El resultado es que, como ha ocurrido, una perturbación externa puede dar al traste con el modelo de desarrollo y desencadenar la crisis.

Las exportaciones de estos países se han visto afectadas, en primer lugar, por la apreciación efectiva que experimentó el dólar desde 1995. Dado que las monedas de los «dragones asiáticos» tenían en la práctica una paridad fija con respecto al dólar (*crawling peg*) se produjo una pérdida de competitividad en todos ellos. Por otra parte, la irrupción de China en el mercado mundial ha significado la aparición de un competidor muy importante. Después de la devaluación del

yuan chino en 1994, este problema se había visto considerablemente agravado. Finalmente, la larga recesión de Japón estaba afectando seriamente a las exportaciones de estos países. Todo ello se ha traducido en inflaciones elevadas, degradación de las balanzas comerciales, considerables déficit de las balanzas por cuenta corriente (en 1996, el 8 por 100 del PIB en Tailandia, 3,5 por 100 en Indonesia, 4,3 por 100 en Filipinas, 5,2 por 100 en Malasia y 4,9 por 100 en Corea), altos y crecientes endeudamientos exteriores y, en general, una quiebra del desarrollo ciertamente espectacular que estos países habían mantenido en el pasado. Es decir, condiciones suficientes para que el capital especulativo quisiera poner tierra de por medio, agravando las dificultades de financiación y de defensa del tipo de cambio. Pero en los países occidentales nadie consideró en un primer momento que el impacto de esta crisis monetaria fuera a ser importante.

La cosa no llegó a mayores hasta que la crisis no afectó a Hong Kong. La paridad fija de la moneda de Hong Kong con respecto al dólar, legalmente establecida (*currency board*), se consideraba intocable y las autoridades monetarias estaban dispuestas a mantenerla, a pesar de la fuga de dinero e inversiones que se había producido como consecuencia de la devolución a China. La especulación no se detuvo, por lo que la defensa numantina del dólar de Hong Kong por parte de las autoridades monetarias llevó a una subida considerable de los tipos de interés. El 23 de octubre, la Bolsa de Hong Kong, la segunda de Asia después de la de Tokio, perdió un 10,4 por 100, la mayor caída de su historia, y el lunes siguiente, el 5,8 por 100, arrastrando al resto de los mercados de capitales. Desde entonces, el descenso de las cotizaciones ha sido considerable, hasta el punto de que, desde el verano de 1997 hasta el

momento de escribir el presente artículo, el índice de la Bolsa de Hong Kong ha perdido casi el 50 por 100 de su valor.

La crisis de los países asiáticos, con sus raíces profundas y sus ramificaciones extensas, no ha dejado desde octubre de estar presente en los análisis y perspectivas de la economía mundial y en las preocupaciones de los gobiernos y las instituciones financieras y económicas. Actúa como telón de fondo del panorama financiero internacional, aunque, como se ha dicho, la inquietud que provoca no ha impedido que las bolsas occidentales hayan experimentado inusuales subidas a finales de 1997 y principios del año en curso, como si huyeran adelante, tratando de escapar de una situación que se antoja peligrosa, no sólo por lo ocurrido a los «dragones» sino también porque la crisis a quien viene afectando prolongada y profundamente es a Japón.

La inestabilidad financiera de Japón

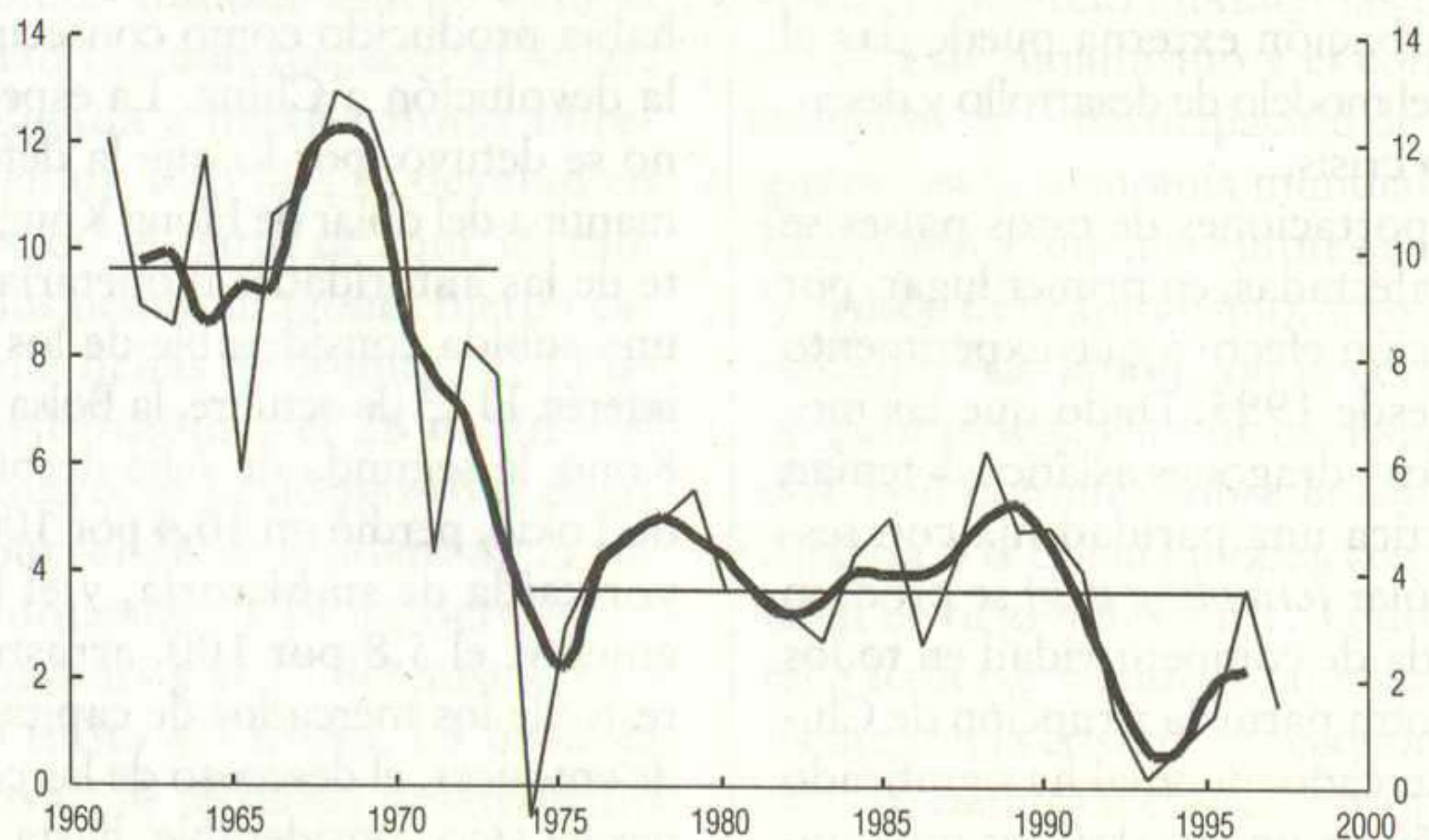
La crisis financiera de Japón viene de muy lejos. De hecho, desde hace más de

una década se viene produciendo una caída continuada de la Bolsa de Tokio. Pero en los últimos años, y particularmente en 1997, se han visto afectadas una serie de compañías de seguros, de firmas de corretaje, de bancos de inversiones, etc. (véase cuadro), que hacen que la situación financiera sea en estos momentos sumamente delicada. Las causas más importantes de esta evolución financiera son las siguientes:

- En primer lugar, hay que tener en cuenta la aguda disminución del crecimiento que se ha producido en la economía japonesa desde el inicio de la crisis económica y la tendencia al estancamiento que sufre en la actualidad. Japón había crecido a ritmos muy elevados durante las décadas de expansión posteriores a la Segunda Guerra Mundial (9,6 por 100 de media desde 1960 a 1973). Desde el inicio de la onda larga recesiva, las tasas se redujeron, pero todavía arrojan una media del 3,6 por 100 de crecimiento del PIB desde 1974 a 1991. En la actualidad el crecimiento de la economía japonesa es prácticamente cero e incluso en algunos momentos, durante los últimos años, ha reflejado tasas de

Crecimiento del PIB de Japón

Tasas de crecimiento anuales, medias móviles de tres años y medias de cada período



Fuente: European Economy

crecimiento negativo, teniendo justificación la idea de que ha entrado en una nueva fase, en cierta medida distinta a la que están recorriendo sus competidores mundiales, tanto Estados Unidos como la Unión Europea. Japón es una economía muy expuesta y supeditada a las exportaciones y con dificultades para convertir la demanda interna en motor de la actividad económica. Durante los últimos años, el peso de las exportaciones en el PIB se ha reducido (del 10,2 por 100 del PIB en 1986 al 9,3 por 100 en 1996), con los consiguientes efectos negativos sobre el crecimiento de la economía. Y en este contexto, la depreciación de las monedas del sudeste asiático y la consiguiente reducción del poder de compra de estos países afectó de forma muy importante a las exportaciones japonesas, que suponen el 44 por 100 del área, frente al 20 por 100 de Estados Unidos y al 7 por 100 de Europa, agravando su situación y perspectivas. Sin duda, para una economía acostumbrada a crecer, este descenso en el ritmo de crecimiento ha debido de tener una fuerte repercusión sobre la industria y a partir de ahí sobre el sistema financiero.

- En segundo lugar, el descenso continuo que se viene produciendo en las cotizaciones de la Bolsa de Tokio desde hace más de una década, sobre todo en comparación con lo que ha sucedido en los mercados de capitales del resto de los países industriales, también ha debido de repercutir negativamente en las instituciones financieras japonesas. Así, mientras que el índice Dow Jones de la Bolsa de Nueva York se ha multiplicado por 4,3 desde octubre de 1987 (esto es, después del *crash*) hasta febrero de 1998, el índice Nikkei de la Bolsa de Tokio ha descendido un 26 por 100 en ese mismo período. A este respecto, conviene resaltar que, sin perjuicio de las razones económicas que como estamos

viendo subyacen en estos comportamientos, una evolución tan dispar como esta de los mercados de valores no deja de ser uno de esos fenómenos bastante inexplicables de la situación financiera mundial, que añade inquietud y enigmas sobre el futuro, como se verá en el siguiente apartado.

- Finalmente, la depreciación acelerada de las monedas de los dragones asiáticos provocó una desinversión en las bolsas de estos países por parte de los operadores extranjeros para evitar las pérdidas del cambio, lo que se tradujo en descensos considerables de las cotizaciones. La pérdida de valor de las inversiones japonesas en el área debilitó a sus instituciones financieras, que soportan unos 118.000 millones dólares del total de los 750.00 millones de préstamos vivos que tiene la región. Esto ha venido a incidir sobre una situación del sistema financiero muy deteriorada y frágil. Desde hacía algunos años, algunos bancos japoneses, caracterizados por su opacidad, habían creado un sistema para camuflar las pérdidas acumuladas, basado fundamentalmente en la constitución de una red de sociedades filiales a las que se las iban transmitiendo, hasta quedar fuera del alcance de la autoridad monetaria. Todo esto se ha puesto al descubierto con la crisis que recorre al sistema financiero japonés, cuya gravedad nadie discute, quedando como incógnitas el modo de afrontarla y sus repercusiones internas e internacionales.

La sobrevaloración de las bolsas

La mayoría de los analistas financieros y, desde luego, los organismos internacionales han tendido a limitar el alcance de la crisis financiera de los dragones asiáticos y Japón y a ponerle barreras. Es co-

La inestabilidad financiera de Japón

1994

- ▶ El Tokio Kiowa Credit Union y el Anzen Credit Union colapsan y trasladan sus operaciones al Banco Tokio Kiodou, entidad de reciente creación y patrocinio estatal.

1995

- ▶ Caída del Cosmo Credit: el Banco Kiodou se hace cargo de sus operaciones.
- ▶ Colapso del Kizu Credit Union. El Banco Resolution and Collection, entidad surgida del Tokio Kiodou, asume sus operaciones.
- ▶ Fracaso en las operaciones del Banco regional Hiogo, que es reemplazado por el Banco Midori.
- ▶ Se hunde el Osaka Credit Union, cuyo testigo toma el Banco Tokai.

1996

- ▶ Colapso del Banco Taiheiyo, entidad regional de segundo orden. A continuación se crea el Banco Wakashio para hacerse cargo de sus operaciones.
- ▶ Quiebra el Banco Hanwa, entidad de ámbito regional. Se crea el Banco Kii Yokin Hanri, con objeto de absorber sus operaciones.

1997

- ▶ Nissan Mutual Life Insurance pone fin a sus operaciones comerciales. Los contratos vigentes son absorbidos por la nueva Aoba Life Insurance.
- ▶ Ogawa Securities, firma de corretajes, inicia el expediente de cierre.
- ▶ Se viene abajo el Banco regional Kioto Kioei, y sus operaciones se trasladan al también regional Banco Kofuku.
- ▶ Sanyo Securities presenta expediente de quiebra.
- ▶ Caída del Banco Hokkaido Takushoku, cuyas operaciones absorbe el North Pacific. Ocupaba el número 21 por activos del ranking de la banca japonesa y cuenta con unos depósitos de 8,3 billones de yenes (10 billones de pesetas). El volumen de impagados puede ascender a un billón de pesetas.
- ▶ Suspensión de actividades de Yamaichi Securities, la cuarta agencia de valores de Japón. Contaba con un capital de 430.000 millones de yenes (cerca de 500.000 millones de pesetas), con lo que su quiebra es la de mayor cuantía del sector desde la Segunda Guerra Mundial.

Fuente: Diarios *El País* y *El Mundo*.

mo si estuviéramos en presencia de la «gripe asiática», una enfermedad que nos han exportado, que se pasa y que, si se cuida convenientemente, no deja secuelas. Esto parece confirmarse por la evolución que han seguido las bolsas después de la crisis. El índice Dow Jones de la Bolsa de Nueva York cerró el mes de febrero en 8.545 puntos, casi un 15 por 100 por encima del nivel de octubre de 1997 y un 25 por 100 más que hace un año. La mayoría de las bolsas de los países industriales han seguido una evolución similar, si no más exage-

rada, como la española. ¿De dónde vienen las preocupaciones?

Los expertos que hablaban de un nuevo *crash* en las semanas previas al aniversario de los de 1987 y 1989 no habían considerado la crisis asiática y argumentaban simplemente sobre la base de la situación de las bolsas occidentales, en particular, Wall Street. Es un hecho cada vez menos controvertido que la Bolsa de Nueva York está muy sobrevalorada, reconocido incluso por Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal americana.

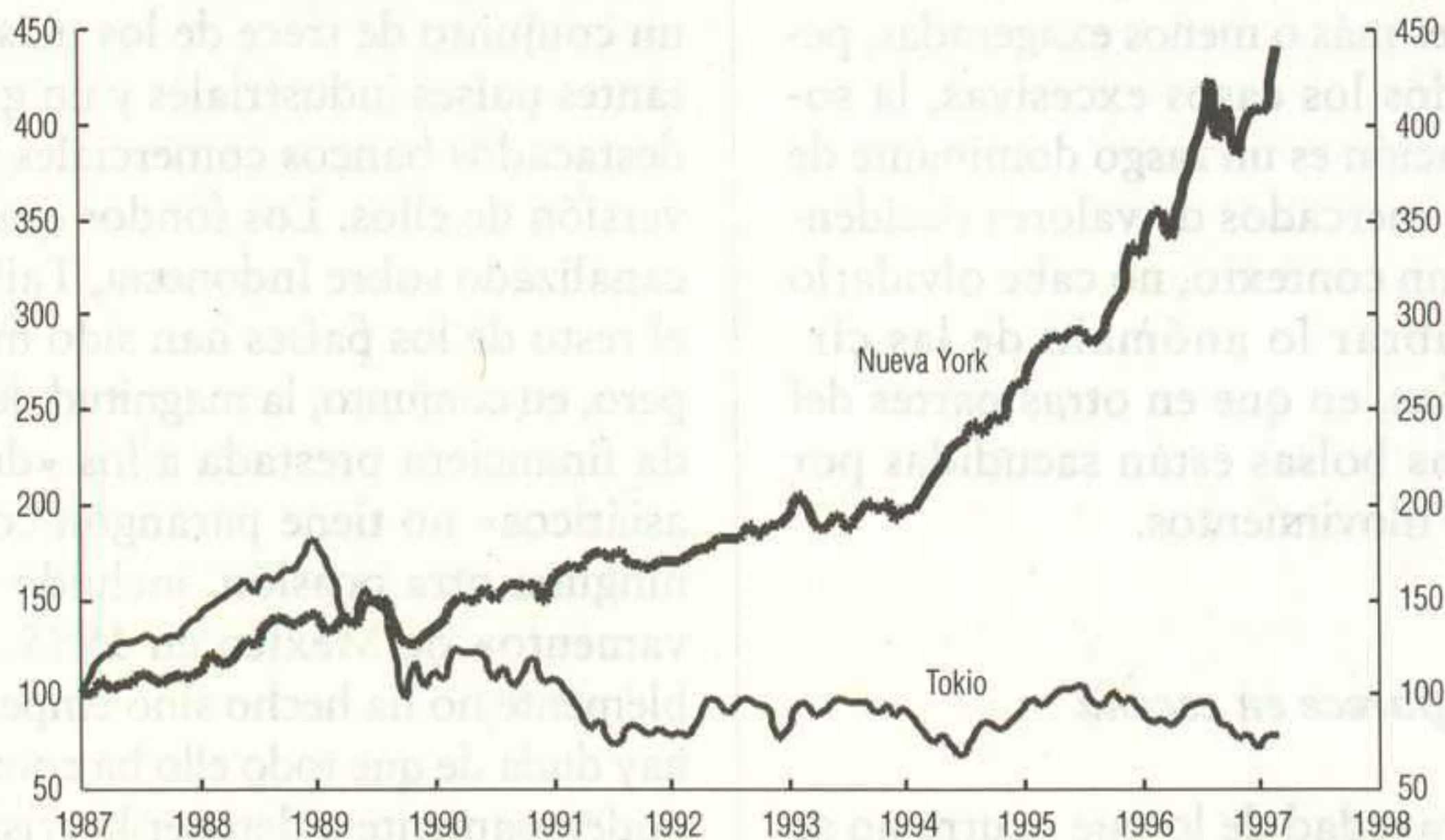
Los analistas financieros utilizan un indicador para medir este fenómeno: el PER (*Price Earning Ratio*), esto es, la relación entre el valor de una acción y los dividendos que produce. Cuanto más alto sea el PER de una acción, esto es, cuanto mayor sea su valor respecto a los beneficios que rinde, más riesgo se correrá comprándola, porque la acción es cara respecto a las ganancias que reporta y, por tanto, más probable será que su valor caiga en el futuro. Según J. Siegel, de la Wharton School, el PER medio de la Bolsa de Nueva York durante el último siglo ha sido 13,7, esto es, el valor de las cotizaciones ha sido 13,7 veces superior a las ganancias que daban. O visto de otro modo, se obtenía una rentabilidad por dividendo del 7,3 por 100 ($100/13,7$) del capital invertido. Pues bien, al finalizar 1987 el PER de la Bolsa de Nueva York era de 24, es decir, el valor de las acciones de la Bolsa de Nueva York es 24 veces las ganancias que dan, rindiendo, por consiguiente, una rentabilidad media del 4,2 por 100 ($100/24$). Para que el PER volviera a los valores medios del último siglo (en torno a 12), manteniéndose

se los beneficios, las cotizaciones de Wall Street deberían caer ¡un 40 por 100! Todos estos son cálculos de la Wharton School, una prestigiosa institución en los círculos económicos y financieros. Pero, en fin, la sobrevaloración se pone de manifiesto de una forma más simple: mientras que entre 1987 y 1997 el PIB ha crecido un 70 por 100 en términos monetarios y un 26 por 100 en términos reales, las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York se han multiplicado por 4. La Bolsa de Tokio, ya se ha dicho, por ejemplo, ha caído en ese período en un 26 por 100.

En la mayoría de las bolsas europeas, la sobrevaloración que se ha ido acumulando durante los últimos años no es significativamente menor que la de Wall Street. Baste citar, como ejemplo, lo sucedido al mercado de valores español. En 1992, el PER de la Bolsa de Madrid era de 10, o sea, el nivel de cotización de las acciones suponía 10 veces la rentabilidad que las mismas reportaban, en este caso el 10 por 100. Pues bien, al finalizar 1997, el PER se había elevado hasta 29,8, ascenso que ha continuado en 1998, en cuyos dos primeros meses el

Evolución de las bolsas de Nueva York y Tokio

Índices diciembre de 1987 = 100



Fuente: Índices Dow Jones y Nikkei.

índice de las cotizaciones ha subido en un 23 por 100, el ritmo más elevado de las bolsas occidentales. Para algunos sectores, como bancos y financieras, cuyo PER ha pasado de 7,7 en 1992 a 34,1 en 1997, y construcción, que se ha elevado entre esas dos fechas de 6,9 a 48,0, la sobrevaloración es aún más acusada. Aunque durante este período se ha producido una sensible reducción de los tipos de interés (las bolsas suelen subir cuando se reducen, determinando una caída de la rentabilidad de las acciones paralela a la de los tipos de interés), es notorio que las cotizaciones han aumentado mucho más que lo que dicha reducción ha justificado, por no indicar que las subidas han continuado con fuerza en los dos primeros meses de 1998 mientras los tipos de interés han agotado ya gran parte de su margen de disminución. Las subidas están alentadas por la simple fuerza de la especulación, o de otros factores espurios ajenos al valor real de las empresas —expectativas, dinero negro, fusiones, cambios cosméticos (*split*)—, pues en estos momentos los inversores sólo juegan a que prosigan las alzas, ya que no pueden esperar obtener rentabilidades más altas por dividendos que por intereses en títulos de renta fija.

En mayor o menor grado, dándose situaciones más o menos exageradas, pero en todos los casos excesivas, la sobrevaloración es un rasgo dominante de todos los mercados de valores occidentales, en un contexto, no cabe olvidarlo para calibrar lo anómalo de las circunstancias, en que en otras partes del mundo las bolsas están sacudidas por violentos movimientos.

El FMI aparece en escena

Que la gravedad de lo que ocurre no se refleje de un modo homogéneo en los

mercados no quiere decir que en los centros neurálgicos del sistema no se tenga conciencia de los peligros de la situación, tal como deja traslucir el presidente de la Reserva Federal o como pone de manifiesto la atención y recursos que el capitalismo financiero mundial, encabezado por el FMI, está destinando a contener y amortiguar la «crisis asiática». Esta crisis, aunque mal estudiada y peor prevista, incide sobre una situación financiera muy inestable y el riesgo de que la chispa que había saltado en Asia incendiara el polvorín financiero y perturbase gravemente la economía mundial no era despreciable.

Esta es la razón de que, una vez estallada la crisis, se haya volcado un enorme volumen de fondos sobre los «dragones asiáticos» y fundamentalmente sobre Corea e Indonesia, con los objetivos de evitar el desplome de los sistemas financieros de estos países y restaurar la confianza en la economía para atraer capitales privados. Solamente sobre Corea, el FMI pretende canalizar préstamos por valor de 57.000 millones de dólares, lo que constituye la mayor operación de «salvamento» de un país en toda la historia del capitalismo. En la operación han participado el propio FMI, imponiendo sus clásicos criterios y condiciones, un conjunto de trece de los más importantes países industriales y un grupo de destacados bancos comerciales y de inversión de ellos. Los fondos que se han canalizado sobre Indonesia, Tailandia y el resto de los países han sido menores, pero, en conjunto, la magnitud de la ayuda financiera prestada a los «dragones asiáticos» no tiene parangón con la de ninguna otra ocasión, incluido el «salvamento» de México en 1995, y posiblemente no ha hecho sino empezar. No hay duda de que todo ello ha contribuido poderosamente a detener la crisis y, sobre todo, a evitar que se propague a los

mercados de los países industrializados. Porque los mercados latinoamericanos, entre otros, no han escapado a la conmoción, al coincidir sus economías en muchos de los rasgos que se han señalado como origen de la crisis en el sudeste asiático: fuertes déficits exteriores, altísimo endeudamiento exterior, sistemas financieros frágiles y especulativos, etc.

Como se ha dicho, la ayuda internacional está condicionada. La contrapartida de todos estos fondos es la imposición por el FMI de los llamados «programas de reforma estructural y financiera», esto es, endurecimiento de la política fiscal, elevación sustancial de los tipos de interés, liquidación de un número importante de bancos, privatización de algunos grupos públicos, apertura de unos mercados hasta ahora fuertemente protegidos, etc. Las consecuencias de tales planes no tardarán en dejarse sentir en forma de reducción sustancial de los ritmos de crecimiento, fuerte aumento del paro, cierre de empresas y disminución de la capacidad productiva de los «dragones asiáticos», que per-

derán gran parte de su fuerza, con sus secuelas sociales. De hecho, la inestabilidad social ya ha comenzado en Corea, Tailandia e Indonesia.

A corto plazo, los efectos para la economía mundial en su conjunto no serán dramáticos, aunque los organismos internacionales se han visto obligados a revisar a la baja sus previsiones iniciales para 1998. El FMI estima que la reducción del ritmo de crecimiento mundial durante 1998 por la crisis asiática puede ser del orden de 0,8 puntos. Pero, al margen de sus repercusiones inmediatas, lo más destacado de la nueva crisis es que esta vez ha sido notablemente más grave y su resolución a medio plazo más incierta que las anteriores de México y Argentina. ¿Cuál será la siguiente chispa que saltará? Es difícil predecirlo. Los momentos peores de la crisis parecen haberse superado, pero la sobrevaloración de las bolsas y la inestabilidad financiera continúan agravándose. El ambiente, como se ha tratado de mostrar, está cargado de electricidad. ■

Marzo de 1998

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre

Dirección

Localidad

NIF

C. P. Tfno.

TARIFAS:

- Península 2.400 ptas.
- Europa 2.700 ptas.
- Asia / Australia 6.000 ptas.
- Islas 2.400 ptas.
- America 2.700 ptas.
- Africa: 2.700 ptas.

FORMA DE PAGO:

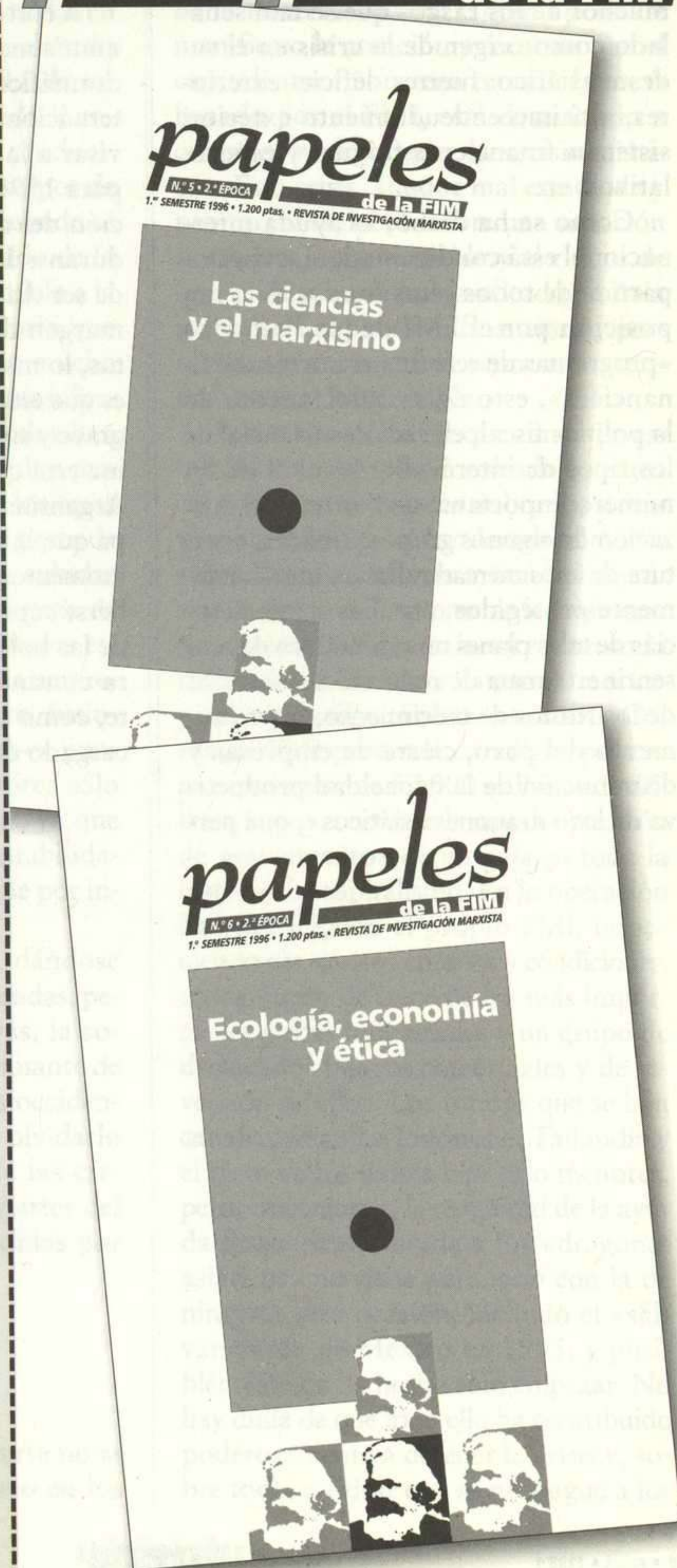
- Giro Postal n.º
(adjuntar hoja resguardo).
- Transferencia bancaria a la cuenta corriente 0600021247 del Banco Popular de España, sucursal 0446, c/ Marqués C. Riera, 4, 28014 Madrid, a nombre de Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Domiciliación bancaria:
Banco
Agencia
Domicilio
..... C. P.
Población
N.º cuenta / libreta
Titular de la misma

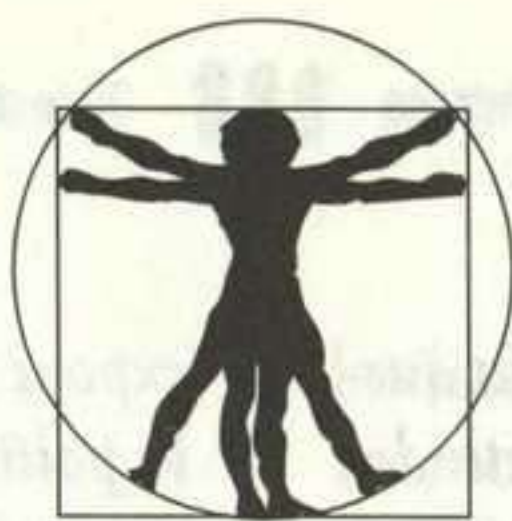
Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre sean presentados para su cobro por Fundación de Investigaciones

**ENVIAR A PAPELES DE LA FIM.
C/ ALAMEDA, 5 - 2.º IZDA. 28014 MADRID**

papeles

de la FIM





Siete cartas inéditas de Federico Engels (V)

Traducción de

Manuel Ballester / Felipe Giménez / Luis Martínez de Velasco

Introducción

En la tarea que nos habíamos propuesto y que hace ya varios números emprendimos, dar a conocer en castellano una serie de cartas de Marx y Engels, hoy llegamos a un momento crucial de las mismas: el de la caracterización, la crítica —feroz a veces— y la ruptura con los neohegelianos en general, y con su izquierda en particular. En esta sección nos hemos limitado a las cartas que se refieren a los hermanos Bauer (Edgar y Bruno). Dejamos para la próxima entrega las que conciernen a Stirner y Feuerbach.

Como se verá, abundan las referencias a personajes del momento. Para un esclarecimiento de toda esa compleja y amplia materia, además de las notas con que hemos ilustrado el texto, remitimos a las dos obras, ya clásicas, que han estudiado el período 1838-1844. Nos referimos a MEHRING, F. *Carlos Marx*, Editorial Claridad, Argentina, 1943, y a CORNU, A. *Karl Marx et Friedrich Engels*, Presses Universitaires de France, París, 1955-1962 (3 volúmenes). Resultan también muy útiles los prefacios y las notas e índices de los volúmenes correspondientes en la *Marx-Engels Werke* de la Dietz Verlag, Berlín, 1956 y ss. (vols. 1-3).

La crítica puntual, brillante y, como hemos dicho, feroz, a la que Marx y Engels someten a los Bauer, y a lo que con humor despiadado Marx apodararía en *La sagrada familia* «crítica crítica», de donde saldría precisamente el jocoso subtítulo de la obra recién mencionada: *Crítica de la crítica crítica*; tal crítica, decimos, se encuentra ya esbozada en estas cartas. Como se verá, se trata de textos que suenan a ampliamente conocidos por haber sido citados en gran número de ocasiones. Pensamos, no obstante, que ha valido la pena traducirlos y volver a presentarlos para ir saliendo de aquellos conocimientos fragmentarios y de segunda mano que tanto nos aquejan en la vida de todos los días.

En esta brevísima introducción sólo queremos resaltar algunos puntos teóricos que nos han parecido centrales y decisivos. Por un lado 1) el comunismo, en tanto que movimiento crítico real de todo lo existente, idea que viene a borrar de un plumazo todas las cataplasmas que, pedantemente, se pretenden puramente teóricas. Por otro lado 2) la tensión activa y práctica perfora, por su misma índole, dogmas e institucionalismos, siempre estáticos y conservadores. Y, en tercer lugar, en esta pers-

pectiva dinámico-social y revolucionaria quedan inmersos continentes que algunos pretenden suprahistóricos: la religión y la ciencia. Ambos quedan, igual que la filosofía, incluidos en el proceso de la actividad y del devenir histórico-social. Por esta razón la crítica de la religión deviene política y terrestre, y la filosofía (tal y como explicamos en la ponencia de la Escuela de Verano del año pasado, publicada en este mismo número) se mundaniza y su misma entraña teórica y reflexiva se introduce en los procesos de lucha, con todas las implicaciones práctico-revolucionarias que arrastra consigo esta concepción dialéctico-material.

Finalmente queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre el carácter tan actual y vigente de la crítica a esa pedante «crítica crítica» —la de Bauer y consortes— que desde la supuesta superioridad de una casta intelectual se aparta del vulgo con gesto estomagado, pretendiendo hacer del proceso social —a la manera de cierta tradición clerical española— una cuestión de élites y minorías rectoras. En medio de este enorme abanico de problemas, Marx

expone de forma palmaria el contenido social de lo político y del Estado. Ambos, sub specie rei publicae, son expresión de problemas reales y sociales. Dicho más sencillamente: el combate político implica contenidos de clase.

Aclarado esto, sólo nos queda decir que en la carta a Ruge de 1843 los pasajes que parecen contraponerse, al hablar del carácter de la propiedad, ponen de manifiesto la manipulación conceptual, el malabarismo que, en manos de algunos, sufrió la cuestión del «humanismo». Éste se critica cuando se critica también la negación «absoluta y especulativa» de la propiedad, con lo que, anárquicamente, se estaba negando el nexo del hombre con la naturaleza: de ahí justamente una tensión ideal-especulativa, una concepción abstraída y abstracta del hombre. Por eso vuelve éste a implantarse en la objetividad a través del nexo social y del de los demás hombres. No cabe trampear en estas cuestiones ni jugar a radicalismos a lo miles gloriosus.

Manuel Ballestero
Luis Martínez de Velasco

Siete cartas inéditas de Federico Engels

Marx a Ruge (1842)

He recibido hace unos días una carta del pequeño Meyen, cuya categoría preferida es, sin duda, la de *deber*, y en ella me pide cuentas acerca de mi relación: 1) con Herwegh y con usted; 2) con los «libres» [jóvenes hegelianos de Berlín], y 3) con el principio de la nueva redacción y nuestra posición frente al gobierno. Yo le he contestado y le he hablado con toda claridad de los defectos de sus obras, que se desarrollan en forma más desafortunada, *sans coulottes* y, por ello, más cómoda que en una forma *libre*, o sea, con un contenido autónomo y profundo. Le he exigido menos especulaciones abstractas, menos frases altisonantes, menos ejemplos autocomplacientes y más concreción, más introducción en el estado concreto de las cuestiones, más estar al día. He tenido que explicarle que consideraba completamente inaceptable e incluso inmoral la introducción de principios comunistas y socialistas (es decir, de una nueva visión del mundo) con la ligereza de los críticos teatrales, y que lo que pedía era una discusión completamente distinta, mucho más fundamentada, del comunismo, si es que lo que pretendía él era discutirlo. Yo aspiro a criticar la religión en términos de crítica política más que a criticar un contenido político en términos de religión, pues este giro encaja muy bien con la esencia de un periódico (1) y con la cultura del público. La religión, en sí misma vacía, no vive en el cielo sino en la tierra, y con la solución de la realidad cotidiana, de la que ella es *teoría*, se vo-

latiliza y desaparece. En resumidas cuentas, lo que yo quiero es que si se habla de filosofía no se ande jugueteando con el título de *ateísmo* (pues parece infantil querer asegurar a todo el que quiera oír que no se tiene miedo al hombre del saco), sino que se ponga en discusión su contenido en nuestro pueblo. *Voilà tout!* [MEW, 27, 412].

Marx a Ruge (1843)

Me alegro mucho de que se haya decidido usted y de que, abandonando sus miradas al pasado, dirija sus pensamientos hacia adelante, hacia una nueva empresa. Así que ¡a París, vieja escuela de filosofía y capital del mundo, y que todo vaya para bien! Lo que es necesario sucede sin remedio. Por eso yo no dudo de que todos los obstáculos, cuyo peso no desconozco, acabarán desapareciendo.

Puede que la empresa llegue a buen puerto o puede que no. De cualquier manera yo estaré en París a finales de este mes, porque el aire de aquí es salutarífico y no veo yo en Alemania ningún espacio para una actividad realmente libre.

En Alemania todo ha sido violentamente tiranizado y se ha impuesto una verdadera anarquía espiritual, el gobierno de la propia estupidez: Zúrich se limita a obedecer las órdenes dadas en Berlín. Resulta muy claro, por lo tanto, que hemos de buscar un nuevo punto de apoyo para las cabezas realmente pensantes e independientes. Estoy convencido de que nuestros planes coinciden con necesidades reales y de que éstas pueden llegar a ser realmente satisfechas. No tengo dudas acerca de la

(1) Marx se está refiriendo a los *Deutsche-Französische Jahrbücher*, aparecidos en París en 1844, una vez que el *Deutsche Jahrbücher* fue prohibido por las autoridades de Sajonia.

empresa, con tal de que nos pongamos seriamente manos a la obra.

Ahora bien, las dificultades internas casi parecen peores que las externas, pues si bien no hay dudas sobre el *desde dónde*, la confusión crece en el *hacia dónde*. Y no sólo por haberse impuesto entre los reformistas una anarquía generalizada, sino porque cada uno de nosotros se ve obligado a reconocer que carece de una noción exacta de lo que debe hacerse. Sin embargo, lo primordial de la nueva dirección se refleja en el hecho de no aspirar a anticipar dogmáticamente el nuevo mundo, sino a hallarlo a partir de la crítica del viejo. Hasta ahora los filósofos se habían limitado a resolver acertijos en su mesa de trabajo, con lo que, nada más abrir la boca su estúpido mundo exotérico, fluían de ella, ya cocinadas, las palomas de la ciencia absoluta. La filosofía actual se ha hecho mundana (2), y la prueba más contundente de ello es el hecho de que la propia conciencia filosófica, forjada en la dureza de la lucha, se desarrolla hacia afuera y hacia adentro (3). Si no es asunto nuestro la construcción del futuro y el adelantarse a los tiempos, al menos es muy cierto lo que queremos realizar en el presente, a saber, *la crítica implacable a todo lo existente*, implacable también en el sentido de que la crítica no teme sus propios resultados, y menos aún los conflictos con los poderes establecidos.

Por todo ello no creo en absoluto que estemos enarbolando una bandera dogmática sino todo lo contrario. Hemos de procurar ayudar a los dogmáticos a que clarifiquen sus posiciones. Por

ejemplo, el *comunismo* constituye una abstracción dogmática, y desde luego no me interesa lo más mínimo un comunismo cualquiera, imaginario y posible, sino el comunismo realmente existente tal y como lo desarrollan Cobet, Dézamy, Weitling, etc. Este comunismo no es sino un *aparte*, un reflejo del principio humanista contaminado por su adversario, el ser privado. Supresión de la propiedad privada y comunismo, por otro lado, no son en absoluto cosas idénticas, pues éste ha tenido que verse las caras con teorías socialistas como las de Fourier, Proudhon, etc., y no por casualidad sino necesariamente. Y es que el propio comunismo es una realización concreta, unilateral, del principio socialista. Y, a su vez, este principio es uno de los lados en que viene a manifestarse la *realidad* de la verdadera esencia del hombre (4). Pero también tenemos, por otro lado, para ocuparnos de la existencia teórica del hombre, la obligación de criticar la religión, la ciencia, etc. Además aspiramos a ejercer influencia sobre nuestros contemporáneos, y muy especialmente sobre nuestros contemporáneos alemanes. La pregunta es: ¿Cómo debe ponerse en marcha todo esto? No es posible negar que hay dos géneros distintos de hechos: por una parte, la religión y, por otra, la política, que son elementos que reflejan los principales intereses de la Alemania de hoy. A éstos, tal y como se dan, hay que referirse enfrentándoles algo más que un vago sistema a lo *Voyage en Icarie*.

La razón ha existido siempre, aunque no siempre en una forma racional. Por eso el crítico ha de referirse a toda

(2) Problema teórico fundamental que se desarrolla en el texto *Marxismo y filosofía*, que publicamos en este mismo número.

(3) Marx se está refiriendo al proceso crítico de la filosofía clásica alemana, de Kant a Hegel, y a la descomposición de la propia escuela hegeliana.

(4) Las tensiones internas de estos pasajes vienen a desvelar la superchería simplificadora y provocativa del «antihumanismo teórico».

forma de conciencia teórica y práctica y, *partiendo de* las formas características de la realidad existente, desarrollar la verdadera realidad como su deber y su finalidad. Ahora bien, en lo que atañe a la vida real, el *Estado político*, incluso allí donde aún no contiene exigencias socialistas de una manera consciente, alberga en todas sus formas modernas las exigencias de la razón, y por eso este Estado no permanece quieto, sino que supone ya realizada la razón. Pero, por eso mismo, se encuentra atrapado en la contradicción entre sus elementos ideales y los presupuestos reales que le sirven de fundamento.

Partiendo de los conflictos internos del Estado político es como puede desarrollarse la verdad social. Igual que la religión [viene a reflejar] el nivel de las luchas teóricas registradas en la humanidad, lo mismo hace el Estado por lo que se refiere a las luchas prácticas. El Estado político expresa, dentro de su forma característica *sub specie rei publicae*, todas las luchas, necesidades, verdades sociales, etc. Por lo tanto, se debe someter a crítica la más importante cuestión política (la diferencia entre los sistemas estamental y representativo), pero no en el plano de los principios, pues esta cuestión sólo expresa, en forma propiamente *política*, la diferencia entre la primacía del hombre y la de la propiedad privada. Así que el crítico no sólo puede, sino que tiene que introducirse en esta cuestión política (que, desde el punto de vista de los socialistas burdos, carece de toda dignidad), y en la medida en que concede prioridad al sistema representativo frente al estamental, sentir un vivo *interés práctico* por un gran partido, y en la medida en que eleva el sistema representativo de su forma política a una forma general haciendo valer el verdadero sentido que subyace bajo él, impulsar a dicho partido obli-

gándole a superarse a sí mismo: con ello su victoria supone, al mismo tiempo, su desaparición.

No es, pues, ningún problema para nosotros atenernos en nuestra crítica a la crítica de la política, a la toma de posición política, es decir, a las *luchas reales*, e identificarnos con todas ellas. Por eso no abordamos el mundo de una manera doctrinaria pertrechados con un principio nuevo: ¡aquí está la verdad, arrodillaos! Nosotros desarrollamos nuevos principios del mundo partiendo de los principios del mundo. Nosotros no le decimos: ¡deja de luchar porque las luchas son herramientas inútiles! Lo que nosotros queremos es proclamar bien alto la palabra «lucha» y enseñamos por qué se lucha. La conciencia es algo que el mundo debe conquistar aunque no quiera.

La reforma de la conciencia consiste *exclusivamente* en esto: en que el mundo pueda llegar a descubrir su propia conciencia; en que sea capaz de despertar de su sueño sobre sí mismo; en que consiga *explicar* sus propias acciones. Todo nuestro fin sólo puede descansar, al igual que en la crítica de Feuerbach a la religión, en el hecho de que las cuestiones religiosas y políticas sean elevadas hasta la forma humana de la autoconciencia. Por eso nuestra divisa es ésta: reformar la conciencia no a base de dogmas, sino a base de análisis de la conciencia mística, confusa, sea religiosa o política. Se verá con ello claramente que no se trata aquí de una especie de raya que separa pasado y futuro, sino del *cumplimiento* del pensamiento del pasado. En resumen, se verá con claridad que la humanidad no puede proponerse tareas realmente *nuevas*, sino llevar a cabo, con conciencia, tareas antiguas.

Podemos, pues, resumir la pretensión de nuestra revista en una sola pa-

labra: *autocomprensión* de la época sobre sus luchas y deseos (filosofía crítica). Ésta es una labor para el mundo y para nosotros que sólo será posible gracias a la unión de los esfuerzos. Se trata de una *confesión*, ni más ni menos. Para expiar sus pecados los hombres deben explicarse a sí mismos lo que verdaderamente son [MEW, 1, 343-346].

Engels a Marx (1844)

Uno de nosotros debe estar aquí ahora, pues la gente tiene necesidad de ser aguijoneada para permanecer en la necesaria actividad y no dejarse embaucar por toda clase de embustes y desviaciones. No se trata, por ejemplo, de convencer a Jung y algunos otros de que entre Ruge y nosotros existe una diferencia esencial, y mucho menos de que aquí lo que hay es una cuestión estrictamente personal. Cuando se les dice que Ruge no es comunista, piensan que no es cierto y que, en todo caso, sería lamentable que una «autoridad literaria» como él fuera expulsada imprudentemente. ¿Qué decir entonces? Más bien debemos esperar a que Ruge vuelva a dejar caer otra de sus inmensas estupideces para que la cosa quede demostrada *ad oculos* de la gente [MEW, 27, 9].

Marx a Feuerbach (1844)

¿Acaso no parecen todas estas frases como si el francés hubiera enfrentado conscientemente su pasión al *actus purus* del pensamiento alemán? Pues no se piensa para pensar, etc. De lo difícil que le resulta al alemán salirse de meras unilateralidades contrapuestas da buena prueba mi viejo amigo (aunque cada vez más alejado) Bruno Bauer en su periódico crítico *Literatur-Zeitung*. No sé si us-

ted lo ha leído. Hay en él una muy silenciosa animadversión contra usted.

El carácter de este *Literatur-Zeitung* puede resumirse así: la crítica se ha convertido en algo transcendente. Estos berlineses no se consideran *hombres* que critican, sino *críticos* que, de paso, tienen la desgracia de ser hombres. Así que la única necesidad real que conocen es la necesidad de la crítica *teórica*. Gente como Proudhon es rechazada por el hecho de adoptar su punto de partida a partir de una «necesidad práctica». Esta crítica no hace, en el fondo, más que discurrir por el triste y vacío sendero del espiritualismo. Aquí la *única* cualidad humana que se valora es la *conciencia* o la *autoconciencia*. El amor, por ejemplo, es rechazado porque la amada es sólo un «objeto». ¡Abajo el objeto! Y esta crítica, además, se considera a sí misma el único elemento *activo* de la historia. Frente a ella la humanidad no es más que *masa*, masa inerte, que sólo adquiere valor como opuesta al espíritu. El peor crimen que aquí se considera es poseer *sentimientos* o *pasiones*. El crítico ha de ser un *sofós* irónico y frío como el hielo. Bauer lo explica *literalmente* así:

«El crítico no participa ni de las tristezas ni de las alegrías de la sociedad. No conoce la amistad ni el amor, ni el odio ni la angustia. Está sentado en su trono de soledad, donde sólo de vez en cuando una risa de dioses olímpicos brota de sus labios ante el sinsentido del mundo.»

El tono del *Literatur-Zeitung* baueriano refleja, como ve, algo así como un desapasionado *desprecio*, y esto tanto más acusado cuanto que se limita a poner cabeza abajo los resultados obtenidos por usted y por la época en general. No hace sino descubrir contradicciones por aquí y por allí, y se encuentra tan contento con su tarea que se limita a emitir un despreciativo ¡hum! Afirma que cuanto menos da la crítica más espiritual resulta, pero al menos mantiene abiertamente la es-

peranza «de que esta degenerada humanidad no tarde mucho tiempo en reunirse alrededor de la crítica (la crítica es él y sus amigos) para poder dividirse y así ésta les ofrezca el *testimonium paupertatis*.

Parece como si Bauer anduviera rivalizando con Cristo. Yo me encargaré de hacer una pequeña brecha en todo este desvarío de la crítica [MEW, 27, 426-427].

Marx a Engels (1852)

¿Alguna vez has leído una estupidez mayor que el artículo de Bauer publicado en la *Tribuna* «La decadencia de Inglaterra»? El siguiente párrafo es absolutamente característico de los viejos teólogos:

«Mientras el Parlamento inglés ha ido siguiendo los pasos de la política de Roma utilizando el impulso vital del pueblo y el carácter emprendedor de la nación para fundamentar su dominio del mundo; mientras utilizaba, en el más puro estilo romano, las diferencias internas registradas en el mundo británico entre la gran Iglesia, el presbiterianismo escocés y el catolicismo irlandés para el apuntalamiento y desarrollo de su dominio aristocrático del mundo, en el continente se ha convertido en un partido inmerso en las luchas entre los pueblos y los gobiernos hasta el punto de convertir al constitucionalismo en una facción más, con lo que marcha inexorablemente hacia su propia ruina.»

Si esto no es bueno para las chinches, yo no sé qué será bueno entonces [MEW, 28, 63].

Marx a Engels (1855)

Anteayer por la tarde recibí una visita que tú no podrías ni adivinar. Edgar

Bauer (a quien no había visto durante casi un año) vino acompañado de Bruno. Éste último lleva aquí catorce días y se quedará unos seis meses, dijo, «para poner a prueba sus afirmaciones», algo que, según él, no puede fracasar en absoluto. Este hombre ha envejecido claramente, su frente se ha ensanchado y todo él da la impresión de un viejo profesor pedante. De momento se hospeda donde Edgar, en una casucha al final de Highgate. Allí se ha instalado en la más profunda miseria pequeñoburguesa y ni ve ni oye nada. Esto es Londres para él y cree que, excepto 30.000 privilegiados, todos los ingleses viven como Edgar. Su odio y su desprecio propios de la tierra son enormes. Es como si viviera en el barrio berlinés de Treuenbrietzen. Londres es una verdadera cárcel cuando se viene de Berlín. De vez en cuando dejaba caer que su ideal era un Bauer «físico», «ciudadano viejo» y hasta «ciudadano de Westfalia», ¡esa gente tan honorable! También decía estar convencido de que esta canalla no ha nacido para sutilezas filosóficas y de que el moderno lumpen, que para desgracia de este buen hombre todo lo degrada, acabará echándolo todo a perder. Era muy curioso escuchar la confesión por parte de «la crítica» de que, en última instancia, su fundamento reside en Berthold Auerbach (5). En su opinión, y exceptuando algunas ciudades «puramente comerciales», las ciudades alemanas están decayendo, pero «la tierra» no hace sino prosperar. Del impulso industrial no oí una sola sílaba, pero sí logré captar un taciturno lamento acerca de que no se ha hecho nada para mejorar Alemania excepto pequeñas mejoras de poca monta [MEW, 28, 466-467].

(5) B. Auerbach (1812-1882): novelista alemán conocido por sus narraciones acerca de la vida rural.

Marx a Engels (1856)

Veo a veces a Bruno [Bauer]. Se hace cada vez más evidente que el romanticismo es el presupuesto de la crítica crítica. En economía, este hombre sueña con los fisiócratas, a quienes no entiende, y aún cree en la excelencia de la propiedad privada, sintiendo gran estima por los sueños económicos de un romántico alemán como Adam Müller (6). En la ciencia militar su *summus princeps* es el «genial» Bülow (7). Le he explicado que estas nuevas investigaciones tuyas me procuran una gran luz sobre sus ímprobos esfuerzos. Por lo que se refiere a Rusia, me explica que la vieja situación de Occidente debe ser echada a la basura, y que sólo puede esperarse algo de Oriente, pues sólo el oriental posee auténtico odio hacia los occidentales, y sólo Rusia posee un poder compacto en Oriente, amén de la única tierra en la que existe unión. Por lo que se refiere a las ilusiones sobre la lucha de clases, hay que tener en cuenta, según él, 1) que los trabajadores no tienen ningún tipo de odio; 2) que, de tenerlo, no les conduce a ningún sitio; 3) que constituyen una «plebe» —sin ningún interés por los sinópticos (8)— que ha de ser conducida y amaestrada mediante la fuerza y la astucia, y 4) que con el aumento de una moneda de plata se acaba con toda su potencialidad (9). Por lo demás, quien no pertenece a la «estirpe de los conquistadores» no tiene nada que hacer en la historia (excepto, si acaso, en el campo de la teoría). Y ahí resulta que en los últimos dieciséis años ha ocurrido

algo precisamente en Alemania, y precisamente sólo por parte de Bruno. Él ha hecho posible que la teología «científica» desapareciera en Alemania (el único sitio donde existía) y que «Tholuck dejara de escribir». *Voilà un résultat immense!* Un viejo divertido este señor. Piensa quedarse un año en Inglaterra. A mí me parece que a lo que aspira es a *introducir en Inglaterra* la «teología científica» fenecida en Alemania. A Humboldt lo considera todo un borrico, pues en el extranjero no hace más que atribuirse tramposamente una fama que sólo le corresponde a él [MEW, 29, 6].

Marx a Engels (1859)

Ahí te mando el periódico del *clown* Edgar Bauer. Este tipo, que ha pasado por ser un gran comunista y representante de la clase trabajadora, ha quedado reducido a la nada con sus panfletos. Su primer artículo, «La polémica», se dirige directamente contra mí. Lo que voy a hacer es seguirle silenciosamente la corriente y salir de mi malhumorado y escamado aislamiento. El *clown* se nos ha convertido en un puro predicador moral. Con Hermann no se atreve porque este personaje puede sacar a relucir todo su pasado [MEW, 29, 411].

Engels a Blocher (1893)

En Berlín se encuentra la mayoría de los ejemplares de *La sagrada familia*. En

(6) Adam Müller (1799-1829): economista fisiócrata alemán.

(7) Dietrich A.H. von Bülow (1757-1807): teórico militar prusiano que adoptó tácticas bélicas de los ejércitos revolucionarios de la República Francesa.

(8) Marx se refiere a la obra de B. Bauer aparecida en 1841 *Kritik der evangelischen Geschichte der Synoptiker*.

(9) Algo muy semejante debió de pensar, la tarde del 31 de diciembre pasado, la dirección de un lujoso hotel de los Campos Elíseos en París. Ante la ocupación de los locales por parte de un grupo de parados en acción, se puso a distribuir 10.000 francos (más de 200.000 pesetas) entre ellos. Los ocupantes tiraron el dinero al suelo diciendo: «¡Somos parados, no mendigos!» La burguesía y sus acólitos, que no han leído ni a Marx ni a Bauer, incurrirán siempre en los mismos errores.

Suiza podrá proporcionarle uno, con toda seguridad, el doctor Conrad Schmidt, profesor de la Universidad de Zürich (calle Klus-Hegibach, Hirslanden).

En cuanto a la carrera de Bruno Bauer hasta 1843 y su destino y opiniones, tiene usted noticia de los escritos del propio Bauer en los periódicos de Ruge *Diario de Halle* y, más tarde, en el *Anuario alemán*. Para la época 1844-1846, encontrará sus escritos en la *Allgemeine Literatur-Zeitung*.

Tanto Marx como yo éramos, desde 1843, completamente ajenos a los señores Bauer, que a finales de los años cincuenta decidieron trasladarse a Lon-

dres (Edgar por mucho tiempo y Bruno de visita), y allí fue donde Marx volvió a verles. No hay, en mi opinión, ninguna contribución de Bruno ni a la concepción materialista de la historia ni al socialismo científico, pero, si tal fuese el caso, sólo podría encontrarse algo así en los escritos de Bruno de finales de los cincuenta y los sesenta. El hecho de que en sus últimos trabajos sobre el cristianismo primitivo la influencia de la teoría marxista no deja de hacerse notar es algo difícilmente negable, pero, en general, las reflexiones de Bruno sobre las fuerzas motrices de la historia son reflexiones idealistas [MEW, 39, 129]. ■



**COLABORA
CON LA FUNDACION.
HAZTE SOCIO**

Boletín de inscripción en la FIM

Nombre

Apellidos

Domicilio

Localidad

NIF

D. P. Tel.

Se inscribe como socio en la FIM. Forma de pago: cuota de 1.000 ptas. mensuales, que se cobrarán trimestralmente mediante domiciliación bancaria.

Madrid, de de 199...

Firma

Boletín de domiciliación bancaria

Banco/Caja

Agencia

Domicilio

Localidad

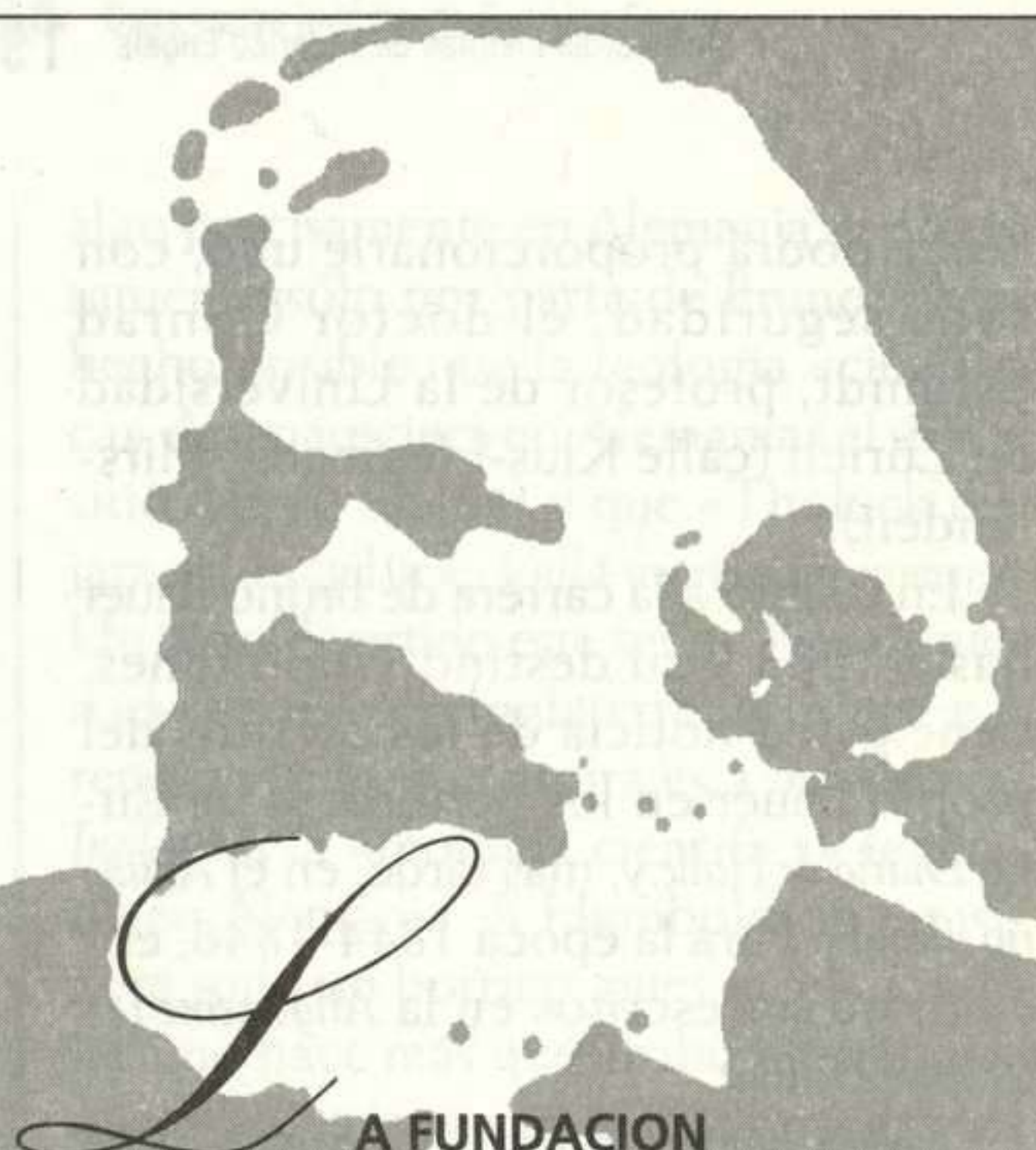
D. P.

Núm. Cta.:

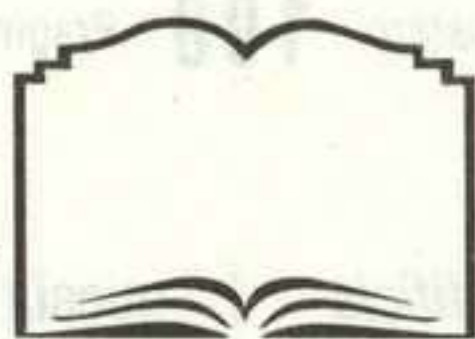
Señor director: les agradecería tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre sean presentados para su cobro por la FIM.

Madrid, de de 199...

Firma



**LA FUNDACION
DE INVESTIGACIONES MARXISTAS** fue
creada en diciembre de 1978.
Su actividad pública se traduce
en seminarios, conferencias y debates
con miras a estimular la confrontación
de ideas y la investigación rigurosa tanto
sobre cuestiones generales de la teoría,
como en lo que se refiere a problemas
actuales de orden social, económico,
filosófico, político, etcétera.
En su centro de documentación
se conservan todos los textos de las
conferencias y debates realizados.
La Fundación de Investigaciones
Marxistas dispone de una estimable
biblioteca marxista y está estrechamente
vinculada al archivo histórico del PCE.
Edita la publicación periódica «Papeles
de la FIM» y también los resultados más
importantes de sus debates.



Pragmatismo versus marxismo

Manuel Ballestero

Pragmatism versus marxism

Autor: George Nowack

Editorial: Pathfinder Press. Nueva York, 1975

Se trata de un libro con bastantes años encima, pero dada la panorámica intelectual de hoy, empapada de anglofobia conservadora, que en España es ya tradicional entre las clases dirigentes (cf. Jacques Maurice y Carlos Serrano, *Joaquín Costa*, Siglo XXI, 1977, pp. 22-23), puede reseñarse todavía con señalado provecho.

En estas líneas, al hilo de los análisis de Nowack, evocaremos algunos puntos teóricos, centrales en el pragmatismo americano, que, por lo habituales, circulan como ideas tópicas —evidencias— deglutidas y asimiladas en nuestros predios.

George Nowack, para trazar rápidamente su silueta, profesor en varias universidades de EE. UU., de Canadá, Japón y Australia, autor de obras, de interesante lectura, *Introduction to Logic of Marxism, Humanism and Socialism, Democracy and Revolution*, a instancias de su amigo León Trotsky, años después, se entregó al análisis del pragmatismo, en particular del pensamiento de J. Dewey.

Dicho así, a primera vista puede parecer un trabajo de interés sólo académico y de especialista, pero nada más lejos de la realidad.

El trabajo de Nowack, que con esmero deshoja el entramado de esa filosofía, atiende al contenido histórico-social que en ella se expresa, que ella incorpora y representa, en un amplio ca-

pítulo («Pragmatism, American's National Philosophy», pp. 15-33), prestando en esta referencia una atención particular al *carácter mesocrático del pragmatismo, que codifica las posiciones vacilantes, deliberadamente indefinidas de las llamadas clases medias*, simultáneamente conservadoras y reformistas: «El pragmatismo ha estado ligado al progresismo, al liberalismo y al reformismo dentro del capitalismo.» Por eso el pragmatismo estuvo conexionado con el New Deal, conformándose a la talla «de los elementos reformistas de las clases medias americanas» (p. 9).

Tal caracterización no tiene nada de abstracto; ya Marx, en el *Manifiesto*, detectó algunas de esas querencias mesocráticas: «En los países en que se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado una nueva clase de pequeño-burgueses» (la *simplificación económica* no impide la aparición de nuevas capas medias, oportunistas y vacilantes, dicho sea de paso).

Pasemos ahora a la determinación propiamente teórica de esta corriente: «El pragmatismo —recuerda Nowack—, estuvo influido por el darwinismo y por la ciencia moderna», prolongando tanto la tradición empiricista anglosajona como la kantiana.

En estos rasgos pueden reconocerse algunos de los característicos de la sofocante presión ideo-

lógica que en nuestro país sufrimos: un *cientificismo papanatas y acrítico*, y el permanente desfile de documentales «animaleros» donde, ¿cómo no?, se ejemplifica la moral de la oligarquía: el predador fuerte se come al antílope, sólo ligero; documentales elogio indirecto de la oligarquía que, como en las narraciones de Sade, a veces endosa una piel de tigre.

Nowack, con perspicacia, señala la relación aludida: «El liberalismo se convirtió en la máscara de los conservadores», y eso, desde el antiguo *laissez faire*.

En las páginas de esta misma revista, hace unos números, desentrañábamos el contenido profundo de *tolerancia teórica* —muy otra cosa es la amplitud del debate democrático abierto—, tolerancia de la que P. Claudel decía que «para eso hay casas»; la raíz teórica de ese *salvoconducto de cazadores furtivos*, la tolerancia teórica, se desvela en su sentido cuando se atiende a su raíz: el pragmatismo, escribe Nowack, «no declara principios que le sirvan de guía, sino expedientes para sus intereses inmediatos». *La doctrina de la tolerancia teórica se funda en un vaciado cínico.*

Los pragmáticos actúan «con indiferencia respecto a reglas y principios». Eso procede de que, para ellos, «tanto la naturaleza como la sociedad son esencialmente indeterminadas», de ahí la dirección «a dedo», *improvisada*, en busca sólo de «ventajas inmediatas».

Para terminar con este punto, aduzcamos una caracterización general: «El punto de vista pragmático brota orgánicamente de las condiciones del desarrollo histórico estadounidense»; uno de los rasgos de su peculiaridad es el «desprecio del pasado» que, precipitados e inconsistentes, confunden con la «rutina».

Nowack desgaja algunos de los puntos nodales de ese complejo ideológico: *time is money*, el éxito en la vida se mide por la acumulación de riqueza; glorificación del *business*, sacralización acrítica de los índices industriales y financieros.

Es evidente que todo ese amasijo de embelesos, querencias y espejismos ha penetrado honda y deletéreamente en nuestro tejido social; tal es el cometido del martilleo en unos medios de comunicación en posición de vasallaje: «Lo mismo que la bur-

guesía rechaza todo trabajo improductivo [...], así también sus pensadores le dan la espalda a teorías que no se justifican de manera inmediatamente productiva.» Emerson ya escribió que «la condición primera de la verdad es que se use» —muy otra cosa es la conexión histórica de teoría y praxis.

Otro principio ya criticado por Hegel es la sacralización de la innovación (*Das Neue*), como en las fuerzas productivas en el capitalismo; con el embrujo de la «modernización», tan utilizado por el felipismo, se fomenta un optimismo miope respecto al futuro, y también la idea (aquí sí, no en Hegel) de un «progreso ininterrumpido».

Los comentarios de Nowack forzosamente nos traen a la memoria experiencias sufridas cotidianamente: «El pragmatismo —escribe— es una teoría que tiende a desvalorizar la teoría en tanto que tal [...] y a colocar los principios por debajo de la experimentación» (podríamos corregir: «de la manipulación»).

Después de todo lo dicho, llega el momento de llamar la atención sobre la utilidad profiláctica de la lectura del libro, y de tocar, también, algunos puntos teóricamente centrales: la deriva empirio-criticista, *idealista subjetiva*, del pragmatismo, aparente y mistificadoramente volcado en la práctica. El contenido de experiencia es identificado con la experiencia misma (cf. p. 69, acerca de W. James): «Haciendo que la naturaleza dependa de la experiencia, no la experiencia de la naturaleza.» Se trata de un resbalón subjetivista y formalista que puede derivarse de un kantismo reducidísimo y, es el caso de decirlo, jibarizado.

La tematización dialéctica hegeliana —y por ello es dialéctica— teorizó que la presión del contenido desborda cualquiera de sus formas, y por ello se expone en devenir. La experiencia dialéctica es práctica de la cosa (*Erfahrung der Sache*, Hegel, *Phänom. d. G.*) y sobrepasamiento histórico de la experiencia. (Leo Koffler ha expuesto con toda pertinencia que la noción de *Erfahrung*, en el materialismo dialéctico, tiene otra amplitud que en la filosofía de Kant.)

Después de lo brevemente apuntado, puede decirse que el pragmatismo, como todo, retorna a su crimen fundador y, mesocrático, después de tanto instrumentalismo, se desploma en el subjetivismo pequeño-burgués de su arranque. ■

150 ANIVERSARIO
manifiesto
del partido
comunista

1848 1998

*Este ejemplar
se terminó de imprimir
en los talleres de
Gráficas Ruiz Polo S.A.,
en mayo de 1998.*

... que en el mundo...
... de la moral de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... el liberalismo es...
... los conservadores...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... también...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

... de la oligarquía...
... de la oligarquía...
... de la oligarquía...

Loa del estudio

¡Estudia lo elemental! Para aquellos
cuya hora ha llegado
no es nunca demasiado tarde.
¡Estudia el «abc»! No basta, pero
estúdialo. ¡No te canses!
¡Empieza! ¡Tú tienes que saberlo todo!
Estás llamado a ser un dirigente.

¡Estudia, hombre en el asilo!
¡Estudia, hombre en la cárcel!
¡Estudia, mujer en la cocina!
¡Estudia, sexagenario!
Estás llamado a ser un dirigente.

¡Asiste a la escuela, desamparado!
¡Persigue el saber, muerto de frío!
¡Empuña el libro, hambriento! ¡Es un arma!
Estás llamado a ser un dirigente.

¡No temas preguntar, compañero!
¡No te dejes convencer!
Compruébalo tú mismo!
Lo que no sabes por ti,
no lo sabes.
Repasa la cuenta
tú tienes que pagarla.
Apunta con tu dedo a cada cosa
y pregunta: «Y esto, ¿de qué?»
Estás llamado a ser un dirigente.

Bertolt Brecht, 1933



1848 150 ANIVERSARIO 1998
manifiesto
del partido
Comunista

ISSN: 1133-567X



9 771133 567975